TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS VIII-X

EDITORIAL GREDOS

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS VIII - X

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 148

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN GIL.



Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990.

Depósito Legal: M. 46010-1990.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.
ISBN 84-249-1441-4. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990. — 6295.

NOTA INTRODUCTORIA

Los casi cincuenta años (341-293 a. C.) de la historia de Roma abarcados en este volumen aparecen, en el relato de Livio, más marcados por los acontecimientos del exterior que por las tensiones internas derivadas de la necesidad de adaptar la Constitución a los nuevos papeles que van asumiendo las distintas fuerzas sociales.

Están en primer lugar las relaciones con los aliados latinos: Roma, cabeza de la alianza, actúa de forma unilateral provocando reacciones de disgusto en los aliados, por cuestiones menores en principio; es un proceso que culmina con carácter decisivo en la guerra del 338. El resultado es el resquebrajamiento, sin retorno ya, de la unidad latina y la consolidación de la hegemonía de Roma en Italia central. Estas circunstancias fuerzan de forma inevitable una reorganización social, al ingerir y asimilar Roma a los antiguos aliados latinos: sólo una parte de éstos continúa con el antiguo estatuto de derechos recíprocos; otros pierden por completo su identidad y son convertidos en ciudadanos romanos con todas las consecuencias; para otros, por último, se crea entonces la llamada *ciuitas sine sufragio,* una ciudadanía a medias sin derecho de voto. Es esta una figura de nueva creación, imprescindible para hacer posible lo que será en adelante la historia de Roma.

El paso siguiente fue la expansión hacia el Sur, especialmente hacia las fértiles tierras de la Campania. El problema de mayor entidad lo representaban los pueblos de montaña, que ya les habían cortado la implantación en la zona a los etruscos, y en su día a los griegos: los llamados «samnitas». Vivían en el macizo montañoso del centro de Italia al sur de Roma. También ellos se sentían atraídos por la Campania, pues sus pastos quedaban pequeños y la presión demográfica se volvía a veces agobiante para ellos. Formaban una sociedad disciplinada con rigidez, aunque con muy contados centros urbanos de relativa importancia. A mediados del siglo IV se habían extendido hasta el río Liris, que representaba la frontera del Lacio por el Sur. Los romanos habían firmado con ellos un tratado en el año 354 repartiéndose las zonas de influencia, y posiblemente obligándose a alguna forma de apoyo mutuo, como el prestado por los samnitas a Roma en el año 338 en su lucha con los latinos. Esta alianza, que podía mantenerse a flote mientras tuvieran que enfrentarse a un enemigo más o menos común, tenía los días contados si llegaban a entrar en competencia por un mismo objetivo. Se había producido ya la primera guerra samnita (343-341); tras ella vino una paz difícil. Roma no renunciaba a un control completo de la Campania, que además de fértiles tierras representaba salidas comerciales hacia el mundo helenístico, así como recursos minerales, y comenzó a dar pasos de provocación calculada: ocupó poblaciones importantes en el norte de la Campania (Cumas, Suésula, Acerras: año 332); desarrolló una cierta política de alianzas (ápulos, lucanos, Alejandro de Epiro); implantó una colonia latina en la zona de influencia samnita, según estipulaba el tratado del 354, en un punto estratégico.

Estas acciones provocan una reacción por parte samnita, que ocupa Palépolis (año 327) y amenaza los asentamientos romanos de la Campania. Estalla la segunda guerra samnita, reñida e interminable, con el episodio de las Horcas Caudinas (321) ocurrido cuando los romanos buscaban precipitar el desenlace: la relación de fuerzas parece reequilibrarse constantemente. Pero, como balance global, se va produciendo el progresivo encierro de los samnitas, cada vez más a la defensiva, en las montañas, y la paz del 304 otorga a los romanos el control efectivo de todo el valle del Liri.

Se inicia luego la última etapa, cuyo objeto es ya el sometimiento absoluto de los samnitas: se dispone el envío de colonos romanos a las proximidades de Boviano. Los samnitas, que ahora tienen en juego la supervivencia, buscan aliados: los galos, manifestación del nuevo avance celta de comienzos del siglo III; los etruscos, descontentos del trato que reciben de Roma, y los umbros, resentidos por la anexión de Nequino el año 299 (X 10). La cuádruple alianza tiene al frente a Gelio Egnacio, el jefe samnita.

En contrapartida, Roma renueva las alianzas con ápulos y lucanos por el Sur, implanta colonias en puntos estratégicos, cruza la Italia central por la vía Valeria, de vital importancia militar. Y la llamada «tercera guerra samnita», si bien probablemente se puede decir que comienza el año 298, se materializa el 296 ante la iniciativa de Gelio Egnacio (X 18-19) desembocando en una batalla decisiva, la de Sentino, el 295; queda quebrada la fuerza samnita, que recibe el golpe de gracia en la batalla de Aquilonia del 293. Son sólo secuelas lo que queda hasta el 290, final oficial de la última guerra samnita. Resultado definitivo: la frontera sur de Roma pasa del Liri al Volturno, y por el Este se extiende hasta el Adriático.

Por lo que se refiere a la propia Roma, la acción de gobernar se ha ido volviendo más compleja, necesitada de jefes en mayor número al multiplicarse los frentes en el exterior. La solución a la que se había recurrido a mitad del siglo v, la creación de tribunos militares con poderes consulares, que permitían echar mano de no patricios para los puestos de alto mando, parece que dejó de ser efectiva, sin que se puedan precisar las razones, en el año 367. Ahora bien, la disputa dèl poder religioso y político asociado al consulado, característica de esta etapa, no es todavía la lucha por los derechos de los no patricios en conjunto, que llegará más tarde: se trata de los derechos de algunas familias plebeyas ricas. Es verdad que desde el año 367 uno de los cónsules podía ser plebeyo (y de forma subsiguiente se reguló por ley el acceso plebeyo a otras magistraturas); pero hasta el año 342 los indicios apuntan a que el consulado fue, de hecho, monopolizado por los patricios: probablemente la ley recogía la posibilidad, pero no la obligatoriedad de que uno de los cónsules fuese plebeyo.

El año 342 fueron aprobados tres plebiscitos, iniciativa del tribuno Lucio Genucio (Liv., VII 42, 2), en cierto modo convergentes; según uno de ellos, las dos plazas de cónsul podían ser ocupadas por plebeyos. En realidad tiene el aspecto de una alianza de intereses entre patricios y aristocracia plebeya.

La confluencia de varias causas, entre ellas la sustitución de campesinos por esclavos para trabajar la tierra, hace que en Roma se incremente el proletariado: este cuerpo plebeyo ve incrementada su fuerza a finales del siglo iv. En ese contexto surge la figura de Apio Claudio, el patricio que asume la causa plebeya. Como censor, el año 312 inicia una política de obras públicas, como la vía Apia,

que da empleo a millares de ciudadanos, y también fuerza tres cambios importantes: la distribución de los más pobres, *humillimi,* confinados hasta entonces en cuatro tribus, por todas las demás, dándoles así una mayor fuerza electoral debido al sistema de sufragios por tribus (IX 46, 10 s.); la elegibilidad de los hijos de libertos para determinados puestos, y una reforma militar que mejora la situación del soldado ordinario.

Otro aspecto donde se produce un importante cambio jurídico, correlacionado con un cambio económico, es el tratamiento de las deudas, *nexum.* El deudor, *nexus,* pasaba a poder del acreedor e iba pagando en jornadas de trabajo, corriendo su sustento a cargo del acreedor al que estaba sometido; como el valor del trabajo difícilmente podía superar a los gastos de mantenimiento, la prisión era dura y, de ordinario, perpetua. El año 326 (VIII 28, 2-9), con la ley Petelia Papiria *de nexis* queda abolida la vinculación material o de prisión del deudor, uno de los vínculos económicos más odiosos que pesaban sobre la plebe. Como razona De Martino [1], esa entrega física del deudor al acreedor sólo es explicable en una sociedad cuya base económica es la producción agraria, sin apenas intercambio comercial ni circulación monetaria, tal como era la sociedad romana durante el siglo v y primera parte del IV a. C.; pero en el siglo IV se produce una transformación hacia la economía de cambio y el comercio transmarino.

---

[1] FRANCESCO DE MARTINO, *Historia económica de la Roma antigua,* I, Madrid, 1985, págs. 47 y sigs. Comenta también la política económica y agraria, y el interés de Roma por el tráfico marítimo, sobre textos de los libros VIII y IX, sobre todo.

Libro VIII

Abarca los años 341-322 a. C.

Tiene un diseño claro: una primera parte con las guerras latinas y sus consecuencias, una última parte con la expansión de Roma hacia el Sur, y un intermedio, el *excursus* referido a la muerte de Alejandro de Epiro. Con un tema recurrente: el principio de autoridad, personificado en la primera parte en Manlio (que manda ejecutar a su hijo por desobediencia), y en la segunda parte en Lucio Papirio, que está a punto de hacer lo mismo, por un motivo semejante, con Quinto Fabio.

Los pasajes de este libro que han atraído más la atención de los estudiosos en los últimos tiempos son: el de Alejandro de Epiro (VIII 17, 9-10), donde los comentarios se centran en el sincronismo o no de la historia romana y griega, y la improbabilidad de la paz de Alejandro con los romanos [2]. El origen de la segunda guerra samnita (VIII 22, 5-23, 12, y 25, 2), comparando los relatos de Livio y Dionisio. El enfrentamiento entre Fabio Ruliano y Papirio Cúrsor (VIII 30-35), valorando esa rivalidad como una diversidad de puntos de vista sobre la dirección que debía tomar la guerra o atribuyéndola a deseos personales de gloria. Y por último, diversos pasajes del capítulo 39.

Libro IX

Comprende desde el año 321 hasta el 304 a. C.

La primera parte está construida de forma que la derrota de las Horcas Caudinas quede equilibrada con la reacción subsiguiente y la victoria de Luceria.

---

[2] Ver Jane E. Phillips, «Current Research in Livy's First Decade: 1959-1979», *Aufst. Nied. Röm. Welt* II 30.2 (1982), 1014-1017, y, en la misma obra la bibliografía de las págs. 958 y 959.

La segunda parte recoge un material disperso integrado en un telón de fondo: la inexorable expansión romana a costa de diversos pueblos.

Estas dos partes, desiguales, están separadas por el *excursus* sobre Alejandro Magno, sorprendente desde diversos ángulos.

Hay, por consiguiente, un protagonismo militar absoluto, encarnado en cuatro personajes de relieve: Epurio Postumio, Lucio Papirio Cúrsor, Quinto Fabio y Gayo Menio.

Algunas piezas oratorias sobresalientes: el discurso de Poncio a los samnitas, el de Espurio Postumio ante el senado, y el del tribuno Sempronio en contra de Apio Claudio.

Son varios los pasajes que han sido objeto de estudio de forma preferente. El de las Horcas Caudinas (IX 1-11): el significado de la *sponsio,* la alternativa *sponsio/foedus,* su ratificación o no por el senado, los posibles indicios de una corriente antibelicista en Roma. El *excursus* sobre Alejandro Magno (IX 16, 19 - 19, 17): sus derivaciones para la cronología, su inserción o no después de la redacción del libro, sus fuentes de inspiración, su posible finalidad de realzar la figura de Pompeyo. Las investigaciones del año 314 (IX 26, 5-22): la posibilidad de que se trate de dos hechos diferenciados o de dos versiones de un mismo hecho. La batalla de Junio Bubulco con los samnitas (IX 31, 1-16): su comparación con las versiones de Zonaras (VIII 1, 1) y Diodoro (XX 26, 3).

Libro X

Hechos ocurridos entre los años 303 y 293.

En este libro se van entrecruzando la guerra del Samnio, la guerra de Etruria, y los acontecimientos internos de Roma.

Hay dos grandes batallas: la de Sentino, narración muy cuidada desde el punto de vista dramático con el colorido legendario de la *deuotio* de P. Decio Mus hijo, y la batalla de Aquilonia, la decisiva, punto culminante de los últimos libros de la primera década de Livio.

Quedan de relieve tres apellidos: Fabio, Decio y Papirio.

Se ha estudiado sobre todo el pasaje de la *deuotio* de Decio Mus (X 24-30): su significado, su relación con otros ejemplos de autoinmolación narrados por el propio Livio.

NOTA TEXTUAL

La traducción de este volumen corresponde al texto latino de la edición de Oxford (reimpresión de 1979) debida a C. F. Walters y R. S. Conway. Únicamente en VIII 7, 16 y 19, 10 mantenemos *meorum* y *Fundanos,* respectivamente.

Gijón, 1989

LIBRO VIII

Sinopsis

Caps. 1-14: Guerras latinas.

Victoria sobre los volscos. Los samnitas piden la paz y se les concede (1-2).

Los latinos se enfrentan a Roma. Llega a Italia Alejandro de Epiro (3).

Intervenciones de Annio ante los latinos y ante el senado romano, y respuesta de Manlio. Se declara la guerra a los latinos (4-6).

Manlio condena a muerte a su hijo por desobediencia. Descripción del ejército (7-8).

Deuotio de Publio Decio. Victoria romana sobre los latinos (9-10).

Nuevas victorias sobre los latinos. Enfrentamiento entre los cónsules. Dictadura proclive a la plebe (11-12).

Sometimiento del Lacio. Medidas con los pueblos latinos vencidos (13-14).

Caps. 15-29: Guerras menores. Palépolis.

Guerras menores. Proceso a una vestal (15-16).

Alejandro de Epiro. Censo. Matronas procesadas por envenenamiento (17-18).

Victoria bélica sobre los privernates (19-21).

Victoria sobre los volscos. Los samnitas piden la paz y se les concede

1 Eran ya cónsules Gayo Plaucio por segunda vez y Lucio Emilio Mamerco [1], cuando vinieron a Roma mensajeros setinos y norbanos a anunciar la rebelión de los privernates [2] y quejarse de los daños
2 sufridos. Llegó también la noticia de que el ejército de los volscos, con el pueblo de Ancio a la cabeza, había acampado cerca de Sátrico [3]. Ambas guerras le tocaron en suer-

[1] Era el año 341 a. C.

[2] En Secia (Sezza) se había fundado una colonia latina el año 382 (en el contexto de la extensión de la Liga Latina al país volsco), y en Norba (Norma) el año 492. Ambas habían sido asoladas por los privernates el 342 (VII 42, 8). Priverno (Piperno) se había sometido a los romanos el 357.

[3] Ancio, población originariamente latina en la órbita de la hegemonía etrusca cuyo centro era Roma, pasó por una etapa de control volsco.

te a Plaucio. Primero marchó hacia Priverno y entró en 3
combate de inmediato. Los enemigos fueron derrotados en un combate no muy importante; la plaza fue tomada y les fue devuelta a los privernates, después de asignarle una fuerte guarnición; se les confiscaron dos tercios de su territorio. De allí el ejército victorioso fue llevado a Sátrico 4
contra los anciates. La batalla allí fue atroz, con una gran matanza en los dos campos, y como una tempestad separó a los contendientes sin que se hubiesen decantado hacia uno u otro bando las esperanzas de vencer; los romanos, nada fatigados por aquel combate tan equilibrado, preparan la batalla para el día siguiente. Los volscos, haciendo 5
recuento de la calidad de las bajas habidas en el frente de batalla, no tuvieron ánimos ni de lejos para correr de nuevo el mismo riesgo. Por la noche, como vencidos, se marcharon a Ancio de forma precipitada abandonando a los heridos y parte de la impedimenta. Se encontraron 6
armas en gran cantidad tanto entre los cadáveres de los enemigos como en el campamento. El cónsul dijo que las consagraba a la Madre Lúa [4], y saqueó el territorio del enemigo hasta la orilla del mar.

Al otro cónsul, Emilio, que se internó en territorio 7
sabelo [5], no le hicieron frente en ningún sitio ni legiones ni campamentos samnitas: cuando pasaba los campos a hierro y fuego se dirigieron a él unos embajadores de los

Sátrico (Borgo Montello), junto al río Astura, a 8 km. del mar, no fue miembro de la Liga Albana pero sí aparece entre los miembros de la Liga Latina en torno al 400. Destruida por los romanos en el siglo IV (VII 27, 5-9). Se conservan restos de sus antiguas murallas.

[4] Diosa acerca de la cual hay referencias muy escasas. Se la ha relacionado con la expiación de la sangre derramada en la batalla, con la destrucción de las armas utilizadas por el enemigo.

[5] Es decir, sabino.

8 samnitas pidiéndole la paz. Los remitió al senado, y cuando se les dio oportunidad de hablar, deponiendo su actitud altiva pidieron a los romanos la paz para sí y libertad para
9 hacer la guerra a los sidicinos [6], peticiones estas que ellos consideraban tanto más justas por cuanto habían estrechado amistad con el pueblo romano cuando las cosas les iban bien a ellos, no mal, como habían hecho los campanos, y tomaban las armas contra los sidicinos, enemigos suyos
10 de siempre, nunca amigos del pueblo romano; ellos no habían pedido ni amistad durante la paz como los samnitas, ni ayuda durante la guerra como los campanos, y no estaban ni bajo la protección ni bajo el dominio del pueblo romano.

2 Después de que el pretor Tito Emilio consultó al senado acerca de las peticiones de los samnitas y de que los senadores expusieron su parecer de que se debía renovar el tra-
2 tado con ellos, el pretor respondió a los samnitas que ni había dependido del pueblo romano el que la amistad con ellos fuese ininterrumpida, ni había inconveniente en renovar por completo la amistad con ellos, ya que se habían cansado de una guerra de cuya iniciativa eran responsables;
3 en lo referente a los sidicinos, nada se oponía a que el pueblo samnita optase libremente por la paz o la guerra.
4 Concluido el tratado, volvieron a su país, y el ejército romano fue retirado de inmediato de allí, después de recibir la paga de un año y trigo para tres meses, como había sido pactado por el cónsul a cambio de conceder un tiempo de tregua hasta que volviesen los embajadores.

5 Los samnitas, que marcharon contra los sidicinos con las mismas tropas que habían utilizado en la guerra contra

[6] Se refiere a los habitantes de *Teanum Sidicinum*, población de la Campania, situada entre Cales y Casino.

Roma, abrigaban firmes esperanzas de apoderarse pronto
de la ciudad enemiga. Entonces los sidicinos dieron los 6
primeros pasos hacia una rendición a los romanos; después, cuando los senadores la desdeñaron considerándola tardía y fruto de una situación de extrema necesidad, se la propusieron a los latinos, que ya se habían levantado
en armas por su propia cuenta. Ni siquiera los campanos 7
se mantuvieron al margen en esta guerra, hasta tal extremo estaba más vivo el recuerdo de las afrentas de los samnitas
que el del buen comportamiento de los romanos [7]. Un 8
enorme ejército procedente de todos estos pueblos guiado por los latinos invadió el territorio de los samnitas y causó mayores estragos con las devastaciones que con los combates, y a pesar de que los latinos eran superiores en la lucha armada, de buen grado se retiraron del territorio enemigo
para no tener que combatir a cada paso. Esta circunstan- 9
cia dio tiempo a los samnitas para enviar a Roma embajadores. Cuando éstos se dirigieron al senado, se quejaron de que siendo aliados habían sufrido lo mismo que cuando
eran enemigos, y con la mayor humildad pidieron que los 10
romanos se contentasen con la victoria que sobre sus enemigos campanos y sidicinos les habían arrancado a los samnitas, que no permitiesen que ellos fuesen además vencidos
por los pueblos más cobardes; si los latinos y campanos 11
estaban bajo el dominio del pueblo romano, que los alejasen con su autoridad del territorio samnita, pero si se resistían a su autoridad, que los obligasen por medio de las
armas. Ante estas alegaciones se dio una respuesta vaga, 12
porque los romanos tenían reparos en confesar que los latinos ya no estaban bajo su dominio y temían que, si los
reconvenían, se les alejasen: que la situación de los campa- 13

[7] Referencia a lo relatado en VII 31 ss.

nos era otra, porque se habían puesto bajo su protección no por vía de tratado sino de rendición; que, por consiguiente, los campanos, lo quisieran o no, iban a estarse quietos, pero en el tratado con los latinos no había nada que les impidiera hacer la guerra con quienes quisieran.

Los latinos se enfrentan a Roma. Llega a Italia Alejandro de Epiro

3 Esta respuesta, si por un lado dejó a los samnitas sin saber qué pensar sobre lo que iban a hacer los romanos, por otro alejó a los campanos por miedo y a los latinos los volvió más arrogantes como si no hubiese ya nada que los romanos no les consintiesen.
2 Así, pues, bajo la apariencia de preparar la guerra contra los samnitas, celebrando frecuentes asambleas sus jefes, en todos los cambios de impresiones de unos con otros, maquinaban en secreto la guerra contra Roma. Incluso los campanos participaban en esta trama bélica contra sus sal-
3 vadores. Pero, a pesar de que todo esto era mantenido expresamente en secreto, pues querían quitarse de encima a sus enemigos samnitas antes de que los romanos se moviesen, sin embargo trascendieron hasta Roma indicios de aquella conjura a través de algunos que estaban unidos a ellos por lazos particulares de hospitalidad o parentesco.
4 Se dispuso que los cónsules renunciasen al cargo antes de tiempo para elegir con mayor prontitud a los nuevos a la vista de una guerra de tanta envergadura, pero surgieron escrúpulos religiosos ante el hecho de que los comicios los convocasen aquellos cuyo mandato había sido acortado.
5 Se inició, por ello, un interregno. Hubo dos interreyes: Marco Valerio y Marco Fabio; éste proclamó cónsules a Tito Manlio Torcuato por tercera vez y a Publio Decio Mus [8].

[8] Año 340 a. C.

Está comprobado que aquel año [9] Alejandro, rey del 6
Epiro, arribó a Italia con su flota; y si sus primeras acciones hubiesen tenido el suficiente éxito, dicha guerra hubiera sin duda afectado a los romanos. Era la misma época 7
de las empresas de Alejandro Magno, hijo de una hermana del anterior, cuya vida apagó en su juventud una enfermedad fatal, invicto en la guerra, en otra parte del mundo [10].

Por lo demás, los romanos, aunque la rebelión de 8
los aliados y del pueblo latino no ofrecía dudas, sin embargo, como si se preocupasen de los samnitas y no de sí mismos, convocaron a Roma a los diez jefes de los latinos para imponerles su voluntad. Contaba entonces el 9
Lacio con dos pretores [11], Lucio Annio Setino y Lucio Numisio Circeyense [12], ambos de las colonias romanas, que habían instigado también a los volscos a levantarse en armas, al igual que a Signia [13] y Vélitras [14] y las propias colonias romanas. Se decidió convocarlos individualmente. Nadie tenía duda acerca del objeto de la convocatoria; 10

[9] Presenta dificultades la fijación de la fecha de la expedición de Alejandro el Moloso. Pero, en todo caso, aquí hay una anticipación de varios años.

[10] A los 33 *c.* años, en Babilonia.

[11] En un principio, en la Liga Latina quien detenta la autoridad suprema es el *dictador,* nombrado por turno en las ciudades miembros de la Liga. Es incierto el momento de su sustitución por dos pretores.

[12] De Circeyos (Monte Circello), que aparece como colonia romana en el episodio de Coriolano (II 39, 2), aunque, según Diodoro, la primera colonia romana en esta población data del 393 a. C.

[13] Signia (Segni) estaba en los límites del Lacio, entre las vías Apia y Latina. Se han encontrado restos posiblemente del año 500.

[14] Vélitras (Velletri) era una comunidad originariamente latina de en torno al año 600. Debido a su posición geográfica cambió de manos repetidas veces a lo largo de la historia. Hay referencias de tres colonizaciones por parte de Roma en los años 494, 401 y 338.

por consiguiente, los pretores, antes de marchar a Roma
celebran una reunión, comunican que han sido convoca-
dos por el senado romano, y someten a discusión qué creen
que se va a tratar con ellos y qué respuesta se acuerda
que se dé a ello.

Intervenciones de Annio ante los latinos y ante el senado romano, y respuesta de Manlio. Se declara la guerra a los latinos

4 Mientras que otros exponían distintos
pareceres, Annio dijo: «Aunque fui yo
mismo el que propuse debatir qué respues-
ta se acordaba que se diese, pienso, sin
embargo, que importa más a nuestra si-
tuación en su conjunto lo que debemos
hacer que lo que debemos decir. Será co-
sa fácil, una vez expuesta la estrategia,
2 adaptar las palabras a los hechos. Pues
si incluso ahora, bajo la cobertura de
un tratado en igualdad de derechos [15] podemos sufrir es-
clavitud, ¿qué falta para que, una vez traicionados los si-
dicinos, obedezcamos las órdenes no sólo de los romanos
sino incluso de los samnitas, y respondamos a los romanos
que depondremos las armas en cuanto nos hagan un sim-
3 ple gesto? Pero si al fin la añoranza de la libertad aguijo-
nea nuestro espíritu, si un tratado, una alianza, implica
una equiparación en los derechos, si ahora podemos glo-
riarnos de ser consanguíneos de los romanos, cosa de la
que en otro tiempo nos avergonzábamos, si para ellos un
ejército aliado es aquel con cuya unión duplican sus pro-
pios efectivos y que no quieren que deslinde de ellos su
estrategia finalizando y emprendiendo guerras propias, ¿por
qué no se da igualdad en todo? ¿Por qué uno de los cón-
4 sules no lo aportan los latinos? Donde está una parte de
5 las fuerzas, está también una parte del mando. La verdad,

[15] Referencia al tratado del año 493 entre Roma y los latinos.

esto en sí no es demasiado honorífico para nosotros, ya que no sólo admitimos que Roma sea la capital del Lacio, sino que hicimos, con nuestra dilatada paciencia, que pudiera parecerlo. Ahora bien, si en algún momento de- 6
seasteis la ocasión de compartir el imperio, de conseguir la libertad, he aquí que esa ocasión se ha presentado, propiciada por vuestro valor y por la benignidad de los dioses. Pusisteis a prueba su paciencia negándoles soldados [16]: 7
¿quién pone en duda que se encendieron, pues rompíamos con una práctica de más de doscientos años? Se aguantaron, sin embargo, este sufrimiento. Hicimos por nuestra 8
cuenta la guerra con los pelignos: los que anteriormente no nos concedían ni siquiera el derecho de proteger por nosotros mismos nuestras fronteras, no pusieron reparo alguno. Se enteraron de que acogimos a los sidicinos bajo 9
nuestra protección, de que los campanos se pasaron de ellos hacia nosotros, de que preparábamos ejércitos contra los samnitas, aliados suyos, y no se movieron de Roma. ¿De 10
dónde semejante moderación en ellos, sino de la conciencia de nuestras fuerzas y de las suyas? Sé de buena fuente que, cuando los samnitas presentaron quejas contra nosotros, se les respondió por parte del senado romano en unos términos tales que se deducía claramente que ni siquiera ellos pretenden ya que el Lacio esté bajo el dominio de Roma. Limitaos a conseguir, reclamándolo, lo que ellos tácitamente os conceden. Si el miedo le impide a alguien 11
decir esto, entonces yo personalmente aseguro que estoy dispuesto a decirlo en presencia no sólo del pueblo y el senado romano, sino del propio Júpiter que mora en el Capitolio: si quieren tenernos por aliados y amigos, que reciban de nosotros uno de los cónsules y una parte del

[16] Véase VII 25.

12 senado.» Esto no sólo lo aconsejaba con fiereza, sino que
se comprometía a hacerlo, y todos con un clamor de asen-
timiento le encargaron que hiciese y dijese lo que el interés
común de la nación latina y su propia lealtad le aconseja-
sen.

5 Cuando llegaron a Roma, fueron recibidos por el sena-
do en el Capitolio [17]. Allí, después que Tito Manlio habló
con ellos en nombre del senado para que no hiciesen la
2 guerra a los samnitas, sus aliados, Annio, en plan de
vencedor como si hubiese conquistado con las armas el Ca-
pitolio y no hablase como embajador protegido por el de-
3 recho de gentes, dijo: «Ya era por fin hora, Tito Manlio, y
vosotros, senadores, de que no trataseis con nosotros cues-
tión alguna desde la supremacía, puesto que veis al Lacio
por bondad de los dioses muy floreciente en hombres y
armas, vencidos en guerra los samnitas, con los sidicinos
y campanos por aliados, a los que en estos momentos hay
que añadir además a los volscos, y que encima vuestras
4 colonias prefirieron el dominio latino al romano. Pero ya
que vosotros no os decidís a poner límites a vuestro prepo-
tente dominio, nosotros, aun pudiendo asegurar por las
armas la libertad del Lacio, haremos, sin embargo, esta
concesión a nuestra consanguinidad: establezcamos unas
condiciones de paz iguales para ambas partes, puesto que
los dioses inmortales han querido que también nuestras fuer-
5 zas estuviesen equiparadas. Es preciso que uno de los
cónsules elegidos provenga de Roma y el otro del Lacio;
que el senado, a partes iguales, provenga de los dos pue-
6 blos; que se haga un solo pueblo, un solo Estado; y con

[17] Acerca de esta embajada puede verse el artículo de G. Dispersia, «Le polemiche sulla guerra sociale nell'ambasceria latina di Livio VIII 4-6», *Contr. Ist. Stor. Ant.* 3 (1975), 111-120.

el fin de que la sede de este imperio sea la misma y el mismo el nombre para todos, puesto que una de las dos partes tiene que ceder, sea ésta, enhorabuena, la patria que prevalezca, lo cual redunde en bien de unos y otros, y llamémonos todos romanos.»

Se dio la coincidencia de que también los romanos 7
contaban con una persona de una arrogancia similar a la de éste: el cónsul Tito Manlio, que fue incapaz de contener su cólera, hasta el extremo de decir abiertamente que, en el caso de que en los senadores hiciese presa una locura como para aceptar leyes de un hombre de Secia, él acudiría al senado ceñido con la espada y a todo latino que viese en la curia lo mataría con sus propias manos. Y 8
vuelto hacia la estatua de Júpiter, dijo: «Escucha, Júpiter, estas infamias; escuchad, divinidades del derecho humano y divino. ¿Tendrás que ver, Júpiter, unos cónsules extranjeros y un senado extranjero en tu templo consagrado, cautivo y bajo la opresión tú mismo? ¿Son éstos los pactos 9
que hizo Tulo, rey de Roma, latinos, con los albanos, vuestros padres; éstos los que Lucio Tarquinio hizo después con vosotros [18]? ¿No os acordáis de la batalla del lago 10
Regilo [19]? ¿Hasta ese extremo habéis olvidado vuestras antiguas derrotas y el buen comportamiento que tuvimos para con vosotros?»

A las palabras del cónsul siguió la indignación de los 6
senadores. Se cuenta que, ante las frecuentes súplicas a los dioses que los senadores invocaban repetidamente como testigos de los tratados, se oyó la voz de Annio menospreciando el poder del Júpiter romano. Sí es seguro que 2
cuando salía a toda prisa, hirviendo en cólera, del vestíbu-

[18] Ver I 24 y 52.

[19] Véase II 19-20 y VI 2, 3.

lo del templo, rodó escaleras abajo golpeándose en la cabeza con el escalón más bajo e hiriéndose gravemente de
3 forma que se desvaneció. Como no todos coinciden en afirmar que perdió la vida, también yo lo voy a dejar en la duda, como el que se desatara una tormenta, con gran estruendo, en el momento en que se tomaba a los dioses por testigos de la violación de los tratados; puede, en efecto, tratarse tanto de cosas ciertas como de invenciones a
4 propósito para expresar la ira de los dioses. Torcuato, enviado por el senado a despedir a los embajadores, al ver a Annio tendido en tierra, grita de modo que su voz sea audible tanto por el pueblo como por los senadores:
5 «Le estuvo bien; los dioses han desencadenado una guerra justa. Existe un poder en las alturas; existes, gran Júpiter; no en vano te hemos consagrado en esta sede como padre
6 de dioses y hombres. ¿Por qué tardáis, Quirites, y vosotros, senadores, en empuñar las armas, si los dioses nos guían? Os presentaré abatidas las legiones latinas del mismo modo que veis tendido por tierra a su emisario.»
7 Las palabras del cónsul, recibidas con muestras de asentimiento por parte del pueblo, inflamaron los ánimos en tal medida que la marcha de los embajadores fue protegida de la cólera y el acoso de la gente más por la atención de los magistrados que los acompañaban por orden del cónsul que por el derecho de gentes. También el senado
8 dio su aprobación a la guerra, y los cónsules alistaron dos ejércitos, marcharon a través del territorio de marsos y pelignos, se unieron al ejército de los samnitas y acamparon cerca de Capua, donde ya se habían concentrado los latinos y sus aliados.

9 Cuentan que allí, durante el descanso, se les apareció a los dos cónsules la misma figura de un hombre más grande y augusto de lo que representa un ser humano, que les dijo

que les era debido a los dioses Manes y a la Madre Tierra 10
el general de uno de los frentes y el ejército del otro; la
victoria correspondería al pueblo y al frente al que perte-
neciese el ejército cuyo general ofreciese con voto las legio-
nes enemigas y, además de éstas, se ofreciese a sí mismo.
Cuando los cónsules se comunicaron mutuamente estas 11
visiones nocturnas se acordó sacrificar víctimas para con-
jurar la cólera de los dioses y, al mismo tiempo, que uno
de los dos cónsules cumpliese con el destino si las entrañas
de las víctimas presagiaban lo mismo que se había visto
en el sueño. Cuando las respuestas de los arúspices fueron 12
coincidentes con el mudo sobrecogimiento religioso que
se había instalado ya en sus ánimos, hicieron venir a los
legados y tribunos y, después de exponer publicamente los
mandatos de los dioses, para evitar que la muerte volunta-
ria de uno de los cónsules aterrase al ejército en el campo
de batalla, se ponen de acuerdo entre sí para que se 13
sacrifique por el pueblo romano y por los Quirites el cón-
sul de aquella parte del ejército romano que comience a
ceder. Se habló también en la asamblea de que si alguna 14
vez se había dirigido una guerra mandando con severidad,
era precisamente ahora cuando la disciplina militar debía
ser reconducida a su antigua práctica. Hacía más aguda 15
la preocupación el hecho de que había que combatir con-
tra los latinos, semejantes en lengua, hábitos, clase de ar-
mamento, y sobre todo instituciones militares. Habían
sido camaradas y colegas en las mismas guarniciones, en
muchos casos entremezclados en los mismos manípulos sol-
dado con soldado, centurión con centurión, tribuno con
tribuno. Para evitar que debido a esto los soldados in- 16
currieran en alguna equivocación, los cónsules ordenan que
nadie luche contra el enemigo fuera de las filas.

Manlio condena a muerte a su hijo por desobediencia. Descripción del ejército

7 Casualmente, entre los demás jefes de escuadrón que habían sido enviados a explorar en todas direcciones, Tito Manlio, el hijo del cónsul, se llegó con sus jinetes hasta más allá del campamento enemigo de forma que estaba apenas a un tiro
2 de dardo del puesto de guardia más cercano. Allí había jinetes tusculanos [20]; los mandaba Gémino Mecio, famoso entre los suyos tanto por su linaje como por sus he-
3 chos. Cuando éste reconoció a los jinetes romanos, y destacando al frente de los mismos al hijo del cónsul —pues todos se conocían entre sí y especialmente los personajes
4 de relieve—, dijo: «¿Con un solo escuadrón pensáis los romanos hacer la guerra con los latinos y sus aliados? ¿Qué harán entretanto los cónsules? ¿Y los dos ejércitos consu-
5 lares?» «Vendrán a su tiempo, respondió Manlio, y con ellos estará presente el propio Júpiter, testigo de los tratados que vosotros habéis violado, el que tiene más fuerza
6 y poder. Si en el lago Regilo luchamos hasta que dijisteis basta, también aquí sin lugar a dudas haremos que no quedéis demasiado satisfechos de enfrentaros a nosotros en
7 el campo de batalla.» Entonces Gémino, adelantándose un poco a los suyos con su caballo, replicó: «¿Quieres, pues, mientras llega ese día en que con grandes esfuerzos pondréis en movimiento vuestros ejércitos, medirte tú personalmente conmigo para que la suerte que corramos los dos permita ver ya desde ahora cuánto supera un jinete
8 latino a uno romano?» El orgulloso ánimo del joven se conmueve por la ira, o por la vergüenza a rehusar el com-

[20] Túsculo no fue miembro de la Liga Albana, aun siendo una ciudad latina de gran antigüedad; sí perteneció a la Liga Latina, como miembro destacado.

bate, o por la fuerza inexorable del destino. Olvidándose,
pues, de la autoridad paterna y de la orden expresa de
los cónsules, se lanza de cabeza a aquel combate en el que
poco iba a importar que resultase vencedor o vencido.
Retirados los demás jinetes como para un espectáculo, 9
espolean sus caballos uno contra el otro en el espacio de
campo que quedaba libre; se lanzaron al choque con las
picas en ristre, y la de Manlio rozó el casco de su enemigo,
la de Mecio el cuello del caballo. Después de hacer a 10
continuación volver grupas a los caballos, Manlio se irguió
el primero para repetir el golpe e hincó la pica entre las
orejas del caballo; al sentirse herido, el caballo se encabri-
tó de manos, sacudió la cabeza con gran fuerza y despidió 11
al jinete. Cuando éste se incorporaba de la grave caída
apoyándose en la pica y el escudo, Manlio lo clavó al suelo
atravesándole el cuello, de forma que el hierro le asomó
por el costado. Recogidos los despojos, regresó junto a 12
los suyos al campamento entre ovaciones de entusiasmo
de su escuadrón y, luego, se dirigió a la tienda de general
de su padre, ignorante de su destino y de lo que iba a
ocurrir, de si había merecido alabanza o castigo.

«Para que todos, padre, dijo, me reconozcan de ver- 13
dad nacido de tu sangre, yo te traigo estos despojos ecues-
tres quitados a un enemigo al que di muerte después de
ser desafiado.» Al oír estas palabras el cónsul inmediata- 14
mente dio la espalda a su hijo e hizo tocar la trompeta
para convocar la asamblea de soldados. Cuando éstos se
reunieron en buen número, dijo: «Puesto que tú, Tito 15
Manlio, sin respetar la autoridad consular ni la majestad
paterna, contraviniendo nuestra orden expresa, luchaste fue-
ra de las filas contra un enemigo y quebrantaste, en cuanto 16
de ti dependió, la disciplina militar, sostén, hasta la fecha,
del Estado romano, y me has puesto en el brete de tener

17 que olvidarme del Estado o de mí y de los míos, sufriremos nosotros el castigo de nuestro delito en vez de que tenga que sufrir tan graves daños el Estado para pagar nuestras culpas; seremos un ejemplo triste pero saludable para
18 la juventud en el futuro. A mí de verdad me conmueve, por un lado, el cariño innato hacia los hijos y, por otro, esa prueba de valor que has dado seducido por una vana
19 apariencia de gloria; pero es necesario o bien sancionar con tu muerte la autoridad de los cónsules, o bien abolirla para siempre dejándote impune, y no creo que tú, la verdad, si hay en ti algo de mi sangre, te niegues a restablecer con tu castigo la disciplina militar degradada por tu culpa.
20 Anda, lictor [21], átalo al poste.» Quedaron todos sin aliento ante una orden tan cruel, y como si cada uno de ellos viera el hacha levantada sobre sí, se quedaron quietos más por
21 miedo que por disciplina. Por eso se mantuvieron silenciosos e inmóviles como si el estupor hubiese anegado sus ánimos, y de repente, cuando al cortar la cabeza saltó la sangre, se alzaron gritos dando a las quejas tan libre curso que no se ahorraron lamentos ni imprecaciones, y el cuer-
22 po del joven, cubierto con los despojos, fue quemado sobre una pira funeraria levantada fuera del vallado, con toda la aplicada atención que los soldados pueden poner en la celebración de un funeral, y las órdenes manlianas no sólo fueron horrendas entonces, sino que además constituyeron un duro ejemplo para el futuro.

8 No obstante, la atrocidad del castigo volvió a la tropa más obediente a su general, y no sólo se puso más atento cuidado por todas partes en las vigilancias y centinelas y el orden de los puestos de guardia; también en el último

---

[21] El lictor acompañaba al magistrado a todas partes y, entre otras funciones, tenía la de ejecutar las sentencias capitales.

combate, cuando se salió al campo de batalla, resultó útil aquella severidad. Fue, sin embargo, una lucha de lo más 2
parecido a una guerra civil, tal era la semejanza de los latinos a los romanos en todo, excepto en el coraje.

Los romanos primero utilizaban escudos pequeños; 3
después, cuando se convirtieron en estipendiarios, construyeron escudos grandes en lugar de los pequeños, y lo que antes eran falanges del tipo de las macedónicas, comenzó después a ser un frente estructurado en manípulos; por 4
último, los soldados se distribuían en más cuerpos. La 5
primera línea la constituían los *hastati,* quince manípulos separados entre sí por un breve espacio; un manípulo tenía veinte soldados pertrechados con armas ligeras y otro grupo que portaban escudo; se consideraban pertrechados con armas ligeras los que sólo llevaban lanza y venablo. Esta 6
primera línea de la formación del ejército la integraba la flor de la juventud que comenzaba a formarse en la milicia. A éstos los seguían otros tantos manípulos de hombres de mayor edad, que recibían el nombre de *principes,* todos con escudo, y con armas especialmente escogidas. A este 7
cuerpo de treinta manípulos le daban el nombre de *antepilani* porque en formación se colocaban luego otros quince cuerpos, cada uno de los cuales tenía tres filas y a las primeras las llamaban *pilum.* Uno de estos cuerpos constaba 8
de tres banderas; una bandera tenía sesenta soldados, dos centuriones y un abanderado; eran ciento ochenta y seis hombres. La primera bandera iba al frente de los triarios, soldados veteranos de probado valor; la segunda, de los rorarios, con menor peso de edad y de acciones llevadas a cabo; la tercera, de los accensos, el cuerpo que inspiraba menos confianza, por lo cual eran relegados al último lugar de la formación. Después que el ejército se había orga- 9
nizado de esta forma, los *hastati* comenzaban el combate

los primeros. Si éstos no eran capaces de desorganizar al
enemigo, retrocedían paso a paso y los recibían los *princi-
pes* en los espacios libres de sus filas. Entonces la lucha
10 correspondía a los *principes;* los *hastati* iban detrás; los
triarios mantenían su posición bajo las enseñas, la pierna
izquierda extendida, sosteniendo el escudo sobre el hom-
bro, las lanzas con la punta hacia arriba apoyadas en tie-
rra, ofreciendo el aspecto de un ejército erizado de puntas
11 rodeado de una empalizada. Si tampoco los *principes*
obtenían en su lucha unos resultados suficientemente satis-
factorios, iban retrocediendo poco a poco desde la primera
fila hasta los triarios; de ahí que se haya hecho proverbial
la expresión: «la cosa llegó hasta los triarios», cuando se
12 está en dificultades. Los triarios se incorporaban y, des-
pués de recibir a *principes* y *hastati* por los espacios libres
de sus filas, inmediatamente, cerradas éstas, cortaban, por
así decir, los pasos y en una sola formación compacta,
13 sin dejar ya tras de sí ninguna esperanza caían sobre el
contrario; esto era de lo más temible para el enemigo, por-
que, al perseguir a quienes parecían vencidos, veía de re-
14 pente surgir una nueva línea, con mayores efectivos. Solían
alistarse cuatro legiones de cinco mil soldados de a pie y
trescientos de a caballo cada una [22].

Se añadía otro tanto procedente de las levas de los lati-
nos, que en esta ocasión eran enemigos de los romanos
15 y habían formado su ejército con el mismo sistema y sa-
bían que tenían que enfrentarse no sólo bandera con
bandera, conjunto de *hastati* con *hastati, principes* con *prin-
cipes,* sino incluso centurión con centurión, si no se desor-

[22] Sobre la cuestión de los efectivos militares, puede verse R. Bloch y Ch. Guittard, *Tite-Live. Histoire Romaine Livre VIII,* «Les Belles Lettres», París, 1987, págs. CVII-CXII.

ganizaban las filas. Había, entre los triarios de uno y 16
otro ejército, dos primipilos [23]: el romano, de cuerpo no
lo bastante fuerte pero, por lo demás, hombre aguerrido
y curtido en lides; el latino, de fuerza descomunal y gue- 17
rrero de primera; se conocían muy bien entre sí, porque
siempre habían tenido un mando parejo. Al romano, que 18
no confiaba demasiado en sus fuerzas, ya en Roma los
cónsules lo habían autorizado para que eligiese a quien qui-
siera como subcenturión para que lo defendiese del enemi-
go singular que le viniera destinado, y este joven, que se
le brindó en el campo de batalla, logró la victoria sobre
el centurión latino.

Se combatió no lejos de la falda del monte Vesubio, 19
en la ruta que llevaba al Véseris.

«Deuotio» de Publio Decio. Victoria romana sobre los latinos

Los cónsules romanos antes de salir al 9
frente de batalla ofrecieron un sacrificio.
Dicen que el arúspice le mostró a Decio
la cabeza del hígado mutilada en la parte
que le afectaba, pero que por lo demás
la víctima era aceptable a los dioses, que Manlio había
obtenido muy buenos presagios. «Pues entonces bien va
la cosa, dijo Decio, si se han obtenido buenos presagios por
parte de mi colega.» Ordenada la formación tal como se 2
ha dicho anteriormente, salieron al campo de batalla; Man-
lio mandaba el ala derecha, Decio la izquierda. Al prin- 3
cipio, por una y otra parte se desarrollaba la acción con
fuerzas parejas, con coraje idéntico; después, los *hastati*
romanos del ala izquierda, que no aguantaban la presión
de los latinos, se replegaron hacia los *principes*. En medio 4
de este desconcierto, el cónsul Decio grita con voz potente

[23] El primipilo o primer centurión mandaba el primer manípulo de los triarios, también llamados *pili*.

llamando a Marco Valerio: «Hace falta la ayuda de los
dioses, Marco Valerio, dice; vamos, pontífice público del
pueblo romano, vete dictándome las palabras con las que
5 ofrecerme en sacrificio en favor de las legiones.» El pontí-
fice le mandó que cogiera la toga pretexta y que, velándose
la cabeza y sacando la mano de la toga para tocarse el
mentón, erguido sobre un dardo colocado bajo sus pies,
6 dijera lo siguiente: «Jano, Júpiter, padre Marte, Quirino,
Belona, Lares, dioses Novénsiles, dioses Indígetes, dioses
que tenéis poder sobre nosotros y sobre los enemigos, y
7 vosotros, dioses Manes, os ruego y suplico, os pido perdón,
os pido que propiciéis al pueblo romano de los Quirites
fuerza y victoria, y que a los enemigos del pueblo romano
de los Quirites les provoquéis terror, pánico y muerte.
8 Tal como he proclamado con mis palabras, así, por la re-
pública del pueblo romano de los Quirites, por el ejército,
las legiones y las tropas auxiliares del pueblo romano de
los Quirites, ofrezco en sacrificio juntamente conmigo las
legiones y tropas auxiliares de los enemigos a los dioses
Manes y a la Tierra.»

9 Hecha esta súplica, ordena a los lictores que se di-
rijan a Tito Manlio y le comuniquen enseguida a su colega
que él se ha ofrecido en sacrificio por el ejército. Él, ceñi-
do el cinturón al estilo gabino [24], saltó armado sobre su
10 caballo y se lanzó en medio del enemigo a la vista de
ambos ejércitos con un aspecto bastante más augusto que
el humano, como si hubiese sido enviado del cielo para
expiar toda la cólera de los dioses a fin de llevar contra
11 los enemigos la ruina desviada de los suyos. Así, todo
el pánico y el terror que portaba consigo sembró el descon-

[24] Forma ritual de anudar la toga en torno al cuerpo de modo que dejase libres ambos brazos. Cf. V 46, 2, y X 7, 3.

cierto, primero, en la vanguardia de los latinos y, después, se difundió hasta la médula de todo el ejército. Esto 12
resultó muy evidente porque por dondequiera que lo llevaba el caballo, allí los enemigos eran presa de espanto igual que si hubiesen sido alcanzados por algún funesto golpe del cielo; y cuando se derrumbó, acribillado de dardos, desde ese momento las cohortes [25] de los latinos, ya claramente abatidas, se dieron a la fuga y dejaron desierto un amplio espacio. Al mismo tiempo los romanos, liberados 13
sus ánimos de temores religiosos, resurgiendo como si en ese momento se hubiera dado por primera vez la señal de combate, reemprendieron la lucha, pues los rorarios se 14
lanzaron a la carrera entre los antepilanos añadiendo fuerzas a los *hastati* y *principes,* y los triarios, rodilla derecha en tierra, esperaban la señal del cónsul para ponerse en pie.

Continuando luego la batalla, como en otras partes 10
los latinos eran superiores en número, el cónsul Manlio, informado de la suerte de su colega, después de rendir homenaje, con las lágrimas y elogios debidos como era justo y legítimo a una muerte tan memorable, durante unos ins- 2
tantes estuvo en duda sobre si ya sería el momento de que los triarios se incorporasen; pero después, pensando que era mejor reservarlos en plenitud de fuerzas para el momento decisivo, ordena que los accensos avancen desde la última línea hasta delante de las enseñas. Cuando éstos 3
se adelantaron, inmediatamente los latinos pusieron en movimiento a sus triarios como si sus contrincantes hubiesen hecho lo mismo; éstos, durante algún tiempo, en una lucha encarnizada, se agotaron y rompieron o embotaron sus lanzas, pero, sin embargo, hicieron retroceder al enemi-

[25] Es éste un término aquí anacrónico.

go, y pensaron que ya el combate había tocado a su fin y se había llegado hasta la última línea, cuando el cónsul
4 dijo a los triarios: «Levantaos ahora en plenitud de fuerzas frente a unos enemigos extenuados, tened presente a la patria y a vuestros padres, mujeres e hijos; tened presente al cónsul que fue al encuentro de la muerte en pro
5 de vuestra victoria.» Cuando se levantaron los triarios en plenitud de fuerzas con sus armas relucientes, como un nuevo ejército surgido de improviso, y dieron cabida a los
6 antepilanos en los espacios libres entre sus filas, lanzando el grito de guerra siembran el desconcierto entre las primeras filas de los latinos, y clavándoles las lanzas en el rostro hacen trizas a lo más fornido de los combatientes y se lanzan prácticamente ilesos por entre los otros manípulos como si éstos no tuviesen armas, destrozando sus formaciones en cuña, causando estragos tales que apenas si dejaron
7 la cuarta parte de los enemigos. También los samnitas, formados en la lejanía en las estribaciones del monte, infundieron terror a los latinos.

Ahora bien, en opinión de todos los ciudadanos y de los aliados, el mérito principal de aquella guerra correspondió a los cónsules, uno de los cuales atrajo sobre sí solo todos los peligros con que amenazaban los dioses de las
8 alturas y de las profundidades, el otro mostró en el combate tal valor y tal inteligencia que los romanos y latinos que transmitieron a la posteridad el recuerdo de aquella batalla coinciden sin dificultad en que la victoria hubiera correspondido, sin lugar a dudas, a cualquiera de las dos
9 partes que fuese mandada por Tito Manlio. Los latinos en su huida se dirigieron a Minturnas [26]. Después de la

[26] Minturnas se encontraba cerca de la frontera de la Campania, no lejos de la desembocadura del río Liri. Pasaría a ser colonia latina el 296.

batalla fue tomado el campamento y en él fueron captura-
dos con vida muchos hombres, sobre todo campanos.
La noche sorprendió a los que buscaban el cuerpo de 10
Decio, impidiendo que fuera encontrado aquel día; fue ha-
llado al día siguiente entre una gran cantidad de cadáveres
enemigos, acribillado de dardos; presidido por su colega,
se le hizo un funeral digno de su muerte.

Parece procedente añadir que, cuando un cónsul o 11
dictador o pretor ofrece en sacrificio las legiones del ene-
migo, puede ofrecer no precisamente su propia persona,
sino el ciudadano que quiera de entre los alistados en una
legión romana; si este hombre que ha sido ofrecido muere, 12
se considera que la cosa ha ido bien; si no muere, en
ese caso se entierra en el suelo una estatua de siete pies
o más de altura y se sacrifica una víctima expiatoria; por
encima de donde haya sido enterrada dicha estatua no le
es lícito pasar a un magistrado romano. En cambio, si quiere 13
ofrecerse a sí mismo, como se ofreció Decio, y no muere,
no podrá celebrar, sin contaminarse, ningún acto religioso
privado ni público, tanto si es con víctima como de cual-
quier otro modo. El que se haya ofrecido a sí mismo tiene
derecho a ofrecer sus armas a Vulcano o a cualquier otra
divinidad si lo prefiere. El derecho sagrado no permite que 14
el enemigo se apodere del venablo sobre el que se puso
de pie el cónsul al pronunciar las plabras de la ofrenda;
si se apodera de él, se ofrece a Marte como sacrificio ex-
piatorio un *suovetauril* [27].

---

[27] Se trata de un sacrificio, muy antiguo, de expiación de faltas, de carácter religioso. Se sacrifican animales de tres especies diferentes.

Nuevas victorias sobre los latinos. Enfrentamiento entre los cónsules. Dictadura proclive a la plebe

11 Aunque se ha borrado por completo el recuerdo de las costumbres divinas y humanas por haber preferido lo nuevo y foráneo a lo antiguo y patrio, me ha parecido que no estaba fuera de lugar referir estos ritos incluso con las mismas palabras con que se enunciaron y se transmitieron.
2 Encuentro escrito en algunos historiadores que los samnitas, después de esperar el resultado de la lucha, acudieron por fin en ayuda de los romanos tras la batalla.
3 También a los latinos se les comenzó a enviar por fin ayuda, cuando ya habían sido vencidos, desde Lavinio [28],
4 donde se perdió el tiempo en deliberaciones, y cuando ya las primeras enseñas y una parte del ejército habían salido por las puertas de la ciudad, llegó la noticia de la derrota de los latinos; cuando, después de invertir el sentido de la marcha, regresaban de vuelta a la ciudad, cuentan que su pretor, llamado Milionio, dijo que por aquel corto recorrido había que darles a los romanos una cumplida recom-
5 pensa. Los latinos que habían sobrevivido a la batalla, desperdigados por mil caminos, se reunieron en un solo grupo y encontraron acogida en la ciudad de Vescia.
6 Allí, en las asambleas, Numisio, su general, aseguraba que en realidad la suerte común de la guerra había abatido a ambos ejércitos con un desastre similar; que de la victoria los romanos no tenían nada más que el nombre; que la suerte que en lo demás también ellos corrían era la de
7 los vencidos: las dos tiendas de los cónsules estaban mancilladas, una con el parricidio del hijo y la otra con la

[28] Ciudad identificada con la actual Pratica di Mare. Como expresión de una aspiración hegemónica sobre otras treinta ciudades latinas, había en ella una cerda de bronce amamantando a treinta cerditos que, según Varrón, se conservaba en su época *(De re rustica* II 4, 17 ss.).

muerte del cónsul que se había ofrecido en sacrificio; todo su ejército estaba destrozado, hechos trizas sus soldados de primera y de segunda línea; se les había causado estragos delante y detrás de las enseñas, y los triarios habían recompuesto la situación en última instancia; y que, si 8
bien las tropas de los latinos habían sido igualmente destrozadas, sin embargo el Lacio o los volscos estaban más cerca que Roma para enviar refuerzos. Por consiguiente, 9
si les parecía bien, él, una vez efectuado a toda prisa un llamamiento entre la juventud de los pueblos latinos y volscos, volvería a Capua con un ejército en son de guerra y llegando de improviso abatiría a los romanos, que lo último que se esperaban era una batalla. Enviadas por el 10
contorno del Lacio y de la nación volsca cartas con mentiras, porque los que no habían intervenido en la lucha eran más propensos a creer ciegamente, se reunió un ejército de aluvión de todas las procedencias alistado deprisa y corriendo.

A este ejército le salió al paso el cónsul Torcuato 11
junto a Trifano, localidad situada entre Sinuesa [29] y Minturnas. Antes de tomar un lugar para el campamento, se amontonaron por ambas partes los bagajes, se combatió y se dio fin a la guerra. Quedó, en efecto, tan malparada 12
su situación que, cuando el cónsul llevaba su ejército victorioso a saquearles el territorio, se le rindieron todos los latinos, y tras esta rendición vino la de los campanos. El Lacio y Capua fueron sancionados con la confisca- 13
ción de parte de su territorio. El territorio latino, al que se añadió el de Priverno y el de Falerno, que había perte-

[29] Trifano se encontraba en la costa, cerca de la desembocadura del Liri, tal vez donde la moderna Sta. Agata de Goti. Sinuesa, al pie del Másico, conservándose hoy sus ruinas a 3 km. de Mondragone.

necido al pueblo campano, hasta el río Volturno, fue re-
14 partido entre la plebe romana. Se le asignaron a cada uno
dos yugadas de territorio latino completándolas con tres
cuartos de yugada del territorio privernate, o tres yugadas
en Falerno, añadiendo un cuarto de yugada en razón de
15 la distancia. Quedaron exentos de sanción de entre los
latinos los laurentes [30], y de los campanos la caballería,
porque no se habían rebelado. Se dispuso que se renovase
el tratado con los laurentes y desde entonces se viene reno-
vando todos los años diez días después de las Fiestas Lati-
16 nas [31]. A los miembros de la caballería campana se les
concedió la ciudadanía romana, y para que sirviese de re-
cordatorio fijaron una inscripción de bronce en el templo
de Cástor en Roma. Además, se le mandó al pueblo cam-
pano pagarles todos los años un tributo individual —y eran
mil seiscientos— de cuatrocientos cincuenta denarios por
cabeza [32].

12 Llevada así a término la guerra y distribuidos los
premios y los castigos según los merecimientos de cada cual,
Tito Manlio regresó a Roma. Está comprobado que cuan-
do volvía sólo salieron a su encuentro los de más edad,
y que la juventud no sólo entonces sino todo el resto de
su vida le volvió la espalda y lo maldijo.

2 Los anciates hicieron incursiones en territorio de Ostia,
Árdea y Solonio [33]. El cónsul Manlio, como por razones

---

[30] Una de las denominaciones de los habitantes de Lavinio.

[31] Durante estas antiguas Fiestas de la Confederación Latina, los cónsules iban a celebrar un sacrificio al monte Albano.

[32] Hasta el 211 a. C. no existe el denario de plata. En Roma, el Estado abonaba a los miembros de las 18 centurias ecuestres diez mil ases para el caballo *(aes equestre)* y dos mil para su manutención *(aes hordiarium)*.

[33] Solonio: en territorio de Lanuvio.

de salud no podía atender personalmente aquella guerra, nombró dictador a Lucio Papirio Craso, que casualmente entonces era pretor; éste nombró jefe de la caballería a Lucio Papirio Cúrsor. Ninguna acción memorable llevó a 3 cabo el dictador frente a los anciates, a pesar de haber permanecido acampado en su territorio durante varios meses.

Tras un año señalado por la victoria sobre tantos y 4 tan poderosos pueblos, y además, por la noble muerte de uno de los cónsules y por la orden, tan dura como famosa y memorable, del otro, vino el consulado de Tito Emilio Mamercino y Quinto Publilio Filón [34], que no se dedicaron 5 al mismo tipo de empresas y, por otra parte, en la gestión pública se preocuparon más de sus intereses o de los partidos que de la patria. A los latinos, que por despecho se levantaron en armas por la pérdida de territorio, los derrotaron en las llanuras fenectanas [35] y les quitaron los campamentos. Publilio, que había dirigido y auspiciado la ope- 6 ración, aceptó allí el sometimiento de los pueblos latinos, cuya juventud había sido masacrada, mientras que Emilio dirigió el ejército a Pedo [36]. A los pedanos los defendían 7 los pueblos tiburtino, prenestino y veliterno [37]; incluso habían venido refuerzos de Lanuvio [38] y Ancio. En los com- 8 bates los romanos eran claramente superiores, pero estaba por hacer toda la tarea en lo referente a la propia ciudad

[34] Año 339 a. C.

[35] Desconocida la localización de esta población del Lacio, *Fenectum*.

[36] Pedo (Gallicano), situado en la vía Prenestina, fue miembro de las Ligas Albana y Latina.

[37] De Tíbur (Tívoli), Preneste (Palestrina) —que, por su posición, dominaba la llanura del Lacio— y Vélitras (Velletri).

[38] Lanuvio, distante menos de 50 millas de Roma, fue miembro de la antigua Liga Latina.

de Pedo y a los campamentos de los pueblos aliados, que
9 estaban adosados a la ciudad, y entonces el cónsul, dejando de repente la guerra a medias, porque se enteró de que a su colega se le había decretado el triunfo, volvió a Roma para reclamar también él el triunfo antes de con-
10 seguir la victoria. Irritados los senadores por semejante codicia, dijeron que no al triunfo si Pedo no era tomada o se rendía; de ahí que Emilio, distanciado del senado, ejerciera desde entonces un consulado muy parecido al de
11 los tribunados sediciosos. En efecto, mientras fue cónsul no cejó de acusar a los senadores ante el pueblo, sin que su colega se le opusiera lo más mínimo, porque también
12 él era plebeyo; la base de sus acusaciones la constituía el injusto reparto entre la plebe del territorio latino y falerno, y cuando el senado, deseoso de poner fin al mandato de los cónsules, dispuso que se nombrase un dictador para hacer frente a los latinos que se habían sublevado,
13 Emilio, que llevaba los *fasces,* nombró dictador a su colega; éste nombró jefe de la caballería a Junio Bruto.
14 Fue una dictadura popular tanto por los discursos incriminatorios contra los senadores como por la presentación de tres proposiciones de ley muy favorables a la plebe y contrarias a la nobleza: una, que los decretos de la plebe
15 vinculasen a todos los Quirites; otra, que los senadores aprobasen las leyes que se presentasen a los comicios cen-
16 turiados antes de dar comienzo la votación; la tercera, que al menos uno de los censores fuese de procedencia plebeya, habiéndose llegado al extremo de poder elegir a los
17 dos plebeyos [39]. Los senadores estaban convencidos de

[39] El texto de esta última frase presenta dificultades de carácter tanto gramatical como histórico, y ha sido objeto de múltiples interpretaciones. Hasta el año 131 a. C. no aparecen dos plebeyos ejerciendo conjunta-

que aquel año los daños causados en el interior por los cónsules y el dictador fueron mayores que el incremento del dominio en el exterior por sus victorias y empresas bélicas.

Sometimiento del Lacio. Medidas con los pueblos latinos vencidos

Al año siguiente [40], durante el consu- 13
lado de Lucio Furio Camilo y Gayo Menio, para que quedase más de relieve la reprobación por lo que Emilio, cónsul del año anterior, había dejado sin hacer, el senado declara de forma ruidosa que Pedo debe ser atacada con armas, hombres y todos los medios de fuerza y debe ser destruida, y los nuevos cónsules, forzados a dar prioridad a esta cuestión sobre todas las demás, se ponen
en marcha. Para los latinos las cosas habían llegado ya 2
a una situación tal que no podían soportar ni la guerra ni la paz; para la guerra les faltaban medios, la paz la desdeñaban por el disgusto ante la confiscación de su terri-
torio. Parecía que era preciso atenerse a un término medio, 3
consistente en mantenerse dentro de las plazas fortificadas para evitar que los romanos tuviesen un pretexto para la guerra si eran provocados, y si se tenía noticia del asedio de alguna plaza, acudir todos los pueblos desde todas par-
tes en ayuda de los sitiados. Sin embargo, sólo pueblos 4
muy contados ayudaron a los pedanos. Los tiburtinos y prenestinos, cuyo territorio estaba más próximo, llegaron
hasta Pedo; los aricinos [41], lanuvinos y veliternos, cuando 5

mente esta magistratura. J. C. Richard explica la frase como una reflexión de Livio anticipatoria de las condiciones posteriores de acceso a la censura, en su análisis «Sur le droit de la plèbe à exercer la censure: à propos de Liv. VIII 12, 16», *Mnemosyne* XXXIV (1981), 127-135.

[40] El 338 a. C.

[41] Aricia estaba cerca de los montes Albanos, a menos de 3 km. del lago Nemi, a 24 km. de Roma (Ariccia). No perteneció a la Liga Albana,

se unían a los volscos anciates, fueron atacados por Menio
6 de improviso junto al río Ástura [42] y derrotados. Camilo
tiene junto a Pedo con los tiburtinos, ejército potentísimo,
un enfrentamiento armado de mayores proporciones pero
7 con un resultado igualmente satisfactorio. Durante la batalla creó confusión sobre todo una salida brusca de los habitantes de la plaza; Camilo, vuelta hacia ellos una parte del ejército, no sólo los rechazó al interior de las murallas, sino que el mismo día tomó la plaza con escalas después de batirlos a ellos y a las tropas venidas en su auxilio.
8 A continuación se decidió, después del asalto de una sola ciudad, llevar al ejército victorioso con mayor ahínco y coraje a someter el contorno del Lacio; y no descansaron hasta sojuzgarlo en su totalidad o bien tomando al asalto o bien aceptando la capitulación de cada una de las
9 ciudades. Una vez dispuestas luego guarniciones en las plazas que se habían rendido, marcharon a Roma a celebrar el triunfo que les estaba destinado por el sentir unánime. Al triunfo se añadió el honor de dedicarles en el foro estatuas ecuestres, cosa poco frecuente en aquella época.

10 Antes de que los cónsules presentasen propuestas en los comicios para el año siguiente, Camilo presentó ante el senado un informe acerca de los pueblos latinos y habló
11 en estos términos: «Senadores, lo que había que hacer en el Lacio con la guerra armada ya ha sido llevado a cabo gracias a la benevolencia de los dioses y al valor de los
12 soldados. Han sido destruidos en Pedo y el Ástura los ejércitos del enemigo; las plazas latinas en su totalidad, y entre las volscas Ancio, o bien fueron tomadas por la

tuvo su propia Liga federal probablemente, pasando después a la órbita de Roma.

[42] Este río del Lacio (Stura) desemboca al sureste de Ancio.

fuerza o bien se les aceptó la rendición y están ocupadas
por vuestras guarniciones. Lo que queda por debatir es 13
de qué manera los vamos a tener tranquilos con una paz
duradera, ya que una y otra vez se levantan en armas y
nos crean problemas. Los dioses inmortales os han hecho 14
tan dueños de estas deliberaciones que han dejado en vuestras manos el que sobreviva o no el Lacio; podéis, por consiguiente, aseguraros la paz para siempre, por lo que a los latinos se refiere, con medidas duras o con indulgencia. ¿Que queréis ensañaros con quienes se rindieron o fue- 15
ron vencidos? Se puede arrasar todo el Lacio, convertir en un vasto desierto esa tierra de la que en repetidas ocasiones habéis sacado un excelente ejército aliado durante
muchas e importantes guerras. ¿Que queréis, a ejemplo 16
de vuestros mayores, incrementar el poderío de Roma dando la ciudadanía a los vencidos? La ocasión de crecer de la forma más gloriosa está al alcance de la mano. Sin duda es con mucho el más sólido aquel imperio cuyos súbditos
están a gusto. Pero cualquiera que sea la decisión que se 17
tome, es preciso darse prisa, tantos son los pueblos que tenéis en vilo entre el miedo y la esperanza; conviene además que cuanto antes os liberéis de vuestra preocupación por ellos y que, mientras están en suspenso por la expecta-
ción, los prevengáis con el castigo o el favor. A nosotros 18
nos tocó hacer que tuvieseis la posibilidad de deliberar sobre todos estos extremos, a vosotros os toca determinar lo que sea mejor para vosotros y para el Estado.»

Los senadores principales elogiaron la exposición del 14
cónsul sobre la situación global, pero puesto que la causa de unos pueblos era distinta de la de otros, decían que se podía resolver el debate si se deliberaba acerca de cada pueblo por separado, con el fin de tomar medidas según
los merecimientos de cada cual. Se informó, pues, y se 2

adoptaron acuerdos acerca de cada uno individualmente. A los lanuvinos se les concedió la ciudadanía y se les restituyó su culto, con la condición de que el templo y el bosque sagrado de Juno Sóspita fuesen compartidos por los
3 municipios lanuvinos y el pueblo romano. Los aricinos y nomentanos y los pedanos tuvieron acceso a la ciudadanía
4 con los mismos derechos que los lanuvinos [43]. Los tusculanos conservaron la ciudadanía que tenían y el delito de rebelión no les fue imputado a todos ellos, sino a unos
5 pocos responsables. Se tomaron medidas drásticas con los veliternos, ciudadanos romanos de antiguo, por haberse sublevado en tantas ocasiones: fueron derruidas sus murallas, su senado fue sacado de allí y recibió orden de habi-
6 tar al lado de allá del Tíber, de forma que la sanción contra aquel de sus miembros que fuese sorprendido a este lado del Tíber podía llegar hasta los mil ases, y quien lo apresara no lo dejaría libre hasta que hubiese abonado el
7 dinero. Se enviaron colonos a las tierras de los senadores, y con su adscripción Vélitras recobró su antiguo aspecto
8 de ciudad populosa. También se envió a Ancio una nueva colonia con la condición de que se les permitiese a los anciates inscribirse como colonos si querían. Se le retiraron las naves de combate y se le vetó el acceso al mar al pueblo
9 anciate; se le concedió la ciudadanía. A los prenestinos y tiburtinos se les confiscó parte de su territorio no tanto por su reciente delito de rebelión, común a otros latinos, como porque en cierta ocasión, cansados del dominio romano, habían unido sus armas a las de los galos, gentes
10 sin civilizar [44]. Al resto de los pueblos latinos se les su-

[43] Los lanuvinos, al recibir la *ciuitas Romana optimo iure*, pasaron a *municipes*.

[44] En VII 11, 1 se dice que los tiburtinos se aliaron a los galos (año

primió el derecho a contraer matrimonio, el ejercicio del comercio y las reuniones entre ellos. A los campanos, en honor a su caballería que no había querido sublevarse juntamente con los latinos, y a los fundanos y formianos [45] por haber sido siempre seguro y tranquilo el paso por su territorio, se les concedió la ciudadanía sin sufragio. Se 11
acordó que cumanos y suesulanos gozasen de los mismos derechos y condiciones que Capua. Las naves de los ancia- 12
tes en parte fueron llevadas a los astilleros romanos y en parte fueron quemadas, y con sus espolones se acordó adornar una tribuna levantada en el foro; el área afectada recibió el nombre de Rostros.

Guerras menores. Proceso a una vestal

Durante el consulado de Gayo Sulpicio 15
Longo y Publio Elio Peto [46], cuando todo estaba en paz y calma no tanto por el poderío de Roma como por el favor que se había granjeado con su buena actuación, estalló una guerra entre sidicinos y auruncos.
Los auruncos, que se habían rendido al cónsul Tito Man- 2
lio, no se habían movido en absoluto desde entonces, por eso tuvieron un motivo más justo para pedir ayuda a los romanos. Pero antes de que los cónsules sacaran de Roma 3
al ejército, pues el senado había dispuesto que se defendiese a los auruncos, llegan noticias de que éstos por miedo habían abandonado la ciudad y, prófugos con sus mujeres 4

---

361), y en VII 12, 8 se deja entrever que Preneste dio la bienvenida al ejército galo el 358.

[45] De Fundos (Fondi), situada junto a la vía Apia no lejos del lago Fundano, se conservan restos de murallas ciclópeas. Formia: en el golfo de Gaeta; atravesada por la vía Apia.

[46] Año 337 a. C.

e hijos, habían fortificado Suessa [47], que ahora se llama Aurunca, y sus antiguas murallas y su ciudad habían sido
5 destruidas por los sidicinos. Irritado por este motivo el senado con los cónsules porque su demora había entregado a unos aliados, dispuso que se nombrase un dictador. Designado Gayo Claudio Inregilense, nombró jefe de la
6 caballería a Gayo Claudio Hortator. Surgió luego un escrúpulo religioso con relación al nombramiento de dictador, y como los augures dijeron que parecía que se había producido una irregularidad en su nombramiento, el dictador y el jefe de la caballería renunciaron al cargo.

7 Aquel año la vestal Minucia empezó por levantar sospechas al cuidar su atuendo más de lo normal, después fue acusada ante los pontífices por el mismo esclavo que
8 la había denunciado. Éstos le ordenaron por medio de un decreto que no participase en las funciones religiosas y que conservase en su poder a sus esclavos [48]. Se celebró el juicio y fue enterrada viva junto a la puerta Colina a la derecha de la vía pavimentada, en el campo del Crimen; creo que aquel lugar recibió este nombre por el atentado contra la pureza.

9 Aquel mismo año Quinto Publilio Filón fue elegido pretor, el primero de procedencia plebeya, a pesar de la oposición del cónsul Sulpicio, que afirmaba que no tendría en cuenta su candidatura, mientras que el senado, por tratarse de la pretura, se resistía menos al no aplicarse esta norma a los cargos más altos.

---

[47] Los auruncos eran una tribu del territorio situado entre los ríos Liri y Volturno, al sur de los volscos. Su capital era Suessa (llamada Aurunca para diferenciarla de la Suessa Pomecia de los volscos), y estaba en la falda occidental del monte Másico. Colonia latina en el año 313.

[48] Si los esclavos quedaban en libertad, no podían ser interrogados bajo tortura legalmente.

El año siguiente [49], bajo el consulado de Lucio Papirio 16
Craso y Cesón Dvilio, se hizo notar más por la novedad
que por la magnitud de una guerra contra los ausones [50].
Habitaba este pueblo la ciudad de Cales [51]; había unido 2
sus armas a los sidicinos, sus vecinos, y en una sola ba- 3
talla, ciertamente nada memorable, el ejército de los dos
pueblos, derrotado, debido a la proximidad de sus ciuda-
des estuvo más propenso a huir y más seguro en la huida.
No obstante, los senadores no dejaron de preocuparse por
esta guerra, porque los sidicinos, tantas veces ya, o bien
habían desencadenado ellos mismos la guerra, o habían
apoyado a quienes la iniciaban, o habían sido causa de
conflictos armados. Por lo tanto, se empeñaron por todos 4
los medios en que Marco Valerio Corvo, el general más
grande de aquel tiempo, fuera elegido cónsul por cuarta
vez. Marco Atilio Régulo se sumó a Corvo como colega [52], 5
y para evitar la eventualidad de un error del azar, se les
pidió a los cónsules que sin echarlo a suertes se hiciese
cargo Corvo de aquella guerra. Una vez que los cónsules 6
anteriores le entregaron el ejército victorioso, marchó a Ca-
les, donde se había originado la guerra; después de derro-
tar al primer grito de guerra y con la primera carga a unos
enemigos aterrados aún por el recuerdo de la batalla ante-
rior, se dispuso a atacar las murallas mismas. Y el ardor 7
de los soldados era realmente tal, que ya de inmediato que-
rían acercarse a los muros con escalas pretendiendo que

[49] El 336 a. C.

[50] Nombre griego de los auruncos.

[51] Cales (Calvi) se encontraba al norte de la Campania junto a la vía Latina. Fue la residencia del cuestor para la Italia meridional al constituirse en centro de la dominación romana en la Campania.

[52] Año 335 a. C.

8 los iban a escalar. Corvo, como esta acción era difícil de realizar, quiso llevar adelante su propósito con el trabajo más que con el riesgo de sus soldados. Hizo, pues, construir trincheras y manteletes y acercó torres a la muralla, pero se le presentó una oportunidad que le ahorró tener
9 que utilizarlas. En efecto, Marco Fabio, un prisionero romano, rompió sus cadenas cuando sus guardianes estaban descuidados en un día festivo y, suspendido de una cuerda atada a una almena de la muralla, se descolgó por el muro en donde los romanos realizaban los trabajos de asedio, y convenció al general para que atacase a los ene-
10 migos aturdidos por el vino y los banquetes. Los ausones fueron apresados juntamente con su ciudad sin un esfuerzo mayor que cuando habían sido derrotados en batalla campal. Se capturó un botín muy cuantioso y, después de poner en Cales una guarnición, retornaron a Roma las le-
11 giones. Un decreto del senado le concedió el triunfo [53] al cónsul, y para que Atilio no quedase sin gloria se dio orden a ambos cónsules de que llevasen el ejército a enfren-
12 tarse a los sidicinos. Antes, por decreto del senado, nombraron dictador a Lucio Emilio Mamercino para que presidiese los comicios; éste nombró jefe de la caballería a Quinto Publilio Filón. En los comicios, presididos por el dictador, fueron elegidos cónsules Tito Veturio y Espurio
13 Postumio [54]. Éstos, aunque estaba pendiente en parte la guerra con los sidicinos, sin embargo, para adelantarse a los deseos de la plebe con un beneficio, presentaron la pro-
14 puesta de llevar una colonia a Cales. Un decreto del senado dispuso que se inscribiesen dos mil quinientas personas con ese fin, y nombraron triúnviros para conducir la colonia

[53] El tercero. Cf. VII 27, 8 y 38, 3.
[54] Año 334 a. C.

y repartir las tierras a Cesón Dvilio, Tito Quincio y Marco Fabio.

Alejandro de Epiro. Censo. Matronas procesadas por envenenamiento

A continuación, los nuevos cónsules, 17
una vez recibido de los anteriores el ejército, penetraron en territorio enemigo y llegaron saqueando hasta las murallas de la ciudad. Entonces, como parecía que 2
los sidicinos, que habían reunido un enorme ejército, iban a pelear también ellos con denuedo por ser su última esperanza y, además, corría el rumor de que el Samnio estaba siendo empujado a la guerra, los cónsules por mandato 3
del senado nombraron dictador a Publio Cornelio Rufino; jefe de la caballería fue nombrado Marco Antonio. Surgió 4
luego un escrúpulo religioso sobre un defecto de forma en su nombramiento y renunciaron al cargo; y como a continuación sobrevino una epidemia, la situación derivó a un interregno, como si todos los auspicios se hubieran contaminado por aquella irregularidad.

Marco Valerio Corvo, quinto interrey desde que se 5
había iniciado el interregno, proclamó cónsules a Aulo Cornelio por segunda vez y a Gneo Domicio [55]. Cuando la 6
situación estaba en calma, el rumor de una guerra por parte de los galos surtió el efecto de una amenaza de guerra inminente hasta el punto de acordarse el nombramiento de un dictador; fue nombrado Marco Papirio Craso, y, jefe de la caballería, Publio Valerio Publícola. Mientras éstos 7
realizaban un reclutamiento más intenso que durante las guerras con los vecinos, los observadores que habían sido enviados informaron de que por parte de los galos la tranquilidad era total. Había sospechas de que también el 8
Samnio, por segundo año consecutivo ya, se estaba viendo

[55] Son los del año 332 a. C.

sacudido por proyectos revolucionarios; por eso no se sacó
9 al ejército romano del territorio sidicino. Pero la guerra de Alejandro de Epiro arrastró a los samnitas hacia los lucanos; estos dos pueblos, reunido el ejército, combatieron contra el rey que realizaba el desembarco por Pesto [56].
10 Alejandro, que fue superior en aquella batalla, hizo la paz con los romanos [57]: no se sabe hasta qué punto hubiera sido fiel a ella si las cosas le hubieran ido igual de bien en adelante.

11 Aquel mismo año se realizó el censo y fueron censados los nuevos ciudadanos. Por tales se añadieron las tribus Mecia y Escapcia; las añadieron los censores Quinto Publi-
12 lio Filón y Espurio Postumio. Los acerranos [58] pasaron a ser romanos por una ley presentada por el pretor Lucio Papirio, por la cual se les concedió la ciudadanía sin sufragio. Éstos fueron los hechos ocurridos aquel año en el orden civil y militar.

18 El año siguiente [59] fue horrible, bien por las inclemencias atmosféricas o bien por la maldad humana, mientras eran cónsules Marco Claudio Marcelo y Gayo Valerio.
2 En los Anales encuentro escrito el sobrenombre de este cónsul unas veces como Flaco y otras Potito, pero tampoco importa mucho cuál sea la verdad. Sí desearía que fuese falsa la tradición —y no todos los escritores la avalan— según la cual murieron por envenenamiento todos aquellos

---

[56] Ciudad de la Lucania, fundada por colonos griegos.

[57] Se han dado opiniones divergentes en cuanto a la probabilidad de un tratado de paz entre Alejandro de Epiro y Roma. L. Bracessi se pronuncia a favor de la posibilidad de que Livio combinase dos fuentes, una analística y otra griega («Roma e Alessandro il Molosso nella tradizione liviana», *Rend. Ist. Lomb.* 108 (1974), 196-202).

[58] Acerra estaba cerca de Nápoles, al NE.

[59] El 331 a. C.

cuya muerte hizo tristemente famoso al año por una epide-
mia; no obstante, hay que exponer la cosa tal como está 3
en la tradición, para no negarle credibilidad a ninguno de
los escritores. Cuando los ciudadanos principales se estaban 4
muriendo de una enfermedad similar y todos casi con los
mismos síntomas, una esclava le confesó al edil curul Quinto
Fabio Máximo que ella desvelaría la causa de la calamidad
pública si él le daba su palabra de que su delación no le
iba a acarrear inconvenientes. Fabio somete inmediata- 5
mente el asunto a la consideración de los cónsules, éstos
a la del senado, y con el acuerdo de todo este estamento
se le dan garantías a la denunciante. Entonces quedó al 6
descubierto que la población sufría por la maldad de las
mujeres, que las matronas preparaban aquellos venenos y
que, si querían seguirla en el acto, podían sorprenderlas
con todas las evidencias. Siguieron a la denunciante y 7
encontraron a algunas matronas cocinando los medicamen-
tos, y descubrieron otros escondidos. Conducidas éstas al 8
foro, el *viator* hizo comparecer a unas veinte matronas en
cuyo poder habían sido aprehendidos; como dos de ellas,
Cornelia y Sergia, de familia patricia ambas, pretendían
que aquellos medicamentos eran saludables, la denuncian-
te, rebatiéndolas, les pidió que bebieran para demostrar
que ella había inventado una falsedad. Se tomaron un 9
tiempo para cambiar impresiones; una vez retirado el pú-
blico, expusieron la cosa a las demás, y como tampoco
éstas rehusaron beber, apuraron el brebaje a la vista de
todo el mundo y todas ellas perecieron en su propia tram-
pa. Apresadas inmediatamente sus cómplices, denunciaron 10
a un gran número de matronas, de las cuales fueron con-
denadas alrededor de ciento setenta. Antes de esa fecha 11
no se habían dado en Roma procesos por envenenamiento.
Se consideró este hecho como extraordinario y pareció más

propio de personas que no estaban en sus cabales que de
12 criminales; por consiguiente, como se encontró en la tradición de los Anales que, en una ocasión, en las secesiones de la plebe, el dictador clavó un clavo y con este acto de expiación volvió a sus cabales las mentes enajenadas por la discordia, se acordó nombrar un dictador para clavar
13 el clavo. Designado Gneo Quintilio, nombró jefe de la caballería a Lucio Valerio; éstos, una vez clavado el clavo [60], renunciaron al cargo.

Victoria bélica sobre los privernates

19 Fueron elegidos cónsules Lucio Papirio Craso por segunda vez y Lucio Plaucio Venox [61]. A principios de este año vinieron a Roma como diputados de los volscos los fabraternos [62] y los lucanos
2 a pedir que se les acogiese bajo protección: si se los defendía de las armas de los samnitas, se mantendrían fieles y obedientes bajo el dominio del pueblo romano. Entonces el senado envió a unos embajadores y se les advirtió a los
3 samnitas que se abstuvieran de emplear la violencia contra los territorios de aquellos pueblos; dicha embajada surtió efecto, no tanto porque los samnitas quisieran la paz como porque no estaban aún preparados para la guerra.
4 Aquel mismo año se inició la guerra contra los privernates, que tenían a los fundanos como aliados, e incluso fue un fundano su general, Vitruvio Vaco, hombre célebre

---

[60] La ceremonia queda descrita en VII 3, 3-8: ante la persistencia de una epidemia, el *praetor maximus* hinca el clavo como acción mágica usual: transfijación del mal con una punta metálica. Se ha discutido la probabilidad de la asociación de un hecho como éste con la ceremonia que se repetía cada año en el Capitolio, en los idus de septiembre.

[61] Año 330 a. C.

[62] De la llamada *Fabrateria Vetus* (Ceccano), para distinguirla de la *Fabrateria Nova* fundada cerca de Fregelas el 124 a. C.

en Roma tanto como en su tierra; hubo una casa suya en
el Palatino, en el lugar llamado «Prados de Vaco» cuando
el edificio fue derruido y el terreno confiscado. Contra 5
éste, que devastaba a lo largo y a lo ancho el territorio
de Secia, Norba y Cora [63], salió Lucio Papirio e hizo alto
no lejos de su campamento. Vitruvio no tuvo ni sentido 6
común para mantenerse dentro de la empalizada ante un
enemigo más fuerte, ni arrestos para combatir a cierta dis-
tancia del campamento; con todo el ejército desplegado 7
a duras penas fuera de la puerta del campamento, con unos
soldados más pendientes de la huida que del combate y
del enemigo, lucha sin ideas y sin audacia. Si bien fue 8
vencido en un instante y de forma clara, también, por lo
reducido del espacio y lo fácil de la retirada a un campa-
mento tan cercano, libró sin mayor dificultad a sus hom-
bres de una masacre; casi ninguno fue muerto en el propio 9
combate, pocos en el tropel de la huida desesperada cuan-
do corrían hacia el campamento, y al oscurecer se dirigie-
ron desde allí a Priverno en una marcha atropellada,
para protegerse mejor con murallas que con una empali-
zada.

Plaucio, el otro cónsul, después de devastar los campos
por todas partes y de llevarse el botín, lleva al ejército des-
de Priverno al territorio fundano. Cuando se internaba 10
en él, le salen al encuentro los senadores de los fundanos;
le dicen que no han venido a interceder por Vitruvio ni por
los que han seguido su camino, sino por el pueblo funda-
no, que estaba libre de responsabilidad por la guerra, co-

---

[63] Cora (Cori), situada en territorio volsco, fue miembro de la Liga Latina de Aricia. Su situación hizo que fuera blanco de ataques sucesivos. Tomada por los volscos el 495, fue recuperada de nuevo. Restos de murallas ciclópeas confirman su antigüedad.

mo lo había apreciado el propio Vitruvio cuando en su huida había buscado refugio en Priverno y no en Fundos,
11 su patria. En Priverno, por tanto, debían ser buscados y perseguidos los enemigos del pueblo romano, que habían abandonado a la vez a los fundanos y a los romanos, olvidándose de una y otra patria; en Fundos había paz y sentir romanos, y un grato recuerdo por la ciudadanía que se
12 les había concedido; ellos ruegan al cónsul que mantenga al margen de la guerra a un pueblo inocente; sus tierras, su ciudad, sus propios cuerpos y los de sus mujeres e hijos
13 están y estarán en poder del pueblo romano. El cónsul, después de elogiar a los fundanos y comunicar por carta a Roma que éstos se mantenían fieles, dirigió el rumbo hacia Priverno. Claudio [64] escribe que antes el cónsul tomó medidas contra los que habían encabezado la sedición,
14 que cerca de trescientos cincuenta conjurados fueron enviados a Roma maniatados y que el senado no aceptó esta sumisión por considerar que el pueblo fundano quería salir del paso con el castigo de unos menesterosos de baja condición.

20 Como Priverno era asediada por dos ejércitos consulares, uno de los cónsules fue llamado a Roma para los comi-
2 cios. Aquel año se construyeron *carceres* en el circo por primera vez.

No se habían liberado aún por completo de la preocupación por la guerra privernate cuando cundió el rumor temible de una amenaza de guerra por parte de los galos, rumor casi nunca tomado a la ligera por los senadores.
3 De inmediato, pues, los nuevos cónsules Lucio Emilio Mamercino y Gayo Plaucio [65], el mismo día en que entraron

---

[64] Quinto Claudio Cuadrigario, que escribe en torno al año 70 a. C.

[65] Del año 329 a. C.

en funciones, el uno de julio, recibieron instrucciones de
repartirse entre sí los campos de acción; y Mamercino, al
que había correspondido la guerra con los galos, de alistar
un ejército sin admitir ninguna causa de exención; es más, 4
se dice que incluso fueron llamados a filas masivamente
los obreros y artesanos sedentarios, gente nada apropiada
para la milicia; el enorme ejército se concentró en Veyos,
para desde allí salir al encuentro de los galos; no se quiso 5
ir más lejos, no fuese a ocurrir que el enemigo pasase sin
ser visto si avanzaba hacia Roma por otro camino. Pocos
días después, habiendo comprobado que por el momento
había tranquilidad, se dirigieron hacia Priverno todas las
fuerzas en lugar de hacia los galos.

A partir de aquí hay dos versiones: unos sostienen que 6
la ciudad fue tomada por las armas y que Vitruvio cayó
vivo en poder de los romanos; otros, que antes de que
se recurriese a medidas extremas ellos mismos llevando ante
sí el caduceo se sometieron al cónsul, y que Vitruvio
fue entregado por los suyos. El senado, al que se le pidió 7
su parecer acerca de Vitruvio y los privernates, invitó al
cónsul Plaucio a venir para desfilar en triunfo después de
derruir las murallas de Priverno y dejar una fuerte guarnición;
ordenó que Vitruvio estuviese bajo custodia en la cárcel
hasta que el cónsul regresase, que entonces fuese azotado
y se le diese muerte; su casa, la que estaba en el 8
Palatino, acordaron que fuese destruida y sus bienes consagrados
a Semón Sango [66], y con el dinero que se sacó
de éstos se hicieron discos de bronce que fueron depositados
en la capilla de Sango frente al templo de Quirino.
En cuanto al senado privernate, se decretó que aquel sena- 9

[66] Dios sabino de los juramentos identificado con *Dius Fidius.* Era venerado en la isla del Tíber y tenía un santuario en el Quirinal.

dor que hubiese permanecido en Priverno después de la su-
blevación contra los romanos, habitase al otro lado del Tíber
10 en las mismas condiciones que los veliternos. Después de
estos decretos no se habló de los privernates hasta el triun-
fo de Plaucio; después del triunfo el cónsul, estimando que,
una vez muerto Vitruvio y los cómplices de la conjura,
se podía hablar de los privernates sin riesgos ante unos
oyentes que se daban por satisfechos con los castigos infli-
11 gidos a los culpables, dijo: «Puesto que los responsables
de la defección han recibido, tanto de parte de los dioses
inmortales como de la vuestra, el castigo merecido, sena-
dores, ¿qué pensáis que se debe hacer con la multitud no
12 culpable? Aunque mi papel consiste sin duda en recabar
vuestro parecer más que en exponer el mío, sin embargo,
viendo que los privernates son vecinos de los samnitas, que
es donde actualmente tenemos la paz menos asegurada, yo
desearía que entre nosotros y ellos no quedase el más míni-
mo motivo de resentimiento.»

21 Siendo la cuestión ambigua de por sí, haciéndose pro-
puestas más duras o más suaves según el talante de cada
cual, entonces uno de los diputados de Priverno, que tuvo
más presentes las condiciones en que había nacido que su
apurada situación presente, lo volvió todo más incierto;
2 preguntado éste por alguien que había hecho una propuesta
bastante dura, qué castigo creía que habían merecido los
privernates, respondió: «Aquel que merecen quienes se con-
3 sideran dignos de la libertad.» Viendo el cónsul que con
esta altiva respuesta se habían vuelto más hostiles aquellos
que antes se pronunciaban en contra de la causa de los
privernates, con el fin de suscitar una respuesta menos arro-
4 gante con una pregunta benévola de su parte, dijo: «Y
qué, si os condonamos el castigo, ¿qué clase de paz pode-
mos esperar que tendremos con vosotros?» «Si nos la con-

cedéis buena, dijo, la tendréis leal e ininterrumpida; si mala, no será duradera.» Entonces algunos opinaban que el 5
privernate amenazaba realmente, y sin andarse con rodeos, y que con aquellas palabras incitaba a la rebelión incluso a los pueblos sometidos; pero el sector más prudente del 6
senado daba a las respuestas una interpretación menos dura y decían que se habían escuchado las palabras de un guerrero y de un hombre libre: ¿es que se podía creer que pueblo o incluso hombre alguno iba a permanecer más tiempo del necesario en unas condiciones de las que estuviera descontento? La paz es fiable cuando los pacificados lo 7
son de grado, y no se debe esperar lealtad donde se quiere que haya esclavitud.

El propio cónsul de un modo especial inclinó los áni- 8
mos hacia este parecer, dirigiéndose de vez en cuando a los consulares, los primeros en emitir su opinión, de forma que pudiesen oírlo muchos de ellos, diciendo que en de- 9
finitiva quienes sólo piensan en la libertad son dignos de convertirse en romanos. Así pues, ganaron la causa en el 10
senado y, con el refrendo de los senadores, fue presentada al pueblo la propuesta de concederles la ciudadanía a los privernates.

Aquel mismo año se enviaron a Ánxur [67] trescientos 11
colonos; recibieron dos yugadas [68] de tierra cada uno.

---

[67] Ánxur, que durante la ocupación volsca recibió el nombre de Tarracina, se hallaba sobre un asentamiento de rocas calcáreas entre la llanura pontina y el mar, dominando la vía Apia. Su valor estratégico era muy notable.

[68] El nombre de yugada, medida de superficie equivalente a 2.519 m^2, pudiera hacer referencia al «día de bueyes».

Guerra con Palépolis. Institución del proconsulado

22 Vino a continuación un año [69] no señalado por ningún acontecimiento en el exterior ni en el interior, bajo el consulado de Publio Plaucio Próculo y Publio Cornelio Escápula, si exceptuamos el envío de una colonia a Fregelas [70], que había sido territorio de
2 los segninos y después de los volscos, y exceptuamos el reparto de carne al pueblo efectuado por Marco Flavio en
3 los funerales de su madre. Había quien interpretaba que, con el pretexto de honrar a su madre, pagaba al pueblo una recompensa que se había ganado porque lo había absuelto del delito de violación de una madre de familia por el que los ediles habían presentado demanda contra él.
4 La distribución de carne concedida como agradecimiento por el pasado favor del juicio fue incluso motivo de honor para él, y en las siguientes elecciones al tribunado de la plebe, aun estando ausente, fue preferido a los candidatos presentados.

5 No lejos de donde ahora está situada Neápolis estuvo Palépolis. En las dos ciudades habitaba el mismo pueblo. Eran oriundos de Cumas. Los cumanos son originarios de
6 la Cálcide de Eubea. Con la flota que los trasladó desde su patria se hicieron muy poderosos en la costa del mar en que viven; primero desembarcaron en las islas Enaria y Pitecusa [71], después tuvieron la osadía de trasladar al
7 continente su asentamiento. Esta ciudad, confiando tanto en sus propias fuerzas como en la poca fiabilidad de la

[69] El 328 a. C.

[70] Fregelas era una población volsca situada en un punto estratégico con respecto al paso hacia el Samnio y la Campania, cerca de la actual Ceprano, no lejos del río Liri.

[71] Islas de la bahía de Nápoles, una de ellas, la actual Ischia, en la que hubo uno de los asentamientos griegos más antiguos de Occidente.

alianza de los samnitas con los romanos, o bien confiando en la epidemia que, según noticias, había atacado a la ciudad de Roma, llevó a cabo muchas acciones hostiles contra los romanos que habitaban en territorios de Campania
y Falerno. Por consiguiente, siendo cónsules Lucio Cor- 8
nelio Léntulo y Quinto Publilio Filón por segunda vez [72], se enviaron feciales a Palépolis a exigir una reparación, y como trajeron de los griegos, gente más valiente de palabra que con hechos, una respuesta arrogante, el pueblo, a propuesta del senado, dispuso que se hiciera la guerra
a los palepolitanos. Distribuidos entre los cónsules los 9
campos de actuación, le correspondió a Publilio hacer la guerra a los griegos, y a Cornelio, con el otro ejército, enfrentarse a los samnitas si realizaban algún movimiento.
En efecto, corría el rumor de que, al acecho de una de- 10
fección de los campanos, iban a acercar su campamento a ellos. Allí le pareció a Cornelio el mejor sitio para acuartelarse.

El senado es informado por los dos cónsules de que 23
las esperanzas de paz con los samnitas son escasas: Publilio hace saber que dos mil soldados nolanos [73] y cuatro mil samnitas han sido recibidos en Palépolis más por presiones de los nolanos que por voluntad de los griegos;
Cornelio informa de que los magistrados han decretado un 2
llamamiento a filas y que todo el Samnio está en pie de guerra y que los pueblos vecinos, privernate, formiano y
fundano, están siendo instigados con toda claridad. Por 3
estos motivos se acordó enviar una embajada a los samnitas antes de que estallase la guerra, y se recibió de ellos una

[72] Año 327 a. C.

[73] Nola, situada al sudeste de Capua en la Campania, había sido fundada por los ausones.

4 respuesta arrogante. Sacaban a relucir por su parte los
desafueros de los romanos sin poner por ello menor empe-
ño en justificarse de los que se les echaba en cara:
5 los griegos no estaban siendo ayudados de acuerdo con
ningún plan oficial ni con ayuda oficial, ni ellos habían
instigado a los fundanos ni a los formianos; ahora bien,
no estaban en absoluto descontentos de sus fuerzas,
6 si se quería la guerra; por otra parte, no podían disimular
que a la población samnita le había sentado mal que el
pueblo romano hubiera reconstruido Fregelas, tomada por
ellos a los volscos y derruida, y hubiera impuesto en terri-
torio samnita una colonia que los propios colonos llama-
7 ban Fregelas; si este vergonzoso desafuero no era supri-
mido por sus autores, ellos mismos lo erradicarían por
8 todos los medios. Cuando el diputado romano los invitó
a acudir a la mediación de aliados y amigos comunes, dije-
ron: «¿Por qué andamos con vueltas? Nuestras diferencias
no las resolverán ni las palabras de los embajadores ni el
arbitraje de ningún hombre, sino la llanura campana en
la que hay que enfrentarse, y las armas y la suerte común
9 de la guerra. Por consiguiente, situemos frente a frente
nuestros campamentos entre Capua y Suésula y decidamos
si han de ejercer el dominio en Italia los samnitas o los
10 romanos.» Los comisionados romanos respondieron que
ellos irían no a donde los llamase el enemigo, sino a donde
los condujesen sus generales *** [74].

Publilio, tomando posiciones en un lugar apropiado entre Palépolis y Neápolis, les había ya roto a los enemigos el pacto de ayuda mutua que se habían intercambiado a

[74] Hay una laguna en el texto (intuida ya por Madvig), pero muy breve, según las conclusiones coincidentes de Luterbacher, Weissenborn y, más recientemente, K. H. Schwarte.

medida que uno u otro lugar eran amenazados. Así pues, 11
como apremiaba la fecha de las elecciones e iba contra los intereses del Estado que Publilio, cuando estaba a punto de caer sobre las murallas enemigas, fuese alejado de la expectativa de tomar la ciudad de un momento a otro,
se trató con los tribunos para que propusiesen al pueblo 12
que, cuando Quinto Publilio Filón hubiese abandonado el cargo de cónsul, siguiese con mando en funciones de cónsul hasta que hubiese tocado a su fin la guerra con los griegos.

Como tampoco se quería retirar a Lucio Cornelio, que 13
ya se había internado en el Samnio, del apogeo de la guerra, se le envió una carta para que nombrase un dictador
que presidiese los comicios. Nombró a Marco Claudio 14
Marcelo, el cual nombró jefe de la caballería a Espurio Postumio. Sin embargo, tampoco el dictador celebró los comicios porque fue objeto de discusión si había sido nombrado de forma irregular. Consultados los augures, declararon que les parecía irregular el nombramiento de dicta-
dor. Los tribunos con sus acusaciones hicieron recaer las 15
sospechas y el descrédito sobre esta respuesta, pues ni había podido resultar fácil detectar dicha irregularidad, dado que el cónsul, levantándose de noche nombraba al dictador en silencio, ni el cónsul había escrito a nadie sobre
el particular de forma oficial o privada, ni existía persona 16
alguna que dijese haber visto u oído algo que invalidase el auspicio, ni los augures, sentados en Roma, habían podido adivinar en qué irregularidad había incurrido el cónsul en el campamento; ¿a quién no le resultaba evidente que lo que a los augures les había parecido una irregularidad era el hecho de que el dictador fuese un plebeyo?
Cosas así y parecidas propalaban los tribunos infructuosa- 17
mente; la situación, no obstante, desembocó en un inte-

rregno, los comicios se retrasaron unas veces por un motivo y otras por otro, y por fin, el decimocuarto interrey, Lucio Emilio, proclamó cónsules [75] a Gayo Petelio y Lucio Papirio Mugilano —Cúrsor, encuentro escrito en otros Anales—.

Muerte de Alejandro de Epiro. Traición y toma de Palépolis

24 El mismo año [76] según la tradición fue fundada Alejandría en Egipto, y Alejandro, rey del Epiro, fue muerto por un exiliado lucano, confirmando con este desenlace la respuesta del oráculo de Júpiter
2 Dodoneo. Cuando los tarentinos lo habían llamado a Italia, le había respondido el oráculo que tuviese cuidado con el agua Aquerusia y con la ciudad de Pandosia: allí se acababa
3 su destino. Por eso cruzó a Italia con mayor rapidez, para alejarse lo más posible de la ciudad de Pandosia en el Epiro y del río Aqueronte [77], el cual se precipita desde la Molóside en la laguna infernal y desemboca en el golfo de Tesprocia.
4 Pero, como de costumbre se corre de lleno hacia el destino al tratar de evitarlo, después de derrotar en varias ocasiones las legiones brucias [78] y lucanas y tomarles a los lucanos Heraclea, colonia de los tarentinos, y Siponto [79], y Consencia y Terina de los brucios, y después otras ciudades

---

[75] Año 326 a. C.

[76] Livio retrasa unos cinco años estos dos hechos.

[77] El Aqueronte de Tesprocia, en el Epiro, desemboca en el mar Jónico después de desaparecer bajo tierra. El Aqueronte del Brucio puede ser identificado con el Caronte, que se une al Busento muy cerca de Cosenza.

[78] El pueblo de los brucios era de origen osco, llegado del Norte a la zona de la actual Calabria. Consencia (Consenza) fue elegida por ellos como capital el año 356 a. C.

[79] Siponto, que sería el puerto de Arpos, estaba a 26 km. de Salapia. Heraclea, fundada el 432, tuvo un gran desarrollo en el siglo IV, y desde muy pronto fue controlada por Tarento.

de los mesapios y los lucanos, y después de enviar al Epiro
a trescientas familias ilustres para tenerlas como rehenes,
se estableció no lejos de la ciudad de Pandosia, que colinda 5
con el territorio lucano y brucio, ocupando tres colinas
relativamente distantes entre sí, para hacer desde ellas in-
cursiones a cualquier punto del territorio enemigo. Tenía 6
a su lado como hombres de confianza a casi doscientos
exiliados lucanos cuya lealtad, a tenor del carácter de la
mayoría de esa gente, cambiaba al cambiar la fortuna.

Como las lluvias ininterrumpidas, que habían inundado 7
toda la llanura, habían impedido a los tres cuerpos de ejér-
cito prestarse ayuda mutua, los dos cuerpos donde no esta-
ba el rey fueron aplastados con la llegada imprevista de
los enemigos, los cuales, después de acabar con ellos, se
centraron todos en el asedio al propio rey. Desde allí los 8
exiliados lucanos enviaron mensajeros a sus conciudada-
nos y se pactó su vuelta con la promesa de que entregarían
en sus manos al rey vivo o muerto. Pero éste, con hombres 9
escogidos decidiéndose a una acción sobresaliente, irrumpe
por entre los enemigos y en un choque cuerpo a cuerpo
con el jefe de los lucanos le da muerte, y reagrupando a 10
los suyos, dispersos a causa de la huida, llega hasta un
río que señala el camino con las ruinas recientes de un
puente que había arrastrado la fuerza de la corriente.
Cuando la columna lo cruzaba por un vado poco seguro, 11
un soldado, agotado por el miedo y la fatiga, increpando
al río por su nombre abominable, dice: «Con razón te lla-
man Aqueronte [80].» Cuando estas palabras llegaron a oídos
del rey, inmediatamente se puso a pensar en su destino
y se quedó parado dudando en cruzar. Entonces Sotimo, 12

[80] Ver nota 77.

uno de los muchachos servidores del rey, preguntándole
por qué andaba con vacilaciones en un momento de tan
grave peligro, le hace notar que los lucanos buscan un lu-
13 gar para tender una emboscada. Cuando el rey miró hacia
atrás y los vio venir a lo lejos agrupados, desenvainó la
espada y lanzó su caballo por en medio del río, y cuando
ya había salido del vado un exiliado lucano lo atravesó
14 desde lejos con un venablo. Se vino abajo y desde allí
la corriente arrastró su cuerpo sin vida, con el venablo cla-
vado, hasta las guarniciones de los enemigos. Allí se llevó
a cabo una horrible mutilación del cadáver. En efecto, lo
cortaron por la mitad y una parte la enviaron a Consencia
15 y la otra se quedaron con ella para escarnecerla. Cuando
le lanzaban a distancia dardos y piedras, una mujer, me-
tiéndose entre la turba que se comportaba con una cruel-
dad más allá de lo creíble en una reacción humana de cóle-
ra, les suplicó que parasen un momento y, llorando, dijo
que su marido y sus hijos estaban presos en poder del ene-
migo; que tenía la esperanza de rescatar a los suyos con
16 el cuerpo del rey, aunque fuese mutilado. Se puso así
fin a la carnicería y lo que quedó de sus miembros fue
sepultado en Consencia por el cuidado individual de una
mujer, y sus huesos fueron enviados al enemigo a Meta-
17 ponto y de allí fueron trasladados al Epiro a poder de su
esposa Cleopatra y su hermana Olimpíade, una de las cua-
les fue la madre y la otra la hermana de Alejandro Magno.
18 Basta lo poco que se ha dicho acerca del triste fin de
Alejandro de Epiro puesto que, aunque hizo la guerra en
Italia, la suerte lo mantuvo apartado de guerras contra los
romanos.

25 Aquel mismo año se celebró en Roma un lectisternio,
el quinto desde la fundación de la ciudad, con el fin de
aplacar a los mismos dioses que en ocasiones anteriores.

Después, los nuevos cónsules, por mandato del pueblo, en- 2
viaron a declarar la guerra a los samnitas, y ellos hacían todos los preparativos con mayor dedicación que contra los griegos; por otra parte, vinieron a sumarse otros nuevos refuerzos, cuando ellos no pensaban ni por asomo en nada parecido. Los lucanos y los ápulos, pueblos que 3
hasta aquella fecha no habían tenido nada que ver con los romanos, vinieron a someterse ofreciendo armas y hombres para la guerra; fueron, por consiguiente, admitidos con un pacto de amistad. Al mismo tiempo, también en el 4
Samnio resultaron bien las cosas. Tres plazas cayeron en poder de los romanos, Alifas, Califas y Rufrio [81], y el resto del territorio fue devastado a lo largo y ancho nada más llegar los cónsules.

Mientras esta guerra comenzaba con tan buen pie, se 5
aproximaba ya también el final de la otra, en la cual los griegos estaban sitiados. En efecto, aparte de que al romper su línea defensiva se había aislado a una parte de los enemigos de la otra, sufrían, murallas adentro, cosas bastante más horribles que aquellas con que el enemigo amenazaba, y como si fueran prisioneros de sus propios de- 6
fensores padecían ya vejaciones incluso en sus hijos y mujeres, y lo último que sufren las ciudades conquistadas. De modo que, cuando corrió la voz de que iban a llegar 7
nuevos refuerzos procedentes de Tarento y de los samnitas, consideraban que ya había dentro de sus murallas más samnitas de los que hubieran querido y ellos, que eran griegos, 8
esperaban a la juventud tarentina, griegos también, para resistir, con su mediación, a los samnitas y nolanos tanto como a los enemigos romanos. Al final les pareció un mal

[81] Situadas, las tres, en el valle del Volturno. Alifas (Alife), en la vía Latina. Califas y Rufrio, ¿donde las actuales Calvisi y Ruvo?

9 menor rendirse a los romanos. Carilao y Ninfio, principales de la ciudad, pusieron en común un plan y se repartieron las tareas para llevarlo a cabo: uno de ellos se pasaría al general romano y el otro se quedaría para preparar la
10 ciudad adecuadamente para el plan. Carilao fue el que se presentó a Publilio Filón y dijo que había decidido entregar la ciudad, que ello fuese para bien, ventura y felici-
11 dad de los palepolitanos y del pueblo romano; el que esta acción fuese interpretada como entrega o como salvación de su patria dependía de la lealtad romana; nada pac-
12 taba ni pedía para sí privadamente; en nombre público, más que pactar pedía que si salía adelante su propósito, pensase el pueblo romano con cuánta abnegación y peligro se había vuelto a su amistad, en vez de pensar con qué insensatez e imprudencia había abandonado su deber.
13 Después de ser elogiado por el general, recibió tres mil soldados para ocupar aquella parte de la ciudad donde estaban situados los samnitas; al frente de este destacamento fue puesto el tribuno militar Lucio Quincio.

26 Al mismo tiempo, también Ninfio, abordando con astucia al pretor de los samnitas, lo había convencido para que, puesto que todo el ejército romano se encontraba o en torno a Palépolis o en el Samnio, le permitiese bordear con la flota hasta territorio romano para saquear no sólo la costa sino incluso la zona próxima a la propia ciudad;
2 pero para pasar desapercibido tenía que partir de noche y echar al agua inmeditamente las naves. Para hacerlo con mayor celeridad, todos los jóvenes samnitas, salvo los imprescindibles para la defensa de la ciudad, fueron enviados
3 a la costa. Mientras que allí Ninfio, en la oscuridad y en medio de una multitud que se estorbaba a sí misma, pierde tiempo sembrando a propósito la confusión con órdenes contradictorias, Carilao, acogido en la ciudad por sus com-

pañeros según lo convenido, después de llenar de soldados
romanos las zonas más altas de la ciudad, ordenó que se
diese el grito de guerra; al oírlo los griegos, recibida una 4
señal de sus jefes, se quedaron quietos, y los nolanos huye-
ron por el lado opuesto de la ciudad por la vía que llevaba
a Nola. A los samnitas, aislados de la ciudad, les pareció
la huida tan expedita de momento como vergonzosa una
vez que escaparon del peligro, y es que volvieron a su país
inermes, despojados y en la indigencia, al haber dejado
todas sus pertenencias en poder del enemigo, siendo ob- 5
jeto de burla no sólo para los extranjeros sino también
para sus compatriotas. Sin ser desconocedor de otra ver- 6
sión según la cual la traición mencionada fue obra de los
samnitas, hice esta concesión a los autores que merecen
mayor credibilidad, pero por otra parte el tratado con los
neapolitanos [82], pues a ellos pasó después el gobierno de
los griegos, da mayor verosimilitud al hecho de que éstos
retornaran por sí mismos a la amistad con los romanos.
Se le concedió por decreto el triunfo a Publilio, porque 7
existía la opinión bastante extendida de que los enemigos
se habían sometido constreñidos por el asedio. A este hom-
bre le ocurrieron por primera vez estas dos cosas extraor-
dinarias: la prórroga del mando, que no se le había conce-
dido a nadie anteriormente, y el triunfo cuando ya había
dejado el cargo.

[82] ¿Era Palépolis una ciudad aparte, o simplemente una zona de Nápoles donde se asentaron los antiguos colonos de Cumas?

Los tarentinos instigan a los lucanos. Nueva ley sobre las deudas. Victoria romana sobre los vestinos

27 Inmediatamente después estalló otra guerra con los griegos de la otra costa.
2 En efecto, los tarentinos, después de haber sostenido durante algún tiempo a Palépolis con la vana esperanza de una ayuda, cuando se enteraron de que los romanos se habían apoderado de la ciudad, increpaban a los palepolitanos como si hubiesen sido ellos los abandonados y no los que habían abandonado, y bramaban de rabia y odio contra los romanos, porque además llegaron noticias de que los lucanos y los ápulos (pues aquel año comenzó la alianza con ambos pueblos) se habían puesto bajo la protección del pueblo romano;
3 efectivamente, se había llegado casi hasta ellos y la cuestión se cifraba ya en que los romanos debían ser considera-
4 dos o enemigos o amos. Su suerte se jugaba sin duda en la guerra samnita y en su resultado; sólo quedaba este pueblo y, encima, ni siquiera era lo bastante fuerte después
5 de la defección de los lucanos; a estos últimos se les podía aún hacer dar marcha atrás y empujarlos a romper la alianza con Roma si se empleaba alguna habilidad en sembrar discordias.

6 Como estos planteamientos prevalecieron entre quienes estaban ansiosos de un vuelco en la situación, se compró con dinero a unos jóvenes lucanos, más conocidos que honrados entre sus compatriotas, los cuales se azotaron con varas unos a otros y se presentaron en la asamblea de ciuda-
7 danos con sus cuerpos desnudos y dijeron a gritos que, por haberse atrevido a entrar en el campamento romano, los cónsules los habían hecho azotar con varas y casi
8 decapitar. Como este incidente, horrible de por sí, presentaba mayores visos de una afrenta que de una treta, la gente, soliviantada, fuerza con sus gritos a los magistra-

dos a convocar al senado, y unos, situándose en torno 9
a la asamblea, reclaman la guerra contra los romanos, otros
corren a concitar a las armas a la masa campesina, y en
medio de un tumulto que conturba incluso los ánimos sen-
satos, se decide renovar la alianza con los samnitas y se
envían embajadores con ese objeto. Como esta determina- 10
ción repentina no tenía base alguna y ni siquiera era creí-
ble, fueron obligados por los samnitas a entregar rehenes
y a admitir guarniciones en los lugares fortificados, y, ce-
gados por el engaño y la cólera, no dijeron que no a nada.
Comenzó poco después a descubrirse el engaño, cuando 11
los autores de las falsas imputaciones emigraron a Taren-
to; pero, al haber perdido toda capacidad de decisión so-
bre sí mismos, no les quedaba más que arrepentirse inútil-
mente.

Aquel año se le proporcionó a la plebe romana, en 28
cierto modo, un nuevo estreno de la libertad, porque dejó
de haber esclavitud por deudas, cambio jurídico debido
a la lujuria a la vez que a la notable crueldad de un
usurero. Fue éste Lucio Papirio, en cuyas manos se entre- 2
gó por una deuda paterna como esclavo por deudas Gayo
Publilio, cuya edad y belleza podían mover a compasión,
pero que encendieron en su ánimo una baja pasión vergon-
zosa. Pensando que la flor de su edad era un fruto sobre- 3
añadido al préstamo, intentó primero seducir al chico con
proposiciones deshonestas; después, como hacía oídos sor-
dos a aquella infamia, lo asustaba con amenazas y cada
poco le recordaba su condición; finalmente, viendo que 4
tenía más presente su condición de hombre libre que su
actual situación, ordena que lo desnuden y que traigan las
varas. Cuando el joven, lacerado con ellas, salió corriendo 5
a la calle quejándose de la lujuria y crueldad del usurero,
una enorme cantidad de gente, movida a compasión por la 6

edad y encendida por lo indignante de la afrenta, pensan-
do por otra parte en la propia situación y en la de los
propios hijos, corre hacia el foro y desde allí en tropel
7 hacia la curia; y cuando los cónsules, forzados por el
repentino tumulto, convocaron al senado, a medida que
iban entrando en la curia los senadores, les mostraban la
espalda lacerada del muchacho y se echaban a los pies de
8 cada uno de ellos. Aquel día, por la incontrolada prepo-
tencia de uno solo se quebró el fuerte vínculo del crédito
y los cónsules recibieron el mandato de proponer al pueblo
que nadie fuese sujeto con grilletes o encarcelado, a no
ser que hubiese merecido castigo y hasta que purgase su
9 culpa; el dinero prestado hipotecaría los bienes del deudor,
no su cuerpo. Quedaron así en libertad los esclavizados
por deudas, y se tomaron medidas para que en adelante
no hubiese más detenidos.

29 Aquel mismo año, cuando ya la guerra samnita por
sí sola, y la repentina defección de los lucanos, y los taren-
tinos, instigadores de dicha defección, tenían bastante pre-
ocupados a los senadores, se vino a sumar la unión del pue-
2 blo vestino [83] con los samnitas. Esta circunstancia, si bien
durante aquel año fue tema más de conversaciones genera-
lizadas entre la gente que de debate en alguna asamblea
pública, sin embargo a los cónsules del año siguiente [84],
Lucio Furio Camilo por segunda vez y Junio Bruto Esce-
va, les pareció la primera y más importante para presentar
3 ante el senado una proposición referente a ella. Y aunque
el hecho no era nuevo, preocupó sin embargo en tal medida
a los senadores, que temían, al mismo tiempo, abordarlo

[83] Pueblo sabélico que habitaba en la margen izquierda del Aterno, hacia el Adriático, con capital en Pinna (Civita di Penne).

[84] El 325 a. C.

y dejarlo de lado por miedo a que la impunidad de los
vestinos provocase la ambición o la insolencia de los pue-
blos vecinos, o bien a que la búsqueda de su castigo con
una guerra sublevase a los pueblos vecinos por resentimiento
y por la cercanía del peligro. Eran todos un tipo de pue- 4
blos equiparables con creces a los samnitas en la guerra,
los marsos, los pelignos y los marrucinos [85], a todos los
cuales había que considerarlos enemigos si se tocaba a los
vestinos. Se impuso, sin embargo, el sector que en aquellas 5
circunstancias pudo parecer más valeroso que prudente; pero
el desenlace enseñó que la fortuna ayuda a los decididos.
A propuesta del senado, el pueblo ordenó la guerra contra 6
los vestinos. Le correspondió a Bruto hacerse cargo de ella,
y a Camilo del Samnio. Fueron conducidos los ejércitos a 7
uno y otro punto, y el cuidado de defender sus fronteras
impidió a los enemigos juntar sus armas. Pero a uno de 8
los cónsules, Lucio Furio, sobre el que había recaído la
tarea de mayor peso, la suerte lo apartó de la guerra aque-
jado de una enfermedad grave; recibió orden de nombrar 9
un dictador para llevar adelante la empresa y nombró a
la persona más distinguida en la guerra en aquel tiempo
con gran diferencia: Lucio Papirio Cúrsor, que nombró
jefe de la caballería a Quinto Fabio Máximo Ruliano;
pareja famosa por las acciones llevadas a cabo durante 10
dicho cargo, pero más famosa, sin embargo, por su falta
de entendimiento, debido a la cual se llegó casi a un en-
frentamiento extremo.

El otro cónsul dirigió en territorio vestino una guerra 11
con múltiples formas, pero siempre con el mismo resulta-
do. En efecto, arrasó los campos y, a base de saquear y
quemar las casas y los sembrados del enemigo, lo arrastró

[85] Pueblo de Italia central colindante con los vestinos y los pelignos.

12 contra su voluntad al campo de batalla, y así fue como
en un solo combate arruinó por completo a los vestinos,
si bien no sin bajas por su parte, de suerte que los enemi-
gos no se limitaron a huir al campamento, sino que, faltos
de confianza incluso en la empalizada y los fosos, se des-
perdigaron por las ciudades con la intención de defenderse
13 con la posición y las murallas de las mismas. Finalmente,
intentando el asalto por la fuerza a las plazas fuertes inclu-
so, por medio de escalas se apoderó primero de Cutina,
con unos soldados muy enardecidos de coraje por las heri-
das, puesto que casi ninguno había salido ileso del comba-
14 te, y después tomó Cingilia. El botín de ambas ciudades
se lo cedió a los soldados, ya que no los habían detenido
ni las puertas ni las murallas del enemigo.

30

El jefe de la caballería contraviene las órdenes del dictador. Posturas a favor y en contra

Se emprendió la marcha hacia el Sam-
nio con unos auspicios poco claros; sus
defectos no repercutieron en el resultado
de la guerra, que se llevó a cabo con éxi-
to, pero sí suscitaron la rabia y el re-
2 sentimiento de los generales. En efecto,
como el dictador Papirio, prevenido por
el pulario, se marchaba a Roma para renovar los auspi-
cios, dio orden al jefe de la caballería de que se mantuvie-
se en su posición y no trabase combate con el enemigo
3 durante su ausencia. Quinto Fabio, cuando averiguó por
medio de exploradores tras la marcha del dictador que,
en el lado enemigo, todo era despreocupación, como si en
4 el Samnio no estuviese ni un solo romano, bien fuese por
tratarse de un joven impetuoso encendido de indignación
porque parecía que todo dependía del dictador, o bien im-
pulsado por la oportunidad de realizar una acción con éxi-
to, marchó con el ejército formado y dispuesto y se en-

frentó con los samnitas en batalla campal cerca de una
localidad que llaman Imbrinio. La suerte del combate fue 5
tal que no se descuidó ni un detalle en que se hubiese
dirigido mejor la acción si hubiese estado presente el dicta-
dor; el general no dejó desasistidos a los soldados, ni los
soldados al general. Incluso la caballería, por iniciativa de 6
Lucio Cominio, tribuno militar, que después de tomar im-
pulso varias veces no había podido romper las líneas ene-
migas, quitó los frenos a los caballos y los lanzó de tal
forma al galope picando espuelas que no había fuerza ca-
paz de resistirlos; por entre armas y guerreros causaron
estragos en un amplio espacio; secundando la carga de la 7
caballería, la infantería se precipitó sobre unos enemigos
en pleno desconcierto. Se dice que aquel día fueron muer-
tos veinte mil enemigos. Tengo testimonios de que se com-
batió dos veces con el enemigo en ausencia del dictador,
y que las dos veces se obtuvo una victoria notable; en los
historiadores más antiguos sólo se encuentra esta batalla;
en algunos Anales no se hace mención alguna sobre esta
cuestión.

El jefe de la caballería se hizo con gran cantidad de 8
despojos, cosa lógica en una derrota de tal calibre, y una
vez amontonadas las armas enemigas en una enorme pila
les prendió fuego y las quemó, bien por tratarse de un 9
voto a alguno de los dioses o bien, si se prefiere dar crédi-
to al historiador Fabio [86], lo hizo para evitar que el dicta-
dor recogiese el fruto de su propia gloria y escribiese su
nombre en los despojos o los llevase en su desfile triunfal.
También la carta que a propósito de su acción victoriosa 10
envió al senado y no al dictador constituyó una prueba

[86] Quinto Fabio Píctor, el analista que escribía en griego y participó en la Segunda Guerra Púnica.

de que no compartía en absoluto la gloria con éste. También es verdad que el dictador acogió la noticia de una forma que dejaba traslucir ira y despecho, mientras los
11 demás estaban contentos por la victoria conseguida. Así pues, levantando repentinamente la sesión del senado, se precipitó fuera de la curia repitiendo que, sin duda, en la misma medida que las legiones samnitas, la majestad del dictador y la disciplina militar habían sido derrotadas y echadas por tierra por el jefe de la caballería, si quedaba
12 impune su menosprecio de la autoridad suprema. Marchó, pues, al campamento henchido de una furia amenazadora, pero a pesar de ir con la mayor celeridad, no pudo, sin
13 embargo, adelantarse a la noticia de su llegada; algunos, en efecto, habían corrido delante desde la ciudad para anunciar que llegaba el dictador sediento de castigar y dedicando casi todas sus palabras a exaltar la acción de Tito Manlio.

31 Fabio convocó inmediatamente la asamblea de soldados y los conminó a que, con el mismo valor con que habían defendido a la patria de su más encarnizados enemigos, lo protegiesen a él, a cuyas órdenes y bajo cuyos auspicios habían vencido, de la incontrolada crueldad del
2 dictador: llegaba fuera de sí por el odio, irritado contra el valor y la suerte ajenos; estaba enfurecido porque en su ausencia los intereses del Estado habían sido defendidos con éxito; prefería, si estuviese en su mano cambiar la suerte, que la victoria hubiese correspondido a los samnitas
3 en vez de a los romanos; andaba diciendo que la autoridad había sido menospreciada, como si cuando él había prohibido luchar no tuviese la misma actitud que cuando se dolía de que se hubiera combatido. Entonces por envidia hubiera querido poner trabas al valor ajeno, y hubiera estado dispuesto a quitarles las armas a los soldados, ansiosos de

combate, para que no pudiesen moverse durante su ausen- 4
cia; y lo que ahora lo sacaba de sus casillas, lo que peor
soportaba, era que los soldados, sin Lucio Papirio, no ha-
bían estado inermes, no habían sido mancos; que Quinto
Fabio se había considerado a sí mismo un jefe de la caba-
llería y no un criado del dictador; ¿qué hubiese hecho
si la batalla hubiera resultado adversa, pues así son los 5
lances y la suerte común de la guerra, él, que cuando los
enemigos habían sido derrotados y los intereses públicos
defendidos de una forma que él mismo, general sin par,
no hubiese podido mejorar, amenazaba con el suplicio al
jefe de la caballería ahora vencedor? Y su hostilidad hacia 6
el jefe de la caballería no era mayor que hacia los tribunos
militares, hacia los centuriones y hacia los soldados; si hu-
biera podido, habría estado dispuesto a ensañarse con
todos: como no le es posible, se ensaña con uno solo,
y es que la envidia, como el fuego, busca lo más alto: 7
se dirige contra la cabeza, contra el jefe de la empresa;
si acabase con él junto con la gloria de su hazaña, como
si tuviese el dominio sobre un ejército prisionero se atreve-
ría a hacer con los soldados todo lo que se había permitido
con el jefe de la caballería; que, por consiguiente, de- 8
fendiesen en su causa la libertad de todos; si el dictador
veía que el ejército iba tan al unísono en la defensa de
la victoria como en la batalla y que la salvación de uno
preocupaba a todos, su ánimo se inclinaría por una resolu-
ción más benigna; en fin, él confiaba su vida y su fortuna 9
a su lealtad y valor.

De toda la asamblea brota un clamor: que no se pre- 32
ocupe, que nadie le va a tocar mientras existan las legiones
romanas.

No mucho después llegó el dictador y a toque de trom-
peta convocó la asamblea inmediatamente. Nada más 2

hacerse silencio el pregonero citó a Quinto Fabio, jefe de
la caballería; tan pronto como éste desde su posición, más
3 abajo, se acercó al tribunal, el dictador dijo: «Yo te pre-
gunto, Quinto Fabio, si te parece justo o no que el jefe
de la caballería acate las órdenes del dictador, siendo así
que la autoridad de éste es la más alta y le obedecen los
cónsules, potestad regia, y los pretores, elegidos con los
4 mismos auspicios que los cónsules; te pregunto asimismo
si yo, cuando supe que había partido de Roma con unos
auspicios poco claros, debí exponer a la república al peli-
gro al estar trastocados los ritos o, por el contrario, debí
renovar los auspicios para no hacer nada sin estar clara
5 la voluntad de los dioses; también, si el jefe de la caba-
llería pudo sentirse desligado y libre del escrúpulo religioso
que impidió al dictador llevar adelante la acción. Pero ¿por
qué hago yo estas preguntas si, aun en el caso de que me
hubiese marchado sin decir palabra, tú debías, no obstan-
te, adaptar tu criterio a la interpretación de mi voluntad?
6 Respóndeme, pues, ¿no te prohibí hacer absolutamente
nada en mi ausencia, no te prohibí combatir con el enemi-
7 go? Tú, despreciando esta orden mía, con unos auspicios
poco seguros, con unos ritos no efectuados en la forma
debida, en contra de la práctica militar y la disciplina de
nuestros antepasados y la voluntad de los dioses, has tenido
8 la osadía de enfrentarte al enemigo. Responde a esto que
se te ha preguntado; pero cuidado con decir ni una palabra
fuera de ello. Acércate, lictor.»

9 Como no era fácil responder a cada una de las pre-
guntas, y Fabio unas veces se quejaba de que fuese una
misma persona quien lo acusaba de pena capital y quien
lo juzgaba, otras gritaba que se le podía arrebatar la vida
10 antes que la gloria de sus hazañas, y alternativamente se
excusaba y acusaba a su vez, entonces Papirio, montando

en cólera de nuevo, mandó que se desnudase al jefe de la caballería y se aprestasen las varas y las hachas. Fabio, 11 invocando la lealtad de los soldados, mientras los lictores se disponían a desgarrarle las ropas, se refugió entre los triarios, que ya comenzaban a armar tumulto.

Desde ellos el clamor se extendió a toda la asamblea; 12 en un sitio se oían ruegos, en otro amenazas. Los que coincidía que se encontraban próximos al tribunal, como al estar bajo la mirada del dictador podían ser reconocidos, le rogaban que perdonase al jefe de la caballería y no condenase al ejército junto con él; la parte más alejada de 13 la asamblea y el grupo apiñado en torno a Fabio acusaban de duro al dictador y no andaban muy lejos de un motín. Ni siquiera el tribunal estaba suficientemente tranquilo; 14 los legados, situados en torno al sitial, le rogaban que aplazase el asunto para el día siguiente y diese un plazo a su cólera y un tiempo a la reflexión: bastante castigada 15 había sido la juventud de Fabio, bastante ensombrecida su victoria; que no llevase el suplicio al último extremo ni infligiese una afrenta semejante a aquel joven sin par, ni a su padre, hombre muy distinguido, ni a la familia Fabia.

Como adelantaban poco con las súplicas y poco con 16 las razones, le aconsejaban que se fijase en la asamblea que se estaba enfureciendo: no era propio de su edad y su prudencia, irritados como estaban los ánimos de los soldados, echar leña al fuego de un amotinamiento; nadie le 17 iba a echar la culpa de aquello a Quinto Fabio, que trataba de evitar su castigo, sino al dictador, si, obcecado por la ira, incitaba contra sí mismo a la masa hostil en un enfrentamiento mal enfocado; en fin, para que no cre- 18 yese que ellos le hacían aquella concesión por simpatía a Quinto Fabio, estaban dispuestos a jurar que no les pare-

cía bueno para el Estado que en aquellas circunstancias se tomasen medidas contra Quinto Fabio.

Sigue en Roma el proceso al jefe de la caballería, que al fin queda libre

33 Como con estas palabras, en vez de apiacar al dictador con respecto al jefe de la caballería, lo incitaban en contra de sí mismos, los legados recibieron or-
2 den de bajar del tribunal, y después de intentar en vano imponer silencio por medio del vocero, dado que debido al ruido del tumulto no se oía la voz del propio dictador ni la de sus subalternos, la noche, como en una batalla, puso fin a los enfrentamientos.

3 El jefe de la caballería recibió orden de presentarse al día siguiente, pero como todos aseguraban que Papirio, apasionado y exasperado por la propia tensión, iba a estar más enconadamente acalorado, huyó clandestinamente del
4 campamento a Roma y, convocado de inmediato el senado por iniciativa de su padre Marco Fabio, que había sido ya tres veces cónsul y dictador, cuando más se estaba quejando ante los senadores de la violencia y la injusticia del dictador, de repente se oye ante la curia el estrépito de
5 los lictores apartando a la gente, y allí estaba el propio dictador, airado, que lo había seguido con la caballería ligera al descubrir que se había marchado del campamento. Se renovó acto seguido el enfrentamiento y Papirio or-
6 denó que se detuviera a Fabio. Entonces, como a pesar de los ruegos de los senadores principales y del senado en pleno su espíritu cruel persistía en su propósito, Marco Fa-
7 bio, el padre, dijo: «Puesto que para ti no tiene valor ni la autoridad del senado, ni mi ancianidad, a la que te dispones a privar de un hijo, ni el valor y el renombre del jefe de la caballería, nombrado por ti personalmente, ni las súplicas, que muchas veces aplacaron al enemigo, que

aplacan las iras de los dioses, yo invoco a los tribunos de 8
la plebe y apelo al pueblo y pongo ante ti, que rehúyes el juicio de tu ejército y del senado, un juez que sin duda puede y vale él solo más que tu dictadura. Voy a ver si te sometes a la apelación, a la cual se sometió el rey de Roma Tulo Hostilio [87].»

De la curia se va a la asamblea del pueblo. Allí subió 9
a la tribuna el dictador acompañado de unos pocos, y acompañado de toda una fila de ciudadanos principales el jefe de la caballería, y entonces Papirio ordenó que a éste se
le bajase de la tribuna rostral a un sitio más bajo. El 10
padre lo siguió y dijo: «Haces bien en ordenar que se nos baje aquí, desde donde podemos elevar nuestra voz como particulares.» Al principio se oían allí altercados más que
discursos ininterrumpidos; por fin se impuso al alboroto 11
la voz del viejo Fabio censurando la soberbia y la crueldad
de Papirio: también él había sido dictador de Roma y no 12
había ultrajado a nadie, ni siquiera a un plebeyo, ni a un
centurión ni a un soldado; Papirio reclamaba la victoria 13
y el triunfo sobre un general romano como si se tratara de generales enemigos; ¡qué diferencia entre la moderación
de los antiguos y la nueva soberbia y crueldad!; el dic- 14
tador Quincio Cincinato no había tomado otras medidas punitivas contra Lucio Minucio, el cónsul al que él había salvado del asedio, que dejarlo en el ejército como legado
en funciones de cónsul [88]; Marco Furio Camilo, con Lucio 15
Furio, que menospreciando su ancianidad y su autoridad había combatido con unos resultados desastrosos, no sólo había contenido su ira en el momento para no escribir al

[87] Referencia al juicio del Horacio que dio muerte a su hermana, narrado en I 26.

[88] Ver III 26-29.

pueblo o al senado en sentido desfavorable a su colega,
16 sino que a su regreso lo había considerado el más a propósito entre los tribunos consulares para escogerlo entre sus colegas [89] cuando el senado le dio la opción de elegir
17 con quién compartir el mando supremo; pues ni siquiera el pueblo, que es el depositario de la soberanía más completa, había tenido jamás, contra quienes por temeridad o ignorancia habían perdido ejércitos, una reacción airada que fuese más allá en su rigor, de imponerles una sanción económica: un proceso de pena capital por una acción bélica mal llevada no se le había abierto a ningún general
18 hasta aquella fecha; ahora, a victoriosos generales romanos merecedores del triunfo con todo derecho los amenazaban las varas y las hachas, cosa que ni siquiera con los venci-
19 dos en la guerra era lícita. En efecto, ¿qué más hubiera tenido que sufrir su hijo si hubiera perdido el ejército, si hubiera sido derrotado, puesto en fuga, despojado de su campamento? Más allá de azotarlo y darle muerte, ¿a dónde hubiera llegado la ira y la violencia del dictador contra
20 él? ¡Qué coherente resultaba que mientras la ciudad estaba envuelta en la alegría, la victoria, las plegarias y las acciones de gracias por obra de Quinto Fabio, él, gracias al cual los templos de los dioses estaban abiertos y humeaban con los sacrificios los altares sobre los que se acumulaban
21 dones y ofrendas, fuese desnudado y lacerado con las varas a la vista del pueblo romano mientras fijaba su mirada en el Capitolio y la ciudadela y los dioses no en vano
22 invocados por él en dos batallas! ¿Con qué ánimo lo iba a tolerar el ejército, que había vencido bajo su dirección y auspicios? ¡Qué luto iba a haber en el campamento romano, qué alegría entre los enemigos!

[89] Ver VI 22, 5.

Esto decía reconviniendo a la vez que quejándose, 23
haciendo un llamamiento a la fidelidad de dioses y hom-
bres y abrazando a su hijo en un mar de lágrimas.

De su parte estaban la majestad del senado, el favor 34
popular, el apoyo de los tribunos, el recuerdo del ejército
ausente; en la otra parte, eran argumentos en contra la 2
soberanía invicta del pueblo romano, la disciplina militar,
una orden expresa del dictador, siempre respetada como
voluntad divina, las órdenes de Manlio y el cariño hacia
el hijo pospuesto al bien común. Esto lo había hecho 3
también anteriormente con sus dos hijos Lucio Bruto, ins-
taurador de la libertad romana; ahora, senadores blandos
y ancianos tolerantes con el desprecio de la autoridad aje-
na disculpaban en la juventud la subversión de la discipli-
na militar como cosa de poca importancia; él, sin embargo, 4
se iba a mantener en su propósito y no le iba a condonar
ni un ápice del castigo que se merecía a quien había com-
batido en contra de su orden expresa, con unos ritos tras-
tocados y unos auspicios poco claros; el que la inviolabili- 5
dad de su autoridad suprema fuese permanente no depen-
día de él: Lucio Papirio no la iba a recortar lo más míni-
mo, y deseaba que la potestad tribunicia, también ella 6
inviolable, no violase con su oposición la suprema autori-
dad de Roma y que el pueblo no anulase la fuerza y los
derechos de la dictadura precisamente en él que era dicta-
dor; si lo hacía, no iba a ser a Lucio Papirio sino a los 7
tribunos, al juicio injusto del pueblo, a quien acusaría
inútilmente la posteridad cuando, una vez mancillada la
disciplina militar, el soldado no obedeciera las órdenes del
centurión, el centurión las del tribuno, el tribuno las del
legado, el legado las del cónsul, el jefe de la caballería
las del dictador, nadie tuviera respeto a los hombres, ni 8
a los dioses, ni se tuvieran en cuenta las órdenes de los

9 generales ni los auspicios; cuando los soldados sin licencia anduvieran vagando en territorio amigo o en territorio enemigo; cuando, sin acordarse del juramento, se dieran a
10 capricho permiso a sí mismos cuando quisieran, y dejaran desguarnecidas las enseñas, y no se reunieran al recibir la orden, ni establecieran diferencia entre combatir de día o de noche, en lugar favorable o desfavorable, por orden del general o sin ella, y no defendieran las enseñas ni guardaran las filas, y la milicia fuera una especie de bandidaje, ciega y a salto de mata, en vez de solemne y sagrada.
11 «Haceos, tribunos de la plebe, reos de todos estos delitos por todos los siglos; presentad vuestras cabezas para que reciban el castigo por la falta de disciplina de Quinto Fabio.»

35 A los tribunos, aturdidos y más angustiados ya por su propia situación que por la de aquel para quien se les pedía su apoyo, les quitó un peso de encima la postura unánime del pueblo romano entregado a los ruegos y las súplicas para que el dictador condonase la pena del jefe de la
2 caballería. También los tribunos, secundando el giro de la situación hacia los ruegos, insisten en pedir al dictador que perdone un error humano, que sea indulgente con la juventud de Quinto Fabio; que bastante castigo ha recibido
3 éste. Ya el propio joven, ya su padre Marco Fabio, dejando a un lado los enfrentamientos se arrojan a los pies
4 del dictador y tratan de aplacar su ira. Entonces el dictador, una vez que se produjo el silencio, dijo: «Está bien, Quirites; sale triunfante la disciplina militar, sale triunfante la inviolabilidad del mando supremo, cuya superviven-
5 cia a partir de este día estuvo en peligro. No queda exento de culpa Quinto Fabio, que combatió contraviniendo la orden expresa de su general, sino que, condenado por su falta, se le perdona en atención al pueblo romano, se le

perdona en atención a la potestad tribunicia, que le prestó un apoyo basado en ruegos, no en derechos. Vive, Quinto 6
Fabio, más afortunado por esta unanimidad de la ciudadanía en defenderte que por la victoria de la que poco antes te vanagloriabas; vive, a pesar de la osadía de una acción que ni siquiera tu padre, si hubiera estado en el lugar de Lucio Papirio, te habría perdonado. Por mi parte, cuando 7
quieras volverás a recuperar la estima; con el pueblo romano, al que debes la vida, lo mejor que puedes hacer es que este día te sirva de enseñanza para que en la guerra y en la paz seas capaz de someterte a la legítima autoridad.» Después de declarar que él no retenía más al jefe 8
de la caballería, cuando bajó de la tribuna lo siguió el senado, contento, y el pueblo, más contento, rodeándolo y felicitando unas veces al jefe de la caballería y otras al dictador, y parecía que la disciplina militar había sido 9
fortalecida con el peligro corrido por Quinto Fabio tanto como con el lastimoso suplicio del joven Manlio.

Vino a darse la coincidencia de que aquel año, cada 10
vez que el dictador se separaba del ejército, el enemigo realizaba algún movimiento en el Samnio. Pero el legado Marco Valerio, que estaba al frente del campamento, tenía ante los ojos el ejemplo de Quinto Fabio, de forma que no tenía más miedo a ningún ataque del enemigo que a la terrible cólera del dictador. Por lo tanto, cuando los 11
forrajeadores, atrapados en una emboscada, fueron hechos trizas en una posición desfavorable, todo el mundo creyó que el legado podía haberles ayudado de no haber sentido pánico por las temibles órdenes. El resentimiento consi- 12
guiente contribuyó a enajenarle al dictador la simpatía de los soldados, hostiles ya con anterioridad porque se había mostrado implacable con Quinto Fabio y había concedido al pueblo romano el perdón que había negado a sus súplicas.

Los samnitas, derrotados, consiguen una tregua, que violan. Juicio a los tusculanos

36 Una vez que el dictador regresó al campamento después de dejar como prefecto de la ciudad a Lucio Papirio Craso y de prohibir al jefe de la caballería Quinto Fabio que hiciese cosa alguna en cali-
2 dad de magistrado, su llegada ni alegró especialmente a sus compatriotas ni atemorizó lo más mínimo a los enemigos. En efecto, al día siguiente, bien por ignorar que había llegado el dictador o bien por dar poca importancia a su presencia o ausencia, se acercaron al cam-
3 pamento en formación de combate. Pero un solo hombre, Lucio Papirio, jugó un papel tan importante, que si la estrategia del general hubiera contado con el favor de los soldados, se daba por seguro que aquel día se hubiera po-
4 dido liquidar la guerra con los samnitas: tan bien dispuso la formación del ejército, con tanto conocimiento del arte de la guerra lo aseguró. Los soldados no colaboraron e intencionadamente obstaculizaron la victoria para rebajar la gloria del jefe. Caídos fueron más los samnitas, heridos
5 más los romanos. El avezado general comprendió qué era lo que obstaculizaba la victoria: tenía que atemperar su
6 carácter, y alternar el rigor con la afabilidad. Así pues, echando mano de los legados, giró personalmente una visita a los soldados heridos metiendo la cabeza en las tiendas, y preguntando a cada uno cómo se encontraba pedía que se les atendiese, llamando a cada uno por su nombre, a
7 los legados, tribunos y prefectos. Esta acción, de por sí tan popular, la llevó a cabo con tan buena mano que con los cuidados puestos en curar sus cuerpos los ánimos de los soldados se reconciliaron mucho antes con el general, y nada resultó más eficaz para su restablecimiento que el hecho de recibir aquellas atenciones con talante agradecido.
8 Restablecido el ejército, combatió con el enemigo con

plena confianza por su parte y por la de los soldados, y
derrotó y puso en fuga a los samnitas con tal contundencia
que aquél fue para ellos el último día que midieron sus
armas con el dictador. El ejército victorioso avanzó des- 9
pués por donde lo llevaba la expectativa de botín y reco-
rrió el territorio enemigo sin encontrarse con ningún com-
batiente, con ningún ataque ni abierto ni emboscado.
Se acentuaba su entusiasmo porque el dictador había asig- 10
nado todo el botín a los soldados, y tanto como la ira
patriótica los acicateaba en contra del enemigo el provecho
particular. Los samnitas, doblegados por estos desastres, 11
pidieron la paz al dictador; pactaron con él la entrega de
una vestidura y la paga de un año para cada soldado,
y cuando se les mandó dirigirse al senado, contestaron que 12
seguirían al dictador, fiando su causa únicamente en la leal-
tad y el valor de éste.

El dictador entró en triunfo en Roma y, como quería 37
dejar la dictadura, por mandato del senado antes de dejar
el cargo proclamó cónsules a Gayo Sulpicio Longo por se-
gunda vez y a Quinto Emilio Cerretano [90]. Los samnitas, 2
sin que llegara a firmarse la paz, porque no había acuerdo
acerca de las condiciones, obtuvieron de Roma una tregua
de un año. Ni siquiera se mantuvieron fieles a la inviolabi-
lidad de la tregua, tanto se recobró su moral para hacer
la guerra cuando se tuvo noticia de que Papirio había de-
jado el cargo. Durante el consulado de Gayo Sulpicio y 3
Quinto Emilio —Aulio, dicen algunos Anales—, a la de-
fección de los samnitas vino a sumarse una guerra nueva,
la de los ápulos. Se enviaron ejércitos a uno y otro frente.
Los samnitas le tocaron en suerte a Sulpicio, los ápulos
a Emilio. Según algunos escritores, no se les hizo la guerra 4

[90] Año 323 a. C.

a los propios ápulos, sino que a los pueblos aliados de
esta nación se los defendió del ataque y los desafueros de
5 los samnitas; pero la situación de éstos, que en aque-
llos momentos a duras penas mantenían la guerra alejada
de sí mismos, hace más verosímil que no atacaran
a los ápulos, sino que los romanos estuvieran en gue-
6 rra simultáneamente con ambos pueblos. No se realizó, sin
embargo, ninguna acción memorable; fue devastado el te-
rritorio ápulo y el Samnio; ni en una parte ni en otra se
encontró a los enemigos.

En Roma, una alarma nocturna despertó de repente de
su sueño a una ciudad despavorida hasta el extremo de
que el Capitolio y la ciudadela y las murallas se llenaron
7 de gentes armadas, y después de correr y gritar: «¡A las
armas!», por todas partes, al amanecer no apareció ni el
autor ni la causa de la alarma.

8 Aquel mismo año se celebró, a propuesta de Flavio,
el juicio del pueblo sobre los tusculanos. Marco Flavio,
tribuno de la plebe, presentó al pueblo una proposición
en el sentido de que se tomasen medidas contra los tuscu-
lanos porque con su ayuda y consejo los veliternos y pri-
9 vernates habían hecho la guerra al pueblo romano. La
población de Túsculo, mujeres e hijos incluidos, acudió
a Roma. Aquella multitud, cambiada su indumentaria por
la de reos y con aspecto de tales, recorrió las tribus arro-
10 jándose a las rodillas de todo el mundo; les valió de más,
por eso, la compasión para conseguir el perdón de su falta
11 que su causa, para quedar absueltos de su delito. Todas
las tribus, a excepción de la Polia, rechazaron la propuesta
de ley: el veredicto de la tribu Polia fue que a los jóvenes
se les diese muerte después de azotarlos, y que las mujeres
e hijos, de acuerdo con el derecho de guerra, fuesen vendi-
12 dos en subasta. Es un hecho comprobado que permaneció

en la memoria de los tusculanos el resentimiento contra quienes propusieron un castigo tan atroz hasta la época de nuestros padres, y casi nunca ocurrió que un candidato perteneciente a la tribu Polia recibiese el apoyo de la tribu Papiria [91].

Larga batalla contra los samnitas y triunfo del dictador romano

Al año siguiente [92], durante el con- 38
sulado de Quinto Fabio y Lucio Fulvio, el dictador Aulo Cornelio Arvina y el jefe de la caballería Marco Fabio Ambusto, por miedo a una guerra de mayor peso en el Samnio —pues se decía que había sido enrolada por dinero la juventud del contorno—, realizaron un llamamiento a filas especialmente riguroso y llevaron contra
los samnitas un ejército notable. Habían establecido el 2
campamento en territorio enemigo con tan pocas precauciones como si el enemigo estuviese muy lejos, cuando se presentaron de súbito las legiones de los samnitas con una fiereza tal que extendieron su empalizada hasta el puesto
de guardia de los romanos. Se acercaba ya la noche; 3
esto impidió que atacaran las fortificaciones, pero no trataban de ocultar que lo harían al día siguiente en cuanto
amaneciese. El dictador, cuando vio la confrontación más 4
próxima de lo que era de esperar, para evitar que la posición afectase al valor de los soldados, dejó muchas hogueras para inducir a error al enemigo en su observación y en silencio hizo salir a las legiones; no pudo engañarlo, sin embargo, debido a la proximidad de los campamentos.
La caballería, que salió detrás de inmediato, siguió de 5
cerca la marcha del ejército romano, pero de forma que

---

[91] En la tribu Papiria, una de las diecisiete rústicas cuando el número total era de 21, fueron incluidos los tusculanos, llegando a constituir mayoría.

[92] El 322 a. C.

no entrase en combate antes de que amaneciese; las tropas
de a pie ni siquiera salieron del campamento antes del
6 alba. La caballería por fin al clarear el día decidió caer
sobre el enemigo y, hostigando su retaguardia y presionan-
do en los pasos difíciles de cruzar, detuvo su marcha. En-
tretanto, la infantería samnita había dado alcance a su ca-
ballería y se echaban ya encima con todos sus efectivos.
7 Entonces el dictador, dado que no podía avanzar a no
ser con graves inconvenientes, dio orden de hacer el traza-
do del campamento en el lugar mismo donde se había de-
tenido. Pero, al estar la caballería desplegada en derredor
por todas partes, no era posible buscar estacas para la em-
palizada y comenzar los trabajos.

8 Por consiguiente, al ver que no hay posibilidad de avan-
zar ni de quedarse, pone en orden de combate al ejército ale-
jando de él los bagajes. También se forman a su vez los
9 enemigos, parejos en moral y fuerzas. Lo que había hecho
que su moral fuera más alta era sobre todo la circunstan-
cia de que habían perseguido, temibles ellos, a quienes pa-
recían huir aterrados, ignorando que éstos habían escapa-
do no ante el enemigo sino ante lo desventajoso de su
10 posición. Esto equilibró el combate por algún tiempo, estan-
do ya los samnitas desacostumbrados desde hacía tiempo
a sentir el grito de guerra del ejército romano; y en verdad
que aquel día, dicen, desde la hora tercera hasta la octava,
el combate se mantuvo tan igualado que ni se repitió el
grito de guerra, lanzado nada más producirse el choque,
ni se adelantaron o retiraron las enseñas de donde estaban,
ni se repitió la carga por parte de ninguno de los dos ban-
11 dos. A pie firme cada uno en su puesto, empujando con
los escudos, peleaban sin darse un respiro ni volver la vis-
ta; un idéntico resonar de las armas, un mismo estilo de
lucha, sólo podían finalizar con el agotamiento total o con

la noche. Les faltaban ya las energías a los hombres, 12
la fuerza al hierro, las ideas a los jefes, cuando súbitamen-
te la caballería samnita, informada, al haberse desplazado
un poco más lejos un escuadrón, de que los bagajes de
los romanos se encontraban alejados de los combatientes
sin protección ni defensas, cargan movidos por el afán de
botín. El dictador, cuando se lo comunicó un alarmado 13
mensajero, dijo: «Deja que al menos se líen con el botín.»
Después uno tras otro gritaban que por todas partes se
estaba entrando a saco en las pertenencias de los soldados
y llevándoselas. Entonces el dictador mandó llamar al 14
jefe de la caballería y le dijo: «¿Ves, Marco Fabio, cómo
la caballería enemiga se desentiende del combate? Están
detenidos, enredados con nuestra impedimenta. Atácalos, 15
que están dispersos como suele ocurrirle a cualquier multi-
tud durante el saqueo (pocos vas a encontrar montados
a caballo, pocos que tengan un arma en la mano), y mien-
tras cargan sus caballos con el botín, inermes, hazlos peda-
zos y vuélveles sangriento el botín. Yo me encargaré de 16
las legiones y del combate de la infantería; en tus manos
queda el honor de la caballería.»

La formación de caballería, como hace la que está 39
preparada lo mejor posible, se lanza contra unos enemigos
dispersos y enredados y lo llena todo de muertos. Entre 2
los bagajes abandonados de forma repentina, tirados entre
las patas de los caballos que huyen espantados, son muer-
tos sin que tengan posibilidad de pelear ni de huir. Enton- 3
ces, prácticamente destruida la caballería enemiga, Marco
Fabio, abriendo ligeramente los flancos, ataca a la infante-
ría por la retaguardia. El nuevo grito de guerra que se 4
lanzó desde allí aterró a los samnitas, y el dictador, cuan-
do vio volver la cabeza a los soldados de vanguardia del
enemigo, y sus enseñas en desorden, y vacilante su frente

de combate, comienza entonces a llamar, a alentar a sus
soldados, a llamar por su nombre a los tribunos y centu-
5 riones para que reinicien con él el combate. Después de
repetir el grito de guerra se lanza el ataque, y a medida
que avanzan, van viendo un desconcierto cada vez mayor
entre los enemigos. La propia caballería estaba ya a la vis-
ta de los que iban los primeros y Cornelio, volviéndose
6 hacia sus manípulos, les daba a entender como podía,
por señas, a gritos, que él veía las banderas de los suyos
7 y los escudos de la caballería. Cuando lo oyeron y a la
vez lo vieron, se olvidaron de repente de la fatiga que ha-
bían soportado durante casi todo el día, y se olvidaron
de las heridas hasta tal punto que se lanzaron a la carrera
contra el enemigo como si en ese momento salieran frescos
8 del campamento al oír la señal de combate. Los samnitas
no pudieron resistir por más tiempo la amenaza de la ca-
ballería y el ataque de la infantería; parte fueron muertos
9 allí mismo, parte fueron dispersados y huyeron. La infan-
tería acabó con los que resistían, que habían sido rodea-
dos; la caballería hizo estragos entre los fugitivos, entre
los cuales cayó también el propio general.

10 Esta batalla por fin quebrantó el poderío de los sam-
nitas de tal forma que éstos en todas sus asambleas an-
daban murmurando que, realmente, no tenía nada de
extraño que nada les saliera bien en una guerra impía: em-
prendida en contra de un tratado, teniendo a los dioses
11 más que a los hombres merecidamente en contra; había
que pagar un alto precio en expiación por aquella guerra;
sólo importaba si en los sacrificios derramaban la sangre
culpable de unos pocos o la inocente de todos, y algunos
se atrevían ya a citar por su nombre a los promotores de
12 la guerra. Se podía oír sobre todo entre el clamor uná-
nime el nombre de Brútulo Papio: era un hombre noble

y poderoso, responsable sin lugar a dudas de la ruptura de la reciente tregua. Forzados los pretores a someterlo
a debate, decretaron que Brútulo Papio les fuese entrega- 13
do a los romanos y que juntamente con él se enviasen a Roma todo el botín de procedencia romana y sus prisioneros, y que fuesen devueltas, de acuerdo con el derecho humano y divino, todas las cosas que a tenor del tratado
habían sido reclamadas a través de los feciales. Fueron 14
enviados a Roma, tal como habían acordado, los feciales y el cuerpo sin vida de Brútulo; éste, con su muerte volun-
taria, se sustrajo a la infamia y al suplicio. Se acordó 15
entregar también sus bienes juntamente con su cuerpo. Sin embargo, de todo aquel conjunto solamente fueron aceptados los prisioneros y lo que se identificó entre el botín; la entrega del resto no tuvo efecto. El dictador obtuvo el triunfo por decreto del senado.

La fiabilidad de las fuentes

Algunos historiadores sostienen que esta 40
guerra la hicieron los cónsules y que ellos desfilaron en triunfo sobre los samnitas; que Fabio entró incluso en Apulia y tra-
jo de allí un gran botín. No hay dis- 2
crepancias en cuanto a que aquel año fue dictador Aulo Cornelio; lo que está en duda es si fue nombrado para
dirigir la guerra o para que fuera el que diese la señal de 3
partida a las cuadrigas en los Juegos Romanos porque coincidía que el pretor Lucio Plaucio estaba aquejado de una enfermedad grave, renunciando a la dictadura una vez desempeñada esta función de un mandato nada memorable. Y no resulta fácil decidirse por un hecho frente a otro ni
por un autor frente a otro. Creo que la historia fue al- 4
terada en los elogios fúnebres y en las falsas inscripciones de los retratos, al inclinar a su favor las familias la fama de las hazañas y los cargos con mentiras que inducen a

5 error; de ahí, sin duda, la confusión entre las gestas individuales y los vestigios históricos públicos; no queda, además, ningún escritor de la época en cuya autoridad basarse con seguridad suficiente.

LIBRO IX

SINOPSIS

Caps. 1-16: LAS HORCAS CAUDINAS Y LA REVANCHA ROMANA.

Gayo Poncio anima a los samnitas a reemprender la guerra contra Roma (1).

Los romanos, atrapados en las Horcas Caudinas. Consultas samnitas. Lucio Léntulo aconseja entregarse (2-4).

Compromiso de los cónsules. Los romanos pasan bajo el yugo. Triste retorno a Roma, pasando por Capua (5-7).

Discursos del cónsul Postumio pidiendo que lo entreguen a los samnitas (8-9).

Los samnitas no aceptan la entrega de los responsables (10-11).

Los samnitas, decepcionados, atacan la colonia de Fregelas. Los romanos asedian Luceria (12-13).

Los tarentinos piden un alto en la lucha. Asaltan los romanos el campamento samnita. Se rinde Luceria y los samnitas pasan bajo el yugo (14-15).

Reconquista de Sátrico. Semblanza de Lucio Papirio Cúrsor (16).

Caps. 17-19: ROMA Y ALEJANDRO MAGNO.

Caps. 20-46: EXPANSIÓN ROMANA EN VARIOS FRENTES.

Expansión romana hacia el Mediodía. Los romanos asedian Satícula, y los samnitas, Plística (20-21).

Los romanos se apoderan por fin de Satícula. Combate en torno a Sora (22-23).

Asedio y toma de Sora. Guerra con los ausones, tomándoles Ausona, Minturnas y Vescia (24-25).

Luceria, perdida y recuperada. Conspiración en Capua, procesamiento del dictador en Roma. Victoria sobre los samnitas en la Campania (26-27).

Toma de Fregelas, Nola, Atina y Calacia. Colonias. Amenaza de guerra etrusca. Censura de Apio Claudio (28-29).

Desacuerdo de los cónsules con la nueva configuración del senado. Huelga de flautistas (30).

Guerra samnita: Cluvias, Boviano. Guerra etrusca: Sutrio (31-32).

El tribuno Publio Sempronio en contra de Apio Claudio, que se resiste a dejar el cargo de censor (33-34).

Los romanos derrotan a los etruscos en Sutrio y los persiguen en la selva Ciminia (35-36).

Guerra en Sutrio con etruscos y umbros. Victoria romana; tregua (37).

Guerra en el Samnio y la Campania. Papirio Cúrsor, dictador. Importante victoria sobre los etruscos (38-39).

Papirio Cúrsor vence a los samnitas y Fabio a los etruscos. Acciones bélicas menores. Victoria de Fabio sobre los umbros (40-41).

Sucesivas victorias sobre los samnitas. Movimiento entre los hérnicos (42-44).

Fin de la segunda guerra samnita. Triunfo sobre los ecuos (45).

Un edil plebeyo adopta conflictivas medidas civiles en Roma (46).

Gayo Poncio anima a los samnitas a reemprender la guerra contra Roma

1 El año siguiente [93] es el de la paz de Caudio, famosa por la derrota de los romanos, durante el consulado de Tito Veturio Calvino y Espurio Postumio. Los 2 samnitas aquel año tenían como general a Gayo Poncio, hijo de Herennio, cuyo padre era con mucho el más hábil, y él un guerrero y un jefe de primera. Cuando los comisionados enviados para 3 hacer la entrega regresaron sin haber firmado la paz, dijo: «No vayáis a pensar que no se ha adelantado nada con esta embajada: se han conjurado por completo las iras de los dioses hacia nosotros debidas a la ruptura del tratado [94]. Estoy convencido de que aquellos mismos dioses, 4 los que fueran, que quisieron que nos sometiésemos a la necesidad de satisfacer la reclamación que nos había sido presentada de acuerdo con el tratado, no vieron con agrado en absoluto que los romanos despreciasen con tanta arrogancia la expiación de la violación del tratado. En 5 efecto, ¿qué se podía hacer, además de lo que nosotros hicimos, para aplacar a los dioses y calmar a los hombres? Las cosas tomadas al enemigo como botín, que se podían considerar nuestras por derecho de guerra, las devolvimos; los promotores de la guerra, ya que no pudimos con vida, 6 se los entregamos muertos, y sus bienes los llevamos a Roma para que no quedara en nuestro poder nada con peligro de contagio. ¿En qué más, romano, estoy en deuda 7 contigo, o con el tratado, o con los dioses testigos del tratado? ¿Qué persona voy a proponer como juez de tus iras y de mi castigo? No recuso a nadie, sea un pueblo o un ciudadano particular. Y si al débil no le asiste ninguna ley 8

[93] El 321 a. C.

[94] Tratado referido en VIII 2, 1 ss., y violado según VIII 23.

humana frente al más fuerte, en ese caso yo me acogeré a los dioses vengadores de la tiranía intolerable y les supli-
9 caré que dirijan sus iras contra aquellos a los que no les basta con la restitución de lo que era suyo, ni incrementado con lo que era de otros; cuya crueldad no se sacia ni con la muerte de los culpables, ni con la entrega de sus cuerpos sin vida, ni aunque vaya seguida de sus bienes la entrega de los dueños, a no ser que les ofrezcamos nuestra sangre para que la beban y nuestras entrañas para que las
10 desgarren. La guerra, samnitas, es justa cuando es una necesidad, y las armas legítimas para aquellos a los que
11 no se les deja más esperanza que las armas. Por consiguiente, como la mayor importancia de las empresas humanas se cifra en cuál de ellas tiene a los dioses a su favor y cuál en contra, tened por seguro que las guerras anteriores las hicisteis en contra de los dioses más que de los hombres, y esta que ahora se avecina la vais a hacer guiados por los propios dioses.»

Los romanos, atrapados en las Horcas Caudinas. Consultas samnitas. Lucio Léntulo aconseja entregarse

2 Después de hacer estas predicciones tan favorables como verdaderas, hace salir a su ejército y emplaza el campamento en las cercanías de Caudio [95] ocultándolo
2 todo lo que puede. Desde allí envía en dirección a Calacia [96], donde tenía noticia de que se encontraban ya los cónsules romanos y su campamento, diez soldados disfrazados de pastores y les ordena que apacienten el ganado separados uno aquí y otro allá no lejos de los para-

[95] Caudio era la capital de los caudinos, integrantes de la Confederación Samnita junto con los pentros y los hirpinos. Estaba, probablemente, donde la actual Montesarchio, a unas 18 millas de Benevento.

[96] Calacia (Calazze) estaba en la Campania, al sur de Capua, junto a la vía Apia.

petos romanos; que, cuando se topen con los que salen 3
a saquear, coincidan todos en decir lo mismo: que las legiones samnitas están en Apulia, que están asediando Luceria [97] con todos sus efectivos y ya no falta mucho para que la tomen por la fuerza. Este rumor, difundido a 4
propósito con anterioridad, había llegado ya a oídos de los romanos, pero los prisioneros le dieron mayor credibilidad, sobre todo porque las palabras de todos ellos eran coincidentes. Estaba fuera de duda que los romanos pres- 5
tarían ayuda a los habitantes de Luceria, aliados buenos y fieles, evitando al mismo tiempo que toda la Apulia se pasase al enemigo ante lo amenazante de la situación: únicamente hubo debate sobre la ruta a seguir.

Dos caminos conducían a Luceria: uno, bordeando la 6
costa del mar Superior, era practicable y despejado, pero si bien era más seguro, también era más largo casi en la misma medida; el otro, más corto, pasaba a través de las Horcas Caudinas. Pero la configuración de la zona es la 7
siguiente: hay dos desfiladeros profundos, estrechos y cubiertos de boscaje, unidos entre sí por una cadena de montañas que los circunda. Entre ellos se extiende una llanura bastante amplia, cerrada en medio, cubierta de hierba y húmeda, por cuyo centro pasa el camino. Pero antes de 8
llegar a ella hay que pasar a través del primer desfiladero y después, o bien hay que desandar el camino por donde se ha entrado, o si se quiere seguir adelante, hay que salir por otro desfiladero más estrecho y más impracticable.

El ejército de los romanos descendió a dicha planicie 9
por otro camino a través de una roca excavada, y cuando se dirigieron a toda prisa a la otra garganta, la encontraron cortada por árboles derribados y una mole de rocas

[97] Luceria (Lucera) estaba en Apulia, a la izquierda del río Celone.

enormes cerrándoles el paso. Evidentemente se trataba de
una trampa del enemigo; además se divisaban tropas en
10 lo alto del desfiladero. Entonces dan la vuelta a toda
prisa y prosiguen desandando el camino por el que habían
venido; lo encuentran también cerrado con obstáculos y
hombres armados. Inmediatamente detienen la marcha sin
que nadie se lo ordene; el estupor paraliza los ánimos de
todos y una especie de embotamiento extraño agarrota sus
11 miembros. Se miran unos a otros considerando cada uno
a los restantes más dueños de sí y más capaces de discu-
rrir, y se quedan largo tiempo inmóviles y silenciosos.
12 Después, cuando vieron que se armaban las tiendas de
los cónsules y que algunos aprestaban los útiles para el
trabajo de fortificación, aunque veían que este trabajo iba
a ser objeto de burlas por ser realizado cuando todo estaba
13 perdido y no quedaba ningún motivo de esperanza, sin em-
bargo, para no añadir la culpa a la desgracia, sin que na-
die se lo indique o se lo ordene se dedican cada uno de
por sí a los trabajos defensivos y rodean el campamento con
14 una empalizada cerca del agua: ellos mismos admitían con
tristeza y se burlaban de la inutilidad de los trabajos y
del esfuerzo, aparte de que los enemigos los increpaban
15 con jactancia. En torno a los abatidos cónsules, que ni
siquiera reunían la asamblea dado que no había lugar para
consejo ni ayuda, por propia iniciativa se reúnen los lega-
dos y tribunos, y los soldados, vueltos hacia la tienda pre-
toria, reclaman de sus jefes una ayuda que a duras penas
podían prestar los dioses inmortales.

3 La noche cayó sobre ellos cuando, más que deliberar,
lo que hacían era quejarse, pues cada uno según su talante
murmuraba: «Avancemos a través de los obstáculos de
los caminos», otro: «A través de los montes que tenemos
enfrente, a través de los bosques, por dondequiera que se

puedan llevar las armas; el caso es que podamos llegar 2 hasta un enemigo al que venimos venciendo a lo largo ya de casi treinta años [98]: todo será terreno llano y favorable para el romano en lucha contra el pérfido samnita»; otro: «¿A dónde vamos a ir, y por dónde? ¿Vamos a desplazar 3 de su base las montañas? Mientras esas crestas se levanten por encima de nosotros, ¿por dónde se va a llegar hasta el enemigo? Con armas o sin ellas, valientes o cobardes, todos por igual estamos atrapados y vencidos; el enemigo ni siquiera nos va a presentar el hierro que nos permitiría morir dignamente; sin moverse dará fin a la guerra.» Mientras se intercambiaban este tipo de comentarios sin 4 pensar en la comida ni en el descanso, se pasó la noche.

Tampoco a los samnitas se les ocurría un plan en unas circunstancias tan favorables; así, pues, todos son del parecer de consultar por carta a Herennio Poncio, padre de su general. Éste, cargado de años, se había apartado ya 5 de las tareas públicas, no sólo militares sino también civiles. Pero en su cuerpo gastado estaba entera la fuerza de espíritu y de razonamiento. Cuando se enteró de que en 6 las Horcas Caudinas los ejércitos romanos estaban copados entre dos desfiladeros, consultado por el emisario de su hijo estimó que había que dejarlos salir de allí a todos cuanto antes sin hacerles daño. Se dejó de lado este 7 parecer, y el mismo emisario volvió a consultarlo por segunda vez, y entonces estimó que había que darles muerte a todos sin dejar uno. Cuando se recibieron estas res- 8 puestas tan contradictorias como si procedieran de un ambiguo oráculo, aunque el propio hijo fue de los primeros en pensar que también la mente de su padre había envejecido a la vez que su cuerpo quebrantado, cedió, no obstan-

[98] En realidad, entre el 341 y el 325.

te, al parecer general de hacerle venir en persona al conse-
9 jo. Sin poner dificultades el anciano, dicen, se trasladó
al campamento en su carro. Llamado al consejo, habló
más o menos en términos tales que no varió un ápice su
10 forma de pensar, únicamente añadió las razones: en su
primera propuesta, que consideraba la mejor, aseguraba
para siempre la paz y la amistad con un pueblo muy pode-
roso por medio de un buen gesto de gran alcance; con la
segunda propuesta aplazaba la guerra por muchas genera-
ciones durante las cuales la pérdida de dos ejércitos sería
reparada con dificultad por el poderío romano. Una terce-
11 ra vía no la había. Al insistir su hijo y los otros jefes
en querer saber qué pasaría si se adoptaba una vía inter-
media dejándoles marchar incólumes pero sometiéndolos
a las leyes que el derecho de guerra impone a los vencidos,
12 dijo: «Ésa es una solución que ni nos depara amigos ni
nos libra de enemigos. Salvad ahora a quienes habéis exas-
perado con el deshonor: el pueblo romano es de una for-
13 ma de ser que, vencido, no sabe quedarse quieto; estará
siempre vivo en su corazón todo lo que su apurada situa-
ción actual les imponga y no les dejará descansar hasta
que os hagan pagar el castigo de muchas maneras.» Sin
que se aceptase ninguna de sus dos propuestas, Herennio
fue trasladado del campamento a casa.

4 En el campamento romano se hicieron infructuosamente
numerosas tentativas para abrirse paso; carentes por com-
2 pleto de recursos, vencidos por la necesidad, envían unos
comisionados a que en principio pidan una paz justa, y
si no consiguen la paz, que provoquen al enemigo a com-
3 bate. Entonces Poncio respondió que la guerra había ter-
minado, y ya que ni siquiera vencidos y apresados sabían
reconocer su suerte, les haría pasar bajo el yugo [99] sin ar-

[99] El «yugo» es descrito por Livio en III 28.

mas y con una sola prenda de vestir. Las otras condiciones de la paz serían equitativas para vencedores y vencidos:
si abandonaban el territorio samnita y retiraban sus colo- 4
nias [100], en adelante romanos y samnitas vivirían con sus propias leyes cada uno de acuerdo con un tratado equitati-
vo; en estas condiciones él estaba dispuesto a pactar con 5
los cónsules una alianza; si alguna de ellas no les gustaba, prohibía que los comisionados volvieran a su presencia.
Cuando se tuvo noticia del resultado de esta embajada es- 6
tallaron de repente tales lamentos por parte de todos y cundió tal abatimiento, que daba la impresión de que no se sentirían más afectados si se anunciase que iban a encontrar todos la muerte allí mismo.

Como se había producido un largo silencio y los cón- 7
sules no eran capaces de decir palabra ni a favor de un tratado tan humillante ni en contra de un tratado tan obligado, Lucio Léntulo, que era entonces el legado más autorizado por su valor y por los cargos desempeñados [101], dijo:
«A mi padre, cónsules, le oí repetidas veces recordar que 8
en el Capitolio él había sido el único que no se había unido a la propuesta senatorial de rescatar a precio de oro [102] la ciudad de manos de los galos, dado que el enemigo, tan descuidado en lo referente a los trabajos de fortificación, no los había aislado con foso y vallado y podían hacer una salida brusca, si no sin grave riesgo, sí al menos
sin que el desastre fuese seguro. Y lo mismo que ellos 9
pudieron precipitarse desde el Capitolio armados contra el enemigo como tantas veces los sitiados salieron de estam-

[100] Así la de Fregelas, fundada el 328, y la de Cales, fundada el 326, en contra del tratado del 341.

[101] Había sido cónsul (VIII 22, 8)

[102] Ver V 48, si bien allí no se menciona al padre de Léntulo.

pida contra los sitiadores, así, si también nosotros tuviéramos al menos la posibilidad de batirnos con el enemigo, fuese favorable o desfavorable la posición, a mí no me faltaría la disposición de ánimo de mi padre a la hora de
10 aconsejar. Es verdad que la muerte por la patria es hermosa, lo reconozco, y estoy dispuesto a ofrecerme con voto por el pueblo romano y sus legiones o a lanzarme en me-
11 dio del enemigo; pero yo veo a la patria aquí, veo aquí a todas las legiones de que Roma dispone, y a no ser que éstas quieran correr a la muerte por sí mismas, ¿qué queda
12 para que lo salven con su muerte? Las casas de la ciudad, podrá decir alguien, y las murallas y toda esa multitud que vive en la ciudad. Al contrario, por Hércules: con la destrucción de este ejército se entrega, no se salva todo eso.
13 En efecto, ¿quién lo protegerá? Naturalmente, una masa inepta para la guerra y desarmada, igual, ¡por Hércules!,
14 que lo defendió del ataque de los galos. ¿O es que le implorarán a Veyos un ejército, y un Camilo como jefe? [103]. Toda nuestra esperanza y nuestra fuerza está aquí: salvándola salvamos a la patria, entregándola a la muerte dejamos desasistida a la patria. Pero es que la rendición es
15 vergonzosa e ignominiosa. Pues en esto consiste al amor a la patria: en salvarla, tanto a costa de nuestra ignominia
16 como de nuestra muerte si es necesario. Asumamos, pues, esa humillación, por grande que sea, y pleguémonos ante la fuerza del destino, con la cual ni siquiera los dioses pueden. Adelante, cónsules, rescatad con armas la ciudad que nuestros mayores rescataron con oro.»

---

[103] Veáse V 38, 5 ss.

Compromiso de los cónsules. Los romanos pasan bajo el yugo. Triste retorno a Roma, pasando por Capua

Los cónsules se fueron a parlamentar 5
con Poncio; como el vencedor intentaba
llegar a un tratado, ellos dijeron que no
se podía hacer un tratado sin el mandato
del pueblo, ni sin feciales y el resto del
ceremonial solemne. Así pues, la paz 2
Caudina no revistió la forma de tratado,
como generalmente se cree e incluso
Claudio [104] refiere por escrito, sino de promesa solemne [105].
¿Qué necesidad había, en efecto, de garantes o de rehenes 3
en un tratado, si éstos concluyen con la súplica a Júpiter
de que golpee al pueblo responsable de que no se respeten
las condiciones pactadas de la misma forma que el cerdo
es golpeado por los feciales? El compromiso solemne fue 4
asumido por los cónsules, los legados, los cuestores, los
tribunos militares, y se conservan los nombres de todos
los que se comprometieron, mientras que, si se hubiese procedido
por medio de un tratado, no estarían consignados
nada más que los de los dos feciales; y en razón de la 5
imprescindible dilación del tratado se exigieron además seiscientos
jinetes como rehenes, que pagarían con su vida si
no se respetaba lo pactado. Se fijó luego el plazo para 6
entregar los rehenes y hacer pasar bajo el yugo al ejército
desarmado.

La vuelta de los cónsules reavivó la desolación en el campamento, tanto que se estuvo a punto de ponerles la mano encima a aquellos por cuya temeridad habían sido llevados a aquel lugar y por cuya cobardía su salida de

---

[104] Quinto Claudio Cuadrigario.

[105] La *sponsio* era un compromiso verbal contraído por unos responsables oficiales que se convertían en garantes de su cumplimiento. Aparecerán más adelante las distintas interpretaciones de su alcance, más o menos forzadas.

7 allí iba a ser más vergonzosa que su entrada: no habían
tenido un guía, nadie había reconocido el terreno; como
animales salvajes habían caído ciegamente en un foso.
8 Se miraban unos a otros; contemplaban las armas que
pronto iban a ser entregadas, sus diestras a punto de ser
desarmadas y sus cuerpos puestos a merced del enemigo;
su imaginación les ponía ante los ojos el yugo enemigo,
las burlas de los vencedores y su expresión insolente, mien-
tras ellos sin armas pasaban por entre aquellos hombres
9 armados; después, la marcha lamentable de la triste columna
a través de las ciudades de los aliados, el retorno junto
a sus padres a la patria adonde a menudo ellos y sus ante-
10 pasados habían vuelto triunfalmente; sólo ellos se habían
derrotado a sí mismos sin heridas, sin armas, sin frente
de batalla; no habían tenido posibilidad de desenvainar las
espadas, de trabar combate con el enemigo; en vano les
habían sido entregadas las armas, en vano las fuerzas, en
vano el coraje.

11 Mientras protestaban de esta forma, llegó el momento
fatal de la ignominia, que les iba a hacer más triste la ex-
12 periencia real de lo que se habían imaginado. En primer
lugar, se les ordenó que salieran de la empalizada desarma-
dos, vestidos sólo con una prenda, y primero fueron entre-
13 gados los rehenes y llevados bajo custodia. A continuación
se ordenó a los lictores dejar a los cónsules; ellos fueron
despojados de los capotes, y esto provocó un sentimiento
de lástima tan hondo en quienes poco antes entre impreca-
ciones habían propuesto entregarlos y someterlos a tortura,
14 que olvidándose cada uno de su propia situación, aparta-
ban la vista de aquella degradación de tan alta majestad
como de un espectáculo horrendo.

6 Los primeros a quienes se hizo pasar bajo el yugo
fueron los cónsules, semidesnudos; a continuación fueron

sometidos a la ignominia todos los que venían después en graduación; después, las legiones, una tras otra. Los flan- 2
queaban los enemigos armados increpándolos y mofándose; sobre muchos alzaban incluso las espadas, y algunos fueron heridos o muertos si su expresión relativamente dura por la indignación ante lo que se les hacía molestaba al vencedor.

Se les hizo así pasar bajo el yugo, y además a la 3
vista de los enemigos, lo cual resultaba tal vez más penoso aún. Cuando salieron del desfiladero, aunque tenían la misma impresión que si se les hubiese sacado de los infiernos y viesen la luz entonces por primera vez, sin embargo la propia luz, que les permitía ver el lastimoso estado de su ejército, resultó más triste que cualquier clase de muerte.
Por eso, aun cuando podían llegar a Capua antes de la 4
noche, dudando de la lealtad de sus aliados y retenidos por la vergüenza, tendieron por tierra sus cuerpos, carentes de todo, a los lados del camino no lejos de Capua.
Cuando la noticia llegó a Capua, la justa compasión por 5
los aliados prevaleció sobre la altivez innata de los campanos. Rápidamente, en un gesto de deferencia envían a los 6
cónsules sus distintivos y a los soldados armas, caballos, ropas y provisiones, y a su llegada a Capua el senado 7
en pleno y el pueblo todo salen a su encuentro y cumplen con todas las obligaciones que son debidas a los huéspedes privados y públicos. Pero ni las atenciones de sus aliados, 8
ni su actitud acogedora ni sus palabras de aliento conseguían no ya arrancarles una palabra, sino ni siquiera hacerles levantar la vista y mirar a la cara a sus amigos que los animaban: hasta ese extremo su abatimiento estaba 9
dominado por una especie de vergüenza que los forzaba a rehuir el diálogo y el trato con la gente.

10 Al día siguiente, cuando estuvieron de vuelta unos jó-
11 venes nobles enviados desde Capua para que los acompa-
ñasen en su marcha hasta la frontera de la Campania,
fueron llamados a la curia y ante las preguntas de los an-
cianos contaron que les habían parecido bastante más aba-
tidos y desmoralizados, tan silenciosa y casi muda había
12 sido la marcha de la columna; que el famoso carácter
romano estaba por los suelos, que junto con las armas les
habían quitado la moral; que no devolvían el saludo, ni
uno había sido capaz de abrir la boca por miedo, como
si todavía llevasen sobre la cerviz el yugo bajo el que se
13 les había hecho pasar; que los samnitas habían obtenido
una victoria no sólo brillante sino duradera, pues no ha-
bían conquistado Roma, como anteriormente los galos, si-
no algo de un valor bélico mucho más alto, la valentía
y la fiereza romana.

7 Mientras se decían y oían estas cosas y casi se había
llorado el fin de la potencia romana en la asamblea de
2 los fieles aliados, dicen que Aulo Calavio, hijo de Ovio,
ilustre por su cuna y sus hazañas y entonces respetable ade-
más por su edad, dijo que las cosas eran de muy distinta
3 manera: aquel silencio obstinado, los ojos clavados en el
suelo, los oídos sordos a todo consuelo, y los reparos en
mirar de frente la luz eran indicio de que agitaban un enor-
4 me cúmulo de ira en lo profundo de sus ánimos; y o bien
él no conocía la manera de ser de los romanos, o aquel
silencio iba a provocar en breve gemidos y gritos de llanto
en los samnitas, y el recuerdo de la paz Caudina iba a
ser bastante más funesto para los samnitas que para los
5 romanos; y es que iban a tener unos y otros el coraje que
les era propio dondequiera que se enfrentasen, pero los
samnitas no iban a tener en todas partes los desfiladeros
de Caudio.

En Roma era ya conocido este deshonroso desastre. 6
Primero se tuvo noticia de que estaban bloqueados; des-
pués, la noticia de la paz ignominiosa fue recibida con
mayor consternación que la del peligro. Cuando se cono- 7
ció el cerco había comenzado a efectuarse un llamamiento
a filas; después, al saber que se había llevado a cabo la
rendición de forma tan vergonzosa, se licenció a las tropas
auxiliares e inmediatamente, sin que interviniera ninguna
autoridad pública, se acordó el luto en todas sus manifes-
taciones. Se cerraron las tiendas en torno al foro, y en 8
el foro comenzó espontáneamente, antes de ser decretada,
la suspensión de los asuntos públicos [106]; se abandonaron
las laticlavas y los anillos de oro; la ciudad estaba casi 9
más abatida que el propio ejército y había irritación no
sólo contra los generales y los instigadores y los garantes
de la paz: había incluso odio contra los soldados, que eran
inocentes, y había una negativa a recibirlos en la ciudad
y en las casas. Esta exasperación de los ánimos fue rota 10
por la llegada del ejército, que inspiraba lástima incluso
a los que estaban airados. En efecto, no temían el aspecto
del que vuelve a su patria sano y salvo contra lo que era
de esperar, sino que por su indumentaria y la expresión
de sus semblantes parecían prisioneros cuando entraron en
la ciudad al anochecer, y todos se ocultaron en sus casas
sin que ninguno de ellos quisiera al día siguiente o en 11
los días sucesivos ver el foro o aparecer en público. Los 12
cónsules, encerrados en sus casas, no actuaban como tales
hasta que un decreto del senado los obligó a proceder al
nombramiento de un dictador para convocar los comicios.

---

[106] El *iustitium* era decretado oficialmente por el senado y los magistrados, en situaciones de emergencia; pero el pueblo podía llevarlo a la práctica, en algunos casos, antes de dicha declaración.

13 Nombraron a Quinto Fabio Ambusto, y jefe de la caballe-
14 ría a Publio Elio Peto; hubo un defecto de forma en sus nombramientos y los sustituyeron Marco Emilio Papo como dictador y Lucio Valerio Flaco como jefe de la caballería. Tampoco éstos celebraron los comicios, y como el pueblo no quería saber nada de ninguno de los magistra-
15 dos de aquel año, se desembocó en un interregno. Fueron interreyes Quinto Fabio Máximo y Marco Valerio Corvo. Éste proclamó cónsules [107] a Quinto Publilio Filón y Lucio Papirio Cúrsor por segunda vez con el acuerdo indudable de la población, porque en aquellos momentos no había ningún jefe más brillante.

Discursos del cónsul Postumio pidiendo que lo entreguen a los samnitas

8 Entraron en funciones el mismo día que fueron proclamados, pues así lo habían querido los senadores, y después de cumplir con los habituales decretos del senado, presentaron una proposición acerca
2 de la paz Caudina, y Publilio, al que correspondía entonces llevar los *fasces* [108], dijo: «Tienes la palabra, Espurio Postumio.» Éste se puso en pie, y con la misma expresión en el semblante con la que había pasa-
3 do bajo el yugo, dijo: «No se me escapa, cónsules, que se me ha invitado a ser el primero en levantarme y hablar no como un honor sino como una humillación, no como senador sino como culpable, de una guerra desafortunada
4 por una parte, y por otra de una paz ignominiosa. A pesar de todo, yo, puesto que no habéis sometido a debate ni nuestra culpa ni nuestro castigo, prescindo de una defensa que no resultaría muy difícil ante quienes no ignoran los azares y las necesidades humanas, y voy a exponer en pocas

[107] Año 320 a. C.

[108] Se turnaban, normalmente cada mes.

palabras mi parecer acerca de lo que habéis sometido a
debate; parecer este que dará testimonio sobre si actué pen-
sando en mí o en vuestras legiones cuando me comprometí
con una promesa, fuese ésta vergonzosa o inevitable;
con ella, sin embargo, puesto que se hizo sin el mandato 5
del pueblo, no está comprometido el pueblo romano, y
en virtud de la misma no se les debe a los samnitas ningu-
na otra cosa más que nuestra persona. Entréguesenos, 6
desnudos y maniatados, por medio de los feciales; libere-
mos al pueblo de obligaciones religiosas, si es que lo he-
mos comprometido con alguna, para que ningún obstáculo
divino ni humano impida reemprender de nuevo una gue-
rra justa y santa. Mi parecer es que, entretanto, los cón- 7
sules alisten un ejército, lo armen y lo pongan en marcha,
aunque sin cruzar las fronteras enemigas hasta que se cum-
plan todas las formalidades requeridas para entregarnos.
A vosotros, dioses inmortales, os ruego y suplico que, ya 8
que no tuvisteis a bien que los cónsules Espurio Postumio
y Tito Veturio llevasen a buen término la guerra con los
samnitas, al menos que os baste con habernos visto pasar 9
bajo el yugo, con haber visto que nos comprometíamos
con una promesa deshonrosa, con vernos entregados al ene-
migo desnudos y encadenados recibiendo sobre nuestras ca-
bezas todas las iras del enemigo; plégueos que los nuevos 10
cónsules y las legiones romanas hagan contra los samnitas
una guerra por el estilo de todas las guerras que se hicie-
ron antes de nuestro consulado.»

Después que habló así se suscitó entre las gentes una 11
admiración y, a la vez, una compasión tan honda por aquel
hombre, que parecía increíble que fuese el mismo Espurio
Postumio responsable de una paz tan vergonzosa y, por 12
otra parte, daba lástima que un hombre de aquella talla
hubiese de sufrir el principal castigo a manos de los enemi-

13 gos, furiosos por el quebrantamiento de la paz. Todos
lo elogiaban y se manifestaban a favor de su propuesta,
y los tribunos de la plebe Lucio Livio y Quinto Melio in-
14 tentaron oponerse durante algún tiempo, diciendo que ni
el pueblo quedaba libre de su compromiso religioso entre-
gándolos, a no ser que se les volviesen a dejar a los samni-
15 tas las cosas tal y como estaban en Caudio, ni ellos, por
el hecho de haber salvado al ejército del pueblo romano
prometiendo la paz, habían merecido ninguna clase de cas-
tigo, ni, en último término, era posible entregarlos al ene-
migo ni maltratarlos, puesto que eran sacrosantos.

9 Entonces Postumio dijo: «De momento entregadnos
a nosotros, que no somos sacrosantos: podéis hacerlo que-
dando a salvo la religión; después entregaréis también a
esos, que son sacrosantos, tan pronto como dejen el cargo,
2 pero, si queréis saber mi opinión, antes de entregarlos
azotadlos con varas aquí en el comicio, para que reciban
3 este anticipo por el aplazamiento del castigo. En efecto,
en cuanto a lo que se afirma de que entregándonos a nos-
otros no queda libre el pueblo de compromiso sagrado,
¿quién está tan poco versado en derecho de feciales que
ignore que eso lo dicen más por evitar ser entregados esos
4 mismos que porque las cosas sean así realmente? Y yo
no pongo en tela de juicio, senadores, que las promesas
solemnes son tan sagradas como los tratados para aquellos
que respetan la lealtad humana al mismo nivel que la reli-
gión de los dioses; pero sin un mandato del pueblo sosten-
go que no se puede sancionar nada que obligue al pueblo.
5 ¿O es que si los samnitas con la misma prepotencia con
que nos arrancaron esa promesa nos hubiesen obligado a
pronunciar la fórmula de rigor con que se entregan las ciu-
dades, vosotros, tribunos, diríais que se había rendido el
pueblo romano y que esta ciudad, los templos, los santua-

rios, las tierras y las aguas pertenecían a los samnitas?
No hablemos de rendición, puesto que se trata de una 6
promesa: ¿y qué si hubiésemos prometido que el pueblo
romano abandonaría esta ciudad?, ¿que la incendiaría?,
¿que no tendría magistrados, ni senado, ni leyes?, ¿que
estaría mandada por reyes? '¡No lo quieran los dioses!', 7
dices. Pero es que la atrocidad de lo prometido no rompe
el vínculo de la promesa; si el pueblo puede quedar obliga-
do en algo, lo puede en todo. Y ni siquiera tiene importan-
cia, aunque tal vez a algunos los impresione, la circunstan-
cia de si la promesa la hizo el cónsul, o el dictador, o
el pretor. Así lo comprendieron los propios samnitas, 8
que no se contentaron con la promesa de los cónsules, sino
que forzaron la promesa de los legados, los cuestores y
los tribunos militares.

»Y que nadie venga ahora a preguntarme a mí por 9
qué hice esa promesa cuando no entraba dentro de las atri-
buciones de un cónsul, y ni yo podía prometer una paz
que no era de mi competencia ni podía hacerlo por vos-
otros, que no me habíais dado ningún mandato. En Caudio 10
no se hizo nada, senadores, con criterios humanos; los dio-
ses inmortales privaron de discernimiento a vuestros gene-
rales y a los del enemigo. Nosotros en la guerra no actua- 11
mos con las debidas cautelas, y ellos echaron a perder de
mala manera una victoria mal conseguida, cuando apenas
tuvieron en cuenta el lugar en que habían vencido y se
apresuraron a quitarles las armas con las condiciones que
fuese a unos hombres nacidos para las armas. ¿Tan difícil 12
les resultaba, si hubieran estado en sus cabales, lo mismo
que hicieron venir de su casa para consultar con ellos a
los ancianos, enviar una embajada a Roma y negociar la
paz y el tratado con el senado, con el pueblo? Era un viaje 13
de tres días si venían ligeros; la situación, entretanto, hu-

biera sido de tregua hasta que la embajada les trajera de Roma o una victoria segura o bien la paz. La promesa hubiera sido, en definitiva, la que hubiésemos hecho por
14 mandato del pueblo. Pero ni vosotros lo hubieseis consentido ni nosotros hubiésemos hecho promesa; y no era justo que la situación tuviese otra salida más que el salir ellos ilusoriamente burlados como en un sueño más her-
15 moso de lo que podían pensar, y ser sacado del atolladero nuestro ejército por la misma fortuna que lo había metido en él; que una victoria ilusoria fuese anulada por una paz aún más ilusoria; que entrase en juego una promesa que no obligaba a nadie más que a quien la hacía.
16 En efecto, senadores, ¿qué se trató con vosotros, qué se trató con el pueblo romano? ¿Quién os puede pedir cuentas, quién puede decirse engañado por vosotros? ¿Un enemigo? ¿Un compatriota? Al enemigo no le hicisteis promesa alguna, a ningún compatriota le disteis mandato
17 para hacer una promesa en vuestro nombre. Por consiguiente, nada hay que os obligue en relación con nosotros, a los que no disteis ningún mandato, ni en relación con
18 los samnitas, con los que nada tratasteis. Con los samnitas el compromiso lo hemos adquirido nosotros, deudores suficientemente solventes de lo que es nuestro, de aquello de lo que podemos responder, nuestros cuerpos y nuestras mentes; que se ensañen en esto, que contra esto apunten
19 su hierro y sus iras. Por lo que se refiere a los tribunos, deliberad si se puede hacer su entrega en el momento presente o se deja para más adelante; entretanto, nosotros, tú, Tito Veturio, y vosotros, los demás, ofrezcamos estas cabezas sin valor como expiación de la promesa, y con nuestro suplicio dejemos libres las armas romanas.»

Los samnitas no aceptan la entrega de los responsables

Tanto la tesis como su defensor con- 10
vencieron a los senadores, y no sólo a los
demás sino también a los tribunos de la
plebe, que declararon que estaban a dis-
posición del senado. Renunciaron inme- 2
diatamente a sus cargos y, junto con los demás, fueron
entregados a los feciales para ser conducidos a Caudio.
Cuando salió este decreto del senado fue como si una luz
hubiese comenzado a brillar sobre la ciudad. El nombre 3
de Postumio estaba en labios de todos, lo ponían por las
nubes con sus elogios, lo ponían a la altura del sacrificio
del cónsul Publio Decio[109] y de otras famosas proezas:
por consejo suyo y por obra suya la ciudad había salido 4
a flote de la vergüenza de aquella paz; se ofrecía a sí mis-
mo a los tormentos y la cólera de los enemigos, entregán-
dose como víctima expiatoria por el pueblo romano. Todos 5
ponen sus ojos en las armas y en la guerra: ¿cuándo será
el momento en que puedan medir sus armas con los samni-
tas?

En una población que ardía en cólera y odio se hizo 6
un reclutamiento casi enteramente de voluntarios. Se for-
maron nuevas legiones alistando a los mismos soldados y
el ejército tomó la dirección de Caudio. Los feciales, que 7
iban delante, al llegar a la puerta de la ciudad ordenaron
que les quitasen las ropas a los garantes de la paz y les
atasen las manos a la espalda. Como el subalterno, por
respeto a la dignidad de Postumio, apretaba poco las liga-
duras, le dijo: «¿Por qué no aprietas la correa, para que
la entrega se haga como es debido?» Después, cuando 8
llegaron a la asamblea de los samnitas y al tribunal de Pon-
cio, el fecial Aulo Cornelio Arvina habló en estos térmi-

[109] El colega de T. Manlio de VIII 9, 4.

9 nos: «Puesto que estos hombres sin el mandato del pueblo
romano de los Quirites hicieron la promesa de que se fir-
maría un tratado y por ello incurrieron en falta, por ese
motivo, a fin de que el pueblo romano quede libre de un
10 crimen impío, os entrego a estos hombres.» Mientras el
fecial pronunciaba estas palabras, Postumio le dio un ro-
dillazo en el muslo con todas sus fuerzas diciendo en voz
alta que él era un ciudadano samnita, que aquel embaja-
dor había sido maltratado por él contraviniendo el derecho
de gentes; que por ello los romanos tendrían más derecho
a hacer la guerra [110].

11 Poncio entonces dijo: «Ni yo voy a aceptar una en-
trega semejante ni los samnitas la van a dar por válida.
2 Tú, Espurio Postumio, si crees en la existencia de los
dioses, ¿por qué no lo consideras todo sin efecto o bien
te atienes a lo convenido? Al pueblo samnita le son debi-
dos todos aquellos que tuvo en su poder, o bien la paz
3 a cambio de éstos. Pero ¿por qué me dirijo a ti, que te
entregas preso al vencedor con la buena fe que te es posi-
ble? Al pueblo romano interpelo; si él está pesaroso de
la promesa hecha en las Horcas Caudinas, que devuelva
las legiones romanas al interior del desfiladero en que estu-
4 vieron cercadas. Nadie habrá engañado a nadie; dése todo
por no hecho; reciban las armas cuya entrega pactaron,
vuelvan a su campamento, tengan todo lo que tenían la
víspera de celebrarse la conferencia: pronúnciense entonces
a favor de la guerra y las resoluciones enérgicas, reniégue-
5 se entonces de la promesa y la paz. Guerreemos en las
mismas posiciones que teníamos antes de que se hablase

[110] La inmunidad del fecial en ejercicio de sus funciones estaba ampa-
rada por el derecho de gentes, aparte del religioso; pero un prisionero
de guerra, aun cuando fuese «propiedad» de los samnitas, difícilmente
podía ser ciudadano samnita.

de paz; que ni el pueblo romano acuse a los cónsules por su promesa ni nosotros acusemos de deslealtad al pueblo romano. ¿Es que nunca va a faltar un pretexto para no 6
ateneros a lo pactado cuando sois vencidos? Entregasteis rehenes a Porsena: se los sustrajisteis mediante un ardid [111]. Rescatasteis la ciudad de manos de los galos a precio de oro: mientras lo recibían fueron hechos trizas. Pactasteis 7
con nosotros la paz con la condición de que os devolviésemos las legiones capturadas: negáis la validez de esa paz. Y siempre envolvéis el fraude con alguna apariencia de derecho. ¿Que el pueblo romano no aprueba que las legiones 8
se salvasen con una paz humillante? Guárdese para sí la paz, las legiones capturadas devuélvaselas al vencedor: esto hubiera sido lo acorde con la lealtad, con los tratados, con el ceremonial de los feciales. O sea: que tú tengas 9
lo que pediste por medio del pacto, tantos ciudadanos a salvo, y que yo no tenga la paz que pacté enviándotelos, ¿a esto llamas tú, Aulo Cornelio, y vosotros, feciales, llamáis derecho de gentes?

»Yo, por mi parte, ni acepto ni considero entregados 10
a esos cuya entrega simuláis, ni les impido que regresen a la ciudad obligada con una promesa incumplida, con la consiguiente cólera de los dioses todos, cuya voluntad queda en ridículo. Haced la guerra porque Espurio Postumio, 11
hace un instante, ha golpeado con su rodilla a un embajador. Así los dioses creerán que Postumio es ciudadano samnita, no ciudadano romano, y que un embajador romano fue maltratado por un samnita y por ello se ha vuelto legítima vuestra guerra contra nosotros. ¡Que no produzca 12
rubor burlarse, de esta forma, a la luz pública de la religión, y que unas personas de edad avanzada y excónsules

[111] Referencia a Clelia (II 13, 6).

anden buscando, para no cumplir la palabra dada, unos
13 subterfugios impropios casi hasta de chiquillos! Anda,
lictor, quítales las ligaduras a los romanos; que nadie les
impida marcharse a donde les parezca.» Y ellos, efectivamente, cumplida la promesa en lo que a ellos se refería sin lugar a dudas, y tal vez también en lo que se refería al Estado, regresaron ilesos desde Caudio al campamento romano.

Los samnitas, decepcionados, atacan la colonia de Fregelas. Los romanos asedian Luceria

12 Los samnitas, que veían renacer una guerra sin cuartel en lugar de una paz arrogante, temían no sólo en la mente sino casi delante de los ojos todo lo que ocurrió a continuación. Demasiado tarde y en vano elogiaban las dos pro-
2 puestas del anciano Poncio. Dejándose llevar por una salida intermedia, habían cambiado una victoria que tenían en la mano por una paz incierta; perdida la oportunidad de prestar un servicio o causar un quebranto, iban a luchar con unos enemigos que habrían podido suprimir para siempre o de los que habrían podido hacerse amigos a per-
3 petuidad. Aunque ningún combate había roto aún el equilibrio de fuerzas, los sentimientos habían cambiado de tal forma después de la paz de Caudio que a Postumio lo había hecho más célebre entre los romanos su entrega que
4 a Poncio entre los samnitas su incruenta victoria, y los romanos consideraban una victoria indudable el poder hacer la guerra, mientras que los samnitas creían vencedores a los romanos desde el mismo momento en que habían reiniciado la guerra.

5 Entretanto, los satricanos se pasaron a los samnitas y la colonia de Fregelas fue ocupada durante la noche por los samnitas, que llegaron de forma inesperada —que también los satricanos estaban con ellos es cosa comúnmente

admitida—. El consiguiente miedo mutuo los mantuvo quietos hasta el amanecer a unos y otros: el alba significó el 6
inicio de la batalla que, a pesar de todo, los fregelanos mantuvieron equilibrada durante algún tiempo porque luchaban por sus altares y sus hogares y porque desde las casas les ayudaba la población civil; después, un ardid hizo 7
que la situación se decantase, porque permitieron que se escuchase la voz de un pregonero diciendo que saldrían ilesos los que depusiesen las armas. Esta esperanza hizo que remitiese el ardor del combate y por todas partes comenzaron a tirar las armas. Parte de ellos, los más tenaces, 8
salió bruscamente con sus armas por la puerta de atrás de la ciudad, y su audacia fue para ellos más segura que el pavor incautamente crédulo para los demás, que fueron rodeados y abrasados en las llamas por los samnitas mientras invocaban en vano a los dioses y la promesa hecha.

Después que los cónsules se repartieron los campos de 9
acción, Papirio se dirigió a Luceria, en Apulia, donde eran mantenidos bajo custodia los soldados romanos de caballería entregados en Caudio como rehenes; Publilio se detuvo en el Samnio frente a las legiones de Caudio. Esta 10
acción puso en tensión a los samnitas, porque no acababan de decidirse ni a ir a Luceria, no fuese a atacarlos por la espalda el enemigo, ni a quedarse, no fuese a perderse entretanto Luceria. Les pareció la mejor solución 11
encomendarse a la suerte y liquidar la lucha con Publilio y, por consiguiente, sacaron sus tropas al campo de batalla.

El cónsul Publilio, cuando iba a luchar contra ellos, 13
pensó que primero había que hablar a los soldados y mandó convocar asamblea. Si bien acudieron corriendo a la tienda del general con gran vivacidad, no se pudo oír ni una palabra de su arenga debido al griterío de los que pedían combate. Acordándose de la ignominia sufrida, a 2

cada uno lo arengaba su propio coraje. Corren, pues, al combate metiendo prisa a sus portaestandartes y, para que el tiempo perdido en lanzar las jabalinas y desenvainar luego las espadas no retrase el cuerpo a cuerpo, arrojan al suelo las jabalinas como si se les hubiera dado una señal para que lo hicieran y con las espadas desenvainadas caen
3 sobre el enemigo a la carrera. Allí no hubo lugar alguno para la pericia de un general en la disposición de las filas o las tropas auxiliares: la furia de la tropa lo hizo todo,
4 como en un ataque de locura. Y así no sólo fueron derrotados los enemigos, sino que ni siquiera se atrevieron a limitar su huida al campamento y, dispersándose, se dirigieron a Apulia; no obstante, se reagruparon de nuevo en
5 una sola formación y llegaron a Luceria. La misma cólera que había empujado a los romanos por medio del frente enemigo los empujó hacia su campamento, donde el derramamiento de sangre y la masacre fueron mayores que en el campo de batalla, y la rabia echó a perder la mayor parte del botín.

6 El otro ejército con el cónsul Papirio había llegado por la costa hasta Arpos [112] a través de regiones que se mantenían tranquilas en su totalidad más por las ofensas de los samnitas y el odio contra éstos que por beneficio
7 alguno del pueblo romano. En efecto, los samnitas, que en aquella época vivían en aldeas en los montes, devastaban los parajes de la campiña y la costa despreciando como rudos montañeses, de una manera de ser parecida a la de su tierra, la blandura de los que habitaban tierras de culti-
8 vo. Si aquella zona se hubiese mantenido fiel a los samnitas, el ejército romano no hubiera podido llegar a Arpos

---

[112] Arpos era importante por sus relaciones comerciales. Estaba en Apulia, entre Luceria y Siponto.

o bien la falta absoluta de todo en el área intermedia hubiera significado su fin al cortársele el contacto con los convoyes de aprovisionamiento. Pero aun así, a pesar de 9
que marcharon de allí a Luceria, la misma falta de recursos hizo sufrir a sitiadores y sitiados. A los romanos, todos los suministros les llegaban desde Arpos, pero en tan escasa medida que a los soldados ocupados en guardias, vigilancias y trabajos, hombres a caballo les traían al campamento desde Arpos el trigo en saquitos de cuero, y a veces 10
el encuentro con el enemigo los obligaba a arrojar del caballo el trigo y pelear. Antes de la llegada del otro cónsul con el ejército victorioso, a los sitiados se les llevaban provisiones desde los montes de los samnitas y se les introducían refuerzos. Se lo puso todo más difícil la llegada de 11
Publilio; éste, dejando la dirección del asedio al cuidado de su colega, moviéndose con libertad por los campos, lo había sembrado todo de dificultades para los convoyes del enemigo. Así, pues, como sus esperanzas de que los sitia- 12
dos soportasen por más tiempo la falta de recursos eran nulas, los samnitas, que tenían su campamento en las proximidades de Luceria, se vieron forzados a traer sus fuerzas de todas partes y librar batalla con Papirio.

Los tarentinos piden un alto en la lucha. Asaltan los romanos el campamento samnita. Se rinde Luceria y los samnitas pasan bajo el yugo

En esos momentos, mientras unos y 14
otros se preparan para la batalla, se presentan unos embajadores tarentinos conminando a samnitas y romanos a suspender las acciones bélicas: ellos están dispuestos a luchar contra los responsables de que no se depongan las armas, junto al otro bando. Papirio oyó a esta em- 2
bajada y, aparentando que le habían impresionado sus palabras, respondió que se pondría en contacto con su colega; lo mandó llamar

y habló con él como de cosa hecha después de emplear todo el tiempo en los preparativos de la batalla, poniendo
3 a la vista la señal de combate [113]. Estando los cónsules realizando todo lo divino y lo humano que se acostumbra cuando se va a librar una batalla campal, vinieron a su encuentro los comisionados tarentinos a la espera de una
4 respuesta. Papirio les dijo: «Tarentinos, el pulario hace saber que los auspicios son favorables, además en los sacrificios se han obtenido buenos augurios; como veis, nos ponemos en marcha con el favor de los dioses para llevar
5 adelante la acción.» A continuación, dio orden de que se pusieran en marcha las enseñas e hizo salir a las tropas mientras increpaba a aquella gente de tan poco fundamento que no era capaz de controlar sus propias sediciones y discordias domésticas y le parecía justo dictar a otros las condiciones de la paz y de la guerra.

6 Por su parte, los samnitas se habían despreocupado por completo de la guerra, bien porque realmente deseaban la paz o bien porque era conveniente disimular para poner a su favor a los tarentinos; cuando vieron que los romanos se formaban rápidamente en orden de batalla,
7 comenzaron a gritar que se mantenían en lo propuesto por los tarentinos y no salían al campo de batalla ni sacaban sus armas fuera de la empalizada; que iban a soportar, engañados, cualquier rumbo de los acontecimientos antes que pudiera parecer que menospreciaban la propuesta
8 de paz de los tarentinos. Los cónsules dicen que aceptan el presagio y hacen votos para que los enemigos se mantengan en su idea y ni siquiera defiendan la empalizada.
9 Ellos, después de repartirse las tropas, se acercan a los parapetos del enemigo y atacan simultáneamente por todos

[113] Bandera roja que se izaba sobre el *praetorium*.

los flancos, rellenando unos los fosos, otros arrancando
la empalizada y arrojándola a los fosos, e irrumpen en
el campamento pues, además de su valentía innata, tam-
bién la rabia acicateaba sus ánimos exacerbados por la
vergüenza pasada; recordando cada uno por su cuenta 10
que esto no son las Horcas ni Caudio ni desfiladeros sin
salida donde una artimaña había vencido con arrogancia
a una equivocación, sino el valor romano, que ni empali-
zadas ni fosas podían contener, hacen estragos indiscri-
minadamente entre los que resisten y los que se dispersan,
los que están armados y los que no, esclavos y libres,
muchachos y adultos, hombres y animales; no hubiera 11
sobrevivido ni un ser viviente si los cónsules no hubieran 12
ordenado dar la señal de retirada y obligado a salir del
campamento enemigo a base de órdenes y amenazas a los
soldados sedientos de sangre. Por consiguiente, exaspera- 13
dos como estaban por habérseles interrumpido el placer
de la venganza, inmediatamente se le habló a la tropa
para explicarle que los cónsules en modo alguno habían 14
ido ni irían a la zaga de ninguno de los soldados en odio
al enemigo; es más, lo mismo que los habían conducido
a la guerra, los habrían llevado a un castigo inexorable,
si el recuerdo de los seiscientos jinetes que estaban reteni-
dos como rehenes en Luceria no hubiese refrenado sus im-
pulsos, no fuera a ocurrir que el enemigo, perdida la espe- 15
ranza del perdón, se dejase llevar ciegamente a castigarlos,
en su deseo de matar antes que morir. Los soldados pon- 16
deraban estas razones y se alegraban de que se hubiese pues-
to freno a su cólera, y manifestaban que había que aguan-
tarlo todo antes que arriesgar la vida de tantos jóvenes
romanos sobresalientes.

Disuelta la asamblea, se celebró consejo para deliberar 15
si se presionaba sobre Luceria con todos los efectivos o

uno de los generales con su ejército tanteaba a los ápulos del contorno, gentes de actitud poco clara hasta entonces.
2 El cónsul Publilio marchó a recorrer Apulia, y en una sola expedición sometió por la fuerza a unos cuantos pueblos o los acogió como aliados bajo determinadas condi-
3 ciones. En cuanto a Papirio, que se había quedado asediando Luceria, también respondieron los resultados a sus esperanzas en cosa de poco tiempo. En efecto, una vez interceptadas todas las rutas por las que llegaban víveres desde el Samnio, rendidos por el hambre los samnitas que estaban de guarnición en Luceria, enviaron una embajada al cónsul romano pidiéndole que se hiciese cargo de los jinetes que eran causa de la guerra y cesase en el asedio.
4 Papirio les respondió que debían haber consultado a Poncio, el hijo de Herennio, por cuya iniciativa habían hecho pasar a los romanos bajo el yugo, qué trato creía él que
5 debían recibir los vencidos; pero ya que preferían que estableciera el enemigo lo que era justo antes que hacerlo por sí mismos, les mandó anunciar a Luceria que dejasen, murallas adentro, las armas, los bagajes, las bestias de car-
6 ga y toda la multitud no combatiente; a los soldados él les iba a hacer pasar bajo el yugo vestidos con una sola prenda para vengar la afrenta recibida, no para infligirles
7 una nueva. A nada dijeron que no. Siete mil soldados pasaron bajo el yugo y en Luceria se capturó un enorme botín, se recuperaron todas las enseñas y las armas que se habían perdido en Caudio y, lo que era el colmo de la alegría, se liberó a los soldados de caballería que, como prenda de paz, habían entregado los samnitas a Luceria
8 para su custodia. Prácticamente no hay otra victoria más brillante del pueblo romano por el giro imprevisto de los acontecimientos, si es verdad, como se dice en algunos Anales, que también Poncio, el hijo de Herennio, general de

los samnitas, como expiación por la humillación de los cónsules fue obligado a pasar bajo el yugo junto con los demás.

A mí, por otra parte, no me sorprende tanto el hecho 9
de que no esté claro si el jefe enemigo se entregó y pasó
bajo el yugo; más sorprendente es que esté en duda si fue
el dictador Lucio Cornelio con el jefe de la caballería Lu-
cio Papirio Cúrsor el que llevó a cabo estas acciones en
Caudio y después en Luceria, y no sé si él, único ven- 10
gador de la humillación romana, obtuvo el triunfo, el más
merecido hasta entonces desde Furio Camilo, o hay que
atribuirles este honor a los cónsules y especialmente a Pa-
pirio. A esta incertidumbre sucede otra: si a Papirio Cúr- 11
sor por su buena actuación en Luceria se le prorrogó la
magistratura y fue elegido cónsul por tercera vez, junto
con Quinto Aulio Carretano por segunda vez, o se trataba
de Lucio Papirio Mugilano y hubo un error en el sobre-
nombre[114].

Reconquista de Sátrico. Semblanza de Lucio Papirio Cúrsor

Lo que ya es comúnmente admitido 16
es que, a partir de ese momento, lo que
quedaba de la guerra lo llevaron a término los cónsules. Aulio con una sola batalla favorable liquidó la guerra con los
ferentanos y aceptó la capitulación de la propia ciudad,
previa exigencia de rehenes, en la que se había refugiado
el ejército derrotado. Igualmente afortunada fue la actua- 2
ción del otro cónsul contra los satricanos; éstos, siendo
ciudadanos romanos, después del desastre de Caudio se
habían pasado a los samnitas y habían admitido en la ciu-
dad una guarnición de éstos. En efecto, cuando el ejército 3
se acercó a las murallas de Sátrico, los comisionados en-
viados a implorar la paz recibieron del cónsul una dura

114 Año 319 a. C.

respuesta —que no volviesen a su presencia sin antes haber
dado muerte o entregado a la guarnición samnita—, y es-
tas palabras infundieron en los habitantes de la colonia
4 mayor temor que un ataque armado. Así pues, los comi-
sionados insistieron, a continuación, en preguntar al cón-
sul de qué manera creía él que, siendo pocos y débiles,
iban a emplear la fuerza contra una guarnición tan fuerte
y armada, y él les indicó que pidieran consejo a los res-
ponsables de la decisión de admitir la guarnición en la
5 ciudad. Marchan y, después de lograr a duras penas que
les permita consultar al senado sobre esta cuestión y traer-
6 le la respuesta, vuelven con los suyos. El senado estaba
dividido en dos facciones, una encabezada por los que ha-
bían sido partidarios de separarse del pueblo romano, y
otra la de los ciudadanos fieles. Sin embargo, unos y otros
rivalizaron en ponerse a disposición del cónsul para conse-
7 guir la paz. Una de las partes, en vista de que la guarni-
ción de samnitas iba a marcharse a la noche siguiente
porque no se habían hecho preparativos suficientes para
resistir el asedio, se conformó con comunicar al cónsul a
qué hora de la noche, por qué puerta y en qué dirección
8 iba a salir el enemigo; la otra parte, contra cuya voluntad
se habían pasado a los samnitas, esa misma noche le abrió
incluso la puerta de la ciudad al cónsul y, a escondidas
del enemigo, dejó entrar en la ciudad a hombres armados.
9 De esta forma, la guarnición de samnitas doblemente trai-
cionada fue cogida por sorpresa al estar apostados los ro-
manos en una zona boscosa a los lados del camino, y des-
de la ciudad llena de enemigos se elevó el grito de guerra;
en el término de una hora estaban muertos los samnitas,
capturados los satricanos y todo en poder del cónsul.
10 Éste, efectuada una investigación para ver quiénes eran los
responsables de la defección, a los que encontró culpables

los hizo azotar y decapitar y, dejándoles a los satricanos una fuerte guarnición, les quitó las armas.

Los historiadores que sostienen que Luceria fue toma- 11
da y los samnitas obligados a pasar bajo el yugo durante la jefatura de Papirio Cúrsor dicen en sus escritos que éste se marchó a continuación a Roma para entrar en triunfo.
Fue, sin lugar a dudas, un hombre digno de todo tipo 12
de gloria militar, excepcional tanto por sus dotes morales como por las físicas. Lo más sobresaliente era la rapidez 13
de sus pies, a la que debió además su sobrenombre [115]; dicen que corriendo superaba a todos los de su edad, fuese ello debido a su fuerza natural o al mucho entrenamiento; resistía mucho comiendo y bebiendo. Como su cuerpo era 14
inasequible al cansancio, la vida militar tanto para la infantería como para la caballería con ningún otro fue más dura que con él; tan es así que en una ocasión los jinetes 15
se atrevieron a pedirle que suavizara un tanto sus tareas por una buena actuación que habían tenido, y él les res- 16
pondió: «Para que no digáis que no se os hace ninguna concesión, quedáis eximidos por completo de pasarles la mano por la grupa a los caballos cuando desmontéis.» Tenía además aquel hombre una gran fuerza para ejercer su autoridad tanto entre los aliados como entre los ciudadanos. Un pretor prenestino, por miedo, se había mostrado 17
remiso en sacar a sus hombres de entre las tropas de reserva a primera línea; mientras se paseaba por delante de su tienda lo mandó llamar y ordenó al lictor que preparase el hacha. El prenestino se quedó paralizado sin aliento 18
ante estas palabras y él dijo: «Vamos, lictor, corta esta raíz que estorba a los que pasean» y, después de imponerle una sanción, lo dejó marchar presa de pánico al castigo

[115] En IX 34, 20, se le da este sobrenombre a su abuelo.

19 capital. Sin la menor duda, en aquella época, que fue la más fecunda en hombres de mérito, no hubo ni uno solo sobre el que descansase en mayor medida el poder de Roma. Es más, se le considera un jefe con un espíritu comparable al de Alejandro Magno si éste una vez sometida Asia hubiese vuelto hacia Europa sus armas.

Roma y Alejandro Magno

17 Desde el principio de esta obra se puede ver que nada hay más lejos de mi intención que el desviarme más de lo debido del orden de los acontecimientos y pretender, dando variedad a la obra, algo así como digresiones amenas para los lectores y descanso
2 para mi espíritu. Sin embargo, al hacer mención de un rey y un general tan grande, me siento impulsado a exponer las reflexiones que a menudo me han pasado por la mente de forma callada, de suerte que se me permita conjeturar cuál hubiera sido la suerte de Roma si hubiera tenido que hacer la guerra con Alejandro.

3 Parece que en la guerra son factores decisivos el número y el valor de los soldados, las dotes naturales de los generales, y la suerte, que si en todas las vicisitudes humanas tiene influencia, la tiene sobre todo en cuestiones de gue-
4 rra. Todos estos factores, considerados tanto de forma individual como en conjunto, permiten sacar fácilmente la conclusión de que el Imperio Romano no hubiera sido vencido tampoco por este rey, igual que no lo fue por otros reyes
5 y pueblos. En primer lugar, para comenzar por los generales la comparación, yo no niego que indudablemente Alejandro fue un general excepcional, pero lo hace sin embargo más ilustre la circunstancia de que fue él solo y que murió joven, cuando su poder estaba en auge, sin haber
6 experimentado aún la otra cara de la fortuna. Prescin-

diendo de otros reyes y generales brillantes, grandes ejem-
plos de los azares humanos, ¿qué otra cosa, más que la
larga duración de su vida, expuso a Ciro [116], al que los
griegos ensalzan de una manera especial, a los cambios de
la suerte, igual que recientemente a Pompeyo el Magno?
¿Tengo que pasar lista a los generales romanos, no ya a 7
todos los de todas las épocas sino solamente a aquellos,
cónsules o dictadores, con los que Alejandro hubiera teni-
do que enfrentarse en la guerra, o sea Marco Valerio 8
Corvo, Gayo Marcio Rútulo, Gayo Sulpicio, Tito Manlio
Torcuato, Quinto Publilio Filón, Lucio Papirio Cúrsor,
Quinto Fabio Máximo, los dos Decios, Lucio Volumnio,
Manio Curio? [117]. Vienen a continuación otros grandes 9
hombres, para el caso de que hubiese hecho la guerra a
los cartagineses antes que a los romanos y hubiese pasado
a Italia a edad más avanzada. En cualquiera de ellos había 10
las mismas cualidades de carácter y de talento que en Ale-
jandro, y también la disciplina militar que, transmitida de
mano en mano ya desde los mismos orígenes de Roma,
había llegado a constituir una forma de arte organizada
con enseñanzas ininterrumpidas. Con ella habían hecho 11
la guerra los reyes, y así también los que expulsaron a los
reyes, los Junios y los Valerios, así más adelante los Fa-
bios, los Quincios, los Cornelios, así Furio Camilo, al que
habían conocido de jóvenes cuando era un anciano, aque-
llos con los que Alejandro habría tenido que combatir.

¡Seguro que habrían retrocedido ante Alejandro, que 12
en el combate cumplía las funciones del soldado —pues
también esto lo hace no menos ilustre—, al enfrentársele
de igual a igual en el campo de batalla, un Manlio Torcua-

[116] Ciro I, muerto el 528 a. C.

[117] Lucio Volumnio tendrá un papel relevante en el libro X. Manio Curio Dentato concluirá la tercera guerra samnita el 290 a. C.

to o un Valerio Corvo, insignes soldados antes que genera-
13 les! ¡Seguramente habrían retrocedido los Decios, que se abalanzaron sobre el enemigo después de ofrecer con voto sus cuerpos; habría retrocedido Papirio Cúrsor, con aque-
14 lla fortaleza física, con aquella fortaleza de espíritu! Para no nombrar a cada uno en particular, ¡habría sido superado por la sabiduría de un solo joven aquel senado, cuyo verdadero carácter de senado romano captó únicamente el
15 que dijo [118] que estaba compuesto por reyes! ¡El peligro estaba, sin duda, en que fuese más hábil que uno cualquiera de los que he nombrado, uno solo, en elegir el emplazamiento para el campamento, asegurarse el aprovisionamiento, eludir las emboscadas, elegir el momento para una batalla, formar el ejército en orden de combate, reforzarlo
16 con las tropas auxiliares! Habría reconocido que no se las veía con un Darío [119], que llevaba tras de sí un ejército de mujeres y semihombres, entre púrpura y oro, cargado con el aparato de su fortuna, un botín más que un enemigo, al que derrotó sin derramamiento de sangre, simplemente teniendo la audacia de no dar importancia a vanas
17 apariencias. Bien distinto le hubiera parecido el aspecto de Italia al de la India, que recorrió con un ejército de borrachos entregándose a comilonas, cuando viese los desfiladeros de Apulia y los montes de Lucania, y los vestigios recientes del desastre de su familia donde hacía poco su tío Alejandro, rey del Epiro, había encontrado la muerte [120].

---

[118] Cineas, enviado por Pirro (cf. PLUTARCO, *Pirro* XIX 5).

[119] Darío III, derrotado por Alejandro el año 331.

[120] Ver VIII 24.

Y estamos hablando del Alejandro que todavía no 18
nadaba en la prosperidad, cosa que asimiló peor que
nadie. Si se le mira desde la perspectiva de la nueva for- 2
tuna y del nuevo, digamos, carácter de que se revistió al
vencer, cuando hubiese venido a Italia se habría parecido 3
más a Darío que a Alejandro, y habría traído un ejército
que ya no se acordaría de Macedonia y habría degenerado
en las costumbres de los persas. Siente uno vergüenza al 4
constatar en un rey de tanta talla el fastuoso cambio de
indumentaria, el deseo de ver a los aduladores postrados
por tierra, cosa molesta incluso para los macedonios venci-
dos, no digamos ya vencedores, y los suplicios ignominio-
sos, y la muerte de los amigos en medio del vino de los
banquetes, y la vanidad de inventarse una estirpe. ¿Y si 5
la afición al vino se hubiera vuelto más acuciante cada día,
y su irascibilidad más terrible y enconada? Y no estoy refi-
riendo nada sobre lo que los historiadores tengan la menor
duda. ¿Creemos que estos inconvenientes no hubieran su-
puesto detrimento alguno para sus virtudes militares?
¿Podía realmente correrse el peligro, como suelen andar 6
propalando los griegos más superficiales [121] que exaltan in-
cluso la gloria de los partos en contra del nombre romano,
de que el pueblo romano no pudiese resistir la majestad
del nombre de Alejandro, al que me parece que no cono-
cieron ni siquiera de referencias, y de que, mientras en 7
Atenas, ciudad quebrantada por las armas macedonias, pre-
cisamente en los momentos en que estaban a la vista los
restos casi humeantes aún de Tebas, hubo hombres que
se atrevieron a hablar en público libremente contra él, co-
mo demuestran de forma palmaria los discursos conserva-

[121] Así Timágenes, historiador alejandrino del siglo I a. C., con fama de antirromano.

dos, ninguno entre tantos próceres romanos hubiera levan-
tado libremente su voz?
8 Imagínesele a este hombre toda la grandeza que se
quiera: será, sin embargo, la grandeza de un hombre solo,
acumulada en poco más de diez años de buena suerte;
9 quienes la magnifican porque el pueblo romano fue venci-
do en numerosas batallas, aunque no perdió ninguna gue-
rra, mientras que Alejandro no hubo batalla en la que no
tuviera la suerte de cara, no comprenden que están estable-
ciendo una comparación entre las hazañas de un hombre,
y además joven, y las de un pueblo que lleva ya ochocien-
10 tos años haciendo la guerra. ¿Vamos a sorprendernos si,
contándose de nuestra parte más siglos que años de la su-
ya, la suerte ha experimentado más altibajos en tan largo
11 período que en trece años? ¿Por qué no se establece la
comparación entre un hombre y otro, entre un general y
12 otro, entre la suerte de uno y la de otro? ¿Cuántos genera-
les romanos podría enumerar que no tuvieron nunca de
espaldas la suerte de una batalla? Se pueden recorrer en
los Anales y los Fastos de los magistrados las páginas de
cónsules y dictadores de cuyo valor y suerte no tuvo queja
13 el pueblo romano ni un solo día. Y, cosa que los hace
más dignos de admiración que Alejandro o cualquier otro
rey, algunos ejercieron la dictadura durante diez o veinte
días, ninguno ejerció el consulado durante más de un año;
14 los llamamientos a filas fueron obstaculizados por los tri-
bunos de la plebe; marcharon a la guerra tardíamente, se
15 les hizo volver antes de tiempo para los comicios; cuando
estaban en pleno esfuerzo, se pasó el año; se vieron entor-
pecidos o perjudicados por colegas unas veces temerarios
y otras aviesos; sucedieron a otros que habían tenido una
mala actuación; recibieron ejércitos bisoños o mal discipli-
16 nados. En cambio los reyes, ¡por Hércules!, no sólo están

libres de cualquier clase de traba, sino que, como dueños
del tiempo y de las cosas, con sus disposiciones llevan la
iniciativa en todo, no van a remolque. Por lo tanto, Ale- 17
jandro invicto hubiese hecho la guerra contra generales in-
victos y hubiese ido a la confrontación con idénticas espec-
tativas de suerte; es más, hubiese corrido incluso un riesgo 18
mayor, por cuanto los macedonios habrían tenido un úni-
co Alejandro, que no sólo estaba expuesto sino que espon-
táneamente se exponía a muchos imprevistos, y romanos 19
hubiera habido muchos a la altura de Alejandro por la
magnitud de sus acciones que vivirían y morirían de acuer-
do cada uno con su propio destino sin poner en peligro
al Estado.

Falta por hacer la comparación entre unas fuerzas 19
armadas y otras en cuanto al número y la calidad de los
soldados o el volumen de las tropas auxiliares. Los censos 2
de aquella época daban una población de doscientos cin-
cuenta mil ciudadanos [122]. Por tanto, cada vez que se re-
belaban los pueblos latinos aliados, se alistaban diez legio-
nes casi sólo con los efectivos urbanos; casi siempre a lo 3
largo de aquellos años eran cuatro o cinco los ejércitos
que hacían la guerra en Etruria, en Umbría —donde hay
que sumar la hostilidad de los galos—, en el Samnio, en
Lucania. Después Alejandro se hubiese encontrado todo 4
el Lacio, con los sabinos y volscos y ecuos y toda la Cam-
pania y parte de Umbría y Etruria, y los picentes [123], y

---

[122] Puede compararse esta cifra con las de los censos reseñados en III 24, 10 (117.319) y X 47, 2 (262.321), referidos a los años 459 y 292, respectivamente.

[123] El Piceno, región de Italia central con capital en Ancona, limitaba con el mar por el Este, con la Sabina por el Oeste, y con Umbría por el Norte.

los marsos y pelignos, los vestinos y los ápulos, a los que
hay que sumar a los griegos de toda la costa del mar Tirre-
no desde Turios [124] a Nápoles y Cumas y desde allí hasta
Ancio y Ostia, y se hubiese encontrado con los samnitas
como aliados poderosos de los romanos o bien como ene-
5 migos quebrantados por la guerra. Él hubiese cruzado el
mar con los veteranos macedonios, no más de treinta mil
soldados de a pie y cuatro mil de a caballo, tesalios en
su mayor parte, pues éstas eran sus fuerzas. Si hubiese aña-
dido persas, indios y otros pueblos, ello hubiese implicado
más un estorbo que una ayuda.

6 Además, los romanos tendrían a mano en casa fuerzas
suplementarias, mientras que a Alejandro, como después
le ocurrió a Aníbal, al hacer la guerra en territorio extran-
7 jero el ejército se le habría debilitado. Sus armas, el escu-
do redondo y la pica larga; las de los romanos, un escudo
que protegía mejor el cuerpo y la jabalina, arma arrojadiza
con un impacto bastante más fuerte y un alcance bastante
8 más largo que la lanza. Unos y otros soldados peleaban a
pie firme guardando la formación, pero su falange carecía
de movilidad y era uniforme, mientras que el ejército ro-
mano era menos uniforme, constituido por varios elementos,
fácil de dividir y fácil de reagrupar dondequiera que fuese
9 necesario. Además, ¿qué soldado puede compararse al
romano en los trabajos de fortificación? ¿Quién lo supera
en resistencia a la fatiga? Con que Alejandro hubiera sido
vencido en una batalla, habría perdido la guerra: ¿qué ejér-
cito hubiera podido abatir a los romanos si no los abatió
10 Caudio ni Cannas? Él, seguramente, aunque las cosas le
hubieran salido bien en un principio, más de una vez ha-

[124] Situada en el golfo de Tarento; fundada por colonos atenienses.

bría echado de menos a los persas y a los indios, y al Asia,
poco dotada para la guerra, y habría reconocido que hasta
entonces había combatido contra mujeres, como dicen que 11
dijo Alejandro, rey del Epiro, cuando herido de muerte
comparaba con la suya la suerte de las guerras que este
joven había sostenido en Asia.

La verdad es que cuando recuerdo que en la Primera 12
Guerra Púnica se combatió por mar con los cartagineses
por espacio de veinticuatro años, pienso que la vida de
Alejandro apenas hubiera alcanzado para una sola guerra.
Y dado que los estados cartaginés y romano estaban uni- 13
dos por antiguos tratados y un mismo temor frente a un
enemigo común levantaría en armas a las dos ciudades,
potentísimas en armas y hombres, probablemente habría
quedado aplastado por una guerra contra Cartago y Roma
al mismo tiempo. Los romanos conocieron a los macedo- 14
nios como enemigos, aunque bien es verdad que no con
Alejandro como general ni cuando estaban en plenitud de
fuerzas, contra Antíoco, Filipo y Perseo, sin sufrir una
derrota e, incluso, sin riesgo por su parte. Dicho sea con 15
perdón y que callen las guerras civiles: nunca nos ha crea-
do dificultades la caballería enemiga, nunca su infantería,
jamás una batalla en campo abierto, jamás la igualdad de
posiciones, y sobre todo jamás nuestro terreno. Nuestros 16
soldados cargados con las armas pueden temer a la caba-
llería, las flechas, las gargantas intransitables, los parajes
a donde no puede llegar el transporte de víveres; pero 17
siempre han puesto y pondrán en fuga a mil ejércitos más
fuertes que los de Alejandro y de los macedonios, mientras
perdure el amor a esta paz en que vivimos y la preocupa-
ción por la concordia entre los ciudadanos.

Expansión romana hacia el Mediodía. Los romanos asedian Satícula, y los samnitas, Plística

20 A continuación fueron elegidos cónsules
Marco Folio Flaccina y Lucio Plaucio Ve-
nox [125]. Aquel año los embajadores en-
viados por numerosos pueblos samnitas
para renovar el tratado se postraron por
2 tierra e impresionaron al senado; fueron
reenviados a presencia del pueblo y sus súplicas no resulta-
3 ron en absoluto igualmente eficaces. Así pues, se les dijo
que no en lo referente al tratado; consiguieron, después
de agobiar a unos y otros con sus súplicas durante dos
4 días, una tregua de dos años. También los teanenses [126]
y canusinos [127], de Apulia, agotados por los saqueos, en-
tregaron rehenes al cónsul Lucio Plaucio y se rindieron.
5 Aquel mismo año, por primera vez, comenzó el nombra-
miento de prefectos para Capua por una ley establecida
por el pretor Lucio Furio a petición de los propios intere-
sados como solución para su situación deteriorada por dis-
6 cordias intestinas [128]; también se añadieron en Roma dos
tribus, la Ufentina y la Falerna [129].
7 Cuando en Apulia la situación comenzó a tambalearse,
los teates [130], también ápulos, acudieron a los nuevos cón-

---

[125] Año 318 a. C.

[126] De Teano, población de Apulia situada junto al río Frento. Había otro Teano, el Sidicino, en la Campania.

[127] De Canusio (Canosa), situado en la margen derecha del Ofanto, en Apulia.

[128] Puede verse F. Sartori, «I praefecti Capuam Cumas», en «I Campi Flegrei nell'archeologia e nella storia», *Atti dei Conv. Lincei* 33, Roma, 1977, 149-171.

[129] Sumando en total 31.

[130] Teate es otra denominación de Teano (cf. nota 126): cabe la posibilidad de que se haya desdoblado el mismo episodio, debido a una duplicidad de fuentes.

sules [131] Gayo Junio Bubulco y Quinto Emilio Bárbula a pedir un tratado presentándose como garantes de la paz con el pueblo romano por toda la Apulia. Con esta osada 8
promesa consiguieron que se les concediese una alianza, aunque no en igualdad de condiciones, sin embargo, sino de forma que quedaban bajo la autoridad del pueblo romano. Una vez sometida por completo la Apulia —pues 9
también había sido tomada por Junio la poderosa plaza de Forento [132]— se avanzó hacia la Lucania; allí, llegando de improviso el cónsul Emilio, tomó Nérulo al asalto. Y 10
una vez que entre los aliados corrió la voz de que la disciplina romana había dado estabilidad a la situación en Capua, también a los anciates, que se quejaban de estar sin leyes bien definidas y sin magistrados, el senado les asignó patronos, de entre los propios colonos, para que hiciesen un ordenamiento jurídico; así, no sólo las armas sino también las leyes romanas tenían una fuerza muy extendida.

Los cónsules Gayo Junio Bubulco y Quinto Emilio Bár- 21
bula, al finalizar el año, entregaron las legiones, no a los cónsules proclamados por ellos, Espurio Naucio y Marco Popilio [133], sino al dictador Lucio Emilio. Éste, al empren- 2
der junto con Lucio Fulvio como jefe de la caballería el asalto a Satícula [134], dio a los samnitas un pretexto para levantarse de nuevo en armas. Esto supuso una doble ame- 3
naza para los romanos: por una parte los samnitas, des-

---

[131] Los del año 317 a. C.

[132] Forento era una plaza fortificada situada entre Apulia y Lucania. En cuanto al nombre, pueden verse argumentos a favor de la variante *Ferentum* desarrollados por A. Pariente, en «¿*Forentum* o *Ferentum*?», *Emerita* 15 (1947), 123-132.

[133] Año 316.

[134] Satícula (S. Agata de Goti) estaba muy próxima a las Horcas Caudinas.

pués de reunir un gran ejército para liberar del asedio a sus aliados, acamparon a corta distancia del campamento romano; por otra, los saticulanos en medio de un gran tumulto abrieron de repente sus puertas y se abalanzaron
4 sobre los puestos de guardia enemigos. A continuación unos y otros, con más esperanza en la ayuda ajena que confianza en las propias fuerzas, entablan rápidamente una batalla en regla acosando a los romanos, y a pesar de desarrollarse en un doble frente la contienda, el dictador mantuvo sin embargo firme a su ejército en ambos gracias a que ocupó una posición no fácil de rodear y, además, dispuso
5 sus fuerzas mirando en direcciones opuestas. Cargó, sin embargo, con mayor brío contra los que habían salido bruscamente de la ciudad y sin mayor esfuerzo los rechazó al interior de la murallas; después volvió todo su ejército con-
6 tra los samnitas. En este caso la lucha fue mayor, pero la victoria, si bien se hizo esperar, no fue en cambio dudosa ni incierta. Los samnitas, repelidos hasta su campamento, por la noche apagan los fuegos y emprenden una marcha silenciosa y, perdidas las esperanzas de defender Satícula, asedian a su vez Plística, aliada de los romanos, para devolverle al enemigo un quebranto como el suyo.

Los romanos se apoderan por fin de Satícula. Combate en torno a Sora

22 Transcurrido el año, la guerra la llevó en adelante el dictador Quinto Fabio. Los nuevos cónsules [135], igual que los anteriores, permanecieron en Roma; Fabio fue a Satícula con fuerzas suplementarias pa-
2 ra recibir de Emilio el ejército. Los samnitas, en efecto, no se habían quedado en Plística, sino que hicieron venir de su país nuevas tropas y, confiados

[135] Año 315. Los cónsules fueron Lucio Papirio Cúrsor y Quinto Publilio Filón, ambos por cuarta vez.

en el número, situaron su campamento en el mismo emplazamiento que antes, y provocando a combate a los romanos, trataban de hacerles abandonar el asedio. Tanto mayor 3
atención prestaba el dictador por ello a las murallas enemigas, dirigiendo únicamente la acción bélica de ataque a la ciudad, bastante desentendido de las acciones del lado de los samnitas y limitándose a enfrentarles cuerpos de guardia para evitar que se produjese algún golpe de mano contra el campamento. Con ello, los samnitas se acercaban con 4
mayor audacia a la empalizada y no soportaban la inactividad, y el jefe de la caballería, Quinto Aulio Cerretano, cuando ya el enemigo se encontraba casi a las puertas del campamento, sin consulta alguna al dictador salió en vivo tropel con todos sus escuadrones y rechazó al enemigo. Entonces, en un género de combate que no suele ser nada 5
prolongado, la fortuna dejó sentir su poder de forma tal que causó notables estragos en ambos bandos y la muerte insigne de los propios jefes. Primero, el general de los sam- 6
nitas, que no soportaba que se le derrotase y pusiese en fuga allí donde había llegado a caballo con tanta osadía, rogando y animando a sus jinetes renovó el combate; contra 7
él, que se hacía notar entre los suyos impulsando la lucha, el jefe de la caballería romana, lanza en ristre, espoleó a su caballo con tal ímpetu que de un solo golpe lo derribó sin vida de la cabalgadura. En contra de lo que suele ocurrir, ante la caída de su jefe los soldados no se quedaron pasmados sino que se encorajinaron más; todos los que 8
se encontraban en torno a él lanzaron sus dardos contra Aulio, que se había internado de forma temeraria por entre los escuadrones enemigos, pero los dioses le concedie- 9
ron a un hermano del general samnita el particular honor de vengarlo. Éste derribó del caballo al jefe de la caballería vencedor y, lleno de pesar y de ira, lo degolló, y poco

faltó para que los samnitas se apoderaran además de su cadáver porque había caído entre los escuadrones enemi-
10 gos. Pero los romanos echaron pie a tierra inmediatamente y los samnitas se vieron forzados a hacer lo mismo. El grupo de combatientes formado súbitamente en torno a los cuerpos de los jefes entabló un combate pedestre, en el cual los romanos son sin duda superiores, y recuperado el cadáver de Aulio, los vencedores lo llevaron de vuelta al campamento apenados y contentos al mismo tiempo.
11 Los samnitas, perdido su general y puestas a prueba sus fuerzas en el combate ecuestre, renunciaron a Satícula, que creían no podía ser defendida de ningún modo, y retornaron a asediar Plística. En cosa de pocos días los romanos se apoderan de Satícula por vía de capitulación, y los samnitas, de Plística por medio de la fuerza.

23 Cambió luego el escenario de la guerra: las legiones fueron conducidas desde el Samnio y Apulia a Sora [136].
2 Esta ciudad se había pasado a los samnitas después de dar muerte a los colonos romanos. El ejército romano llegó primero allí adelantándose a marchas forzadas para vengar
3 la muerte de los compatriotas y recuperar la colonia; los exploradores distribuidos por los caminos comunicaron uno tras otro que las legiones samnitas venían detrás y que ya
4 no estaban muy lejos; se le salió al paso al enemigo, y cerca de Láutulas [137] tuvo lugar un combate de resultado incierto. No los separó la matanza o la huida de uno de los dos bandos, sino la noche, con la duda sobre si estaban
5 resultando vencedores o vencidos. Encuentro escrito en algunos historiadores que aquella batalla les fue adversa a los romanos y en ella cayó el jefe de la caballería Quinto

---

[136] Sora estaba en el valle del Liri, al norte de Arpino, en el Lacio.

[137] Láutulas estaba, posiblemente, entre Ánxur y Fundos.

Aulio. Gayo Fabio, sustituto de Aulio como jefe de la 6
caballería, llegó de Roma con un nuevo ejército, y después de consultar al dictador por medio de unos emisarios que envió por delante dónde se detenía y en qué momento y desde qué sitio atacaba al enemigo, una vez suficientemente informado de los planes de conjunto hizo alto manteniéndose oculto.

Después de la batalla, el dictador mantuvo a sus hom- 7
bres durante bastantes días en el interior de la empalizada
como si más que el sitiador fuera el sitiado; de pronto, man- 8
dó que se diera la señal de combate y, pensando que para enardecer el coraje de los hombres aguerridos resultaba más eficaz que cada uno depositase sus esperanzas en sí mismo y en nada más, les ocultó a los soldados lo referente al
jefe de la caballería y el nuevo ejército, y como si no que- 9
dase otra esperanza que una salida repentina dijo: «Soldados: atrapados en un estrecho espacio, no tenemos ninguna salida más que la que nos abramos con la victoria. Nues- 10
tro campamento es bastante seguro gracias a las obras de fortificación, pero corre peligro por la falta de provisiones; en efecto, nos son hostiles todos los pueblos del entorno de donde podríamos traer provisiones y, por otra parte, aunque sus gentes quisieran ayudarnos, el terreno es desfavorable. Por lo tanto, yo no os voy a engañar dejando aquí 11
el campamento como si pudierais retiraros a él sin conseguir la victoria como el otro día. Deben ser las armas las que den seguridad a las fortificaciones, no éstas a las armas. Que tengan campamentos y se retiren a ellos los que 12
se proponen prolongar la guerra, nosotros, en cambio, perdamos de vista todo lo que no sea la victoria. Dirigid las 13
enseñas contra el enemigo; cuando el ejército haya rebasado la empalizada, que prendan fuego al campamento quienes tienen orden de hacerlo; os resarciréis de vuestras

pérdidas, soldados, con el botín de todos los pueblos de
14 alrededor que se han rebelado.» Enardecidos los soldados con las palabras del dictador que indicaban que la situación era muy crítica, avanzan contra el enemigo, y la misma visión del campamento en llamas fue un factor no pequeño de enervamiento, a pesar de que sólo se le prendió fuego a la parte más cercana a ellos, pues así lo había
15 ordenado el dictador. Y así, precipitándose como enloquecidos, con la primera carga provocan la confusión en la vanguardia del enemigo, y en su momento, cuando el jefe de la caballería ve a lo lejos el campamento en llamas, que era la señal convenida, ataca la retaguardia del enemigo. Rodeados así los samnitas, buscan la huida en distintas
16 direcciones, cada uno por donde puede; una enorme multitud, cogida en medio, apelotonada debido al pánico, y estorbándose unos a otros en su desconcierto, sufre una
17 masacre. El campamento enemigo es tomado y saqueado, el dictador lleva a sus hombres de vuelta al campamento romano, cargados de botín, alegres por la victoria y más aún por el hecho de encontrarlo todo intacto, en contra de lo que esperaban, a no ser una pequeña parte destruida por el incendio.

Asedio y toma de Sora. Guerra con los ausones, tomándoles Ausona, Minturnas y Vescia

24 De allí retornaron a Sora y los nuevos cónsules [138], Marco Petelio y Gayo Sulpicio, recibieron el ejército de manos del dictador una vez licenciados gran parte de los veteranos e incorporadas nuevas cohortes para completar los efectivos.
2 Sin embargo, mientras que no se encontraba un plan suficientemente seguro para asaltar la ciudad debido a las dificultades de su emplazamiento y, por otra parte, la vi-

[138] Los del año 314 a. C.

toria se presentaba o bien lejana en el tiempo o arriesgada
si era precipitada, un desertor de Sora salió subrepticia- 3
mente de la ciudad, se internó hasta cerca de los centinelas
romanos, pidió que lo llevasen a presencia de los cónsules
y, una vez conducido allí, prometió que entregaría la ciu-
dad. Cuando explicó a los que lo interrogaban cómo lo 4
iba a conseguir, pareció que lo que proponía no carecía
de fundamento y los convenció para que alejasen de la
ciudad seis millas el campamento romano, casi pegado a
las murallas: así las guardias diurnas y los centinelas noc- 5
turnos estarían menos atentos a la vigilancia de la ciudad.
Cuando a la noche siguiente se dispuso que se apostaran
unas cohortes en una zona boscosa muy cerca de la ciudad,
él mismo guió a diez soldados escogidos por sitios difíciles
y casi impracticables hasta la ciudadela llevando allí mu-
chas más armas arrojadizas de las requeridas por aquel
número de hombres; había además pedruscos tirados por 6
el suelo al azar como es normal en sitios rocosos, y tam-
bién otros amontonados a propósito por los habitantes de
la plaza para una mejor protección de la localidad.

Una vez que situó allí a los romanos y les mostró un 7
sendero abrupto y estrecho dijo: «Seguro que por esta su-
bida incluso tres hombres armados pueden mantener a ra-
ya a la multitud que sea; vosotros sois diez, y además ro- 8
manos, y los más valientes de los guerreros romanos. Ten-
dréis a vuestro favor la posición y la noche, que con su
incertidumbre todo lo agranda a los ojos de los que están
aterrados. Ya me encargaré yo de que el pánico cunda por
todas partes; vosotros estad atentos a mantener la ciudade-
la.» Acto seguido, baja corriendo armando todo el estruen- 9
do que puede y gritando: «¡A las armas!», y «¡Socorro,
ciudadanos! ¡La ciudadela está en poder del enemigo, co-

10 rred, defendedla!» Grita estas frases pasando ante las puer-
tas de los ciudadanos principales, se las grita a todo el
que se encuentra, las grita a los que salen a la calle co-
rriendo despavoridos. Entre muchos hacen cundir por la
11 ciudad la alarma provocada por uno solo. Los magistra-
dos, aturdidos, envían exploradores a la ciudadela, y al
oír que está ocupada por armas y guerreros, exagerada la
12 cifra, abandonan la idea de recuperar la ciudadela. Todo
se llena de gente que huye, que, medio dormida y en su
mayoría desarmada, rompe las puertas de la ciudad, por
una de las cuales irrumpe la guarnición romana atraída
por los gritos y hace estragos entre los que corren despavo-
13 ridos por las calles. Sora estaba ya tomada cuando al ama-
necer llegaron los cónsules y se les entregaron aquellos que
la fortuna había dejado escapar a la matanza nocturna y
14 la huida. De éstos, doscientos veinticinco a los que todos
coincidían en señalar como responsables de la horrible ma-
tanza de los colonos, así como de la rebelión, los llevan
a Roma encadenados; al resto de la población lo dejan
indemne en Sora después de imponerles una guarnición.
15 Todos los que habían sido llevados a Roma fueron azota-
dos con varas en el foro y decapitados con gran regocijo
por parte de la plebe, a la que interesaba muchísimo que
estuviera segura la gente que era enviada a las colonias
en todas direcciones.

25 Los cónsules marcharon de Sora y llevaron la guerra
2 a los campos y ciudades de los ausones. Se había produci-
do, efectivamente, una agitación general a la llegada de
los samnitas cuando se combatió cerca de Láutulas, y se
habían formado conjuras aquí y allá en todo el contorno
de la Campania, y ni siquiera Capua se libró de esta acusa-
3 ción; es más, en la investigación se llegó incluso a Roma
hasta algunos notables. Sin embargo, la población de los

ausones pasó a poder de los romanos entregando sus ciu-
dades lo mismo que Sora. Se trataba de las ciudades de 4
Ausona, Minturnas y Vescia, de las cuales se presentan
a los cónsules unos jóvenes de la nobleza, en número de
doce, que se habían conjurado para entregar sus ciudades.
Les explican que sus conciudadanos, que ya desde hacía 5
tiempo deseaban la llegada de los samnitas, nada más oír
que había tenido lugar una batalla en Láutulas habían da-
do por vencidos a los romanos y habían ayudado a los
samnitas con hombres y armas; que después, cuando los 6
amnitas habían sido puestos en fuga, se habían mantenido
en una paz a medias, no cerrando sus puertas a los roma-
nos para no provocar la guerra y, a la vez, empeñados
en cerrarlas si se les acercaba el ejército; en esta actitud
fluctuante se podía caer sobre ellos cogiéndolos despreve-
nidos. A propuesta suya se acercó más el campamento y, 7
al mismo tiempo, se enviaron soldados al contorno de las
tres ciudades, armados en parte, para que se apostaran sin
ser vistos en lugares cercanos a las murallas, y otros vesti-
dos de paisano con las espadas ocultas entre la ropa para
que al amanecer entraran en las ciudades cuando se abrie-
ran sus puertas. Comenzaron a degollar a los centinelas 8
al mismo tiempo que daban la señal a los que estaban ar-
mados para que acudieran corriendo desde donde estaban
emboscados. Se ocuparon así las puertas y las tres ciuda-
des fueron tomadas a la misma hora y de acuerdo con
un mismo plan. Pero, como se llevó a cabo el ataque sin 9
la presencia de los jefes, no se puso coto alguno a la masa-
cre y el pueblo de los ausones fue aniquilado como si hu-
biese combatido en una guerra sin cuartel por un delito
de rebelión del que no había demasiada certeza.

Luceria, perdida y recuperada. Conspiración en Capua, procesamiento del dictador en Roma. Victoria sobre los samnitas en la Campania

26 Aquel mismo año Luceria pasó a los
samnitas después de entregar la guarni-
ción romana al enemigo. Pero la acción
de los traidores no quedó impune por mu-
2 cho tiempo. El ejército romano no estaba
lejos de allí y al primer ataque fue toma-
da la ciudad, situada en una llanura. Lu-
cerinos y samnitas fueron exterminados
3 por completo y la cólera llegó a tal ex-
tremo que también en Roma, cuando se
sometió a debate en el senado el envío de colonos a Luce-
ria, muchos fueron del parecer de que la ciudad debía ser
4 destruida. Además del odio, implacable contra un pueblo
ya dos veces sometido, también la larga distancia les hacía
resistirse a relegar tan lejos de la patria a unos conciudada-
5 nos en medio de pueblos tan hostiles. Sin embargo, pre-
valeció la opinión de enviar colonos y se enviaron dos mil
quinientos.

Aquel mismo año, cuando la lealtad a los romanos fa-
llaba por todas partes, también en Capua tuvieron lugar
6 clandestinas conjuras de principales. Cuando se informó
de ellas al senado, no se tomó en modo alguno la cosa
a la ligera: se decretó una investigación y se acordó nom-
7 brar un dictador para llevarla a cabo. Fue nombrado Gayo
Menio, que nombró jefe de la caballería a Marco Folio.
Era enorme el terror que infundía esta magistratura y, así,
los Calavios Ovio y Novio, que habían sido los cabecillas
de la conspiración, bien por miedo o bien por remordi-
miento, antes de ser citados ante el dictador se sustrajeron
al juicio con una muerte sin lugar a dudas voluntaria.

8 Después, cuando la materia de la investigación se agotó
en la Campania, se orientó hacia Roma la indagación, por
entender que el senado había dispuesto que se investigase

quiénes se habían asociado ilegalmente y se habían conjurado contra el Estado no específicamente en Capua sino
en general en cualquier parte, y que las coaliciones ilícitas 9
formadas para conseguir los cargos públicos iban contra el Estado. La investigación se ampliaba en cuanto a materia y personas sin que el dictador se aviniese a que su dere-
cho de investigación fuese limitado. Se reclamaba, por 10
tanto, la comparecencia de hombres de la nobleza y si apelaban a los tribunos ninguno les prestaba ayuda en orden
a que sus nombres fuesen retirados. Entonces los nobles, 11
y no sólo aquellos contra los que se dirigía la acusación, sino todos a una, decían que semejante acusación no podía afectarles a ellos, que tenían vía libre para acceder a los cargos públicos si no había fraude de por medio, sino a
los *hombres nuevos,* en tanto que precisamente el dicta- 12
dor y el jefe de la caballería eran con más propiedad acusados que acusadores legales de aquel delito, y que entenderían que la cosa era así no bien dejasen el cargo.

Pero entonces Menio, más preocupado por su buen 13
nombre que por el poder, se adelantó ante la asamblea
y habló en estos términos: «Os tengo a todos vosotros 14
por sabedores de la vida que he llevado antes de ahora, Quirites, y por otra parte este mismo cargo que se me ha dado testimonia mi inocencia. Había que escoger, en efecto, para dirigir las investigaciones, un dictador no que fuese muy brillante en la guerra como en tantas otras ocasiones porque así lo requerían las circunstancias de la república, sino que hubiese vivido lo más al margen posible
de esas intrigas electorales. Pero, ya que algunos nobles 15
—los motivos mejor es que los valoréis vosotros en vez de que yo diga algo no probado en razón de mi cargo— primero trataron por todos los medios de echar abajo la
investigación misma; después, como no tenían fuerza bas- 16

tante para conseguirlo, se acogieron, ellos, patricios, a la protección de sus adversarios: el derecho de apelación y el veto de los tribunos para no tener que defenderse en
17 juicio; por último, encontrándose con un rechazo también ahí —cualquier cosa les pareció más segura que la demostración de su inocencia—, se lanzaron contra nosotros y, siendo unos particulares, no tuvieron reparos en pedir que
18 se procesase a un dictador: para que todos los dioses y los hombres sepan que ellos lo intentan todo, incluso lo que no deben, para no dar cuentas de su vida, y que yo me enfrento con la acusación y me presento como acusado
19 a mis adversarios, dimito del cargo de dictador. A vosotros, cónsules, os ruego que, en caso de que el senado os encomiende esa tarea, comencéis la investigación por mí y por Marco Folio para que quede patente que nos defiende de esas imputaciones nuestra inocencia y no la ma-
20 jestad del cargo.» A continuación dimite de dictador y tras él, de inmediato, Folio de jefe de la caballería. Citados los primeros como acusados ante los cónsules —pues el senado les había encargado a éstos del proceso—, a pesar de las declaraciones de los nobles son absueltos de forma
21 brillante. También Publilio Filón, que había desempeñado en múltiples ocasiones los más altos cargos después de tantas acciones memorables tanto civiles como militares, pero era mal visto por la nobleza [139], se defendió en juicio
22 y fue absuelto. Pero, como suele ocurrir, la investigación contra personas ilustres no se mantuvo nada más que al principio; enseguida comenzó a desplazarse hacia personas de menor relieve, hasta que fue sofocada por las coaliciones y facciones contra las que había sido establecida.

---

[139] Recuérdense las proposiciones de ley de VIII 12, 14.

Los comentarios acerca de estos hechos, pero más aún 27
la esperanza de una rebelión de la Campania —para lo
cual se había conspirado—, hicieron que los samnitas, que
se habían vuelto hacia Apulia, volvieran de nuevo a Cau-
dio para, desde allí, desde cerca, quitarles Capua a los 2
romanos si algún movimiento les brindaba esa oportuni-
dad. Allá acudieron los cónsules con un fuerte ejército. 3
En un principio anduvieron indecisos en torno a los desfi-
laderos, dado que por una u otra parte el camino hacia
el enemigo era poco favorable; pero, después, los samnitas, 4
dando un corto rodeo a través de una zona descubierta,
hacen bajar a su ejército a la llanura y allí por primera
vez su campamento se ofreció a la vista del enemigo; lue-
go, a base de escaramuzas de la caballería con más fre-
cuencia que de la infantería, se crearon ocasiones de peli-
gro por ambas partes; a los romanos no les disgustaban 5
ni su resultado ni el retraso que imprimían a la marcha
de la guerra. Los jefes samnitas, por el contrario, tenían 6
la impresión de que eran erosionados día a día a base de
pequeñas pérdidas y que sus fuerzas se debilitaban al pro-
longarse la guerra.

Por tanto avanzan hacia el campo de batalla después 7
de distribuir a la caballería en las alas con la orden de
estar atentos, más que a la batalla, a no perder de vista
el campamento no fuese a producirse algún ataque por aquel
lado: el frente estaría asegurado por la infantería. En 8
cuanto a los cónsules, Sulpicio se sitúa en el ala derecha,
Petelio en la izquierda. La parte derecha tomó posiciones
en un espacio más amplio, pues también los samnitas ha-
bían alargado sus líneas para envolver al enemigo o para
no ser ellos envueltos; al lado izquierdo, aparte de ser 9
más cerrada su formación, se le añadieron fuerzas de acuer-
do con un plan repentino del cónsul Petelio, que envió de

inmediato a primera línea a las cohortes auxiliares, que
se solían reservar en su integridad para el caso de que la
lucha se prolongase, y con la primera carga con todos sus
10 efectivos hizo retroceder al enemigo. Rechazada la infan-
tería de los samnitas, entra a continuación en combate su
caballería. Contra ella, que cargaba de través por entre
los dos ejércitos, la caballería romana lanza al galope sus
caballos y siembra el desconcierto entre las filas de la in-
fantería y la caballería junto con sus enseñas, hasta que
11 por aquel lado pone en fuga a toda la formación. En
aquel ala había estado dando aliento no sólo Petelio sino
también Sulpicio, que, al alzarse el grito de guerra primero
en el lado izquierdo, se había alejado de los suyos, que
12 todavía no libraban combate. Cuando volvió de allí, donde
veía segura la victoria, a su ala con mil doscientos hom-
bres, encontró en ese lado una situación bien distinta: los
romanos perdiendo terreno y el enemigo victorioso avan-
13 zando sobre unos hombres en pleno desconcierto. Pero la
llegada del cónsul cambió de golpe la situación, pues al
ver a su jefe se rehízo la moral de la tropa, y llegaba un
refuerzo de hombres valerosos con mayor importancia que
la numérica, y además la noticia primero y después la vista
de la victoria de la otra parte restablecieron el combate.
14 Poco después los romanos vencían ya en toda la línea y,
ya sin combatir, los samnitas eran muertos o hechos pri-
sioneros, a excepción de los que huyeron a Malevento [140],
ciudad que ahora se llama Benevento. Según la tradición,
fueron muertos o hechos prisioneros unos treinta mil
samnitas.

[140] Cuando se asentó allí una colonia romana (año 268), se le cambió el nombre considerado de mal agüero (tal vez por estimar que derivaba de *male*, «mal», y no del griego).

Toma de Fregelas, Nola, Atina y Calacia. Colonias. Amenaza de guerra etrusca. Censura de Apio Claudio

Conseguida esta brillante victoria, los 28
cónsules, sin perder un instante, llevaron
las legiones a asediar Boviano [141] y allí
pasaron el invierno acuartelados hasta 2
que los nuevos cónsules [142], Lucio Papi-
rio Cúrsor por quinta vez y Gayo Junio
Bubulco por segunda, nombraron dicta-
dor a Gayo Petelio y éste, con el jefe
de la caballería Marco Folio, se hizo cargo del ejército.
Cuando el dictador se enteró de que la ciudadela de Fre- 3
gelas había sido tomada por los samnitas, dejó Boviano
y se dirigió a Fregelas. Recuperada ésta sin lucha por ha-
ber huido los samnitas durante la noche, dejó una fuerte
guarnición y retornó de allí a la Campania sobre todo con
el fin de reconquistar Nola por las armas. En el interior 4
de sus murallas se habían refugiado ante la llegada del dic-
tador toda clase de gente de los samnitas, y de Nola la
gente del campo. El dictador, después de examinar el 5
emplazamiento de la ciudad, mandó prender fuego a todos
los edificios levantados en torno a las murallas —y esa
zona estaba muy poblada— para que quedase más expedi-
to el acceso a las propias murallas, y así, no mucho des-
pués Nola fue tomada o bien por el dictador Petelio o bien
por el cónsul Gayo Junio —pues hay versiones en ambos
sentidos—. Los que atribuyen al cónsul el honor de la 6
toma de Nola añaden en su haber la toma de Atina y Cala-
cia y dicen, en cambio, que Petelio fue nombrado dictador
para hincar el clavo al brotar una epidemia.

---

[141] Boviano (Boiano) era la capital de los pentros, en el Samnio. Quedan restos de sus murallas.

[142] Los del año 313 a. C.

7 Aquel año se fundaron las colonias de Suessa y Pon-
cias. Suessa había pertenecido a los auruncos; los volscos
habían habitado Poncias, isla que se divisaba desde sus
8 costas. También el senado elaboró un decreto para llevar
una colonia a Interamna Sucasina [143]; pero quienes nom-
braron los triúnviros y enviaron cuatro mil colonos fueron
los cónsules siguientes, Marco Valerio y Publio Decio [144].

29 La guerra con los samnitas estaba casi finalizada, pero
antes de que los senadores romanos se viesen libres de esa
2 preocupación, empezó a correr la voz de una guerra con
los etruscos. No había en aquellos tiempos, después de la
invasión de los galos, ningún otro pueblo cuyas armas fue-
sen más temibles tanto por la proximidad de su territorio
3 como por el número de sus habitantes. Por tanto, mientras
el otro cónsul liquidaba en el Samnio los restos de la gue-
rra, Publio Decio, que se había quedado en Roma grave-
mente enfermo, a propuesta del senado nombró dictador
4 a Gayo Junio Bubulco. Éste, como requería la importancia
de la empresa, obliga bajo juramento a toda la juventud,
y con la mayor diligencia apresta las armas y todo lo
demás que las circunstancias reclaman, pero sin dejarse lle-
var por la magnitud de los preparativos a pensar en rom-
per él las hostilidades, decidido a no moverse si los etrus-
5 cos no tomaban la iniciativa bélica. También por parte
etrusca se dio la misma estrategia de preparar y refrenar
la guerra; ni unos ni otros salieron de sus fronteras.

Aquel año también fue notable la censura de Apio Clau-
6 dio y Gayo Plaucio; para la posteridad fue, sin embargo,

---

[143] El sobrenombre de Sucasina, o de Lirina, debido a su ubicación cerca de la confluencia del Casino y el Liri, obedecía a la necesidad de diferenciarla de la *Interamna Pretutiorum* (Teramo) y la *Interamna* de Umbría (Terni).

[144] Año 312 a. C.

de más feliz memoria el nombre de Apio porque construyó
una calzada y llevó el agua a la ciudad [145], y esto lo llevó 7
a cabo él solo porque su colega, abrumado por la vergüenza a causa de una elección de senadores infamante y odiosa, había renunciado al cargo. Apio, dando muestras de 8
la tenacidad que ya desde antiguo caracterizaba a su familia, siguió ocupando en solitario la censura. Inducida por 9
el propio Apio la familia de los Poticios, a la que correspondía por derecho de familia [146] el sacerdocio del Ara Máxima de Hércules, con el fin de delegar su ministerio había instruido a unos esclavos públicos en el ceremonial de aquel culto. Se cuenta además, cosa sorprendente y 10
que podría hacer sentir escrúpulos religiosos en introducir cambios en los cultos establecidos, que habiendo en aquel entonces doce familias de Poticios y en ellas unos treinta varones adultos, murieron todos dentro del año y su descendencia con ellos; y no sólo se extinguió el nombre de 11
los Poticios, sino que también el censor algunos años más tarde fue privado de la vista por la cólera de los dioses que no olvida [147].

Desacuerdo de los cónsules con la nueva configuración del senado. Huelga de flautistas

Consiguientemente, los cónsules del año 30
siguiente [148], Gayo Junio Bubulco por tercera vez y Quinto Emilio Bárbula por segunda, se quejaron ante el pueblo por haberse degradado el estamento senatorial con una defectuosa elección de sus miembros, en la que se había postergado a algunos de más 2

[145] El *Aqua Appia* del 312, primer acueducto romano, llevaba el agua al Circo Máximo.

[146] Ver I 7, 3-15.

[147] La actividad posterior de Apio Claudio no parece casar con esta explicación de su sobrenombre.

[148] Año 311 a. C.

valía que los elegidos, y afirmaron que ellos no tendrían en cuenta dicha selección, hecha con favoritismos y a capricho, sin hacer distinción entre buenos y malos; convocaron inmediatamente al senado por el orden que había antes de la censura de Apio Claudio y Gayo Plaucio.
3 También aquel año comenzaron a ser asignadas por el pueblo dos líneas de mando, referentes ambas al ámbito militar: una, que el pueblo eligiese dieciséis tribunos militares para cuatro legiones, prerrogativa que anteriormente había correspondido prácticamente a dictadores y cónsules, quedando un número muy reducido para el sufragio del pueblo; esta propuesta fue presentada por los tribunos de
4 la plebe Lucio Atilio y Gayo Marcio; la otra, que también el pueblo eligiese a los duúnviros navales para habilitar y reparar la flota; este plebiscito lo propuso el tribuno de la plebe Marco Decio.

5 Pasaría por alto un incidente ocurrido aquel mismo año, de escaso relieve para ser consignado, si no tuviese visos de atañer a la religión. Los flautistas, molestos porque los últimos censores les habían prohibido comer en el templo de Júpiter, tradición que databa de antiguo, marcharon en bloque a Tíbur, de forma que no había nadie en la
6 ciudad para tocar en los sacrificios. Al senado le entraron escrúpulos religiosos por esta circunstancia y envió a Tíbur unos comisionados que se ocupasen de que aquellos hom-
7 bres fuesen devueltos a los romanos. Los tiburtinos, después de hacer corteses promesas, primero les hicieron acudir a la curia y los exhortaron a volver a Roma; al no poder convencerlos, los atacan según un plan nada diso-
8 nante con la manera de ser de aquella gente. Un día festivo los invitan, unos a éste y otros al otro, con el pretexto de festejar con música sus banquetes, y les hacen perder el sentido cargándolos de vino, del que suelen ser

ávidos los de ese ramo, y de esta forma, dominados por el 9
sueño, los tiran sobre unos carros y los transportan a Roma sin que recobrasen el sentido hasta que el alba los sorprendió borrachos perdidos en los carros abandonados en
el foro. Se formó, entretanto, una aglomeración de gente 10
y se consiguió que se quedasen y se les concedió que todos los años durante tres días anduviesen por la ciudad engalanados cantando y con esa permisividad que ahora es habitual, y se les restituyó el derecho a comer en el templo a los que tocasen en los sacrificios. Todo esto ocurría en plena preocupación por dos grandes guerras.

Guerra samnita: Cluvias, Boviano. Guerra etrusca: Sutrio

Los cónsules se repartieron los campos 31
de acción: a Junio le tocó en suerte la guerra samnita, a Emilio la nueva guerra
de Etruria. Los samnitas habían obliga- 2
do a rendirse a la guarnición romana de Cluvias, en el Samnio, sitiada por hambre, ya que no podían tomarla por la fuerza; a los que se habían rendido les habían dado muerte después de destrozarlos bárbara-
mente con las varas. Junio, indignado por semejante cruel- 3
dad, convencido de que lo más urgente era atacar Cluvias, la tomó a viva fuerza el mismo día que lanzó el ataque
contra sus murallas, y mató a todos los varones. El ejér- 4
cito vencedor fue conducido de allí a Boviano. Era ésta la capital de los samnitas pentros [149] y, con gran diferen-
cia, la más rica y provista de armas y hombres. La cólera 5
era aquí menos intensa, pero los soldados se apoderaron de la plaza estimulados por las esperanzas de botín. Fue menor, consiguientemente, el ensañamiento con los enemi-

[149] Este pueblo samnita habitaba en la región montañosa donde nace el Volturno. Puede verse E. Vetter, «Pentri Samnites», *Beitr. Nam.* 6 (1955), 243 y s.

gos; el botín fue mayor casi que el reunido hasta entonces
en todo el Samnio y les fue generosamente cedido en su
totalidad a los soldados.
6 Y como ningún ejército ni campamento ni ciudad po-
día resistir a los romanos, muy poderosos con las armas,
la preocupación de todos los jefes del Samnio se centró
en buscar un lugar para tender una emboscada, por si era
posible sorprender y rodear al ejército cuando estuviese dis-
7 perso entregándose al saqueo. Unos campesinos fugitivos
y algunos prisioneros, cuyo encuentro fue fortuito en unos
casos e intencionado en otros, dieron al cónsul unas infor-
maciones coincidentes —que, además, respondían a la
verdad—, según las cuales una enorme cantidad de ganado
había sido llevada hacia unos pastos a desmano, y lo indu-
jeron a enviar allí legiones sin impedimenta a por botín.
8 Un enorme ejército enemigo se había apostado allí en
torno a los caminos sin ser visto, y cuando se percató de
que los romanos se habían internado en la zona de pastos
apareció de repente entre gritos y tumulto cogiéndolos des-
9 prevenidos en su ataque. En un primer momento, lo ines-
perado del hecho siembra el desconcierto, hasta que empu-
ñan las armas y amontonan los bagajes personales en el
centro; después, a medida que se iba cada uno desembara-
zando de su carga y aprestando las armas, acudían desde
todas partes a agruparse junto a las enseñas; se organizaba
el ejército en la formación de combate en las filas habitua-
les de acuerdo con la antigua disciplina militar, espontá-
10 neamente, sin que nadie diera órdenes; el cónsul, dirigién-
dose al combate cuyo resultado era enormemente incierto,
salta del caballo y pone a Júpiter, Marte y otros dioses
por testigos de que él no ha acudido a aquel lugar buscan-
do ninguna clase de gloria, sino botín para la tropa,
11 y que no se le puede achacar ninguna otra cosa más que

exceso de celo por enriquecer a los soldados a costa del
enemigo; de aquel deshonor lo puede librar el valor de sus
hombres y nada más; basta con que pongan empeño en 12
atacar todos a una a un enemigo ya vencido en el campo
de batalla, despojado de sus campamentos, despojado de
sus ciudades, que pone en juego su última esperanza con
el ardid de una emboscada y confía no en las armas sino
en la posición. Pero ¿qué posición resulta ya inexpugnable 13
para el valor romano? Las ciudadelas de Fregelas y Sora
y todos aquellos lugares donde se había obtenido la victo-
ria desde una posición desventajosa daban testimonio de
ello.

Los soldados, enardecidos con estas palabras, olvidán- 14
dose de todas las dificultades, se lanzan contra la forma-
ción enemiga situada a más altura. Se pasaron algunos tra-
bajos mientras el ejército trepaba pendiente arriba; luego, 15
cuando los de vanguardia ocuparon la planicie de la cima
y todos se dieron cuenta de que ahora estaban en una posi-
ción favorable, inmediatamente el pánico pasó a cundir
entre los emboscados: dispersos y sin armas buscaban en
su huida los mismos escondrijos donde poco antes habían
estado a cubierto. Pero las dificultades del lugar que 16
habían buscado para el enemigo los ponían ahora a ellos
en aprietos en su propia trampa, de modo, pues, que muy
pocos tuvieron vía libre para escapar; fueron muertos unos
veinte mil hombres, y los romanos, victoriosos, corrieron
hacia el botín de ganado brindado por el enemigo [150].

Mientras se producían estos hechos en el Samnio, 32
todos los pueblos de Etruria, a excepción de los arreti-

[150] Este episodio de 31, 6-16 es estudiado por J. M. LIBOUREL, «A battle of uncertain outcome in the Second Samnite War», *Amer. Journ. Philol.* 94 (1973), 71-78.

nos [151], habían emprendido ya el camino de las armas ini-
ciando una guerra de enormes proporciones con el asedio
de Sutrio [152], ciudad aliada de Roma que era como la llave
2 de Etruria. Allá fue el otro cónsul, Emilio, con un ejército
para liberar del asedio a los aliados. Al llegar los romanos,
los sutrinos les llevaron provisiones en abundancia al cam-
3 pamento situado delante de la ciudad. Los etruscos pasa-
ron el día deliberando acerca de la conveniencia de apresu-
rar o retardar la guerra. Al día siguiente, una vez que los
jefes prefirieron la estrategia de la rapidez a la de la segu-
ridad, al salir el sol se da la señal de ataque y los comba-
4 tientes salen al campo de batalla. El cónsul, no bien es
informado de ello, inmediatamente ordena que se pase la
orden de que coma la tropa y, después de reponer fuerzas
con la comida, que empuñe las armas. La orden es obede-
5 cida. Cuando el cónsul los vio armados y dispuestos, ordenó
que las enseñas salieran fuera de la empalizada y formó
al ejército en orden de batalla no lejos del enemigo. Du-
rante algún tiempo unos y otros estuvieron a pie firme a
la espera de que el contrincante iniciase el grito de guerra
6 y el combate, y el sol, pasado el mediodía, comenzó a
declinar sin que ni desde uno ni otro bando se lanzase ni
un venablo. Luego, para no retirarse sin haber llegado a
nada, brota el grito de guerra del lado etrusco, suenan sus
tubas y avanzan las enseñas. Con la misma prontitud enta-
7 blan combate los romanos. Van al choque con saña; los
enemigos son superiores en número, los romanos en valor;
8 en la incierta batalla cayeron muchos por ambos bandos,

[151] *Arretium* (Arezzo), situado en el valle alto del Arno, formó parte de la Confederación Etrusca.

[152] Sutrio (Sutri) estaba situada al este de Nepe, en la que después sería vía Casia, en la ruta de Roma a Volsinios.

los más valientes, además, y la situación no se decantó
hasta que la segunda línea romana, en plenitud de fuerzas,
reemplazó a los de vanguardia, agotados. Los etruscos, 9
como su primera línea no se vio reforzada con ninguna
fuerza auxiliar de refresco, cayeron todos delante y en de-
rredor de las enseñas. Hubiera sido la batalla con menos
fugitivos y más muertos de todos los tiempos si la noche
no hubiera envuelto a los etruscos, decididos a morir
hasta el punto de que pusieron fin a la lucha los ven- 10
cedores antes que los vencidos. Después de la puesta del
sol se tocó retirada; unos y otros regresaron de noche al
campamento.

Después, durante aquel año, en Sutrio no se llevó a 11
cabo ninguna acción que merezca ser reseñada porque, por
una parte, el ejército enemigo había visto destruida toda
su formación principal en un solo combate, quedando úni-
camente las tropas auxiliares, que apenas se bastaban para
defender el campamento, y, por otra parte, entre los 12
romanos hubo tantos heridos que fueron muchos más los
que murieron después de la batalla a causa de las heridas
que los caídos durante el combate.

El tribuno Publio Sempronio en contra de Apio Claudio, que se resiste a dejar el cargo de censor

Quinto Fabio, cónsul del año siguien- 33
te [153], se hizo cargo de la guerra de Su-
trio; Fabio tuvo como colega a Gayo Mar-
cio Rútulo. Por otra parte, Fabio llevó 2
de Roma tropas suplementarias y a los
etruscos les llegó un nuevo ejército traí-
do de su país.

Habían transcurrido ya muchos años sin que se diera 3
enfrentamiento alguno entre los magistrados patricios y los
tribunos, cuando surge la confrontación en aquella familia

[153] El 310 a. C.

que por una especie de fatalidad estaba en contra de los
4 tribunos y de la plebe. Al censor Apio Claudio, cuando ya habían pasado dieciocho meses, que era el período de tiempo fijado por la ley Emilia [154] para la censura, y su colega Gayo Plaucio había renunciado al cargo, no había
5 fuerza capaz de hacerle retirarse. Era tribuno de la plebe Publio Sempronio, que había emprendido una acción legal para que la censura se terminase dentro del plazo fijado por la ley, acción tan legítima como popular, vista con buenos ojos por los hombres de bien tanto como por la
6 masa. Éste, que citaba repetidas veces la ley Emilia al tiempo que ensalzaba al promotor de la misma, el dictador Mamerco Emilio, que había reducido a un período de dieciocho meses una censura que anteriormente duraba cinco años imponiéndose a los otros poderes por su larga dura-
7 ción, dijo: «Vamos, di, Apio Claudio, qué hubieras hecho de haber sido censor durante aquella época en que lo fue-
8 ron Gayo Furio y Marco Geganio [155].» Apio aseveraba que la interpelación del tribuno no tenía absolutamente nada que ver con su caso, pues si bien la ley Emilia obligaba a los censores durante cuya magistratura había sido pre-
9 sentada, dado que el pueblo había refrendado dicha ley después de la elección de aquellos censores y sólo aquello que al final refrenda el pueblo tiene valor legal, sin embargo ni él ni ninguno de los que habían sido elegidos censores con posterioridad a aquella ley podían ser obligados por ella.

34 Apio exponía estas argucias sin que nadie diera muestras de asentimiento; entonces el tribuno dijo: «Ahí tenéis, Quirites, a un descendiente del famoso Apio que, nombra-

[154] La ley propuesta por Emilio Mamerco el año 434 (IV 24, 5).

[155] Es decir, en el momento en que fue aprobada la ley Emilia.

do decénviro para un año, se nombró a sí mismo para un segundo año; el tercero, sin ser nombrado por sí mismo ni por nadie, retuvo como ciudadano privado los fasces y el mando supremo, y no cesó de prorrogar el cargo 2
hasta que lo aplastó el poder mal adquirido, mal ejercido y mal retenido [156]. Ésta es aquella misma familia, Quirites, 3
cuya violencia y desafueros os empujaron a ocupar el monte Sacro desterrados de vuestra patria [157]; ésta es la familia contra la que os procurasteis la protección de los tribunos; la misma por cuya causa ocupasteis el Aventino con dos 4
ejércitos; la que permanentemente se opuso a las leyes contra la usura, a las leyes agrarias [158]. Esta familia impidió 5
los matrimonios entre patricios y plebeyos; ella sembró de obstáculos la marcha de la plebe hacia las magistraturas curules [159]. Éste es un nombre enemigo de vuestra libertad en mucha mayor medida que el de los Tarquinios. ¿No es 6
así, a fin de cuentas, Apio Claudio? Cuando han transcurrido ya cien años desde la dictadura de Mamerco Emilio y ha habido tantos censores, hombres tan esclarecidos y esforzados, ¿es que ninguno de ellos leyó las Doce Tablas? ¿Ninguno sabía que es ley lo que el pueblo refrenda al final? Bien al contrario, todos ellos lo sabían y precisa- 7
mente por eso prefirieron obedecer a la ley Emilia más que a aquella anterior a tenor de la cual se habían nombrado al principio los censores, porque ésta era la última

[156] El decénviro del año 451 era el tatarabuelo del censor (cf. III 33-58).

[157] Las secesiones de la plebe, que se concentró en el Monte Sacro, ocurrieron el año 494 (consiguiendo el tribunado) y el 449 (contra los decénviros). La concentración del ejército en el Aventino es relatada en III 50-51.

[158] Véase II 44, 2, y VI 40, 11.

[159] Ver IV 1, 6, y IV 6, 7.

votada por el pueblo y porque, cuando dos leyes son opuestas entre sí, siempre la nueva deroga a la antigua.

8 »¿O es que sostienes, Apio, que el pueblo no está obligado por la ley Emilia? ¿O que el pueblo está obliga-
9 do, y sólo tú no estás sometido a esa ley? La ley Emilia obligó a aquellos violentos censores, Gayo Furio y Marco Geganio, que demostraron hasta qué punto puede ser perniciosa para el Estado esa magistratura cuando, por resentimiento debido a que se les limitó su poder, privaron del derecho al voto [160] a Mamerco Emilio, el hombre más destacado de su tiempo en el campo civil y en el militar;
10 obligó después a todos los censores por espacio de cien años; obliga a Gayo Plaucio, tu colega, nombrado bajo los mismos auspicios y de acuerdo con el mismo derecho.
11 ¿O es que a éste no lo eligió el pueblo para que fuese nombrado censor en plenitud de derechos? ¿Eres tú la única excepción, para quien tiene valor este privilegio singu-
12 lar? ¿A quién vas a nombrar rey de los sacrificios [161]? Aferrándose a la palabra 'reino', se dirá nombrado como quien ha sido nombrado rey de Roma de pleno derecho. ¿Quién crees que se va a contentar con una dictadura de seis meses, o con un interregno de cinco días? ¿A quién te vas a atrever a nombrar dictador para clavar el clavo
13 o para unos juegos? ¡Qué necios y estúpidos le deben de parecer, ¿no creéis?, los que después de realizar grandes proezas renunciaron a la dictadura antes de transcurrir los veinte días o los que dejaron un cargo por un defecto de
14 forma en su nombramiento! ¿Por qué remontarme a ejemplos antiguos? En el transcurso de estos diez últimos años

[160] Los *aerarii* estaban privados del derecho de voto, pero a diferencia de los *proletarii,* no estaban exentos de impuestos.

[161] Cf. II 2, 1-2.

el dictador Gayo Menio, debido a que llevaba adelante una investigación con mayor rigor del requerido por la seguridad de algunos poderosos, fue acusado por sus enemigos de complicidad en el delito que investigaba, y para poder hacer frente a la acusación como ciudadano particular re-
nunció a la dictadura. No pretendo yo semejante modera- 15
ción en ti, no dejes mal a tu despótica familia, no dejes el cargo ni un día, ni una hora antes de lo necesario, con
tal que no sobrepases el plazo establecido. ¿Tendrá bas- 16
tante con prolongar un día o un mes la censura? 'Desempeñaré el cargo de censor, dice, tres años y seis meses más de lo que permite la ley Emilia, y lo desempeñaré en solitario.' Esto, la verdad, se parece ya a una monarquía.

»¿Piensas acaso sustituir a tu colega, cuando ni siquie- 17
ra en caso de fallecimiento es lícita la sustitución? Estás, 18
en efecto, arrepentido, censor escrupuloso, de haber degradado un rito antiquísimo instituido únicamente por la misma divinidad a la cual se le ofrece, trasladándolo de los nobilísimos ministros de dicho culto al ministerio de
unos esclavos; de que una familia más antigua que los 19
orígenes de esta ciudad, sagrada por haber dado hospitalidad a los dioses inmortales, en cosa de un año se haya extinguido desde la raíz por obra tuya y de tu censura, si no contaminas a toda la república con esa acción sacrílega, cosa que estremece el ánimo sólo pensarla.
Roma fue tomada en el quinquenio en que, muerto su 20
colega Gayo Julio, Lucio Papirio Cúrsor para no dejar el cargo nombró colega sustituto a Marco Cornelio Malu-
ginense[162]. ¡Y cuánto más comedida fue su ambición, 21
Apio, que la tuya! Lucio Papirio no ejerció la censura en solitario ni más allá del tiempo fijado por la ley; sin em-

[162] Alusión al 390, V 31, 6.

bargo, no encontró quien después siguiese su ejemplo: en
adelante todos los censores tras la muerte de su colega
22 renunciaron al cargo. A ti no te frena ni el hecho de
haberse agotado el período de mandato de la censura, ni
el hecho de que tu colega dejó el cargo, ni la ley, ni la
vergüenza: cifras el valor en la soberbia, la audacia, el me-
nosprecio de los dioses y los hombres.

23 »Yo no quisiera, Apio Claudio, por respeto a la majes-
tad de esa magistratura que has desempeñado, no ya em-
plear la violencia contigo, sino ni siquiera calificarte con
24 palabras especialmente duras; pero tu empecinamiento y
tu soberbia me obligaron a decir lo que he dicho hasta
ahora, y además, si no obedeces a la ley Emilia, haré que
25 te lleven a la cárcel, y dado que nuestros antepasados
dispusieron que se aplazasen los comicios y no se procla-
mase a un solo candidato cuando en los comicios censorios
no hubiera dos que obtuvieran los sufragios que marca la
ley, yo ahora no voy a permitir que tú, que no puedes
ser elegido censor en solitario, ejerzas en solitario la
censura.»

26 Dichas estas palabras y otras parecidas, hizo detener al censor y llevarlo a la cárcel. Mientras que seis tribunos se mostraban de acuerdo con la actuación de su colega, tres prestaron su apoyo a Apio, que apeló a ellos, y ejerció la censura en solitario con la más profunda antipatía de todos los estamentos.

Los romanos derrotan a los etruscos en Sutrio y los persiguen en la selva Ciminia

35 Mientras en Roma se desarrollaban estos acontecimientos, ya Sutrio era asediada por los etruscos, y al cónsul Fabio, que maniobraba por la base de los montes con miras a prestar ayuda a los aliados y tantear las fortificaciones si en algún punto era posible, le salió al paso el ejército enemigo en forma-

ción de combate; la amplia llanura que se extendía a sus pies 2
evidenciaba su enorme número, y el cónsul, buscando paliar
con una posición ventajosa el escaso número de los suyos,
desvió ligeramente la marcha en dirección a las alturas
—eran lugares quebrados, llenos de piedras—; desde allí
dirigió la marcha hacia el enemigo. Los etruscos, sin tener 3
en cuenta nada más que su superioridad numérica, única
cosa en que confiaban, inician el combate de forma tan
precipitada e impaciente que, para llegar antes al cuerpo
a cuerpo, tiran al suelo las armas arrojadizas y desenvai-
nando las espadas se lanzan sobre el enemigo. Por el 4
contrario, los romanos disparaban tanto dardos como pie-
dras, armas que el propio terreno les suministraba en abun-
dancia. Por tanto, los impactos en los escudos y cascos 5
provocaban confusión incluso entre los que no resultaban
alcanzados, y como además no era fácil ascender para com-
batir más de cerca ni tenían proyectiles con que mantener 6
el combate a distancia, estaban parados y expuestos a los
golpes, puesto que ya no tenían nada con que protegerse
suficientemente, perdiendo incluso terreno algunos de ellos;
toda su formación era fluctuante e inestable; entonces las
líneas primera y segunda reiteran el grito de guerra, y
con las espadas desenvainadas se lanzan contra ellos.
No aguantaron los etruscos esta embestida y dando la 7
vuelta se dirigieron a su campamento en una huida desen-
frenada; pero la caballería romana, anticipándoseles cam-
po a través, salió al paso de los fugitivos, que dejaron el
camino que llevaba al campamento y se dirigieron a las
montañas; desde allí, en columna, casi sin armas y maltre- 8
chos por las heridas, se internan en la floresta de Cími-
no [163]. Los romanos, después de dar muerte a muchos mi-

[163] Montaña de Viterbo situada entre los lagos Bolsena y Ronciglio-
ne, llamado Ciminio entonces.

les de etruscos y tomar treinta y ocho enseñas militares,
se apoderan también del campamento enemigo junto con
un enorme botín. A continuación se comenzó a tratar acerca
de la persecución del enemigo.

36 La selva Ciminia era entonces más impenetrable y
temible de lo que fueron hace poco los bosques germáni-
cos, sin que hasta aquella fecha se hubiese nadie internado
en ella, ni siquiera los mercaderes. Aparte del propio gene-
ral, casi ninguno se atrevía a penetrar en ella: en todos los
demás permanecía aún sin borrarse el recuerdo del desas-
2 tre de Caudio. Entonces uno de los presentes —Marco Fa-
bio, Cesón según otros, algunos dicen que Gayo Claudio,
hijo de la misma madre que el cónsul— manifestó que iría
él a hacer un reconocimiento y que en breve traería noti-
3 cias enteramente seguras. Criado en Cere con unos hués-
pedes, había sido luego instruido en las letras etruscas y
conocía bien esta lengua. Hay testimonios escritos de que
por aquel entonces estaba generalizada entre los romanos
la costumbre de instruir a los muchachos en las letras etrus-
4 cas del mismo modo que en las griegas actualmente; pero
es más verosímil que tuviese alguna cualificación particu-
lar, para meterse entre los enemigos con una simulación
tan osada. Dicen que lo acompañó únicamente un esclavo,
criado con él y conocedor, por consiguiente, de aquella
5 lengua; al iniciar la marcha, solamente recabaron informa-
ción acerca de las características generales de la región en
que iban a internarse y los nombres de los jefes en los
pueblos, para evitar que les pudiesen coger si en las con-
6 versaciones vacilaban en algún dato importante. Partieron
vestidos de pastores, con armas campesinas, con sendas
hoces y picas cada uno. Pero, más que el conocimiento de
la lengua o el tipo de indumentaria y de armas, los encu-
brió el hecho de que resultaba increíble que ningún foras-

tero fuese a internarse en la selva Ciminia. Entraron, dicen, 7
hasta los umbros Camertes, donde el romano tuvo el valor de confesar quiénes eran y, una vez introducido en el senado, habló de alianza y amistad en nombre del cónsul;
y a continuación, después de ser objeto de una hospitala- 8
ria acogida, se le indicó que anunciase a los romanos que tendrían preparado para el ejército un aprovisionamiento para treinta días si se internaban en aquellos parajes, y que la juventud de los umbros Camertes, armada, estaría a sus órdenes.

El cónsul, cuando se le informó de esto, envió por 9
delante la impedimenta en las primeras horas de la noche, ordenó que las legiones marcharan tras la impedimenta,
él se quedó con la caballería y, al día siguiente, al ama- 10
necer, cabalgó ante los puestos de guardia del enemigo, que estaban apostados fuera de la selva, y después de entretener al enemigo durante un tiempo suficientemente prolongado, se retiró al campamento y saliendo por la otra
puerta alcanzó a la infantería antes de la noche. Al ama- 11
necer del día siguiente ocupaba la cima del monte de Címino. Al contemplar desde allí los fértiles campos sembrados
de Etruria dio vía libre a sus soldados. Cuando ya habían 12
reunido un botín muy considerable, les salieron al paso a los romanos tropeles de campesinos etruscos, reunidos deprisa y corriendo por los jefes de aquella comarca y en un desorden tal que los que pugnaban por recuperar el botín estuvieron a punto de convertirse en botín ellos mis-
mos. Después de derrotarlos y ponerlos en fuga y de 13
saquear a fondo el territorio, los romanos, victoriosos y cargados con abundancia de toda clase de cosas, retorna-
ron al campamento. Casualmente habían llegado al mismo 14
cinco legados con dos tribunos de la plebe para comunicar a Fabio en nombre del senado que no penetrase en la selva

Ciminia. Alegrándose de haber llegado demasiado tarde para impedir la guerra, regresaron a Roma anunciando la victoria.

Guerra en Sutrio con etruscos y umbros. Victoria romana; tregua

37 Con esta expedición del cónsul, a la guerra, más que llevarla hacia su término, se le habían dado mayores dimensiones, pues la zona que se extiende a la falda del monte de Címino había sufrido la devastación y había concitado la indignación no sólo de los pueblos de Etruria sino de los que colindaban con
2 Umbría. Vino, pues, a Sutrio un ejército como nunca se había visto hasta entonces, y no sólo sacaron el campamento fuera de los bosques, sino que extendieron sus filas hasta las llanuras, en su impaciencia por librar batalla cuan-
3 to antes. Luego, formados en orden de combate, se mantuvieron primero quietos en su puesto dejando al enemigo espacio para formarse a su vez, y después, al comprender que el enemigo rehusaba la lucha, se acercaron a la empa-
4 lizada. Cuando entonces constataron que incluso los retenes de guardia habían sido retirados hacia dentro de los parapetos, se produjo súbitamente un gran alboroto en torno a los generales, pidiéndoles que ordenasen traer del campamento el rancho de aquel día, que ellos iban a permanecer armados y durante la noche o con toda seguridad al
5 amanecer irrumpirían en el campamento enemigo. El ejército romano, no menos impaciente, es contenido por la autoridad del general. Quedarían unas dos horas de día cuando el cónsul ordena que los soldados tomen alimento; les manda estar con las armas prestas a cualquier hora del
6 día o de la noche que se dé la señal. Dirige a la tropa unas breves palabras: magnifica las guerras samnitas, quita valor a los etruscos; dice que no se puede comparar un enemigo con otro, ni unos efectivos con otros; que hay,

además, otra arma oculta que conocerán a su debido tiem-
po, que es preciso callar por el momento. Con estos ro- 7
deos daba a entender que el enemigo sería traicionado, pa-
ra devolverles la moral a sus hombres aterrados por aquel
gran número; y como el enemigo había tomado posiciones
sin atrincherarse, era más verosímil lo que daba a entender.

Restablecidas sus fuerzas con la comida, se entregan
al descanso, y despertados sin ruido hacia el cuarto turno
de guardia, empuñan las armas. Se distribuyen hachas[164] 8
entre los siervos del ejército para echar abajo la empaliza-
da y rellenar los fosos. Se forma el frente de combate en
el interior del recinto fortificado; cohortes escogidas son
apostadas en las salidas de las puertas. Se da luego la 9
señal poco antes de clarear el día, que es cuando en las
noches de estío el sueño es más profundo; abatida la em-
palizada, sale bruscamente el ejército en orden de batalla
y cae sobre los enemigos echados por doquier; a unos los
sorprendió la muerte sin realizar un movimiento, a otros
medio dormidos en sus lechos, a la mayor parte corriendo
atropelladamente por las armas. A pocos se les dio ocasión 10
de armarse, y a estos pocos, que no sabían qué enseña
ni a qué jefe seguir, los romanos los desbaratan y después
de ponerlos en fuga los persiguen. Se dirigen unos al cam-
pamento, otros a los bosques. Éstos les proporcionaron
un refugio más seguro, pues el campamento, situado en
campo abierto, es tomado el mismo día. Se dio orden de
que el oro y la plata se le llevase al cónsul, el resto del
botín fue para la tropa. Aquel día fueron muertos o he- 11
chos prisioneros unos sesenta mil enemigos.

Sostienen algunos que esta batalla tan brillante se desarrolló al otro lado de la selva Ciminia cerca de Perusia,

[164] En realidad, la *dolabra* era una herramienta con hacha y pico.

y que en Roma cundió el pánico a que el ejército, atrapado en una selva tan peligrosa, fuese aplastado, al levantar-
12 se en armas por todas partes etruscos y umbros. Pero dondequiera que la batalla tuviera lugar, los romanos resultaron vencedores. Y de esta suerte llegaron de Perusia y Cortona y Arrecio, que venían a ser por aquel entonces las ciudades más importantes de los pueblos de Etruria, embajadores a pedir a los romanos paz y alianza, y consiguieron una tregua de treinta años.

Guerra en el Samnio y la Campania. Papirio Cúrsor, dictador. Importante victoria sobre los etruscos

38 Mientras en Etruria se desarrollaban estos acontecimientos, el otro cónsul, Gayo Marcio Rútulo, les tomó Alifas por la fuerza a los samnitas [165]. Muchas otras plazas y poblados fueron destruidos de forma implacable o se entregaron sin lucha.

2 Por las mismas fechas, también la flota romana, dirigida contra la Campania por Publio Cornelio, a quien el senado había encomendado la vigilancia de la costa, arribó a Pompeya; de allí la marinería salió a saquear el territorio nucerino [166]. Después de devastar apresuradamente las cercanías desde donde no ofrecía peligro la vuelta a las naves, encandilados, como suele ocurrir, con el botín, se desplazaron más lejos y llamaron la aten-
3 ción del enemigo. Mientras estaban diseminados por los campos nadie salió a su encuentro, y eso que podían haber sido exterminados sin quedar ni uno; cuando regresaban marchando sin tomar precauciones, les dieron alcance los campesinos no lejos de las naves, les quitaron el botín e

---

[165] Se relata en VIII 25, 4 la toma de Alifas, pero no hay mención posterior a su recuperación por los samnitas.

[166] De Nuceria (Nocera), situada junto a la vía Apia.

incluso mataron a parte de ellos; los que sobrevivieron a la matanza, llenos de pánico, fueron rechazados hasta las naves.

La expedición de Quinto Fabio a través de la selva 4
Ciminia, en la misma medida en que había provocado pánico en Roma, había llevado al Samnio la alegría a los enemigos con el rumor de que el ejército romano, atrapado, estaba asediado, y se recordaban las Horcas Caudinas,
imagen del desastre: con la misma temeridad, aquel pueblo 5
siempre codicioso de extenderse se había dejado llevar a unos desfiladeros inextricables, viéndose cercado por lo abrupto de la topografía tanto como por las armas del ene-
migo. Su gozo se veía empañado por cierta dosis de envi- 6
dia, porque la suerte había transferido de los samnitas a
los etruscos el honor de guerrear con Roma. Así, pues, 7
se precipitan con armas y hombres a aplastar al cónsul Gayo Marcio, con la intención de dirigirse de allí a Etruria rápidamente a través del territorio de marsos y sabinos
en caso de que Marcio no se prestara al combate. El cón- 8
sul salió a su encuentro. El combate fue encarnizado por una y otra parte y de resultado incierto, pero a pesar de lo equilibrado de las pérdidas, corrió, sin embargo, el rumor de un resultado desfavorable para los romanos porque habían perdido a algunos miembros de la caballería, algunos tribunos militares y un legado, y por haber sido herido, circunstancia ésta especialmente grave, el propio cónsul.

Ante estos hechos, exagerados incluso al ir de boca en 9
boca como suele suceder, el senado fue presa de enorme preocupación y estaba de acuerdo en nombrar un dictador, y nadie ponía en duda que se nombraría a Papirio Cúrsor, a quien se consideraba entonces el más capacitado
en asuntos militares. Pero no se creía que se pudiese man- 10

dar aviso al Samnio sin peligro al estar todo en pie de guerra, ni había demasiadas esperanzas de que el cónsul
11 Marcio estuviese vivo. El otro cónsul, Fabio, era enemigo personal de Papirio. A fin de que esta enemistad no fuese un obstáculo para el bien común, el senado acordó enviar-
12 le una legación formada por excónsules con objeto de convencerlo, gracias a su autoridad no sólo oficial sino también personal, a que sacrificara por la patria el recuer-
13 do de sus rencores. Cuando los comisionados que fueron a ver a Fabio le entregaron el senadoconsulto y añadieron unas palabras a tenor de la misión encomendada, el cónsul miró al suelo sin decir palabra y se retiró dejándolos
14 en la incertidumbre acerca de lo que pensaba hacer; después, por la noche, en silencio, como es práctica habitual, nombró dictador a Lucio Papirio. Cuando los comisionados le dieron las gracias por haber dominado noblemente sus sentimientos, mantuvo un mutismo obstinado y los despidió sin una respuesta y sin hacer mención al hecho, de forma que resultaba evidente que su profundo sentimiento de contrariedad era dominado por su grandeza de ánimo.

15 Papirio nombró jefe de la caballería a Gayo Junio Bubulco, y cuando presentaba a votación la ley curiada referente a sus poderes, un funesto presagio le hizo retrasar la fecha, porque la curia llamada a votar en primer lugar fue la Faucia, famosa por dos desastres: la toma de Roma y la paz de Caudio, porque los dos años le había
16 tocado a la misma curia comenzar la votación. Licinio Macro hace también detestable a dicha curia por un tercer desastre, el sufrido en el Crémera [167].

[167] El Crémera, famoso por la batalla narrada en II 48 ss., desemboca en el Tíber, cerca de Fidenas.

Al día siguiente, el dictador renovó los auspicios y sacó 39
adelante la ley, y emprendiendo la marcha con las legiones
reclutadas recientemente a la vista de la alarma que había
cundido al cruzar el ejército la selva Ciminia, llegó a Lón-
gula [168] y, después de recibir del cónsul Marcio los solda- 2
dos veteranos, sacó las tropas en orden de batalla. Tampo-
co parecía que los enemigos rehusaran el combate. Los
sorprendió más tarde la noche formados y armados, dado
que ninguno de los dos bandos iniciaba la lucha. Estuvie- 3
ron durante algún tiempo sin realizar movimientos, sin que
les faltara confianza en las propias fuerzas pero sin infra-
valorar al enemigo, manteniendo los campamentos cerca
uno del otro.

*** [169] pues también se combatió en campo abierto 4
contra el ejército de los umbros; sin embargo, más que
muertos fueron desbaratados los enemigos, porque no
aguantaron una lucha que había comenzado con muchos
bríos y los etruscos, reunido junto al lago Vadimón [170] un 5
ejército bajo la obligación de una ley sagrada de forma
que cada combatiente elegía a otro combatiente, pelearon
con una cantidad de efectivos y un coraje sin precedentes.
Se desarrolló la acción con tal rabia por parte y parte, 6
que ni unos ni otros lanzaron las armas arrojadizas. La
lucha comenzó a espada, se inició con gran dureza y se
fue enardeciendo con la propia confrontación, que durante
algún tiempo se mantuvo incierta hasta el punto de dar

---

[168] Lóngula era una de las comunidades más antiguas. Miembro de la Liga Albana de Júpiter Lacíar. Nibby la identificó con Buon Riposo, situada en la ruta de Ancio a Árdea.

[169] Como aquí el texto parece entrar en contradicción con IX 41, 8, se han aportado diferentes propuestas. Puede verse la de OGILVIE, en *Yale Class. Stud.* 23 (1973), 166-168.

[170] ¿El actual lago Balsano?

la impresión de que no se luchaba con los etruscos, tantas
7 veces vencidos, sino con algún nuevo pueblo. Ni un indicio
de fuga por ninguna de las partes; caen los que combaten
delante de las enseñas, y para que éstas no queden sin de-
8 fensores, la segunda línea se convierte en primera. Se hace
luego entrar en acción a los soldados de reserva desde la
retaguardia; la fatiga y el peligro llegan a tal extremo que
los jinetes romanos, prescindiendo de los caballos, se abren
paso por entre armas y cuerpos hasta las primeras filas
de combatientes de a pie. Esta formación, apareciendo co-
mo si fuese de refresco entre los que estaban extenuados,
9 desbarató las filas etruscas; luego, el resto del ejército,
secundando su empuje a pesar de su agotamiento, abrió
10 brecha por fin entre las filas enemigas. Se comenzó enton-
ces a vencer su tenaz resistencia y algunos manípulos ini-
ciaron la retirada; y tan pronto éstos volvieron la espalda,
también los demás emprendieron la huida, más segura.
11 Aquella jornada quebrantó por primera vez el poderío de
los etruscos, boyante con una prosperidad que venía de
antiguo; toda la fuerza con que contaba fue destrozada
en el campo de batalla; con aquella furia fue tomado y
saqueado el campamento.

40

Papirio Cúrsor vence a los samnitas y Fabio a los etruscos. Acciones bélicas menores. Victoria de Fabio sobre los umbros

Inmediatamente después, con un peli-
gro parecido y un similar desenlace glo-
rioso tenía lugar la acción bélica contra
los samnitas, los cuales, aparte del resto
de preparativos bélicos, hicieron que su
ejército brillase con nuevos distintivos en
2 sus armas. Eran dos sus ejércitos; cin-
celaron con oro los escudos de uno de
ellos y con plata los del otro. La forma
del escudo era la siguiente: más ancha la parte de arriba,
con lo que se cubre el pecho y los hombros, con un borde

recto; la parte inferior, más en forma de cuña para dejar
libertad de movimientos. En el pecho, una protección de 3
esponja, y la pierna izquierda cubierta con una espinillera.
Los cascos, empenachados, añadiendo vistosidad a la esta-
tura. Los de escudo dorado, túnicas multicolores; los de
escudo plateado, de tela blanca. A éstos se les asigna el
ala derecha, aquéllos se sitúan en la izquierda. Los roma- 4
nos tenían ya conocimiento de la aparatosidad de las
brillantes armas y sus jefes les habían explicado que el sol-
dado debe aparecer hosco, no adornado con oro y plata, 5
sino fiado en el hierro y el coraje, y es que aquellos ador-
nos eran, más bien, botín que armas, brillantes antes de
la acción, sucias entre la sangre y las heridas; el adorno 6
del soldado es el valor y todo aquello acompañaba a la
victoria, y el enemigo rico era presa del vencedor aunque
fuese pobre.

Cúrsor lleva al combate a sus soldados estimulados 7
con estas palabras. Él se sitúa en el ala derecha y pone
al jefe de la caballería al frente de la izquierda. Nada 8
más producirse el choque, la pugna con el enemigo fue
tremenda, y no menos empeñada fue la porfía entre el dicta-
dor y el jefe de la caballería a ver por qué ala comenzaba
la victoria. Casualmente fue Junio el primero en hacer 9
retroceder con su ala izquierda al ala derecha del enemigo,
donde estaban los soldados consagrados según el ritual de
los samnitas, reconocibles en ello por su vestimenta blanca
y sus armas igualmente blancas. Junio, repitiendo que los
ofrecía en sacrificio al Orco, lanzó el ataque, desbarató
sus filas y los hizo retroceder de forma clara. Cuando el 10
dictador se percató de ello, dijo: «¿Es que va a comenzar
la victoria por el ala izquierda mientras que la derecha,
la del dictador, va a ir a remolque de la lucha de otros
y no va a atraer el mérito principal de la victoria?» Incita 11

así a los soldados: ni los de a caballo les van a la zaga
en valor a los de a pie, ni los legados en entrega a los
12 generales. Marco Valerio desde el flanco derecho y desde
el izquierdo Publio Decio, excónsules ambos, corren hacia
los jinetes situados a los lados, y después de animarlos a
que los sigan y se ganen su parte de gloria, se lanzan de
13 través sobre el flanco del enemigo. Al sumarse este nuevo
motivo de pánico que se extendió por el ejército desde am-
bos lados y al intensificar, ante el miedo del enemigo, su
avance las legiones romanas después de reiterar el grito
de guerra, se inicia por fin la huida por parte de los sam-
14 nitas. La llanura comenzaba a cubrirse de montones de
cadáveres y de armas relucientes; en un principio los ate-
rrados samnitas se refugiaron en su campamento, después
no pudieron ni siquiera retener éste: fue tomado y saquea-
do y se le prendió fuego antes del anochecer.

15 Se le concedió el triunfo al dictador por un decreto del
senado, y la mayor vistosidad se la dieron a su triunfo
16 sobre todo las armas capturadas. Se apreció en ellas tanta
magnificencia que los escudos de oro fueron distribuidos
entre los dueños de las casas de cambio para que decora-
sen el foro. De ahí nació, dicen, la práctica de decorar
el foro por parte de los ediles cuando sacaban los carros
17 con los dioses. Los romanos, sin duda, utilizaron las
llamativas armas para honrar a los dioses; los campanos,
por orgullo y por odio a los samnitas, con semejante orna-
to armaron a los gladiadores que servían de espectáculo
en los banquetes y los denominaron con el nombre de
«samnitas».

18 El mismo año el cónsul Fabio combate contra los etrus-
cos supervivientes, obteniendo una victoria clara y fácil,
cerca de Perusia, que también había violado la tregua.
19 Hubiese tomado incluso la plaza, pues llegó victorioso

hasta sus murallas, de no haber salido los comisionados
a entregar la ciudad. El cónsul dejó una guarnición en 20
Perusia, envió por delante a Roma al senado las embajadas de Etruria que pedían amistad, y entró en triunfo en la ciudad por una victoria más brillante aún que la del dictador; es más, la gloria por haber derrotado a los sam- 21
nitas repercutió, en gran parte, en favor de los legados Publio Decio y Marco Valerio, pues en los comicios siguientes el pueblo por abrumadora mayoría los eligió cónsul a uno y pretor al otro.

A Fabio se le prorroga el consulado por haber domi- 41
nado Etruria de forma tan brillante y le dan a Decio por colega [171]. Valerio resulta elegido pretor por cuarta vez.
Los cónsules se reparten los campos de acción: a Decio 2
le toca Etruria, a Fabio el Samnio. Marchó éste a Nuceria 3
Alfaterna, cuya petición de paz desdeñó porque no la habían querido aceptar cuando se les ofrecía y, asediándola,
la forzó a la rendición. Con los samnitas hubo una batalla 4
campal. Fue vencido el enemigo sin mayores dificultades, y no se hubiese conservado memoria de este combate de no haber guerreado los marsos en aquella batalla por primera vez en contra de los romanos. Los pelignos, que secundaron la rebelión de los marsos, corrieron la misma suerte.

También a Decio, el otro cónsul, le era propicia la 5
suerte de la guerra. Había obligado por miedo a los tarquinienses [172] a suministrar trigo para el ejército y pedir una
tregua por cuarenta años. Tomó por la fuerza varias pla- 6

[171] Año 308 a. C.

[172] De Tarquinios, la ciudad etrusca de la que se decía eran originarios los Tarquinios romanos. Se descubrió una necrópolis de gran antigüedad.

zas de los volsinienses [173] arrasando algunas de ellas para que no sirviesen de refugio a los enemigos, y a base de extender la guerra por todo el contorno hizo que se le temiera de tal forma que toda la nación etrusca pidió al cón-
7 sul un tratado de alianza. En cuanto a esto, la verdad es que nada consiguieron; se les concedió una tregua por un año. El enemigo pagó la nómina del ejército de aquel año y se le exigieron dos túnicas por soldado; ése fue el precio de la tregua.

8 La tranquilidad que reinaba ya en Etruria se vio turbada por la súbita rebelión de los umbros, pueblo que, salvo haber sentido el paso del ejército por su territorio, no se había visto afectado por los desastres de la guerra.
9 Éstos, después de concitar a toda su juventud e impulsar a gran parte de los etruscos a levantarse en armas, habían reunido un ejército de tales proporciones que se jactaban de que dejarían a Decio a sus espaldas en Etruria e irían, a continuación, a sitiar Roma, empleando palabras de arrogancia consigo mismos y de menosprecio hacia los romanos.
10 El cónsul Decio, tan pronto se puso en su conocimiento este propósito, se dirigió a marchas forzadas desde Etruria a Roma e hizo alto en territorio pupiniense [174], atento a
11 los rumores referentes al enemigo. Tampoco en Roma se infravaloraba la guerra de los umbros, y la sola amenaza había provocado el pánico de aquellos que con el desastre de los galos habían experimentado lo poco segura que
12 era la ciudad que habitaban. Se enviaron, por consiguiente, emisarios al cónsul Fabio con la embajada de que llevase, a toda prisa, al ejército a Umbría si se producía un res-

[173] De Volsinios (Bolsena, etrusco Velsuna), integrante de la comunidad de doce pueblos de Etruria.

[174] Al sur del río Anio.

piro en la guerra contra los samnitas. Obedeció el cónsul 13 lo que se le decía y, forzando la marcha, se dirigió a Mevania [175], donde se encontraban entonces las tropas de los umbros.

La repentina llegada del cónsul, al que suponían lejos 14 de Umbría, en el Samnio, empeñado en otra guerra, aterró de tal modo a los umbros que unos opinaban que había que retirarse a las ciudades fortificadas y otros abandonar la guerra. Una sola comarca —Materina la llaman ellos— 15 no sólo mantuvo en armas a los demás, sino que los llevó inmediatamente al combate. Atacaron a Fabio cuando estaba vallando el campamento. Tan pronto los vio el cón- 16 sul correr desordenadamente hacia los parapetos, hizo que los soldados dejaran los trabajos y los formó según lo permitía la naturaleza del terreno y las circunstancias; y animándolos con justificados elogios por las glorias conseguidas ya sea en Etruria ya en el Samnio, les pide que liquiden los pequeños restos de la guerra con los etruscos y les hagan pagar el castigo por las impías palabras con las que habían amenazado con atacar la ciudad de Roma. Los soldados escucharon estas palabras con tal entusiasmo 17 que, espontáneamente, brotó el grito de guerra e interrumpió el discurso del general. Luego, antes de recibir la orden con toque de trompetas y cuernos, se lanzan contra el enemigo en carrera desenfrenada. No parece que corran contra 18 hombres o contra guerreros, resulta asombroso, primero comienzan por arrebatarles las enseñas a los abanderados, después los propios abanderados son arrastrados hacia el cónsul, a los hombres con sus armas se les hace pasar de un ejército al otro, y si en algún punto hay lucha, la acción se desarrolla con los escudos más que con las espadas:

[175] En Umbría. ¿Actual Bevagna?

19 los enemigos son abatidos con el escudo y con golpes en el hombro. Hay más prisioneros que muertos, y por todo el ejército corre únicamente la voz de los que piden que
20 se depongan las armas. Y así, la rendición se efectuó en pleno combate y por parte de los primeros en provocar la guerra. Al día siguiente y sucesivos se rinden también los pueblos umbros restantes. Con los ocriculanos [176] se hizo un compromiso formal de amistad.

Sucesivas victorias sobre los samnitas. Movimiento entre los hérnicos

42 Fabio, vencedor de una guerra que correspondía a otro, llevó al ejército de
2 vuelta a su provincia. Consiguientemente, en razón de tan brillante actuación, lo mismo que el año anterior el pueblo le había prorrogado el consulado, también el senado le prorrogó el mando para el año siguiente [177], en que fueron cónsules Apio Claudio y Lucio Volumnio, a pesar de la oposición sobre todo de Apio.

3 Encuentro en algunos Anales que Apio, mientras era censor, presentó su candidatura al consulado y que los comicios fueron impedidos por el tribuno de la plebe Lucio
4 Furio hasta que dejó el cargo de censor. Elegido cónsul, mientras que a su colega se le asignaba la guerra contra un enemigo nuevo, los salentinos [178], él permaneció en Roma para acrecentar su prestigio con obras civiles en vista de que la gloria militar correspondía a otros.

5 Volumnio no tuvo queja de su campo de acción: libró muchos combates con éxito, tomó por la fuerza unas cuan-

---

[176] De Ocrícula. Población situada en Umbría a dos millas de la actual Otricoli, junto a la vía Flaminia.

[177] El 307 a. C.

[178] Este pueblo habitaba la zona que va de Tarento al promontorio Yapigio.

tas ciudades enemigas. Era generoso con el botín y acompañaba esta liberalidad, ya de por sí grata, con su afabilidad, y con estos medios había hecho a sus soldados ávidos de peligros y fatigas.

El procónsul Quinto Fabio combatió cerca de la ciudad 6
de Alifas con un ejército de los samnitas. El resultado no ofreció lugar a dudas; el enemigo fue derrotado y repelido hasta el campamento; de no haber quedado muy poco día, ni siquiera hubiesen podido conservar el campamento; no obstante, antes de la noche fue sitiado y durante la noche vigilado para que nadie pudiera escabullirse. Al día si- 7
guiente, cuando apenas había clareado el día, comenzó a formalizarse la rendición y se estipuló que a los que eran samnitas se les dejaría marchar con una prenda de vestir cada uno; a todos se les hizo pasar bajo el yugo. Con 8
los aliados de los samnitas no se tomó ninguna medida; unos siete mil fueron vendidos como esclavos. Los que se habían declarado ciudadanos hérnicos fueron mantenidos aparte bajo vigilancia. Fabio los mandó a todos ellos a 9
Roma [179] al senado, y después de preguntárseles si habían hecho la guerra al lado de los samnitas en contra de los romanos como voluntarios o por haber sido llamados a filas, fueron entregados para su custodia a los pueblos latinos, y se les dieron instrucciones a los nuevos cónsules [180], 10
Publio Cornelio Arvina y Quinto Marcio Trémulo —pues ya habían sido elegidos éstos—, para que sometiesen toda aquella cuestión a la consideración del senado. Esto les 11
sentó mal a los hérnicos; los anagninos convocaron asamblea de todos los pueblos en el circo llamado marítimo y todos los integrantes de la nación hérnica, excepto Ale-

[179] Los hérnicos habían sido sometidos el 358 (VII 15, 9).

[180] Año 306 a. C.

trio, Ferentino y Vérulas, declararon la guerra al pueblo romano.

43 También en el Samnio, debido a que Fabio se había alejado de allí, se produjeron nuevas movilizaciones. Calacia y Sora y las guarniciones romanas que había en ellas fueron asaltadas, y los soldados hechos prisioneros fueron objeto de malos tratos de forma indigna. Por consiguien-
2 te, Publio Cornelio fue enviado allí con su ejército. A Marcio se le asignan los nuevos enemigos, pues ya había sido decretada la guerra contra los anagninos y otros hérnicos.
3 Al principio el enemigo interceptó todos los puntos estratégicos entre los campamentos de los cónsules, de for-
4 ma que no podía cruzar ni un mensajero ligero, y por espacio de varios días los cónsules estuvieron sin noticia alguna segura y cada uno de ellos en vilo por la situación del otro, y esta inquietud llegó hasta Roma, hasta el extremo de que se hizo prestar juramento militar a todos los jóvenes y se alistaron dos ejércitos regulares para cualquier
5 eventualidad inesperada. Sin embargo, la guerra con los hérnicos no se correspondió, en absoluto, ni con la alarma que entonces provocó ni con la antigua gloria de aquel pue-
6 blo: en ninguna parte intentaron acción alguna que merezca ser reseñada, fueron despojados de tres campamentos en cosa de pocos días, y a cambio de la paga y el trigo de seis meses pactaron una tregua de treinta días para en-
7 viar una embajada a Roma al senado. El senado la remitió a Marcio, al cual un decreto del senado le había dado atribuciones en lo referente a los hérnicos, y éste aceptó el sometimiento de aquel pueblo.

También el otro cónsul en el Samnio era superior en
8 fuerzas, pero tenía dificultades con el terreno. Los enemigos habían bloqueado todos los caminos y ocupado los pasos practicables para que no se pudiesen introducir por

ninguna parte convoyes de aprovisionamiento; el cónsul,
a pesar de que diariamente presentaba batalla, no podía 9
inducirlos a combatir: estaba bastante claro que ni los samnitas estaban dispuestos a combatir por el momento ni los
romanos iban a soportar que se difiriera la guerra. La 10
llegada de Marcio, que, una vez sometidos los hérnicos, se apresuró a acudir en ayuda de su colega, le impidió al
enemigo retrasar la confrontación. En efecto, ellos, que 11
no se habían considerado a la altura para enfrentarse con uno de los ejércitos y creían que si, encima, se juntaban los dos ejércitos consulares no cabía la menor esperanza,
atacan a Marcio, que llegaba en formación de marcha. 12
A toda prisa se reunieron los bagajes en el centro y, en la medida en que lo permitían las circunstancias, se formó el ejército en orden de combate. Primero el grito de guerra que llegó hasta el campamento, después la polvareda divisada a lo lejos provocaron una conmoción en el campa-
mento del otro cónsul, y éste, ordenando enseguida a los 13
soldados que empuñen las armas y formándolos precipitadamente en orden de batalla, ataca por el flanco al ejército
enemigo empeñado en otra lucha, mientras grita que sería 14
la mayor de las vergüenzas si consentían que el otro ejército consiguiese una victoria doble y no reivindicaban para
sí el honor de la guerra que les correspondía. Abre bre- 15
cha por donde lanza el ataque y por en medio del campo de batalla se dirige al campamento del enemigo, y sin na-
die que lo defienda lo toma y le prende fuego. Cuando 16
lo vieron en llamas los hombres de Marcio delante de sí y los enemigos a su espalda, en ese momento se inicia la huida a discreción de los samnitas, pero la masacre cunde por doquier y no hay refugio seguro en ningún sitio.

Muertos ya treinta mil enemigos, los cónsules habían 17
dado la señal de retirada y reunían sus tropas en un solo

ejército felicitándose mutuamente, cuando, de repente, se avistaron a lo lejos nuevas cohortes enemigas que habían sido alistadas para servir de refuerzo, y recomenzó la ma-
18 tanza. Los soldados vencedores, sin que los cónsules lo ordenen ni se dé la señal, se lanzan contra ellas gritando que hace falta que los samnitas tengan un funesto aprendi-
19 zaje de las armas. Los cónsules dejan correr el arranque de las legiones, y es que saben perfectamente que los nuevos reclutas del enemigo en medio de unos veteranos envueltos en la fuga no se bastarán ni tan siquiera para in-
20 tentar el combate. Sus previsiones no les fallaron: todas las tropas samnitas, veteranos y reclutas, alcanzan huyendo los montes cercanos. Hacia allí sube también el ejército romano; ningún lugar es lo bastante seguro para los vencidos y son desalojados de las cimas que habían ocupado:
21 entonces todos a una piden la paz. Fueron luego enviados al senado sus embajadores a negociar la paz, después de exigírseles trigo correspondiente a tres meses, la paga militar de un año y una túnica para cada soldado.

22 Cornelio quedó en el Samnio; Marcio volvió a Roma desfilando en triunfo sobre los hérnicos; le fue concedida por decreto una estatua ecuestre en el foro, que fue colo-
23 cada delante del templo de Cástor. A tres pueblos hérnicos, los de Aletrio, Vérulas y Ferentino, se les restituyeron sus propias leyes, puesto que lo prefirieron a la ciudadanía, y se les autorizó el matrimonio entre sus mutuos ciudadanos, privilegio que sólo ellos, de entre los hérnicos,
24 habían tenido por algún tiempo. A los anagninos y a los que habían hecho la guerra contra los romanos se les concedió la ciudadanía sin derecho de voto; quedaron suprimidas sus asambleas y la celebración de matrimonios entre sí y se les prohibió tener magistrados, a no ser para la atención al culto.

Aquel mismo año, el censor Gayo Junio Bubulco adju- 25
dicó la construcción del templo de la Salud [181], que había
prometido con voto siendo cónsul durante la guerra con
los samnitas. También él y su colega Marco Valerio Máxi-
mo hicieron caminos rurales con cargo al presupuesto pú-
blico. Asimismo, aquel año se renovó por tercera vez [182] 26
el tratado con los cartagineses y a sus embajadores, veni-
dos con ese fin, se les hicieron obsequios de buena voluntad.

Aquel mismo año tuvo un dictador, Publio Cornelio 44
Escipión, con Publio Decio Mus como jefe de la caballe-
ría. Éstos convocaron las elecciones consulares, razón por 2
la que habían sido nombrados, porque ninguno de los cón-
sules podía ausentarse del escenario de la guerra. Fueron
elegidos cónsules Lucio Postumio y Tito Minucio [183].
Pisón [184] sitúa a estos cónsules inmediatamente después de 3
Quinto Fabio y Publio Decio, omitiendo los dos años en
que habíamos dicho que fueron elegidos cónsules Claudio
y Volumnio, y Cornelio y Marcio. No se sabe con certeza 4
si le falló la memoria al ordenar los Anales o si omitió
a los dos consulados por creerlos falsos.

Ese mismo año los samnitas hicieron incursiones en la 5
llanura de Estela [185], en territorio campano. Por ello 6
los dos cónsules, enviados al Samnio, se dirigieron a co-
marcas distintas, Postumio a Tiferno y Minucio a Bovia-
no; se libró primero batalla en Tiferno, bajo el mando de

[181] En el Quirinal.

[182] Livio sólo ha mencionado un tratado (VII 27), pero Polibio (III 22) refiere otro del año 509.

[183] Año 305 a. C.

[184] Lucio Calpurnio Pisón Frugi, el analista que fue cónsul el año 133 a. C.

[185] Situada en la Campania entre Cales y Casilino. Formó parte de la Liga Campana.

7 Postumio. Unos sostienen que los samnitas fueron venci-
dos de forma clara y se hicieron veinte mil prisioneros;
8 otros, que terminó la batalla con resultados equilibrados
y que Postumio, aparentando miedo, llevó sus tropas fur-
tivamente a los montes en una marcha nocturna, y que
el enemigo le siguió y se apostó, a su vez, a dos millas
9 de distancia en una posición bien resguardada. El cónsul,
después que aseguró su campamento fortificándolo y lo
dotó de todo lo necesario para dar la impresión de que
había buscado un acampada segura y bien provista —y
10 en efecto lo era—, dejó una fuerte guarnición y, durante
el tercer relevo de la guardia, por el camino más corto
condujo las legiones sin impedimenta hasta su colega, que
a su vez había tomado posiciones frente a otros enemigos.
11 Allí, por iniciativa de Postumio, Minucio libra batalla con
el enemigo; el combate se había prolongado sin decantarse
hasta muy avanzado el día, y entonces Postumio con sus
legiones en plenitud de fuerzas carga de improviso contra
12 el ejército enemigo, ya agotado. Y de este modo, como
el cansancio y las heridas les impedían incluso la huida,
los enemigos fueron exterminados y veintiuna enseñas cap-
turadas, y, acto seguido, se emprende la marcha hacia el
13 campamento de Postumio. Una vez allí, los dos ejércitos
victoriosos atacan, derrotan y ponen en fuga a un enemigo
desmoralizado ya por las noticias que le habían llegado.
Se tomaron veintiséis enseñas militares y fue hecho prisio-
nero el general de los samnitas Estacio Gelio y muchos
14 otros hombres, y tomados los dos campamentos. También
la ciudad de Boviano, cuyo ataque comenzó al día siguien-
te, fue tomada en breve, y los cónsules, por la gran gloria
de las empresas llevadas a cabo, desfilaron en triunfo.
15 Algunos sostienen que el cónsul Minucio, después de ser
trasladado al campamento gravemente herido, murió, que

su puesto lo ocupó Marco Fulvio como cónsul sustituto,
y que fue éste, enviado a hacerse cargo del ejército de Mi-
nucio, quien tomó Boviano.

Aquel año fueron recuperadas por los samnitas Sora, 16
Arpino y Cesennia. En el Capitolio fue colocada y consa-
grada una gran estatua de Hércules.

Fin de la segunda guerra samnita. Triunfo sobre los ecuos

Durante el consulado de Publio Sul- 45
picio Saverrión y Publio Sempronio So-
fo [186], los samnitas, bien porque busca-
sen el fin de la guerra o bien por darle
largas, enviaron a Roma una embajada
para tratar la paz. A pesar de su tono suplicante, se les
respondió que, si los samnitas en repetidas ocasiones no 2
hubiesen pedido la paz a la vez que preparaban la guerra,
se hubiera podido, discutiéndolo por ambas partes, llegar
a un acuerdo de paz; ahora bien, puesto que las palabras
hasta el momento presente habían resultado vanas, era pre-
ciso atenerse a los hechos; el cónsul Publio Sempronio 3
iba a estar, en breve, en el Samnio con el ejército; a él
no podían engañarlo sobre si sus intenciones estaban por
la paz o por la guerra; él informaría al senado de todo
lo que observase; que los embajadores siguiesen al cónsul
cuando saliese del Samnio. Aquel año el ejército romano 4
recorrió un Samnio pacificado que le proporcionó provi-
siones con generosidad y se renovó el antiguo tratado con
los samnitas.

A continuación, las armas romanas se dirigieron contra 5
los ecuos, viejos enemigos, pero que durante muchos
años [187] habían permanecido tranquilos bajo la apariencia
de una paz no fiable porque, mientras la nación hérnica

[186] Año 304 a. C.

[187] Desde el 388. Cf. VI 4, 7-8.

era independiente, habían estado enviando tropas auxiliares
6 a los samnitas juntamente con ella, y después del some-
timiento de los hérnicos se habían pasado al enemigo casi
todos ellos sin simular siquiera un acuerdo oficial. Luego,
tras la firma del tratado de Roma con los samnitas, cuan-
do los feciales habían ido a presentar una reclamación, de-
cían que era un intento de que consintieran, ante la ame-
naza de la guerra, en convertirse en ciudadanos romanos;
7 en qué medida era esto deseable lo habían demostrado los
hérnicos, cuando los que habían tenido esa posibilidad ha-
bían preferido sus propias leyes a la ciudadanía romana,
8 mientras que para los que no habían tenido la oportunidad
de elegir lo que prefirieran, la ciudadanía forzosa iba a
ser como un castigo. Ante estas manifestaciones hechas pú-
blicamente en las asambleas, el pueblo romano declaró la
9 guerra a los ecuos, y los dos cónsules, marchando a una
nueva guerra, hicieron alto a cuatro millas del campamen-
to enemigo.

10 El ejército de los ecuos, que había estado muchos años
sin hacer la guerra por su cuenta, parecía alistado deprisa
y corriendo; era un desorden, sin jefes estables, sin disci-
11 plina. Unos opinan que hay que presentar batalla, otros
que proteger el campamento; la mayoría están preocupa-
dos por la futura devastación de sus campos y posterior
destrucción de sus ciudades, que quedaron con débiles guar-
12 niciones. Así, pues, cuando entre las muchas propuestas
se oyó una que, dejando a un lado el interés común, cen-
traba a cada uno en la consideración de sus propios intere-
13 ses, consistente en marchar del campamento durante el
primer relevo de la guardia en distintas direcciones para
trasladar todas sus cosas a las ciudades y defenderse tras
las murallas, todos acogieron dicha propuesta con enormes
14 muestras de aprobación. Cuando ya los enemigos estaban

dispersos por los campos, los romanos al clarear el día con las enseñas al frente se forman en orden de combate, y como nadie va a su encuentro, a paso de carga se dirigen al campamento enemigo; pero cuando advierten que allí 15
no hay ni centinelas ante las puertas ni nadie en la empalizada ni el ajetreo acostumbrado de los campamentos, preocupados por el insólito silencio, se detienen por temor a una emboscada. Pasaron luego adentro de la empalizada 16
y, al encontrarlo todo desierto, siguen adelante tras las huellas del enemigo, pero éstas, que llevaban por igual en todas direcciones como si se hubiese producido una dispersión en desbandada, al principio inducían a error; después, 17
conocidos los planes del enemigo por medio de exploradores, haciendo evolucionar la acción bélica de una en otra ciudad, en cincuenta días tomaron treinta y una plazas, todas al asalto; en su mayor parte fueron incendiadas y destruidas y el pueblo de los ecuos fue destruido casi hasta el exterminio. Se celebró el triunfo sobre los ecuos y su 18
desastre sirvió de ejemplo hasta el punto de que los marrucinos, los marsos, los pelignos y los frentanos enviaron a Roma embajadores a pedir paz y amistad. A estos pueblos se les concedió la alianza que pedían.

Un edil plebeyo adopta conflictivas medidas civiles en Roma

También aquel año Gneo Flavio, hijo 46
de Gneo, escriba, de padre liberto, de origen humilde, pero por lo demás hombre de perspicacia y facilidad de palabra, fue edil curul. Encuentro escrito en algunos 2
Anales que, cuando estaba al servicio de los ediles y viendo que su tribu le votaba para edil pero su nombre no era aceptado por ser escriba, posó la tablilla y juró que no ejercería de escribiente; Licinio Macro sostiene, a su 3
vez, que ya había dejado de ejercer como tal bastante tiempo antes, pues con anterioridad había desempeñado un tri-

bunado y dos triunviratos, uno de ellos nocturno y el otro
4 para conducir una colonia. Sin embargo, luchó con tenaci-
dad, y en esto no hay discrepancias, contra los nobles que
5 despreciaban sus humildes orígenes; divulgó el derecho
civil [188], guardado en las recónditas estancias de los pontí-
fices, y publicó los fastos en tablas expuestas en distintos
puntos del foro, a fin de que se supiese cuándo se podía
6 administrar justicia; dedicó el templo de la Concordia en
el área consagrada a Vulcano con profundo despecho de
los nobles, y el pontífice máximo Cornelio Barbato fue
obligado por voluntad unánime del pueblo a dictarle la
fórmula ritual, pues decía que, de acuerdo con la antigua
tradición, a no ser un cónsul o un general, nadie podía de-
7 dicar un templo. Por eso, a propuesta del senado se pre-
sentó al pueblo una ley, a tenor de la cual nadie dedicaría
un templo o un altar sin un mandato del senado o de la
8 mayoría de los tribunos de la plebe. Voy a contar una
anécdota que en sí no merece quedar reseñada, pero que
es ilustrativa de la libertad de la plebe frente a la soberbia
9 de la nobleza. Habiendo acudido Flavio a visitar a un
colega enfermo y encontrándose allí sentados unos jóvenes
de la nobleza, como de común acuerdo ninguno se puso
de pie a su llegada, ordenó que se le trajese allí la silla
curul y desde el sitial propio de su cargo contempló a sus
10 adversarios corroídos por la envidia. Por otra parte, a
Flavio lo había elegido edil el partido del foro, que había
cobrado fuerza durante la censura de Apio Claudio, aquel
que había sido el primero en degradar al senado integran-
11 do a hijos de libertos y que cuando nadie dio por válida
aquella selección y no consiguió en la curia el poder civil
que había pretendido, envileció el foro y el Campo de Marte

[188] El *Ius ciuile Flauianum*.

distribuyendo a los descamisados por todas las tribus;
y los comicios en que fue elegido Flavio provocaron tal 12
oleada de indignación que buena parte de la nobleza se
despojó de sus anillos de oro y sus abalorios. Desde en- 13
tonces la población se dividió en dos bandos: la gente ho-
nesta, que apoyaba y honraba a los buenos, pretendía una
cosa, el partido del foro otra, hasta que fueron elegidos 14
censores Quinto Fabio y Publio Decio, y Fabio, por afán
de concordia y, a la vez, para evitar que los comicios estu-
viesen en manos de las clases más bajas, separó a toda
aquella turba del foro y la confinó en cuatro tribus, que
llamó urbanas. Cuentan que esta medida fue acogida de 15
tan buen grado que, con este establecimiento del equilibrio
entre las clases, se ganó el sobrenombre de Máximo, que
no había conseguido con tantas victorias. Se dice que tam-
bién fue él quien estableció la práctica de pasar revista a
la caballería el día quince de julio.

LIBRO X

SINOPSIS

Caps. 1-31, 9: GUERRA EN EL SAMNIO Y EN ETRURIA: BATALLA DE SENTINO.

Colonias en Sora y Alba. Una flota griega en las costas de Italia (1-2).

Dictadura: guerra contra marsos y etruscos. Triunfo (3-5).

Lucha política de la plebe por el acceso al sacerdocio (6-8).

Aprobación de la ley Ogilvia. Ley Valeria sobre la apelación (9).

Toma de Nequino. Los galos, cercanos a los etruscos. Muerte del cónsul Tito Manlio (10-11, 6).

La guerra se extiende al Samnio. Tratado con los lucanos (11, 7-12).

Candidatura de Quinto Fabio Máximo al consulado. Batalla de Tiferno (13-14).

Guerra en el Samnio sin batallas. Movimiento electoral. Toma de Murgancia, Romúlea y Ferentino (15-17).

Apio en Etruria, Volumnio en el Samnio: rivalidad entre los cónsules (18-20).

Estado de alarma en Roma. Discursos electorales. Nuevo consulado de Quinto Fabio Máximo y Publio Decio (21-22).

Incidente entre mujeres patricias y plebeyas. Disensión entre los cónsules por el reparto de cometidos (23-24).

Fabio en Etruria. Plan bélico. Derrota del propretor Escipión (25-26).
Preparativos de la gran batalla. *Deuotio* de Decio. Victoria (27-29).
Operaciones menores en Etruria. La batalla de Sentino y las fuentes. Clima de guerra en el Samnio y Etruria (30-31, 9).

Caps. 31, 10-47: GUERRA EN EL SAMNIO Y EN ETRURIA: BATALLA DE AQUILONIA.

Las guerras samnitas. Ataque entre la niebla, repelido. Roma, alarmada, envía al otro cónsul al Samnio (31, 10-33).
Postumio toma Milionia y Feritro. Atilio pasa apuros antes de lograr la victoria (34-36).
Postumio en Etruria. Discusión sobre su triunfo. Problemas analísticos (37).
Preparativos de la gran batalla de Aquilonia (38-40).
La batalla. Victoria romana. Toma de Aquilonia (41-42).
Toma de Cominio por Carvilio. Destrucción de Aquilonia y Cominio (43-44).
Acciones bélicas con etruscos y faliscos. Triunfos de Papirio y Carvilio (45-46).
Hechos no militares: censo, elecciones, espectáculos, epidemia (47).

Colonias en Sora y Alba. Una flota griega en las costas de Italia

1 Durante el consulado de Lucio Genucio y Servio Cornelio [189] casi no hubo que preocuparse de guerras en el exterior. Se enviaron colonias a Sora y Alba [190]. Para Alba, en territorio ecuo, se inscribieron
2 seis mil colonos; Sora había formado parte del territorio volsco, pero la habían ocupado los samnitas; se envia-
3 ron allí cuatro mil hombres. Aquel mismo año se les

[189] Año 303 a. C.

[190] Se trata de *Alba Fucentia* (Celano), de territorio ecuo.

concedió la ciudadanía a los arpinates y trebulanos [191]. A los frusinates se les confiscó un tercio de su territorio porque se comprobó que habían incitado a los ecuos a la rebelión, y los cabecillas de esta conjura, tras una investigación llevada a cabo por los cónsules por orden del senado, fueron azotados y decapitados. No obstante, como para que 4
no pasasen un año sin ningún tipo de guerra, se llevó a cabo una expedición militar de escasa importancia en Umbría, porque llegaban noticias de que se efectuaban incursiones armadas por los campos desde una cueva. Se irrum- 5
pió en dicha cueva en pie de guerra, y en aquel recinto a oscuras fueron muchos los heridos, sobre todo a pedradas, hasta que se encontró otra entrada de la caverna, pues se podía cruzar por ella y, amontonando leña en ambas entradas, se le prendió fuego. De esta forma en su interior 6
el humo y el calor acabaron con los cerca de dos mil hombres armados que al intentar escapar acababan por precipitarse en las propias llamas.

Siendo cónsules Marco Livio Dentre y Marco Emilio [192], 7
recomenzó la guerra con los ecuos. Llevaban a disgusto la colonia como si fuera una fortaleza impuesta a su territorio. En su tentativa de asaltarla con todas sus fuerzas fueron repelidos por los propios colonos; pero, como resul- 8
taba difícil de creer que los ecuos, en una situación tan quebrantada, hubiesen emprendido una guerra por sí solos, provocaron tal movimiento de alarma en Roma que con motivo de esta rebelión fue nombrado dictador Gayo Junio Bubulco. Se puso éste en marcha con Marco Titinio 9
como jefe de la caballería y al primer choque sometió a los ecuos, y después de siete días volvió a Roma desfilando

[191] De Trébula, población situada al sur del Volturno, no lejos de Capua.

[192] Año 302 a. C.

en triunfo, y como dictador dedicó el templo de la Salud, que había prometido con voto siendo cónsul y había erigido siendo censor.

2 Aquel mismo año una flota griega mandada por el espartano Cleónimo arribó a las costas de Italia y ocupó
2 la ciudad de Turias [193] en territorio salentino. Enviado para hacer frente a estos enemigos el cónsul Emilio, con un solo combate los puso en fuga y los obligó a refugiarse en las naves; Turias les fue devuelta a sus anteriores habi-
3 tantes y la paz volvió a la comarca salentina. Encuentro en algunos Anales que el enviado a la región salentina fue el dictador Junio Bubulco y que Cleónimo, antes de tener que batirse con los romanos, se retiró de Italia.

4 Bordeando después el promontorio de Brundisio e impulsado por el viento al centro del mar Adriático, como por la izquierda tenía las costas de Italia sin puertos y por la derecha a los ilirios, liburnos e istros, gentes salvajes y en gran parte famosas por su piratería, se internó hasta
5 las costas de los vénetos. Desembarcaron unos cuantos para reconocer el terreno y fue informado de que la costa era una estrecha franja; que al rebasarla se encontraban al otro lado marismas bañadas por las mareas, que no lejos se divisaban campos cultivados y más allá colinas;
6 que había una desembocadura de un río muy profundo en el que podían maniobrar las naves hacia un fondeadero seguro —se trataba del río Meduaco— [194]; ordenó poner
7 proa al río y remontarlo. El río no tenía calado para las naves más pesadas; el grueso de los hombres armados, tras-

[193] La misma que aparece en IX 19, 4. El nombre tenía en latín una forma masculina y otra femenina.

[194] Éste es el Bacchiglione. Había otro del mismo nombre, el Meduaco *maior*.

bordado a embarcaciones más ligeras, llegó a una zona
rural muy poblada cultivada por tres poblados costeros de
paduanos. Allí saltan a tierra, dejan un pequeño retén en 8
las naves y atacan los poblados, queman las casas, se lle-
van hombres y animales como botín, y el atractivo del pi-
llaje los aleja bastante de las embarcaciones.

Cuando se tuvo noticia de esto en Patavio, cuyos ha- 9
bitantes estaban siempre pendientes de las armas por la
vecindad de los galos, se formaron dos grupos de jóvenes
armados: uno fue conducido a la comarca donde llegaban
las noticias del saqueo incontrolado; el otro, por una ruta
distinta, para no encontrarse con los saqueadores, fue en-
viado al fondeadero de las naves, que distaba catorce mi-
llas de la ciudad. Se lanza el ataque contra las naves 10
dando muerte a sus desprevenidos guardianes, y la marine-
ría, aterrada, se ve forzada a trasladar las naves a la otra
orilla del río. También en tierra firme el combate con los
saqueadores dispersos había tenido éxito igualmente, y al
buscar los griegos refugio en el fondeadero los vénetos les
hacen frente; de esta forma, cogidos entre dos fuegos, los
enemigos fueron rodeados y hechos trizas; parte de ellos 11
hechos prisioneros revelan que la flota y su rey Cleónimo
están a tres millas de distancia. Entregados luego los pri- 12
sioneros al poblado más cercano para su custodia, los hom-
bres armados ocupan, unos, las embarcaciones de río cons-
truidas con casco plano a propósito para navegar sobre
el poco calado de las lagunas, y otros las naves enemigas
capturadas, y marchando en dirección a la flota, rodean
las naves inmóviles y más temerosas de lo desconocido de
la zona que de los enemigos; más empeñados en huir hacia 13
altamar que en repeler el ataque, los persiguen hasta la
desembocadura del río capturando o incendiando algunas
naves enemigas que la precipitación había hecho encallar,

14 y regresan victoriosos. Cleónimo, salvada apenas la quinta parte de las naves, se alejó sin haber abordado con éxito ninguna región del mar Adriático. Viven aún muchos en Patavio [195] que vieron los espolones de las naves y los despojos de los griegos fijados en el templo viejo de Juno.
15 Todos los años, como recuerdo del combate naval, el mismo día en que tuvo lugar se desarrolla una tradicional competición de embarcaciones en el centro de la ciudad.

Dictadura: guerra contra marsos y etruscos. Triunfo

3 Aquel mismo año se firmó en Roma un tratado con los vestinos que pedían amistad. Surgieron a continuación múlti-
2 ples motivos de preocupación: se hablaba de una rebelión de Etruria a partir de un movimiento originado en las sediciones de los arretinos, donde se emprendió por las armas la expulsión de la poderosísima familia Cilnia por envidia de sus riquezas; al mismo tiempo, se hablaba de que los marsos defendían por la fuerza su territorio al que se había enviado una colonia, a Carséolos, con cuatro mil hombres inscritos.
3 Por eso, debido a estos movimientos, fue nombrado dictador Marco Valerio Máximo, que escogió a Marco Emilio
4 Paulo como jefe de la caballería. Me parece más creíble esto que el que Quinto Fabio, con la edad que tenía y los cargos que había desempeñado, fuese puesto a las órdenes de Valerio; no me sorprendería, por otra parte, que la equivocación tuviera su origen en el sobrenombre de
5 Máximo. Partió el dictador con el ejército, y con una sola batalla puso en fuga a los marsos; forzados luego a refugiarse en ciudades fortificadas, en el término de unos pocos días les tomó Milionia, Plestina y Fresilia, y después de confiscarles una parte de su territorio, restableció la

[195] Padua era la patria chica de Livio.

alianza con los marsos. Se dirigió entonces la guerra hacia 6
los etruscos, y después de marcharse a Roma el dictador
para renovar los auspicios, el jefe de la caballería sale a
forrajear, es atrapado en una emboscada, y después de per- 7
der unas cuantas enseñas, sufriendo bajas y huyendo de
forma vergonzosa, fue rechazado a su campamento. Esta
reacción de miedo es inadmisible en Fabio, no sólo porque
estuvo a la altura de su sobrenombre en otros campos,
pero sobre todo en glorias militares, sino además porque 8
ante la idea de la dureza de Papirio [196] jamás se le hubiera
podido inducir a combatir sin una orden del dictador.

La noticia de aquella derrota provocó en Roma una 4
alarma de mayores proporciones que el hecho en sí, pues
se decretó el estado de emergencia como si el ejército hu-
biera sido aniquilado, se establecieron puestos de guardia 2
en las puertas, centinelas en los barrios, se reunieron sobre
las murallas armas de todo tipo. Obligada toda la juven- 3
tud con el juramento de fidelidad, el dictador fue enviado
al ejército y lo encontró más tranquilo y organizado de
lo que cabía esperar, gracias a las medidas tomadas por
el jefe de la caballería: el campamento, trasladado a un
emplazamiento más seguro; las cohortes que habían per- 4
dido las enseñas, relegadas fuera de la empalizada, sin tien-
das; el ejército, con ganas de combate y de borrar cuanto
antes su ignominia. Así, pues, trasladó de allí inmediata- 5
mente el campamento a territorio ruselano [197]. También 6
el enemigo lo siguió hasta allí, y aunque, debido al éxito
de su acción, tenía la mayor confianza en sus fuerzas in-
cluso con relación a una batalla campal, trata no obstante
de atraer de nuevo a su adversario a una emboscada, de

[196] Ver VIII 30-35.

[197] De Rusela (Roselle), cercana a Grosseto.

7 la que tenía una experiencia positiva. Las casas semiderrui-
das de un poblado incendiado durante la devastación de
los campos no estaban lejos del campamento romano. Allí
se escondieron hombres armados y hacia allí se arreó ga-
nado a la vista de un destacamento romano mandado por
8 el legado Gneo Fulvio. Como ante este cebo nadie se
movía en el puesto romano, uno de los pastores adelantán-
dose hasta el pie mismo de las defensas les dice a gritos
a los otros, que vacilan en hacer salir al ganado del pobla-
do en ruinas, por qué andan remisos cuando pueden lle-
varlo sin peligro por el centro mismo del campamento
9 romano. El legado, como algunos cerites le tradujeron
estas palabras y la indignación de los soldados de todos
los manípulos era muy grande, si bien no se atrevían a mo-
verse sin recibir órdenes, ordena a los conocedores del idio-
ma que se fijen a ver si el habla de los pastores se parece
10 más a la del campo o a la de la ciudad. Cuando le in-
forman de que el acento y el aspecto externo y el colorido
son más finos que los de los pastores, dice: «Pues bien,
id a decirles que pongan al descubierto su trampa inútil-
mente oculta, que los romanos lo saben todo y ya no es
mayor la posibilidad de atraparlos con engaños que la de
11 vencerlos con las armas.» Oído esto y transmitido a los
que estaban apostados en la emboscada, salieron de repen-
te de sus escondrijos y las enseñas se adelantaron hasta
12 una llanura visible desde todas partes. Al legado le pareció
una formación mayor de lo que podía resistir su desta-
camento; por eso manda a buscar a toda prisa refuerzos
del dictador; él, entretanto, aguanta el ataque del ene-
migo.

5 Recibida la información, el dictador da orden de po-
2 nerse en marcha y seguirles empuñando las armas. Pero
casi todo se hacía anticipándose a las órdenes; enseñas y

armas fueron arrebatadas de inmediato, y costaba trabajo contenerlos para que no corrieran a la carga. Los aguijoneaba, por una parte, la rabia por la derrota sufrida hacía poco y, por otra, el fragor que llegaba cada vez más intenso desde el combate, que gradualmente iba cobrando mayores proporciones. Se meten prisa, pues, unos a otros 3
y conminan a los abanderados a que vayan más rápido. Cuanto más apresurados los ve el dictador, más refrena la marcha y ordena avanzar poco a poco. Por el contrario 4
los etruscos, que habían salido al principio de la pelea, se empleaban con todos sus efectivos, y un mensajero tras otro informan al dictador de que todas las legiones etruscas toman parte en la lucha y que los suyos no pueden ya resistir, y él personalmente observa desde una elevación del terreno lo crítico de la situación del destacamento. Sin embargo, confiando lo suficiente en que el legado 5
aún puede resistir el combate y que él no está lejos para sacarlo del aprieto, quiere que el enemigo se fatigue al máximo para atacarlo con sus fuerzas intactas cuando esté agotado. A pesar de que avanzaban con lentitud, quedaba 6
ya, sin embargo, poco espacio para coger impulso, sobre todo la caballería. En cabeza avanzaban las enseñas de las legiones para que el enemigo no temiese una maniobra por sorpresa, pero entre las filas de la infantería se habían dejado huecos por donde poder lanzar a la caballería con espacio libre suficiente. De forma simultánea lanza el 7
ejército su grito de guerra y la caballería a rienda suelta carga sobre el enemigo, infundiéndole repentino pánico al no estar preparado para hacer frente al huracán ecuestre. Y así, si bien la ayuda a los nuestros que estaban ya 8
casi rodeados estuvo a punto de llegar tarde, en cambio el alivio que supuso para ellos fue completo. Los hombres de refresco se hicieron cargo de la lucha y ésta no fue larga

9 ni incierta. Los enemigos, dispersados, buscan refugio en el campamento, y cuando ya los romanos se les echan encima, retroceden y se apelotonan en un extremo del mismo.
10 Al huir quedan inmovilizados en la estrechez de las puertas; una gran parte trepa sobre la empalizada y el terraplén, por si pueden o bien defenderse desde una posición de mayor altura o bien salir por algún sitio y escapar.
11 Casualmente, en un determinado punto la tierra mal apisonada cayó sobre la trinchera debido al peso de los que estaban encima, y se escaparon por allí, más sin armas que con ellas, gritando que los dioses les abrían camino para la huida.

12 Esta batalla quebrantó de nuevo [198] las fuerzas de los etruscos, y después de acordar el abono de la paga de un año para el ejército y trigo para dos meses, el dictador les permitió enviar embajadores a Roma para tratar de la paz. La paz les fue denegada, se les concedió una tregua
13 de dos años. El dictador volvió a Roma desfilando en triunfo. Según algunos autores, el dictador pacificó Etruria sin ninguna batalla de relieve, simplemente apaciguando los movimientos sediciosos de los arretinos y reconciliando con
14 la plebe a la familia de los Cilnios. Marco Valerio pasó de dictador a cónsul; hubo quienes afirmaron que fue elegido sin ser candidato, es más, incluso estando ausente, en unos comicios convocados por un interrey; en una cosa no hay discrepancia: en que desempeñó el consulado juntamente con Apuleyo Pansa [199].

---

[198] La vez anterior, en IX 34, 11.

[199] Año 301 a. C.

Lucha política de la plebe por el acceso al sacerdocio

Durante el consulado de Marco Valerio 6
y Quinto Apuleyo [200] la situación en el
exterior estuvo bastante tranquila: a los 2
etruscos los mantenían calmados los re-
veses bélicos sufridos y la tregua; los
samnitas, doblegados por muchos años de desastres, no
estaban aún arrepentidos del reciente tratado [201]; e incluso
en Roma, el dar salida a la población hacia las colonias
mantenía apaciguada a la plebe. Sin embargo, como para 3
que la tranquilidad no fuese completa, los tribunos de la
plebe Quinto y Gneo Ogulnio sembraron el enfrentamiento
entre los principales de la ciudad, patricios y plebeyos.
Los tribunos, después de buscar por todos los medios la 4
ocasión para acusar a los patricios ante la plebe, una vez
que resultó inútil toda otra tentativa, presentaron una mo-
ción encaminada a enardecer no a la baja plebe, sino a
los cabezas mismos de ésta, los plebeyos que habían sido 5
cónsules y habían desfilado en triunfo, a los que sólo les
faltaba, entre los altos cargos, haber desempeñado el sa-
cerdocio, que todavía no era accesible a todos. Presenta- 6
ron, pues, una proposición de ley en el sentido de nom-
brar cuatro pontífices y cinco augures, todos plebeyos,
dada la circunstancia de que por aquel entonces eran cua-
tro los augures y cuatro los pontífices y se quería incre-
mentar el número de sacerdotes. No encuentro modo de 7
explicar cómo quedó reducido a cuatro el número de miem-
bros del colegio de augures, a no ser que se hubieran muerto
dos, puesto que es cosa sabida entre los augures que su
número debe ser impar, de forma que las tres tribus origi-

---

[200] Año 300 a. C.

[201] Cf. IX 45, 4.

narias, Ramnes, Ticies y Lúceres, tengan cada una su pro-
8 pio augur, o si se precisa un número mayor, se incrementen de forma proporcional, como se incrementaron cuando a cuatro añadieron cinco totalizando la cifra de
9 nueve, de forma que hubiera tres por cada tribu. Ahora bien, como se pretendía escogerlos de entre los plebeyos, los patricios lo tomaron tan a mal como cuando veían que
10 el consulado se hacía accesible a todos. Querían hacer creer que esto afectaba más que a ellos a los dioses: éstos proveerían para que su culto no se contaminase; ellos únicamente deseaban que no sobreviniese ningún desastre so-
11 bre la república. No ofrecieron, sin embargo, una resistencia muy prolongada, avezados ya a ser vencidos en esta clase de enfrentamientos, y veían que sus contrincantes no corrían tras los altos cargos, cosa que en otro tiempo apenas podían esperar, sino que habían alcanzado todo aquello por lo que habían luchado como una esperanza incierta: múltiples consulados, censuras y desfiles triunfales.

7 Se debatieron, sin embargo, a favor y en contra de la ley sobre todo, dicen, Apio Claudio y Publio Decio Mus.
2 Expusieron éstos casi los mismos argumentos sobre los derechos de los patricios y de la plebe que se habían expuesto en otra ocasión en favor y en contra de la ley Licinia [202] cuando se proponía el consulado para los plebeyos.
3 Se dice que Decio evocó la imagen de su padre tal como lo habían visto muchos de los presentes en la asamblea, ceñido al estilo de los gabinos de pie sobre un venablo, en la postura con que se había ofrecido ritualmente por
4 el pueblo y las legiones romanas: entonces el cónsul Publio Decio les había parecido puro y santo a los dioses inmortales, igual que si se hubiese ofrecido su colega Tito Manlio.

---

[202] Ver VI 35 ss.

¿Acaso el mismo Publio Decio no hubiera podido ser 5
debidamente elegido para celebrar el culto público del pueblo romano? ¿Se corría el riesgo de que los dioses escuchasen menos sus súplicas que las de Apio Claudio? ¿Acaso éste realizaba con mayor pureza los ritos privados o con
mayor devoción el culto a los dioses que él? ¿Quién tenía 6
queja de los votos hechos en favor del Estado por tantos cónsules plebeyos, tantos dictadores, así al dirigirse a los ejércitos como en el transcurso mismo de las guerras?
Que se contasen los generales de aquellos años desde que 7
se había comenzado a realizar las empresas bajo la dirección y los auspicios de plebeyos; que se contasen los triunfos; ahora los plebeyos no tenían que estar pesarosos ni
siquiera de su falta de nobleza. Daba por seguro que si 8
estallaba de improviso una guerra, el senado y el pueblo romano no iban a confiar más en jefes patricios que en los plebeyos.

«Si esto es así, dijo, ¿cuál de los dioses o los humanos 9
puede encontrar indigno que aquellos hombres a los que vosotros honrasteis con la silla curul, la toga pretexta, la túnica de palmas [203], la toga recamada, la corona triunfal y la laureada; cuyas casas destacasteis sobre las demás fijando en ellas los despojos enemigos, que esos hombres
añadan los distintivos pontificales y augurales? El que ha 10
subido al Capitolio engalanado con los distintivos de Júpiter Óptimo Máximo después de atravesar la ciudad en un carro dorado, ¿no podrá ser visto con el vaso del sacrificio y el *lituus* [204]; no podrá, cubierta la cabeza, inmolar una
víctima, o tomar los augurios desde la ciudadela? ¿Se leerán 11
con toda naturalidad en la inscripción del retrato de al-

[203] Indumentaria del magistrado curul.

[204] Véase I 18, 7.

guien los consulados, la censura y el triunfo, y si se añade
el augurado o el pontificado no lo resistirán los ojos de
12 quien lo lea? La verdad —que los dioses no se ofendan
por lo que digo—, yo espero que nosotros seamos a partir
de ahora, por voluntad del pueblo romano, capaces de co-
rresponder al sacerdocio, con nuestra participación en él,
con un honor no menor que el que recibimos, y pedir,
por el interés de los dioses más que por el nuestro, que
a quienes damos culto de forma privada se lo podamos
dar oficialmente.

8 »Pero ¿por qué vengo razonando como si los derechos
de los patricios sobre los sacerdocios se mantuvieran intac-
tos y no detentáramos ya nosotros un sacerdocio, el más
2 augusto? Vemos plebeyos como decénviros encargados del
culto, intérpretes de los oráculos de la Sibila y los destinos
de nuestro pueblo, los vemos de ministros del culto de Apo-
3 lo y otros ceremoniales religiosos; y lo mismo que no se les
hizo ofensa alguna a los patricios cuando se incrementó
el número de duúnviros encargados del culto a causa de
4 la plebe, así ahora un tribuno valeroso y esforzado ha
propuesto añadir cinco plazas de augures y cuatro de pon-
tífices destinados a ser ocupadas por plebeyos no con el
fin de quitaros el sitio, Apio, sino para que los hombres
de la plebe colaboren con vosotros también en la adminis-
tración del culto igual que colaboran en el resto de los
5 asuntos civiles en la parte que les corresponde. No te
ruborices, Apio, por tener como colega en el sacerdocio
a quien pudiste tener como colega en la censura, en el con-
sulado; de quien tanto puedes ser jefe de la caballería y
él dictador, como tú dictador y él jefe de la caballería.
6 A un forastero sabino, principal de vuestra nobleza, Atio
Clauso, o si lo preferís, Apio Claudio, aquellos antiguos
patricios lo aceptaron en sus filas: no sientas tú aversión en

aceptarnos en el número de los sacerdotes. Traemos con 7
nosotros muchos títulos de gloria, es más, los mismos,
todos, que os hicieron tan altivos: Lucio Sextio, el primer 8
plebeyo hecho cónsul, Gayo Licinio Estolón, el primer jefe
de la caballería, Gayo Marcio Rútulo, el primer dictador
y primer censor, Quinto Publilio Filón, el primer pretor.
Siempre se ha oído de vosotros la misma cantinela: los 9
auspicios son cosa vuestra, sólo vosotros tenéis familia,
sólo vosotros tenéis derecho al mando y los auspicios en
la paz y en la guerra; todo ello tuvo hasta ahora resulta- 10
dos igualmente buenos siendo patricios o plebeyos y seguirá teniéndolos. ¿Es que nunca oísteis decir que los patricios originarios no cayeron del cielo, sino que fueron los
que podían llevar el nombre de su padre, es decir, que
eran hijos de padres libres, y nada más? Yo puedo ya 11
invocar el nombre de mi padre cónsul, y mi hijo podrá
invocar el de su abuelo. De hecho se trata únicamente, Quirites, de que reivindiquemos todo aquello que nos ha sido negado; los patricios quieren solamente la confrontación, y no se preocupan de cuál va a ser para ellos el resultado de los enfrentamientos. Yo sostengo que debe ser 12
votada esta ley afirmativamente, lo cual redunde en bien, prosperidad y felicidad vuestra y del Estado.»

Aprobación de la ley Ogilvia. Ley Valeria sobre la apelación

El pueblo pedía que se convocase de 9
inmediato a las tribus, y resultaba evidente que la ley sería aprobada; el veto tribunicio, sin embargo, inhabilitó aquel día. Al día siguiente, disuadidos los tribunos,
fue aprobada por una gran mayoría. Fueron elegidos pon- 2
tífices Publio Decio Mus, ponente de la ley, Publio Sempronio Sofo, Gayo Marcio Rútulo y Marco Livio Dentre; los cinco augures, también plebeyos, fueron Gayo Genu-

cio, Publio Elio Peto, Marco Minucio Feso, Gayo Marcio y Tito Publilio. Se elevó así a ocho el número de pontífices y a nueve el de augures.

3 El mismo año el cónsul Marco Valerio presentó una proposición de ley sobre el derecho de apelación, regulada más cuidadosamente. Era entonces la tercera vez que dicha ley era presentada, siempre por la misma familia [205], des-
4 pués de la expulsión de los reyes. La razón de que se reiterara la presentación estoy convencido de que no fue otra que el hecho de que la influencia de unos pocos predominaba sobre la libertad de la plebe. Sin embargo, parece que la ley Porcia fue la única que se propuso en pro de la inviolabilidad de los ciudadanos, porque sancionó con una pena grave a quien azotase o diese muerte a un
5 ciudadano romano [206]: la ley Valeria, si bien prohibía azotar o decapitar a quien hubiese apelado al pueblo, para el caso de que alguien la transgrediese se limitó a añadir:
6 «mal hecho». Esto pareció, supongo, una coerción suficientemente sólida para la ley, tal era el comedimiento de las gentes entonces; prácticamente nadie haría hoy en serio una amenaza semejante.

7 El mismo cónsul dirigió una guerra nada importante contra los ecuos que se habían rebelado porque, aparte de su carácter arriscado, no conservaban nada de su anti-
8 gua fortuna. El otro cónsul, Apuleyo, puso cerco, en Umbría, a la plaza de Nequino. Su emplazamiento era de difícil acceso y cortado a pico del lado donde ahora está situada Narnia [207]; no podía ser tomada ni al asalto ni con

---

205 Ver II 8, 2, y III 55, 4.

206 En realidad, la ley Porcia no fue aprobada hasta comienzos del siglo II a. C.

207 La Narni actual, junto al río Nera.

obras de asedio. Por eso los nuevos cónsules [208], Marco 9
Fulvio Peto y Tito Manlio Torcuato, recibieron inacabada aquella empresa.

Todas las centurias estaban dispuestas a elegir cónsul 10
para aquel año a Quinto Fabio, a pesar de que no era candidato, y él mismo propuso, según cuentan Licinio Macro y Tuberón [209], dejar su consulado para un año con
guerras más importantes: aquel año sería más útil al Estado 11
ejerciendo una magistratura urbana. De esta forma, sin disimular sus preferencias, pero sin embargo sin presentarse candidato, fue nombrado edil curul juntamente con Lucio Papirio Cúrsor. Me llevó a no dar esto por seguro 12
Pisón, escritor de Anales más antiguo, el cual sostiene que aquel año fueron ediles curules Gneo Domicio Calvino, hijo de Gneo, y Espurio Carvilio Máximo, hijo de Quinto.
Pienso que indujo a error este sobrenombre con relación 13
a los ediles, y en consonancia con esa equivocación, se produjo la historia en la que se mezclaron las elecciones de
ediles y de cónsules. También aquel año fue cerrado el 14
lustro por los censores Publio Sempronio Sofo y Publio Sulpicio Saverrión, y se añadieron dos tribus, la Aniense y la Terentina. Esto fue lo ocurrido en Roma.

Toma de Nequino. Los galos, cercanos a los etruscos. Muerte del cónsul Tito Manlio

Por otra parte, en la ciudad de Ne- 10
quino se pasaba el tiempo en un asedio poco movido cuando dos de sus habitantes, cuyas casas estaban adosadas a la muralla, abren una galería y llegan por una ruta secreta hasta los puestos de guardia
romanos; conducidos a presencia del cónsul aseguran que 2
darán entrada a un destacamento armado dentro de las

[208] Año 299 a. C.

[209] Quinto Elio Tuberón, analista y jurista.

murallas, en sus casas. Pareció que no se debía desechar
3 la idea ni darle un crédito incondicional. Con uno de
ellos —pues el otro quedó retenido como rehén— se envia-
4 ron dos exploradores a través de la galería; una vez efec-
tuadas por éstos las debidas comprobaciones, trescientos
soldados guiados por el tránsfuga se introdujeron por la
noche en la ciudad y ocuparon la puerta más cercana; des-
pués de echarla abajo, el cónsul y el ejército romano irrum-
5 pieron en la ciudad sin encontrar resistencia. De esta forma
Nequino cayó en poder del pueblo romano. Se envió allí
para contener a los umbros una colonia que recibió el nom-
bre del río Narnia. El ejército, con un gran botín, fue con-
ducido de nuevo a Roma.

6 Aquel mismo año, los etruscos, violando la tregua hicie-
ron preparativos de guerra, pero un ejército galo muy nu-
meroso penetró en su territorio mientras ellos se ocupaban
de otros proyectos y por algún tiempo los desvió de su
7 propósito. Después, confiados en el dinero, que les daba
mucha fuerza, intentan convertir a los galos en aliados en
vez de enemigos para hacer la guerra a los romanos con
8 la colaboración de aquel ejército. Los bárbaros no dicen
que no a la alianza: se discute el precio. Puestos de acuer-
do en la cantidad y recibida ésta, cuando todo lo demás
estaba listo para la guerra y los etruscos les indicaron que
les siguieran, niegan haber negociado el precio por hacer
9 la guerra a los romanos: todo lo que han recibido fue
a cambio de no devastar el territorio etrusco ni hostigar
10 con sus armas a los agricultores; no obstante, tomarán
parte en la guerra si de verdad lo quieren los etruscos, pe-
ro exclusivamente con la condición de ser admitidos en una
parte del territorio y establecerse por fin en un asentamien-
11 to fijo. Se celebraron numerosas asambleas de los pueblos
de Etruria sobre este particular, pero no fue posible con-

cluir nada porque la población era reacia no tanto a perder parte del territorio como a acoger en su vecindad a gentes de una raza tan salvaje. Se dejó así que los galos se mar- 12
charan llevándose una gran suma de dinero conseguido sin esfuerzo y sin riesgo. En Roma causó alarma el rumor de la penetración gala unida a la guerra etrusca, por ello hubo menores reservas en firmar un tratado con el pueblo picente.

Le tocó en suerte al cónsul Tito Manlio hacerse cargo 11
de Etruria. Apenas había penetrado en territorio enemigo cuando, durante unos ejercicios de la caballería, al hacer dar un viraje a su caballo en plena carrera salió despedido y faltó poco para que falleciera en el acto. Dos días des- 2
pués de aquella caída se acabó la vida del cónsul. Los etruscos, tomándolo como un presagio de la guerra y manifestando que los dioses habían tomado por ellos la iniciativa de la guerra, cobraron ánimos. En Roma la noticia pro- 3
dujo tristeza, tanto por la pérdida del hombre como por lo inoportuno del momento. De acuerdo con el criterio de los principales, se celebraron comicios para reemplazar al cónsul: unánimemente todas las centurias, para disuadir 4
a los patricios de recurrir a la dictadura, votaron para cónsul a Marco Valerio, a quien el senado se había mostrado dispuesto a pedir que se le nombrase dictador. Recibió órdenes de marchar inmediatamente para Etruria a reunirse con las legiones. Su llegada frenó el ímpetu de los etruscos 5
hasta el extremo de que nadie se atrevía a salir fuera de las fortificaciones y tenían miedo como si estuvieran sitiados, y el nuevo cónsul no fue capaz de hacerles salir a 6
combatir ni aun devastando sus campos y quemando sus casas, a pesar de que por todas partes salía el humo de los incendios, no sólo de caseríos sino de numerosos poblados incluso.

La guerra se extiende al Samnio. Tratado con los lucanos

7 Mientras esta guerra transcurría con mayor lentitud de lo que se pensaba, surgieron rumores de otra guerra no sin razón temible por los muchos descalabros recíprocos, según revelaron los picentes, nuevos aliados: los samnitas tenían en perspectiva una su-
8 blevación armada y les habían incitado a ellos. Se les dieron las gracias a los picentes y la mayor parte de la preocupación del senado pasó de Etruria a los samnitas.
9 También la carestía de los alimentos mantuvo desasosegada a la población, y según dejaron escrito los que mantienen que el edil aquel año era Fabio Máximo, se hubiera llegado a una necesidad extrema si la previsión de aquel hombre, tal como se había dado en múltiples ocasiones en situaciones de guerra, no hubiese sido la misma entonces, en tiempo de paz, en la distribución de los víveres, adquiriendo y transportando trigo.
10 Aquel año se produjo un interregno, y la razón no nos ha llegado. Fueron interreyes Apio Claudio y, después, Publio Sulpicio. Éste convocó los comicios consulares, y proclamó cónsules a Lucio Cornelio Escipión y Gneo Fulvio [210].
11 A principios de este año se presentaron a los nuevos cónsules unos embajadores de los lucanos a quejarse de que los samnitas, como no habían podido atraerlos con sus propuestas a una alianza militar, habían penetrado en su territorio con un ejército en son de guerra y lo estaban
12 asolando, y los empujaban a la guerra; el pueblo lucano se había equivocado hasta decir basta [211] en otro tiempo, pero ahora estaban tan decididos que les parecía menos intolerable soportar y padecer cualquier cosa que traicio-

[210] Año 298 a. C.

[211] Recuérdese VIII 25, 3, luego VIII 27, 9-10, y más tarde IX 20, 9.

nar nunca en adelante la majestad de Roma; piden al 13
senado que acepte la sumisión de los lucanos y, por otra parte, que los libren de la injusta agresión de los samnitas; ellos, aunque al haber emprendido la guerra contra los samnitas se han obligado ya a ser fieles a los romanos, están sin embargo dispuestos a entregar rehenes.

La deliberación del senado fue breve: todos sin ex- 12
cepción están de acuerdo en que se debe hacer la alianza con los lucanos y exigir una satisfacción a los samnitas.
Se les dio una respuesta cortés a los lucanos y se firmó 2
el tratado. Se enviaron feciales a conminar a los samnitas a retirarse del territorio de los aliados sacando su ejército de las fronteras de los lucanos; los samnitas enviaron a su encuentro unos emisarios para dejar bien claro que si se presentaban en alguna asamblea en el Samnio no sal-
drían bien parados. Tan pronto se tuvo noticia de esto 3
en Roma, el senado acordó y el pueblo mandó hacer la guerra a los samnitas.

Los cónsules se repartieron los cometidos: a Escipión le tocó en suerte Etruria, a Fulvio los samnitas, y partieron
en distintas direcciones, cada uno a su guerra. A Escipión, 4
que esperaba una guerra lenta y similar a la campaña del año anterior, le salió al paso el enemigo en Volaterra en
formación de combate. Se combatió durante casi todo el 5
día con pérdidas sensibles por ambas partes; sobrevino la noche sin que supieran con claridad de qué lado estaba la victoria. El siguiente amanecer puso de manifiesto al vencedor y al vencido, pues los etruscos en el silencio de
la noche habían abandonado el campamento. Los romanos 6
salen al campo de batalla, y al ver que el enemigo, con su partida, les reconoce la victoria, avanzan hasta el campamento del que se apoderan, vacío de hombres pero repleto de botín, pues era un campamento permanente y había

7 sido abandonado precipitadamente. Llevadas las tropas de allí a territorio falisco, después de dejar en Falerios [212] la impedimenta con un pequeño retén, corren en marcha
8 ligera a saquear el territorio enemigo. Lo pasan todo a hierro y fuego; en todas partes se hace acopio de botín. Y no sólo se le dejó al enemigo asolada la tierra, sino que además se les prendió fuego a refugios y aldeas; las ciudades, en cuyo interior el pánico había encerrado a los etruscos, se abstuvieron de atacarlas.

9 Al cónsul Gneo Fulvio una brillante batalla en el Samnio cerca de Boviano [213] le dio una victoria nada discutible. Atacó luego Boviano y no mucho después tomó al asalto Aufidena.

Candidatura de Q. Fabio Máximo al consulado. Batalla de Tiferno

13 Aquel mismo año se envió una colonia a Carséolos, en territorio de los ecuos. El cónsul Fulvio desfiló en triunfo a costa de los samnitas.

2 Cuando se echaban encima los comicios consulares surgió el rumor de que etruscos y samnitas esta-
3 ban alistando enormes ejércitos; que en todas las asambleas se recriminaba abiertamente a los jefes etruscos por no haber arrastrado a cualquier precio a los galos a la guerra; se censuraba a los magistrados samnitas por haber enfrentado a los romanos el ejército preparado para hacer frente
4 a los enemigos lucanos; que, consiguientemente, el enemigo se levantaba en guerra con sus fuerzas y las de sus aliados, y habría que embarcarse en una contienda completamente

---

[212] Falerios (Civita Castellana) era la ciudad más importante de los faliscos. Aliada de Fidenas, Veyos, Tarquinios; conquistada por Roma el 293.

[213] No el Boviano de los pentros, sino el *uetus;* donde está la actual Pietrabbondante.

desigual. Esta amenaza hizo que todos, a pesar de que eran 5
candidatos al consulado personajes ilustres, pusieran sus
miras en Quinto Fabio Máximo, que en un principio no
era candidato y después, incluso, cuando vio que las prefe-
rencias se inclinaban a su favor, se negaba preguntando 6
por qué lo presionaban a él, que era ya un anciano y había
tenido su parte de trabajos y las recompensas por ellos,
y sus energías físicas y morales no eran ya las mismas que
antes, y temía incluso a la fortuna, no fuese a ocurrir que
los dioses la encontrasen excesiva y más duradera de lo
que la condición humana requiere; él se había elevado al 7
nivel de la gloria de los antiguos, y veía con alegría que
otros se elevaran al nivel de la suya; en Roma no faltaban
grandes honores para los hombres más valerosos, ni hom-
bres valerosos para tales honores. Con esta moderación 8
avivaba el entusiasmo, tan legítimo, y convencido de que
había que atemperarlo con el respeto a las leyes, hizo dar
lectura a la ley que no permitía elegir cónsul a la misma
persona hasta pasado diez años. A duras penas se oyó la 9
lectura debido al griterío, y los tribunos de la plebe decían
que eso no iba a ser ningún obstáculo, que ellos presenta-
rían al pueblo la propuesta de que se le dispensase de los
vínculos legales. Pero aun así él persistía en su negativa: 10
¿de qué servía entonces aprobar leyes si los mismos que
las habían hecho hacían la trampa? Entonces las leyes eran
regidas, no regían. El pueblo, a pesar de todo, procedía 11
a emitir el voto y a medida que se convocaba a cada centu-
ria a que entrase, votaba cónsul a Fabio sin lugar a dudas.
Entonces, por fin abrumado por el sentir unánime de la 12
población, dijo: «Que los dioses aprueben, Quirites, lo que
estáis haciendo y lo que pensáis hacer. Ahora bien, puesto
que vais a hacer conmigo lo que vosotros queréis, en lo
referente al colega tened conmigo un gesto de deferencia:

13 os ruego que juntamente conmigo elijáis cónsul a Publio Decio, un hombre con el que tengo la experiencia de haber coincidido como colega bien avenido, digno de vosotros, digno de su padre.» La recomendación pareció justa. Todas las centurias que faltaban por votar eligieron cónsules a Quinto Fabio y Publio Decio.

14 Aquel año los ediles presentaron demanda contra muchos que poseían más tierras de lo que estaba establecido por ley; casi ninguno quedó exculpado y se le puso un importante freno a la codicia desmedida.

14 Los nuevos cónsules [214], Quinto Fabio Máximo por cuarta vez y Publio Decio Mus por tercera, andaban en tratos entre sí para escoger uno de ellos a los samnitas
2 como enemigos y el otro a los etruscos, para ver el volumen de efectivos suficientes para uno y otro frente, y para ver cuál de los dos generales era el más idóneo para cada
3 una de las dos guerras; entonces, unos comisionados de Sutrio, Nepete [215] y Falerios aseguraron que se estaban celebrando asambleas de los pueblos de Etruria para tratar sobre la petición de paz e hicieron converger en el Samnio
4 todo el peso de la guerra. Puestos en marcha los cónsules, con el objeto de que los convoyes de aprovisionamiento tuviesen el camino más libre y el enemigo estuviese en mayor incertidumbre acerca de por dónde llegaría la ofensiva bélica, Fabio lleva a las legiones a través del territorio de
5 Sora y Decio a través del sidicino. Nada más llegar a las fronteras enemigas, ambos se internan con sus tropas des-

---

[214] Año 297 a. C.

[215] Nepete, antes Nepe (Nepi), tuvo su historia ligada a la de Veyos, al igual que Sutri, su vecina por el Oeste. Se alió a Roma al caer Veyos. La recuperaron los etruscos el 389. Reconquistada por Camilo, colonizada el 383 y el 373.

plegadas para saquear. Sin embargo, llegan más lejos los 6
exploradores que los saqueadores, por eso no les pasó desapercibido que el enemigo estaba formado cerca del Tiferno en un valle escondido, dispuesto para atacar a los romanos desde una posición superior cuando hubiesen penetrado en el valle. Fabio, después de dejar apartada la 7
impedimenta en lugar seguro con un pequeño retén y advertidos los soldados de la inminencia del combate, avanza en formación cuadrangular en dirección al mencionado escondrijo del enemigo. Los samnitas, perdida la esperanza 8
de un ataque por sorpresa, visto que la situación iba a desembocar en un combate en campo abierto, prefirieron acudir también ellos a la lucha con una formación regular. Así pues, bajan al llano y se ponen en manos de la fortuna con más coraje que esperanzas; por lo demás, sea porque 9
habían reunido toda la fuerza de los pueblos del Samnio entero o porque lo crítico de su situación los acuciaba, incluso en combate abierto se hicieron temer durante bastante tiempo.

Fabio, cuando vio que el enemigo no perdía terreno 10
en ningún punto, ordena a su hijo Máximo y a Marco Valerio, tribunos militares con quienes se había lanzado a primera línea, que se dirijan a la caballería y la alienten con la idea de que si en alguna ocasión la fuerza de los de a 11
caballo sirvió de ayuda a la república, este día se esfuercen por mantener invicta la gloria de aquel cuerpo: en el com- 12
bate a pie el enemigo no cedía un paso, la última esperanza radicaba por entero en la carga de la caballería. Y colma de elogios y de promesas a los propios jóvenes llamándolos por su nombre de forma igualmente afectuosa para con los dos. Por otra parte, convencido de que si 13
tampoco esta tentativa de fuerza daba resultado habría que recurrir a la estrategia ante la insuficiencia de la fuerza,

14 ordena al legado Escipión que saque de la formación a
los soldados de la primera línea de la primera legión y,
dando un rodeo, los lleve a los montes cercanos, pasando
todo lo desapercibido que le sea posible; luego, subiendo
sin ser visto, que lleve la columna a lo alto de los montes
y se le presente al enemigo de improviso por su retaguar-
15 dia. La caballería, mandada por los tribunos, provocó
casi tanta confusión entre los suyos como entre los enemi-
gos al saltar de forma inesperada delante de las enseñas.
16 Frente a la carga de los escuadrones el frente samnita se
mantuvo firme y no fue posible hacerle retroceder o abrir
brecha en él por ningún lado; al resultar fallida la manio-
bra los de a caballo se retiraron del combate situándose
17 detrás de las líneas. Con ello se acrecentó la moral del
enemigo, y si la segunda línea no hubiese avanzado por
orden del cónsul a la posición de vanguardia, la primera
no hubiese sido capaz de aguantar un combate tan
largo ni el empuje de los enemigos, que iba a más por
18 la confianza que tenían en sí mismos. Entonces las fuer-
zas de refresco contienen a los samnitas que ya se lanzaban
hacia adelante; y, en su momento, las enseñas que salen de
improviso de los montes y el grito de guerra que se lanza
infundieron pánico en el ánimo de los samnitas; pero no
19 fue sólo esto, pues también Fabio gritó que su colega se
acercaba y los soldados exultantes de gozo se decían unos
a otros que llegaba el otro cónsul, que allí estaban las
20 legiones: el engaño les resultó provechoso a los romanos
e hizo que cundiera el pánico y la huida entre los samnitas,
temerosos sobre todo de que cayera sobre ellos, exhaustos,
21 el otro ejército en plenitud de fuerzas y efectivos. Y debido
a que se dispersaron en una huida en desbandada, la masa-
cre fue menor de lo que correspondía a una victoria tan
grande. Tres mil cuatrocientos fueron los muertos, alrede-

dor de ochocientos treinta los prisioneros, veintitrés las enseñas militares conquistadas.

Guerra en el Samnio sin batallas. Movimiento electoral. Toma de Murgancia, Romúlea y Ferentino

Los ápulos se hubiesen unido a los 15
samnitas antes de la batalla, si el cónsul Publio Decio no les hubiese colocado delante el campamento cerca de Malevento y después derrotado, tras hacerles salir a combate. También allí fueron más los 2
que huyeron que los caídos: dos mil ápulos muertos; y Decio, desentendiéndose de aquel enemigo, llevó sus legiones al Samnio. Allí, los 3
dos ejércitos consulares, desplazándose en varias direcciones, lo devastaron todo durante cinco meses. Fueron cua- 4
renta y cinco los emplazamientos del campamento de Decio, ochenta y seis los del otro cónsul; y no sólo quedaron 5
las huellas de las empalizadas y las trincheras, sino otras señales mucho más notorias que éstas, las de la devastación de las comarcas del contorno sometidas al pillaje. Fabio tomó, además, la ciudad de Cimetra, en la que 6
fueron hechos prisioneros dos mil novecientos hombres armados y cayeron alrededor de novecientos treinta combatientes.

Partió luego hacia Roma para los comicios y se dio 7
prisa en llevar a cabo esta tarea. Todas las centurias convocadas en primer lugar votaban cónsul a Quinto Fabio cuando Apio Claudio, candidato al consulado, hombre duro 8
y ambicioso, buscando tanto un cargo para él como que los patricios se hiciesen de nuevo con los dos puestos de cónsul, puso en juego todos sus recursos y los de la nobleza con el fin de que se le eligiese a él cónsul junto con Quinto Fabio. Éste en un principio se resistía exponiendo, 9
con referencia a su persona, casi las mismas razones que el año anterior. Toda la nobleza rodeaba su silla; le pedía

que sacase el consulado del fango plebeyo y restituyese su prístina dignidad tanto al cargo como a las familias patri-
10 cias. Fabio, después de imponer silencio, con un discurso conciliador calmó la excitación de los ánimos, pues dijo que hubiera estado dispuesto a aceptar los nombres de dos patricios si viera que se elegía cónsul a otro, no a él,
11 pero que su propia candidatura no iba a tenerla en cuenta, pues sería un pésimo precedente por ir en contra de las
12 leyes. Así, fue elegido cónsul Lucio Volumnio, plebeyo, junto con Apio Claudio [216], que también habían coincidido anteriormente [217] en el consulado. La nobleza le echaba en cara a Fabio haber rehuido a Apio Claudio como colega, el cual era claramente superior a él en elocuencia y dominio de los resortes de la vida civil.

16 Finalizados los comicios, los cónsules salientes recibieron instrucciones de continuar la guerra en el Samnio pro-
2 rrogándoseles el mando por seis meses. Así pues, también al año siguiente, siendo cónsules Lucio Volumnio y Apio Claudio, Publio Decio, al que su colega había dejado de cónsul en el Samnio, continuó ahora de procónsul asolando el territorio hasta que acabó por hacer salir del país al ejército samnita, que en ninguna parte presentó combate.
3 Una vez echados, se dirigieron a Etruria y, persuadidos de que lo que habían intentado repetidas veces sin resultado con embajadas eso mismo lo conseguirían de un modo más eficaz uniendo a los ruegos la amenaza de un ejército con tantos efectivos, pidieron una asamblea de principales
4 de Etruria. Reunida ésta, ponen de manifiesto la cantidad de años que llevan luchando contra los romanos por su libertad; que lo han intentado todo por si podían sostener

---

[216] Año 296 a. C.

[217] Cf. IX 42, 2.

con sus propias fuerzas una guerra de tanta envergadura;
que han recurrido incluso a la ayuda, no muy importante, 5
de los pueblos vecinos; que han pedido la paz al pueblo
romano cuando no podían sostener la guerra; que se han
rebelado, porque una paz como esclavos resulta más gra-
vosa que una guerra como libres; que la única esperanza 6
que les quedaba eran los etruscos: sabían que era el pueblo
de Italia de mayor potencial bélico, humano y económico;
que tenían por vecinos a los galos, nacidos entre el hierro
y las armas, fieros por naturaleza y, asimismo, frente al
pueblo romano, el cual, como recuerdan vanagloriándose
no sin fundamento, fue conquistado por ellos y rescatado
a precio de oro; que los etruscos, si tienen el coraje que 7
en otro tiempo tuvieron Porsena [218] y sus antepasados, no
están nada lejos de obligar a los romanos, después de des-
alojarlos de todo el territorio del lado de acá del Tíber,
a luchar por la supervivencia y no por el dominio intolera-
ble sobre Italia; que el ejército samnita ha venido a poner- 8
se a su disposición bien provisto de armas y dinero, y los
seguirá de inmediato incluso si lo llevan a atacar la propia
ciudad de Roma.

Mientras ellos en Etruria se jactaban y tramaban de 17
esta forma, en su país las hostilidades romanas los abrasa-
ban. En efecto, Publio Decio, tan pronto supo por los
exploradores que el ejército samnita se había marchado,
reunió el consejo y dijo: «¿A qué andamos vagando por 2
los campos llevando la guerra de aldea en aldea? ¿Por qué
no atacamos las ciudades amuralladas? Ningún ejército de-
fiende ya el Samnio; abandonaron su país y se impusieron
el exilio a sí mismos.» Todos dan muestras de aprobación 3

[218] El rey etrusco de Clusio. Ver II 9 ss.

y los lleva a atacar Murgancia, una ciudad fuerte, y el enardecimiento de los soldados fue tan intenso, tanto por afecto hacia su general como por la expectativa de un botín mayor que el de los saqueos rurales, que en un solo día
4 conquistaron la ciudad por la fuerza de las armas. En ella fueron copados y hechos prisioneros dos mil cien combatientes samnitas y capturado otro enorme botín. Para evitar que éste con su peso entorpeciera seriamente la marcha, Decio da orden de que se reúna a los soldados.
5 «¿Os vais a dar por satisfechos, dice, sólo con esta victoria y este botín? ¿Queréis albergar unas esperanzas a la medida de vuestro valor? Todas las ciudades samnitas y las fortunas abandonadas en las ciudades son vuestras desde el momento en que acabasteis por arrojar del país a sus
6 legiones derrotadas en tantos combates. Eso, vendedlo, y atraed con el cebo de la ganancia a los mercaderes para que sigan al ejército; yo os proporcionaré enseguida qué vender. Vayamos de aquí a la ciudad de Romúlea, donde nos espera un botín mayor sin un mayor esfuerzo.»

7 Vendido el botín, ellos mismos animan al general y se dirigen a Romúlea. También allí, sin trabajos ni máquinas de asedio, nada más aproximarse, sin que hubiera fuerzas que los mantuvieran a raya desde las murallas, arrimando escalas donde a cada uno le pillaba más cerca,
8 subieron a lo alto de los muros. La ciudad fue tomada, entrando a saco; fueron muertos unos dos mil trescientos hombres y seis mil hechos prisioneros, y la tropa se hizo con un enorme botín, que se vio obligada a vender como
9 el anterior; a continuación fueron llevados a Ferentino, llenos de euforia a pesar de que no se les concedía ni un
10 instante de reposo. Sin embargo allí los trabajos y el peligro fueron mayores: las murallas fueron defendidas encarnizadamente y, además, el sitio estaba protegido por

su emplazamiento y las obras defensivas; pero los solda-
dos, que le habían cogido gusto al botín, pudieron con
todo. Unos tres mil enemigos cayeron en torno a las mura-
llas; el botín fue para la tropa. El mérito por el asalto 11
de estas ciudades le es adjudicado en su mayor parte a
Máximo en algunos *Anales;* sostienen que Murgancia fue
atacada por Decio, y Ferentino y Romúlea por Fabio.
No faltan quienes atribuyen esta gloria a los nuevos cón- 12
sules; otros, no a los dos sino a uno de ellos: Lucio Vo-
lumnio, al que correspondió hacerse cargo del Samnio.

Apio en Etruria, Volumnio en el Samnio: rivalidad entre los cónsules

Mientras ocurre esto en el Samnio, 18
quienquiera que fuese al que correspon-
dieran el mando y los auspicios, se conci-
ta, entretanto, en Etruria contra los ro-
manos, por parte de numerosos pueblos,
una guerra de grandes proporciones cuyo promotor era el
samnita Gelio Egnacio. Habían asumido la guerra casi 2
todos los etruscos; el contagio se había extendido a los
pueblos umbros vecinos y se pedía el apoyo de los galos
a cambio de dinero; el punto de concentración de toda
aquella multitud era el campamento de los samnitas. No 3
bien llegó a Roma la noticia de esta repentina moviliza-
ción, como el cónsul Lucio Volumnio había partido ya pa-
ra el Samnio con las legiones segunda y tercera y quince
mil aliados, se acordó que Apio Claudio saliese cuanto
antes para Etruria. Iba al frente de dos legiones romanas, 4
la primera y la cuarta, y doce mil aliados; se acampó no
lejos del enemigo.

Por otra parte, la pronta llegada sirvió para que el 5
temor al poderío romano refrenara a algunos pueblos que
fijaban ya su atención en las armas de Etruria, aunque
nada especialmente hábil o afortunado se llevó a cabo a
las órdenes del cónsul: los numerosos combates entablados 6

en lugar o momento desfavorable y la confianza del ene-
migo le iban dando mayor peso de un día para otro, y
poco faltaba ya para que los soldados no confiasen lo sufi-
7 ciente en su general ni el general en sus soldados. Tres
Anales reseñan que desde el Samnio se envió una carta
reclamando la presencia del colega; siente uno reparos en
darlo por seguro, sin embargo, puesto que precisamente
esa fue una cuestión controvertida entre los cónsules del
pueblo romano que desempeñaban por segunda vez ya el
mismo cargo, afirmando Volumnio que le había mandado
llamar Apio en una carta y negando Apio haberla enviado.
8 Volumnio había tomado ya tres fortines en los que habían
muerto unos tres mil enemigos y habían caído prisioneros
aproximadamente la mitad de esa cifra, y por medio del
procónsul Quinto Fabio, enviado allí con su antiguo ejér-
cito, había aplastado, con enorme satisfacción de la noble-
za, revueltas promovidas por cabecillas plebeyos carentes
9 de recursos. Deja a Decio la tarea de devastar el territorio
enemigo, y él con sus tropas se dirige a Etruria para
10 unirse a su colega. Su llegada fue recibida por todos con
muestras de alegría. El estado de ánimo de Apio supongo
que dependería de lo que sabía: irritado con razón si no
había escrito nada, y disimulando, con ingratitud mezqui-
11 na, si había necesitado ayuda. Habiendo, pues, salido a
su encuentro, casi sin intercambiar saludos dijo: «¿Cómo
te va, Volumnio? ¿Cómo van las cosas en el Samnio? ¿Qué
12 razón te indujo a salir de tu zona?» Volumnio respondió
que en el Samnio las cosas marchaban bien, que él había
acudido al ser requerida por carta su presencia; que si la
carta era falsa y no se le necesitaba en Etruria, inmediata-
13 mente daría la vuelta y se marcharía. «Pues vete, le dijo,
nadie te retiene. Porque es una falta absoluta de conse-
cuencia que, cuando posiblemente apenas te bastas para

tu guerra, te glories de haber venido aquí a prestar ayuda a los demás.» Volumnio dijo que fuese para bien, por 14 Hércules, que prefería haberse tomado un trabajo inútil antes que haberse encontrado con una situación que hiciese insuficiente para Etruria un solo ejército consular.

A punto ya de separarse los cónsules, los rodean los 19 legados y tribunos del ejército de Apio. Unos ruegan a su general que no desdeñe la ayuda de su colega espontáneamente brindada, ayuda que debía haber sido solicitada por su parte; otros, más numerosos, se ponen delante de Vo- 2 lumnio cuando se marcha y le suplican que, por un deplorable enfrentamiento con su colega, no traicione a la república, que si sobreviene algún desastre sería imputable en mayor medida al que abandona que al abandonado; que 3 la situación ha llegado a un punto en que todo el honor o el deshonor de un triunfo o un fracaso en Etruria recaerá sobre Lucio Volumnio; que nadie querrá saber cuáles fueron las palabras de Apio, sino cuál fue la suerte del ejército; Apio le mandaba marchar, pero el Estado y el 4 ejército lo retenían; que al menos averiguase qué querían los soldados.

Con estas advertencias y ruegos arrastraron a los cón- 5 sules, bastante remisos, a la asamblea. Allí tuvieron lugar discursos más extensos, más o menos en el mismo sentido de las discusiones habidas en los grupos reducidos. Y como 6 Volumnio, cuya causa era superior, no parecía expresarse mal, incluso en comparación con la singular elocuencia de su colega, Apio, bromeando con sorna, dijo que se le debía 7 agradecer a él el contar con un cónsul hasta locuaz en vez de uno mudo y sin facilidad de expresión: durante su anterior consulado al menos en los primeros meses no había sido capaz de abrir la boca, ahora ya pronunciaba discursos populares. «¡Cómo preferiría, dijo Volumnio, que tú 8

hubieses aprendido de mí a actuar con energía a aprender yo de ti a hablar con habilidad!», y terminaba haciendo una propuesta que decidiría cuál de los dos era no mejor orador, cosa de la que el Estado no andaba falto, sino me-
9 jor general: había dos campos de operaciones, Etruria y el Samnio; que eligiera el que prefiriese, él con su ejército operaría indistintamente en Etruria o en el Samnio.

10 Entonces los soldados comenzaron a gritar que se en-
11 cargasen ambos de la guerra etrusca. A la vista de este sentir unánime, dijo Volumnio: «Puesto que me he equivocado en la interpretación de la voluntad de mi colega, no me voy a exponer a que no quede claro lo que vosotros queréis: señalad por aclamación si queréis que me quede
12 o que me vaya.» Pues bien, se elevó entonces un clamor tan intenso que hizo salir de su campamento a los enemigos. Empuñan las armas y salen al campo de batalla. También Volumnio ordenó dar la señal de combate y que las
13 tropas salieran del campamento. Apio dicen que dudó al ver que, tanto si peleaba como si se quedaba quieto, la victoria sería para su colega; que, después, temiendo que también sus legiones siguieran a Volumnio, dio también él la señal de combate ante la insistente petición de sus hombres.

14 Ninguno de los dos bandos organizó su formación de modo suficientemente idóneo, pues, por una parte, el jefe samnita Gelio Egnacio había salido a forrajear con algunas cohortes y sus soldados emprendían la lucha más por iniciativa propia que bajo la dirección o las órdenes de
15 nadie, y, por otra parte, los ejércitos romanos ni salieron los dos simultáneamente ni tuvieron tiempo suficiente para
16 formarse. Volumnio trabó combate antes de que Apio tuviera al enemigo a su alcance, de ahí que el choque se produjo con un frente desigual, y como si algún tipo de azar intercambiase los enemigos habituales, los etruscos se

lanzaron contra Volumnio, y los samnitas, después de unos
instantes de vacilación debido a la ausencia de su general,
contra Apio. Dicen que Apio en el momento decisivo del 17
combate, alzando las manos al cielo de forma que se le
pudiera ver entre las primeras filas, hizo esta súplica: «Be-
lona, yo te prometo con voto un templo si hoy nos depa-
ras la victoria.» Después de esta súplica, como si la diosa 18
lo impulsara, él igualó el valor de su colega y su ejército
el de su jefe; también los soldados secundan la actuación
de sus generales y los de cada ejército se empeñan en que
la victoria no se inicie en el otro. Consiguientemente, de- 19
rrotan y ponen en fuga al enemigo, al cual no le resulta
fácil resistir una multitud mayor de lo acostumbrado en
sus enfrentamientos. Acosándolos cuando se repliegan en 20
orden y persiguiéndolos cuando se dispersan, los repelen
hasta el campamento. Allí, con la intervención de Gelio
y las cohortes sabelas, se recrudeció un tanto la lucha.
Derrotados también éstos en poco tiempo, los vencedores 21
atacaron ya el campamento, y mientras el propio Volum-
nio lanzaba el ataque contra una puerta y Apio, alabando
de vez en cuando a Belona victoriosa, inflamaba de coraje
a los soldados, irrumpieron a través de la empalizada y
de los fosos. El campamento fue tomado y destruido; se 22
obtuvo un enorme botín y se les cedió a los soldados. Fue-
ron muertos siete mil ochocientos enemigos y hechos pri-
sioneros dos mil ciento veinte.

Mientras ambos cónsules y todas las fuerzas romanas **20**
se centran especialmente en la guerra etrusca, en el Samnio
nuevos ejércitos que habían salido para saquear los confi-
nes sometidos a la autoridad de Roma pasan a través del
territorio vescino al campano y falerno y se hacen con un
enorme botín. Retornaba Volumnio al Samnio forzando 2
la marcha, pues ya se aproximaba el final de la prórroga

del mando de Fabio y Decio, cuando las noticias acerca
del ejército samnita y los saqueos del territorio campano
3 dirigen su rumbo a defender a los aliados. Nada más
llegar a territorio caleno, observa personalmente las hue-
llas recientes de la devastación y además los calenos le cuen-
tan que los enemigos arrastran consigo un botín de tal
volumen ya, que apenas si son capaces de desplegarse en
4 formación de marcha; por eso sus jefes hablan ya abierta-
mente de que es preciso ir enseguida al Samnio para dejar
allí el botín y retornar para una nueva expedición, y no
exponer a un ejército tan sobrecargado a un enfrentamien-
5 to armado. Aunque esta información era verosímil, sin
embargo, persuadido de que había que contrastarla, para
mayor seguridad, manda unos jinetes a que capturen a los
6 saqueadores que andan dispersos por el campo; a base de
interrogarlos se entera de que el enemigo está situado cerca
del río Volturno, y que durante el tercer relevo de la guar-
dia se pondrá en marcha en dirección al Samnio.

7 Después de haber confirmado estos extremos, se puso
en marcha y se detuvo a una distancia tal del enemigo que
la excesiva proximidad no permitiese conocer su llegada
y él pudiera caer sobre el enemigo cuando éste saliera del
8 campamento. Un poco antes del amanecer se acercó al
campamento y envió a los que conocían la lengua osca
a observar qué movimientos había. Mezclados entre los ene-
migos, lo cual resultaba fácil en el ajetreo nocturno, se
enteran de que han salido las enseñas con pocos soldados,
que está saliendo el botín y su escolta, que el ejército está
detenido pensando cada uno por su lado, en absoluto des-
9 acuerdo, sin un mando suficientemente seguro. El mo-
mento pareció de lo más a propósito para atacar, y ya
despuntaba el día, de modo que manda dar la señal y ata-
10 ca a la formación enemiga. Los samnitas, embarazados

con el botín, armados en escaso número, unos aceleran el paso y arrean delante de sí al ganado, otros se quedan parados sin tener claro si es más seguro avanzar o retroceder hacia el campamento; en medio de esta indecisión son aplastados: los romanos ya habían saltado sobre la empalizada y en el campamento había muerte y confusión. La 11
columna samnita, aparte del ataque enemigo, se había visto convulsionada por el súbito amotinamiento de los prisioneros; éstos, después de soltarse a sí mismos algunos 12
de ellos, desataban a los demás sus ligaduras, otros arramblaban con las armas atadas entre los bagajes, y confundidos entre la formación, creaban una confusión más temible que la propia batalla. Llevaron luego a cabo una 13
acción memorable, pues se lanzaron sobre el jefe Estayo Minacio, que recorría las filas dando ánimos; dispersados los jinetes que estaban a su lado, lo rodean a él y capturándolo montado en su caballo lo arrastran hasta el cónsul romano. Este ataque hizo volver atrás a la vanguardia 14
de los samnitas, y el combate, que ya tocaba a su fin, se recompuso, pero no pudieron aguantarlo por mucho tiempo. Fueron muertos unos seis mil hombres, dos mil qui- 15
nientos hechos prisioneros —entre ellos cuatro tribunos militares—, capturadas treinta enseñas militares, y lo que más alegró a los vencedores: fueron liberados siete mil cuatrocientos prisioneros y un enorme botín de los aliados. Mediante un edicto fueron convocados a identificar sus pertenencias los propietarios y se fijó una fecha para su recuperación. Los objetos cuyo dueño no apareció se les dieron 16
a los soldados, que fueron obligados a vender el botín para que no atendiesen nada más que a las armas.

Estado de alarma en Roma. Discursos electorales. Nuevo consulado de Quinto Fabio Máximo y Publio Decio

21 Aquella devastación de la Campania
había provocado en Roma una gran con-
2 moción; además, precisamente por aque-
llos días habían llegado de Etruria noti-
cias de que, después de salir de allí el
ejército de Volumnio, Etruria se había
concitado en armas, y Gelio Egnacio, el
jefe de los samnitas, y los umbros eran
llamados a sublevarse, y los galos tentados con grandes
3 sumas de dinero. Alarmado el senado por estas noticias,
hizo declarar el estado de emergencia y llamar a filas a
4 los ciudadanos sin distinción. Y no sólo se obligó con
el juramento militar a hombres libres y jóvenes, sino que
incluso se formaron cohortes de reservistas y centurias de
libertos. Se barajaban, además, planes de defensa de la
ciudad y el pretor Publio Sempronio dirigía el conjunto
5 de las operaciones. Sin embargo, descargó en parte al
senado de su preocupación una carta del cónsul Lucio Vo-
lumnio por la que se tuvo conocimiento de que los saquea-
dores de la Campania habían sido derrotados y destroza-
6 dos. Consiguientemente decretan en nombre del cónsul
una acción de gracias oficial por el éxito obtenido y se
suspende el estado de emergencia que había durado diecio-
cho días; la acción de gracias fue entusiástica.

7 Se pasó después a tratar acerca de la protección de
la región devastada por los samnitas, y así se acordó en-
viar dos colonias a las comarcas de Vescia y Falerno,
8 una a la desembocadura del río Liri, que recibió el nom-
bre de Minturnas, la otra al desfiladero de Vescia, que llega
hasta territorio falerno, donde se dice que estuvo la ciudad
griega de Sinope, llamada después Sinuesa por los colonos
9 romanos. A los tribunos de la plebe se les encargó que,
por medio de un plebiscito, el pretor Publio Sempronio

recibiese el mandato de nombrar triúnviros para conducir
a los colonos a los lugares mencionados. No resultaba fácil 10
encontrar quienes se alistasen, porque estaban convencidos
de que se les enviaba a un puesto de vigilancia casi perma-
nente a una zona amenazada, no a tierras de cultivo.

Distrajeron al senado de estos motivos de preocupación 11
el agravamiento de la guerra de Etruria, así como las car-
tas frecuentes de Apio previniendo de que no se tomasen
a la ligera los movimientos de aquella zona: cuatro pue- 12
blos reunían sus armas: etruscos, samnitas, umbros y ga-
los; se habían establecido ya dos campamentos, porque un
solo emplazamiento no podía dar cabida a tan gran multi-
tud. Por estos motivos y para celebrar las elecciones, pues 13
ya se aproximaba la fecha, fue llamado a Roma el cónsul
Lucio Volumnio. Éste, antes de convocar a las centurias
para la votación, convocó una asamblea del pueblo e hizo
una larga exposición sobre la importancia de la guerra etrus-
ca: ya en la época en que él había dirigido allí las opera- 14
ciones juntamente con su colega, la guerra había tenido
tales proporciones que no había podido afrontarla un solo
general ni un solo ejército; posteriormente, se decía que
habían venido a sumarse los umbros y un enorme ejército
de galos; que tuvieran presente que aquel día se elegían 15
cónsules para ser generales frente a cuatro pueblos; que
él, si no fuera porque confiaba que el pueblo romano de
común acuerdo iba a proclamar cónsul a la persona que
sin lugar a dudas era considerada el primero de todos los
generales, hubiese nombrado inmediatamente un dictador.

Nadie ponía en duda que Fabio sería elegido unánime- 22
mente por quinta vez, y todas las centurias prerrogativas
y las llamadas en primer lugar le daban a él el voto para
cónsul junto con Lucio Volumnio. El discurso de Fabio 2
fue por el estilo del de dos años antes; luego, a medida

que el común sentir le hacía rendirse, acabó por cambiar de enfoque reclamando a Publio Decio como colega: éste
3 sería el báculo de su vejez; en la censura y en los dos consulados ejercidos juntamente con él, había comprobado por experiencia que no había nada más sólido para la defensa del Estado que el buen entendimiento entre colegas; a la mentalidad de un anciano le costaba trabajo adaptarse a un nuevo compañero en el mando, él se pondría más fácilmente de acuerdo con alguien cuyo carácter cono-
4 cía. El cónsul suscribió su petición, bien con merecidos elogios a Publio Decio, bien recordando las ventajas que se derivaban del buen entendimiento entre los cónsules y los inconvenientes de su falta de entendimiento en la direc-
5 ción de los asuntos militares, llamando la atención acerca de lo casi extremadamente crítico de la situación a que se había estado a punto de llegar hacía poco tiempo por la
6 rivalidad entre él y su colega; Decio y Fabio, además de vivir en comunión de sentimientos e ideas, eran hombres nacidos para la vida militar, grandes por sus hechos, poco duchos en contiendas verbales: ése era el temperamento
7 propio de un cónsul; a los astutos, los espabilados, los versados en derecho y oratoria, como era Apio Claudio, había que mantenerlos al frente de la ciudad y del foro y elegirlos pretores para la administración de la justicia.
8 En estos debates se pasó el día. Al día siguiente, a tenor de las disposiciones del cónsul, se celebraron las elecciones
9 al consulado y la pretura. Fueron elegidos cónsules [219] Quinto Fabio y Publio Decio, y pretor Apio Claudio, todos ellos ausentes. Y a Lucio Volumnio, en virtud de un senadoconsulto y un plebiscito, se le prorrogó el mando por un año.

---

[219] Año 295 a. C.

Incidente entre mujeres patricias y plebeyas. Disensión entre los cónsules por el reparto de cometidos

Aquel año ocurrieron muchos hechos 23
extraños y para conjurarlos el senado de-
cretó dos días de rogativas: el vino y el 2
incienso fueron proporcionados por el Es-
tado; acudieron a las rogativas un buen
número de hombres y mujeres. La roga- 3
tiva adquirió notoriedad debido a una
disputa surgida entre matronas en el templete de la Pureza
Patricia, que se encuentra en el foro boario, cerca del tem-
plo redondo de Hércules. Unas matronas habían marginado 4
de los ritos a Virginia, hija de Aulo, una patricia casada
con un plebeyo, el cónsul Lucio Volumnio, porque al ca-
sarse había dejado de pertenecer al patriciado. De un lige-
ro altercado se pasó luego, al acalorarse por la irascibili-
dad propia de las mujeres, a un enfrentamiento apasionado
porque Virginia se ufanaba, con razón, de haber entrado 5
en el templo de la Pureza Patricia siendo patricia y tam-
bién pura, como que se había casado virgen con un solo
hombre y no tenía que avergonzarse ni del hombre, ni de
sus cargos, ni de sus hazañas. Culminó luego sus arrogan- 6
tes palabras con un hecho fuera de lo común: en el barrio
Largo donde vivía segregó de un extremo de la casa el es-
pacio suficiente para una pequeña capilla y colocó allí un
altar, y después de reunir a las matronas plebeyas, se que-
jó de la afrenta de las patricias y dijo: «Yo dedico este 7
altar a la Pureza Plebeya y os exhorto a que la misma
emulación con que se empeñan los hombres por el mérito
la haya entre las matronas por la pureza, y os apliquéis 8
para que se pueda decir que este altar es objeto de culto
con mayor veneración y por parte de personas más castas,
si cabe, que aquél.» Y también en este altar se rindió 9
culto casi con los mismos ritos que en el otro más antiguo,
de forma que no tenía derecho a ofrecer sacrificios ningu-

na matrona que no fuese de pureza reconocida y no se
10 hubiese casado con un solo hombre. El culto, con el paso
del tiempo, abierto a las impuras y no sólo a matronas
sino a toda clase de mujeres, cayó finalmente en el olvido.

11 Aquel mismo año, los ediles curules Gneo y Quinto
Ogulnio presentaron demanda contra algunos usureros;
12 se les impusieron multas sobre sus bienes, y con el produc-
to de lo confiscado colocaron puertas de bronce en el Ca-
pitolio, y los vasos de plata de las tres mesas en el santuario
de Júpiter, y un Júpiter en cuadriga en el pináculo y, junto
a la higuera Ruminal [220], las estatuas de los infantes funda-
dores de la ciudad bajo las ubres de la loba, y pavimenta-
ron con adoquines cuadrados la calle desde la puerta Ca-
13 pena hasta el templo de Marte. También los ediles plebeyos
Lucio Elio Peto y Gayo Fulvio Curvo, con dinero proce-
dente, asimismo, de multas que impusieron e hicieron pa-
gar a los arrendadores de pastos públicos para el ganado,
celebraron unos juegos y pusieron copas de oro en el tem-
plo de Ceres.

24 A continuación entran en funciones los cónsules Quinto
Fabio, por quinta vez, y Publio Decio, por cuarta, colegas
en tres consulados y una censura, tan famosos por lo bien
2 avenidos como por la gloria de sus empresas, que era muy
grande. El que su buen entendimiento no fuese ininterrum-
pido se debió, pienso, a que se interpuso el enfrentamiento
3 entre las clases más que entre ellos personalmente, al in-
tentar los patricios que Fabio se hiciese cargo de Etruria
sin echarlo a suertes, y ser partidarios los plebeyos de que
4 Decio lo hiciese depender de la suerte. Debate en el senado

---

[220] Estaba al suroeste del Palatino. Los romanos suponían derivado su nombre de *ruma* (teta) y *Rumina*, la antigua diosa del amamantamiento.

ciertamente lo hubo, y como allí el peso de Fabio era mayor, el tema fue trasladado al pueblo.

En la asamblea se habló poco, como es propio de los militares, que confían más en los hechos que en las palabras. Fabio decía que era indignante que otro recogiera 5
el fruto bajo el árbol que él había plantado; que él había abierto la selva Ciminia y franqueado el paso para la guerra de Roma a través de desfiladeros intransitables [221].
¿Por qué lo habían reclamado, a sus años, si pensaban 6
encargar a otro jefe la dirección de la guerra? Se lamenta, de forma contenida, de haber elegido en realidad un contrincante, no un compañero de mando, y de que Decio esté pesaroso de las tres veces que fueron colegas bien avenidos; que, en definitiva, lo único que pretendía era que, 7
si lo consideraban digno de aquella misión, lo enviasen allá, que se había sometido al criterio del senado e iba a estar a disposición del pueblo. Publio Decio se quejaba de la 8
falta de equidad del senado: mientras les fue posible, los patricios se habían empeñado en que los plebeyos no tuvieran acceso a los altos cargos; después que el propio mérito 9
se impuso en orden a no ser deshonrado en ninguna clase social, buscaban la manera de que quedasen sin efecto tanto los sufragios del pueblo como las decisiones de la suerte, y hacerlas depender de la voluntad de unos pocos; todos 10
los cónsules anteriores a él habían sorteado las provincias: ahora el senado le asignaba una a Fabio sin sorteo; si era 11
por honrarlo, los motivos de reconocimiento hacia él, tanto por su parte como por la del Estado, eran tales que estaba a favor de la gloria de Quinto Fabio, pero únicamente con una condición: que no brillase a costa de su humillación; pero ¿a quién le cabía duda de que, cuando 12

[221] Referencia a IX 36.

una guerra es espinosa y difícil y le es encomendada a uno
de los cónsules por un procedimiento inusual, el otro es
13 tenido por superfluo e inútil? Fabio se vanagloriaba de
sus hazañas en Etruria: también Publio Decio quería vana-
gloriarse, y tal vez iba a extinguir por completo el fuego
que el otro había dejado bajo cenizas, de suerte que de
forma inesperada suscitaba un nuevo incendio en tantas
14 ocasiones; en fin, él estaba dispuesto a conceder a su colega
honores y recompensas por respeto a su edad y su digni-
dad, pero cuando estaba en juego el riesgo y la lucha, él
15 no cedía espontáneamente ni tenía pensado ceder; y aunque
de aquella confrontación no sacase ninguna otra cosa, una
al menos la sacaría sin lugar a dudas: que lo que corres-
ponde al pueblo lo mande el pueblo, no lo concedan de
16 favor los patricios; pedía a Júpiter Óptimo Máximo y a
los dioses inmortales que le concedieran un sorteo impar-
cial con su colega, si les pensaban conceder el mismo valor
17 y la misma fortuna en la gestión de la guerra; segura-
mente era conveniente en sí, y útil como ejemplo, y cohe-
rente con la fama del pueblo romano que hubiera unos
cónsules capaces de dirigir cualquiera de los dos en la for-
18 ma debida como generales la guerra etrusca. Fabio se
limitó a pedir al pueblo romano que, antes de que fuesen
convocadas las tribus al recinto de la votación, escuchasen
la carta del pretor Apio Claudio traída de Etruria y se reti-
ró del comicio. Y el pueblo, de forma tan mayoritaria co-
mo el senado, acordó que Fabio, sin echarlo a suertes, se
hiciese cargo de Etruria.

Fabio en Etruria. Plan bélico. Derrota del propretor Escipión

Entonces la juventud casi en su tota- 25
lidad acudió corriendo al cónsul y daba
espontáneamente su nombre, tantas eran
las ganas de militar a las órdenes de se-
mejante general. Rodeado por esta mul- 2
titud dijo: «Tengo pensado alistar únicamente cuatro mil
soldados de a pie y seiscientos de a caballo; me llevaré
a los que os alistéis entre hoy y mañana. Más que operar 3
con muchos hombres, me preocupa que volváis todos ricos.»
Puesto en marcha con el ejército apropiado y siendo mayor 4
su confianza y su esperanza en la medida en que no había
echado de menos mayores efectivos, se dirige al campa-
mento del pretor Apio a la ciudad de Aharna, no lejos
de donde se hallaba el enemigo. Pocas millas antes se 5
encuentra con unos recogedores de madera con una escolta
armada, los cuales, así que vieron que delante iban lictores
y se enteraron de que era el cónsul Fabio, llenos de alegría
y entusiasmo dan gracias a los dioses y al pueblo romano
por haberles enviado a aquel general. Cuando luego, ro- 6
deando al cónsul, lo saludaron, Fabio les preguntó a dón-
de se dirigían; al responderle que iban a recoger madera,
les dijo: «Ah, ¿sí? ¿Es que no tenéis vallado el campamen-
to?» A esto exclamaron todos a una que tenían empaliza- 7
da y foso, y además dobles, y sin embargo tenían un
miedo pánico. «Entonces, dijo, tenéis madera más que su-
ficiente; volved y arrancad la empalizada.» Regresan al 8
campamento y allí, arrancando la valla, provocaron la alar-
ma de los soldados que habían quedado en el campamento
y del propio Apio; entonces fueron transmitiendo la voz 9
de que actuaban por orden del cónsul Quinto Fabio. Al
día siguiente se levantó el campamento y el pretor Apio
fue enviado para Roma. Desde entonces los romanos no 10
tuvieron campamento estable en ninguna parte. El cónsul

decía que no resultaba práctico que el ejército permaneciese fijo en un mismo sitio: con las marchas y el cambio de emplazamiento tenía mayor movilidad y estaba más sano. Las marchas, por otra parte, se hacían en la medida que lo permitía la época invernal, no finalizada aún.

11 A principios de la primavera siguiente, dejando la segunda legión cerca de Clusio, llamada Camarte antiguamente, y dejando al mando del campamento al propretor Lucio Escipión, él regresó a Roma para deliberar acerca
12 de la guerra, fuese por propia iniciativa, porque la guerra que tenía delante era más importante de lo que había creído por lo que contaban, o bien reclamada su presencia por disposición del senado, pues hay afirmaciones en am-
13 bos sentidos. Algunos sostienen que probablemente lo hizo llamar el pretor Apio Claudio, que exageraba la amenaza de la guerra etrusca en el senado y ante el pueblo, lo mismo que había hecho de forma insistente a través de sus cartas: no iba a ser suficiente un solo general ni un
14 único ejército frente a cuatro pueblos; se corría el peligro de que tanto si atacaban juntos a uno solo como si hacían la guerra por separado, ése solo no pudiese hacer frente
15 a todos a la vez; él había dejado allí a dos legiones romanas y con Fabio habían llegado menos de cinco mil soldados entre los de a pie y los de a caballo; él era partidario de que el cónsul Publio Decio marchase a Etruria junto a su colega y además cuanto antes, y que el Samnio le
16 fuera encomendado a Lucio Volumnio; en caso de que el cónsul prefiriese ir a su provincia, que Volumnio marchase a Etruria junto al cónsul con un ejército consular en toda
17 regla. Como el discurso del pretor hacía mella en la mayoría, dicen que Publio Decio se pronunció a favor de que se le dejase a Quinto Fabio todo tal como estaba sin resolver, hasta que o bien él mismo viniese a Roma si le era

posible sin peligro para el Estado, o bien enviase a alguno de sus legados que hiciese saber al senado cuáles eran las 18
proporciones de la guerra en Etruria y con cuántos efectivos y con qué número de generales debía ser abordada.

Fabio, cuando regresó a Roma, tanto en el senado 26
como ante el pueblo donde fue requerido, mantuvo su discurso en una posición intermedia, de suerte que no diese la impresión de exagerar o disminuir la importancia de la guerra ni que al aceptar otro general hacía una concesión al miedo de otros más que tomar medidas ante un peligro suyo o del Estado. Ahora bien, si le querían dar un colabo- 2
rador en la guerra y un colega en el mando supremo, ¿cómo podía él olvidarse de Publio Decio, el cónsul que había conocido como colega en tantas ocasiones? No prefería a 3
ningún otro para que fuese su compañero; con Publio Decio tendría tropas suficientes y los enemigos nunca serían demasiados; pero si su colega tenía alguna otra preferencia, que entonces le concediesen la ayuda de Lucio Volumnio. La decisión sobre todo ello la dejaron en manos de 4
Fabio tanto el pueblo y el senado como el propio colega; y cuando Publio Decio manifestó que estaba dispuesto a partir bien para el Samnio o bien para Etruria, la alegría y las muestras de gratitud fueron tan vivas, que ya se anticipaba en los ánimos la victoria y parecía que se había decretado el triunfo para los cónsules y no la guerra.

Veo que, según algunos autores, nada más entrar en 5
funciones como cónsules, Fabio y Decio partieron para Etruria sin que se haga mención alguna del sorteo de cometidos ni de los enfrentamientos entre colegas que he expuesto. Otros, no contentándose con exponer los citados 6
enfrentamientos, añaden las acusaciones de Apio a Fabio, ausente, ante el pueblo, y el empecinamiento del pretor contra el cónsul presente, y otra discusión entre los cole-

gas, al empeñarse Decio en que cada uno se atuviera al
7 cometido que le tocara en suerte. Comienza a haber se-
guridad sobre el tema a partir del momento en que ambos
cónsules se fueron a la guerra.

Pero antes de que los cónsules llegaran a Etruria, una
ingente multitud de galos senones vinieron hacia Clusio para
8 atacar el campamento de la legión romana. Escipión, que
estaba al mando del campamento, pensando que era preci-
so compensar con la posición la escasez numérica de sus
efectivos, llevó a su ejército a lo alto de una colina que
9 había entre la ciudad y el campamento; pero, como suele
ocurrir en las acciones precipitadas, por no explorar sufi-
cientemente la ruta se dirigió a la colina que habían ocupa-
do los enemigos abordándola por la otra ladera. Quedó
así la legión con la retirada cortada y cogida en medio
10 al acosar el enemigo desde todas las direcciones. Sostienen
algunos que incluso fue aniquilada allí la legión, hasta el
11 punto que no quedó nadie para contarlo, y que a los
cónsules, que ya estaban a corta distancia de Clusio, no
les llegó la noticia hasta que estuvieron a la vista los jine-
tes galos, que llevaban cabezas colgadas del pecho de sus
caballos o ensartadas en sus lanzas, con los cánticos triun-
12 fales que tienen por costumbre. Hay quien sostiene que
eran umbros, no galos, y que no fue tan grande el descala-
bro sufrido, que fueron rodeados los forrajeadores con el
legado Lucio Manlio Torcuato y que el propretor Escipión
les llevó ayuda desde el campamento reiniciándose el com-
bate y siendo vencidos los umbros vencedores, arrebatán-
13 doseles prisioneros y botín. Es más verosímil que este
descalabro lo infligieran los galos y no los umbros porque,
como en muchas otras ocasiones, también aquel año el prin-
cipal motivo de alarma que atenazó a la población fue un
14 ataque de los galos. Así, pues, aparte de que ambos cónsu-

les habían partido para la guerra con cuatro legiones y numerosa caballería romana, y con un millar de jinetes campanos de élite enviados para aquella guerra, y con un ejército aliado y de los pueblos latinos mayor que el romano, había otros dos ejércitos situados de cara a Etruria 15
no lejos de Roma, en territorio falisco el uno y vaticano el otro. Gneo Fulvio y Lucio Postumio Megelo, propretores ambos, recibieron órdenes de establecer campamentos fijos en los lugares citados.

Preparativos de la gran batalla. «Deuotio» de Decio. Victoria

Los cónsules llegaron a territorio sen- 27
tinate[222] hasta donde estaba el enemigo, que había franqueado el Apenino, y allí situaron el campamento a una distancia de unas cuatro millas. Los enemigos 2
celebraron luego consejo y se llegó al acuerdo de no juntarse todos en un único campamento ni salir al campo de batalla todos a la vez. Los galos se unieron a los sam- 3
nitas, los umbros a los etruscos. Se fijó día para la batalla; ésta les fue encomendada a los samnitas y galos; los etruscos y umbros recibieron instrucciones de atacar el campamento romano en el transcurso del combate. Estos planes 4
los trastocaron tres tránsfugas de Clusio que durante la noche se pasaron clandestinamente al cónsul Fabio, los cuales, una vez desvelados los proyectos del enemigo, fueron reenviados, con una recompensa, a fin de que averiguasen y comunicasen inmediatamente cualquier otra nueva decisión que se tomase. Los cónsules comunican por escrito 5
a Fulvio y Postumio que trasladen a Clusio sus ejércitos desde territorio falisco aquél y vaticano éste, y devasten a fondo el territorio enemigo. La noticia de esta de- 6

[222] De Sentino (Sassoferrato), en Umbría, en la encrucijada de comunicaciones entre etruscos, umbros y galos.

vastación hace desplazarse del territorio de Sentino a los etruscos para defender sus fronteras. Inmediatamente, los cónsules intentan por todos los medios que se entre en com-
7 bate mientras aquéllos están ausentes. Durante dos días incitaron a pelear al enemigo, pero durante dos días no ocurrió nada digno de mención; hubo algunas bajas por uno y otro bando; más que llegar a poner en juego el resultado global, se exasperaron los ánimos a la espera de una batalla en regla. Al tercer día salieron al campo de batalla todas las tropas.

8 Cuando los frentes estaban formados a pie firme, huyendo de un lobo que la había hecho salir de los montes, una cierva pasó corriendo por la llanura por medio de las dos formaciones; seguidamente, los dos animales dieron un giro en su carrera en direcciones opuestas, la cierva hacia los galos y el lobo hacia los romanos. Al lobo se le abrió calle entre las filas, a la cierva los galos la ensartaron.
9 Entonces un soldado romano de los de primera fila dijo: «La huida y la muerte se decantan hacia el lado donde veis abatido el animal consagrado a Diana; a este lado el lobo de Marte, vencedor, sano y salvo, nos recuerda que somos estirpe de Marte y nos recuerda a nuestro fundador.»

10 Los galos se situaron en el ala derecha, en la izquierda los samnitas. Enfrente de los samnitas, Quinto Fabio formó las legiones primera y tercera como ala derecha; Decio la quinta y sexta enfrente de los galos como ala izquierda;
11 la segunda y cuarta con el procónsul Lucio Volumnio hacían la guerra en el Samnio.

En el transcurso del primer choque se desarrolló la acción con tal equilibrio de fuerzas que, de haber estado presentes los etruscos y los umbros, dondequiera que se hubieran dirigido, en el campo de batalla o en el campamento, se hubiera sufrido un descalabro.

Pero, a pesar de que la suerte de la guerra estaba 28
repartida todavía a partes iguales y la fortuna no había
decidido aún a qué bando iba a dar su apoyo, la lucha
era muy distinta en el ala derecha y en la izquierda.
Los romanos en el lado de Fabio estaban más a la de- 2
fensiva que al ataque, y trataban de alargar el combate
todo lo posible hasta el final del día, porque su jefe es- 3
taba persuadido de que tanto los samnitas como los galos
eran impetuosos en la primera acometida y bastaba con
aguantarlos; al prolongarse el combate, poco a poco iba 4
decayendo la moral de los samnitas, y en cuanto a los ga-
los, sus cuerpos, que soportaban tan mal la fatiga y el ca-
lor, desmayaban, y al principio de los combates parecían
más que hombres y, al final, menos que mujeres. Por eso 5
reservaba las energías de sus hombres lo más intactas que
fuera posible para el momento en que el enemigo solía
ceder. Decio, más fogoso por edad y temperamento, des- 6
plegó al comienzo de la batalla todas las fuerzas con que
contaba. Y como el combate de infantería le parecía dema-
siado lento, lanza a la lucha a la caballería; él, mezclado 7
entre un escuadrón de jóvenes llenos de valentía, pide a
estos jóvenes escogidos que carguen, con él, contra el ene-
migo: su gloria será doble si se inicia en el ala izquierda
y gracias a la caballería. Por dos veces rechazaron a la 8
caballería gala; la segunda vez fueron demasiado lejos y
cuando ya libraban combate entre los batallones de infan-
tería se vieron amedrentados por un género nuevo de lucha.
El enemigo, armado, de pie sobre carros de guerra y 9
carruajes, se presentó con enorme estrépito de caballos y
ruedas y espantó a los caballos de los romanos, no aveza-
dos a semejante estruendo. De esta forma, un miedo casi 10
frenético dispersa a la caballería en plena victoria; después,
una huida ciega hace caer revueltos a caballos y jinetes;

11 a partir de ahí, siembran también el desconcierto entre
las enseñas de las legiones, y muchos de los soldados de
las primeras filas son arrollados por el impulso desenfre-
nado de caballos y carros por entre la formación; la línea
de galos que los perseguía, cuando vio aterrorizados a los
enemigos, no les dio tiempo a respirar ni a replegarse.
12 Decio les preguntaba a gritos a dónde huían o qué espera-
ban de la huida; se ponía delante de los que retrocedían
y mandaba volver a los dispersos; después, al no poder
contener por ningún medio a quienes habían perdido el
control, llamando por su nombre a su padre Publio Decio
dijo: «¿A qué retrasar por más tiempo el destino de mi
13 familia? A nuestra estirpe se le ha encomendado la misión
de ser la víctima expiatoria para conjurar los peligros pú-
blicos. Ahora yo voy a ofrecerme, y conmigo a las legiones
enemigas, como inmolación a la Tierra y a los dioses
Manes.»

14 Pronunciadas estas palabras, ordena al pontífice Marco
Livio, al que había prohibido al salir al campo de batalla
separarse de su lado, dictarle la fórmula con que consa-
grarse a la muerte a sí mismo y a las legiones enemigas
15 por el ejército del pueblo romano de los Quirites. Seguida-
mente se ofreció con voto, con la misma fórmula y la mis-
ma actitud con que su padre Publio Decio había pedido
ofrecerse junto al Véseris durante la guerra con los lati-
16 nos [223]. Tras la súplica solemne, añadió que llevaba por
delante el miedo y la huida, la muerte y la sangre, la cólera
17 de los dioses del cielo y de las profundidades, que iba a
alcanzar con su funesto sortilegio las enseñas, los dardos,
las armas de los enemigos; que el mismo lugar de su ruina
18 lo sería de la ruina de galos y samnitas. Pronunciadas

[223] Cf. VIII 9, 4 ss.

estas imprecaciones contra sí mismo y contra los enemigos, espolea su caballo hacia donde veía más compacto el frente galo y, ofreciéndose voluntariamente a los dardos enemigos, fue muerto.

A partir de ese momento apenas fue posible reconocer 29
que la lucha era una tarea de hombres. Los romanos, después de la pérdida de su jefe, cosa que en otras circunstancias suele causar pánico, detienen su huida y se proponen
recomenzar un nuevo combate. Los galos, y especialmente 2
el grupo apelotonado en torno al cadáver del cónsul, como enajenados, lanzan al azar dardos que no dan en el blanco; algunos quedan embotados y no se acuerdan de pelear
ni de huir. Pero en el lado opuesto el pontífice Livio, 3
al que Decio había entregado sus lictores y dado orden de asumir las funciones de pretor, grita con todas sus fuerzas que los romanos son vencedores, que la muerte del
cónsul los ha liberado, que los galos y los samnitas perte- 4
necen a la Madre Tierra y a los dioses Manes, que Decio arrastra hacia sí y reclama a su ejército ofrecido en voto con él, que en el lado enemigo todo es presa de las furias
y el espanto. Llegan luego para ayudarles a restablecer el 5
combate Lucio Cornelio Escipión y Gayo Marcio con tropas de apoyo que el cónsul Fabio ha hecho sacar de entre las fuerzas de reserva y enviado en ayuda de su colega. Se enteran entonces de la suerte de Publio Decio, lo cual es un acicate muy fuerte para atreverse a todo en pro de
la república. Así, como los galos, con los escudos coloca- 6
dos ante sí formando un parapeto, se mantenían en formación compacta y un combate cuerpo a cuerpo no parecía fácil, los legados ordenaron recoger del suelo las jabalinas de que estaba sembrado éste entre los dos ejércitos y lan-
zarlas contra la tortuga de los enemigos; aunque la mayo- 7
ría de ellas se clavaron en los escudos y muy pocos en

los cuerpos, la formación en cuña se deshizo, de forma que la mayor parte caían atónitos sin haber sido alcanzados. Tales habían sido en el ala izquierda de los romanos las variaciones de la fortuna.

8 Fabio, en el ala derecha, a la expectativa desde el principio, había dejado que el día fuera pasando; luego, cuando le pareció que ni los gritos del enemigo ni su impetuosidad ni el lanzamiento de armas arrojadizas tenían la
9 misma fuerza, ordenó a los prefectos de la caballería que en un movimiento envolvente llevasen sus escuadrones hacia el flanco de los samnitas con el fin de lanzarse de través, al darse la señal, con todo el ímpetu que pudieran, e hizo avanzar poco a poco a sus hombres para rechazar
10 al enemigo. Cuando vio que no había resistencia y que el cansancio era evidente, reunió a todas las tropas auxiliares que había reservado hasta entonces y lanzó a las legiones y dio a la caballería la señal de cargar sobre el enemi-
11 go. Los samnitas no aguantaron el choque, y rebasando el propio frente de los galos, dejando a sus aliados en el combate, se precipitaron hacia el campamento corriendo en
12 desbandada. Los galos, formada la tortuga, se mantenían firmes en formación cerrada. Entonces Fabio, enterado de la muerte de su colega, ordena al ala de caballería de los campanos, unos quinientos jinetes, que salgan del frente de combate y rodeen y ataquen por retaguardia la forma-
13 ción de los galos; que a continuación les sigan los soldados de la segunda línea de la tercera legión, y cuando vean al ejército enemigo con la formación rota por el ataque de la caballería, que lo acosen y lo destrocen mientras
14 es presa del pánico. Él, después de prometer con voto a Júpiter vencedor un templo y los despojos del enemigo, se dirigió al campamento de los samnitas donde éstos se
15 precipitaban en masa de forma desesperada. Al pie mismo

de la empalizada, puesto que las puertas no daban cabida
a tantos hombres, hubo una tentativa de lucha por parte
de los que en el apelotonamiento quedaron fuera; allí cayó 16
Gelio Egnacio, general de los samnitas. Se vieron luego
empujados al interior de la empalizada los samnitas, y tras
un breve combate el campamento fue tomado; los galos
fueron envueltos desde su retaguardia. Fueron muertos 17
aquel día veinticinco mil enemigos y hechos prisioneros ocho
mil, pero no fue una victoria incruenta, pues del ejército 18
de Publio Decio murieron siete mil hombres y del de Fabio
mil setecientos. Fabio mandó a buscar el cuerpo de su colega,
reunió en un montón los despojos del enemigo y los
quemó en honor de Júpiter Vencedor. El cuerpo del cónsul 19
no pudo ser hallado aquel día porque estaba sepultado bajo
montones de galos que habían caído sobre él; fue encontrado
al día siguiente y trasladado entre un mar de lágrimas
de los soldados. Después, interrumpiendo todas las 20
demás tareas, Fabio celebra las honras fúnebres de su colega
con todos los honores y elogios que se merecía.

Operaciones menores en Etruria. La batalla de Sentino y las fuentes. Clima de guerra en el Samnio y Etruria

También en Etruria, por aquellos mis- 30
mos días, realizó operaciones con éxito
el propretor Gneo Fulvio, y aparte de los
enormes daños causados al enemigo con
la devastación de sus campos, hubo com-
bates brillantes, siendo muertos más de 2
tres mil perusinos y clusinos y captura-
das unas veinte enseñas militares. El ejér- 3
cito samnita que huía a través del territorio
peligno fue rodeado por los pelignos: de cinco mil,
fueron muertos unos mil.

La importancia de la fecha en que se desarrolló la 4
batalla en territorio de Sentino es grande aun ateniéndose
uno a lo seguro; pero algunos, exagerando, fueron más 5

allá de lo creíble, al escribir que en el ejército enemigo
había seiscientos mil soldados de a pie y cuarenta y seis
mil de a caballo, y un millar de carros, es de suponer que
con los umbros y etruscos, que habrían participado tam-
6 bién en la batalla; y para abultar también los efectivos
de los romanos, a los cónsules añaden como general al
procónsul Lucio Volumnio, y el ejército de éste a las legio-
7 nes de los cónsules. En la mayoría de los Anales esta
victoria les es atribuida a los dos cónsules; Volumnio, en-
tretanto, opera en el Samnio, y después de rechazar al ejér-
cito samnita hasta el monte Tiferno, lo derrota y pone en
fuga sin arredrarse por lo desfavorable de su posición.
8 Quinto Fabio, dejando en Etruria el ejército de Decio
como protección, llevó sus legiones a Roma y desfiló en
9 triunfo sobre galos, etruscos y samnitas. En su desfile lo
siguieron sus soldados; en sus toscos cantos guerreros, tan-
to como la victoria de Quinto Fabio celebraron la gloriosa
muerte de Publio Decio, y evocaron la memoria de su pa-
dre equiparándolo a las glorias del hijo en su dimensión
10 tanto pública como privada. La parte del botín asignada
a los soldados fueron ochenta y dos ases por cabeza, capo-
tes y túnicas, recompensas nada despreciables para la mili-
cia en aquella época.

31 A pesar de este desarrollo de las operaciones, ni en
el Samnio ni en Etruria había paz aún; en efecto, por insti-
gación de los perusinos, después de llevarse el cónsul su ejér-
2 cito, se habían producido revueltas, y los samnitas habían
bajado a saquear a territorio vescino y formiano y, en otra
3 área, a Esernia y la zona cercana al río Volturno. Para
hacerles frente, fue enviado el pretor Apio Claudio con
el ejército de Decio. Fabio, en la Etruria sublevada de nue-
vo, dio muerte a cuatro mil quinientos perusinos e hizo
prisioneros a unos mil setecientos cuarenta, que fueron

rescatados a trescientos diez ases por cabeza; el resto del 4
botín se les entregó a los soldados en su totalidad. Las 5
legiones de los samnitas, perseguidas unas por el pretor
Apio Claudio y otras por el procónsul Lucio Volumnio,
se concentraron en el territorio estelate; allí se situaron cerca
de Cayacia [224] todos ellos, y Apio y Volumnio juntaron
sus campamentos. Se combatió con enorme encarnizamien- 6
to, acicateados unos por la cólera contra quienes se suble-
vaban en tan repetidas ocasiones, y luchando los otros por
su última esperanza. Consiguientemente, fueron muertos 7
dieciséis mil trescientos samnitas y hechos prisioneros dos
mil setecientos; del ejército romano los caídos fueron dos
mil setecientos.

Fue un año afortunado por las acciones bélicas, mal- 8
sano debido a una epidemia, inquietante debido a hechos
extraños, pues llegaron noticias de que había llovido tierra
en muchos sitios y que en el ejército de Apio Claudio mu-
chos habían sido alcanzados por rayos; debido a esto, se
consultaron los libros sibilinos. Aquel año Quinto Fabio 9
Gúrgite, hijo del cónsul, impuso una sanción económica
a algunas matronas condenadas ante el pueblo por adulte-
rio; con el dinero de las multas hizo construir el templo
de Venus que está cerca del Circo.

Las guerras samnitas. Ataque entre la niebla, repelido. Roma, alarmada, envía al otro cónsul al Samnio

Quedan todavía a estas alturas guerras 10
samnitas, de las que venimos tratando a
lo largo ya de cuatro libros de forma inin-
terrumpida, en el transcurso de cuarenta
y seis años a partir del consulado de Mar-
co Valerio y Aulo Cornelio, que fueron
los primeros en llevar las armas al Sam-
nio. Y para no referir ahora los reveses y trabajos pade- 11
cidos por ambos pueblos a lo largo de tantos años y que,

[224] Cayacia (Caiazzo) estaba en la Campania a la derecha del Volturno.

sin embargo, no bastaron para doblegar aquellos ánimos
12 inflexibles, diré que el año anterior los samnitas habían sido hechos trizas en los territorios sentinate y peligno, en las proximidades de Tiferno, en la llanura estelate, con sus legiones solas o unidos a otras, por cuatro ejércitos y cuatro generales romanos; habían perdido al general más bri-
13 llante de su nación; veían cómo sus aliados bélicos, los etruscos, los umbros, los galos, estaban en la misma situación que ellos; no podían ya sostenerse en pie ni con sus propias fuerzas ni con las extranjeras y, sin embargo, no
14 renunciaban a la guerra: hasta ese extremo eran incansables en la defensa de su libertad aun fracasando, y prefe-
15 rían ser vencidos a no intentar la victoria. ¿Quién se sentiría hastiado de unas guerras tan prolongadas, al leerlas o consignarlas por escrito, si no se cansaron quienes las hicieron?

32 A Quinto Fabio y Publio Decio les sucedieron los cónsules Lucio Postumio Megelo y Marco Atilio Régulo [225].
2 Se les asignó a ambos como provincia el Samnio, porque corrían rumores de que habían sido alistados tres ejércitos enemigos que se dirigían uno a Etruria y otro a reiniciar los saqueos de la Campania, y que el tercero se aprestaba
3 a proteger las fronteras. Problemas de salud retuvieron a Postumio en Roma; Atilio partió inmediatamente para caer sobre el enemigo en el Samnio —pues en ese sentido
4 se había pronunciado el senado—. Como si hubieran estado de acuerdo, se produjo el encuentro con el enemigo en una posición en que a los romanos se les impedía penetrar en territorio samnita, y ellos impedían a los samnitas salir hacia zonas sometidas y hacia el territorio de los alia-
5 dos del pueblo romano. Como los campamentos estaban

[225] Año 294 a. C.

situados uno enfrente de otro, los samnitas tuvieron la osa-
día de hacer lo que difícilmente se atreverían a hacer los
romanos tantas veces victoriosos —tan temerario se vuelve
uno en una situación desesperada—: atacaron el campa-
mento romano; y si bien no se coronó tan audaz tentativa,
no resultó, sin embargo, completamente inútil. Hasta bien 6
avanzado el día había una niebla tan espesa que no dejaba
ver, quitando la visibilidad no sólo de lejos, más allá de
la empalizada, sino de cerca, al acercarse unos a otros.
Confiados los samnitas en ésta a modo de escondrijo para 7
emboscarse, cuando la luz del día era aún escasa y además
disminuida por la niebla, llegan hasta el puesto de guardia
romano que de forma descuidada vigilaba la puerta. Cogi- 8
dos por sorpresa no tuvieron suficiente coraje ni fuerzas
para ofrecer resistencia. El golpe de mano se produjo des-
de la parte trasera del campamento, por la puerta decuma-
na; fue así ocupada la tienda del cuestor y en ella fue 9
muerto el cuestor Lucio Opimio Pansa. Inmediatamente
se gritó: «¡A las armas!»

El cónsul, despertado por el tumulto, ordena a dos 33
cohortes de aliados, la lucana y la suessana, que casual-
mente eran las que estaban más próximas, defender el pre-
torio; los manípulos de las legiones los lleva por la vía
principal del campamento. Sin apenas ajustarse las armas 2
forman las filas y, más que por verlo, reconocen al enemi-
go por sus gritos de guerra sin que sea posible evaluar su
número. En un primer momento, en la incertidumbre so- 3
bre su situación, retroceden y dejan que el enemigo se aden-
tre hasta el centro del campamento; luego, al preguntarles
a gritos el cónsul si tenían pensado asaltar su propio cam-
pamento después que los hubieran echado fuera de la
empalizada, lanzan el grito de guerra, y en un empeño 4
común, primero se detienen, después avanzan y presionan,

y echan fuera de la puerta y la empalizada a los enemigos una vez impulsados por el mismo pánico que ellos tuvieron
5 al principio. No se atrevieron luego a seguir persiguiéndolos porque la escasa visibilidad les hacía temer una emboscada en los alrededores, y satisfechos con haber liberado el campamento, se retiraron al interior de la empalizada
6 después de dar muerte a unos trescientos enemigos. Romanos murieron alrededor de setecientos treinta entre los del primer puesto de guardia y los sorprendidos en torno a la tienda del cuestor.

7 El golpe de audacia, no infructuoso, acreció a partir de entonces la moral de los samnitas y, después, no dejaban a los romanos no ya adelantar su campamento sino ni tan siquiera forrajear en su territorio; los forrajeadores
8 retrocedían hasta el tranquilo territorio de Sora. Llegó a Roma la noticia de estos hechos, incluso más alarmante de lo que era la realidad, y obligó al cónsul Lucio Postu-
9 mio, apenas restablecido, a marchar de la ciudad. No obstante, antes de salir ordenó a los soldados mediante un edicto que se concentraran en Sora y dedicó personalmente el templo de la Victoria que, siendo edil, había hecho cons-
10 truir con el dinero de las multas. Así, después de incorporarse al ejército, de Sora se dirigió al Samnio al campamento de su colega. De allí, después que los samnitas se retiraron al no confiar en poder hacer frente a dos ejércitos, los cónsules marchan en direcciones distintas para devastar los campos y atacar las ciudades.

Postumio toma Milionia y Feritro. Atilio pasa apuros antes de lograr la victoria

34 Postumio intentó el ataque a Milionia,
2 primero, por la fuerza del asalto y, después, como por esta vía adelantaba poco, acabó por tomarla con obras de asedio y máquinas de guerra adosadas al muro. Asaltada ya la ciudad, se combatió desde la hora

cuarta hasta casi la octava en todos los barrios de la misma con resultado, durante largo tiempo, incierto; al fin los romanos se apoderan de la plaza. Fueron muertos 3
tres mil doscientos samnitas y cuatro mil setecientos hechos prisioneros, aparte del resto del botín.

De allí las legiones fueron conducidas a Feritro, de 4
donde salieron en silencio durante la noche los habitantes, con todas las pertenencias que podían transportar o conducir, por la puerta del lado opuesto. Así pues, nada más 5
llegar, el cónsul se acercó a las murallas con el ejército dispuesto y en formación como si fuera a tener lugar un combate como el que había tenido lugar en Milionia; después, al ver que en la ciudad reinaba el silencio y no 6
ver gente armada en las torres y los muros, contiene a sus hombres ansiosos de saltar sobre las murallas abandonadas, para no caer incautamente en alguna trampa oculta; ordena a dos escuadrones de aliados latinos dar una vuelta 7
a caballo alrededor de las murallas y observarlo todo. Los jinetes ven una puerta y, luego, una segunda en el mismo lado, cercanas, abiertas, y en las calles consiguientes las huellas de la huida nocturna de los enemigos. Cabalgan 8
luego poco a poco hacia las puertas y observan que la ciudad puede ser recorrida sin peligro por sus rectas calles, e informan al cónsul del éxodo de la ciudad, de que esto resulta evidente por la ausencia indudable de gente, y por las huellas recientes de la huida, y por los objetos tirados por el suelo abandonados aquí y allá en el ajetreo nocturno. Recibida esta información, el cónsul, dando un rodeo, 9
lleva las tropas hacia la parte de la ciudad a donde se habían dirigido los jinetes. Cuando la formación hace alto no lejos de la puerta ordena que cinco jinetes penetren en la ciudad y después de adentrarse a una cierta distancia, que tres se queden allí, si todo parece sin peligro, y dos

10 vuelvan a informar de lo que han observado. Cuando
éstos volvieron e informaron que se habían adelantado hasta
un punto desde el que se podía ver en todas direcciones
y que por todas partes habían advertido silencio y soledad,
11 inmediatamente el cónsul hizo entrar en la ciudad a las
cohortes ligeras y ordenó a los demás fortificar, entretan-
12 to, el campamento. Los soldados que entraron echaron
abajo las puertas de las casas y encontraron a unos pocos
ancianos o enfermos y abandonadas las cosas que eran di-
13 fíciles de transportar, en las que entraron a saco, y se
tuvo conocimiento, por algunos prisioneros, de que unas
cuantas ciudades del entorno, de común acuerdo, habían
decidido huir; que sus conciudadanos habían partido du-
rante el primer relevo de la guardia; que creían que en
otras ciudades se iban a encontrar con el mismo abandono.
14 Las palabras de los prisioneros resultaron ciertas: el cónsul
se apoderó de ciudades abandonadas.

35 A Marco Atilio, el otro cónsul, la guerra no le re-
sultó en absoluto tan fácil. Cuando conducía las legiones
a Luceria, que según había oído era asediada por los sam-
nitas, se encontró con el ejército enemigo en los confines
2 del territorio lucerino. La rabia equilibró allí las fuerzas;
la batalla tuvo alternativas e incertidumbre, pero fue, sin
embargo, más acerba para los romanos por el resultado,
porque no estaban acostumbrados a ser vencidos y, por
otra parte, porque fue en el momento de separarse, más
que durante el propio combate, cuando se dieron cuenta
de cuánto mayor era el número de heridos y muertos en
3 su bando. Se originó por ello en el campamento tal mo-
vimiento de pánico que, de haber hecho presa en ellos
durante el combate, se hubiera sufrido una derrota nota-
ble; aun entonces la noche fue desasosegada, porque creían
que los samnitas iban a atacar el campamento de un mo-

mento a otro o que habría que librar combate con los ven-
cedores al despuntar el día. En el lado enemigo eran me- 4
nores las bajas, pero no más elevada la moral. Nada más
amanecer estaban deseosos de marchar sin combatir. Pero
sólo había un camino, y éste pasaba precisamente por de-
lante del enemigo; al emprenderlo dieron la impresión de
que se dirigían directamente al asalto del campamento.
El cónsul ordena a los soldados coger las armas y seguirle 5
fuera de la empalizada; a los legados, tribunos y prefectos
de los aliados les da instrucciones sobre lo que tiene que
hacer cada uno. Todos aseguran que ellos sí están dis- 6
puestos a cumplirlo todo, pero que la moral de la tropa
está por los suelos, que toda la noche han estado en vela
por las heridas y los gemidos de los moribundos; que si 7
el enemigo se hubiese presentado en el campamento antes
del amanecer, el pánico hubiese sido tan intenso que ha-
brían huido; ahora la vergüenza les impedía huir, pero,
por lo demás, se daban por vencidos.

El cónsul, puesto al corriente de esta situación, per- 8
suadido de que procedía dirigirse a los soldados y hablar
con ellos, increpaba a los que se iba encontrando por sus
vacilaciones en empuñar las armas preguntándoles por qué 9
se mostraban remisos y andaban con vueltas: el enemigo
iba a llegar hasta dentro del campamento si ellos no salían
al exterior, y si no querían luchar delante de la empalizada
iban a hacerlo delante de sus tiendas; la victoria era dudo-
sa si empuñaban las armas y peleaban, pero si esperaban 10
indefensos y desarmados al enemigo, tendrían que sufrir
la muerte o la esclavitud. A estas reconvenciones y exhor- 11
taciones respondían que estaban extenuados por el comba-
te del día anterior, que no les quedaba un ápice de fuerzas
ni una gota de sangre; que el enemigo se presentaba con
más efectivos que la víspera. Entretanto, la columna se 12

aproximaba, y cuando la menor distancia permite ver con mayor claridad, se asegura que los samnitas traen consigo estacas y está claro que piensan rodear el campamento con
13 una empalizada. Pues bien, entonces el cónsul dice a gritos que es una vergüenza que causa indignación el recibir una
14 afrenta tan ignominiosa de tan cobarde enemigo. «¿Es que también seremos sitiados en el campamento, decía, para morir vergonzosamente de hambre antes que morir valerosamente a hierro si es necesario?» Que ellos hicieran —y que los dioses les fueran propicios— lo que cada uno con-
15 siderase digno de sí; el cónsul Marco Atilio, aunque fuese solo, si es que nadie más le seguía, marcharía contra el enemigo y caería entre las enseñas samnitas antes de ver
16 sitiado un campamento romano. Los legados y tribunos y todos los escuadrones de caballería y los centuriones de las primeras filas estuvieron de acuerdo con las palabras del cónsul.

17 Entonces los soldados, abochornados, cogen sin ánimo las armas y salen del campamento con desgana en una columna larga y discontinua; avanzan abatidos y poco menos que vencidos en dirección a un enemigo cuya moral
18 y cuyas esperanzas no son mucho más firmes. Y así, no bien se divisaron las enseñas romanas, un murmullo recorrió las filas samnitas de vanguardia a retaguardia: los romanos, tal como ellos se temían, salían a cerrarles el paso;
19 no tenían ya ninguna salida, ni siquiera la de la huida; era preciso o bien caer en aquel puesto o abatir al enemigo y pasar después por encima de sus cadáveres.

36 Amontonan los bagajes en el centro; cada combatiente
2 ocupa su puesto en la formación de batalla. La distancia entre los dos ejércitos era ya escasa, pero se mantenían inmóviles a la espera de que el enemigo fuese el primero
3 en atacar, el primero en lanzar el grito de guerra. Ni unos

ni otros tenían ánimos para pelear, y se hubiesen alejado
sanos y salvos en direcciones opuestas de no haber temido
que, si se retiraban, los otros se les echarían encima. De
forma espontánea dio comienzo una floja batalla de remi-
sos y vacilantes con un grito de guerra falto de convicción
y discordante; nadie se movía de su sitio.

Entonces el cónsul romano, para animar la acción, 4
hizo avanzar fuera de la formación algunos escuadrones
de caballería; como la mayor parte cayeron de los caballos
y los demás se vieron confundidos, hubo carreras, por par-
te samnita, para aplastar a los que habían caído y, por
parte romana, para proteger a los suyos. A partir de ahí 5
la lucha se enardeció un tanto, pero los samnitas habían
acudido a la carrera con un poco más de decisión y en
mayor número, y los propios jinetes, en su confusión, pi-
sotearon con sus caballos espantados a quienes acudían en
su ayuda. A partir de aquí se inició una huida que hizo
dar la vuelta a todo el ejército romano; ya los samnitas 6
cargaban sobre la espalda de los que huían, cuando el cón-
sul se adelantó a caballo hasta la puerta del campamento
y, después de situar allí un retén de jinetes con la orden 7
de que a todo aquel que se acercase a la empalizada, fuese
romano o samnita, lo tratasen como a un enemigo, él per-
sonalmente, en ese mismo tono amenazante, hizo frente
a los suyos que corrían en desbandada hacia el campamen-
to. «¿A dónde vais, soldados?», decía. «También aquí en- 8
contraréis armas y guerreros, y mientras vuestro cónsul
esté vivo no entraréis en el campamento si no es como
vencedores; decidid, por consiguiente, si preferís luchar con-
tra compatriotas o contra enemigos.»

Mientras el cónsul se expresa en estos términos, los 9
soldados de a caballo, lanza en ristre, se despliegan en tor-
no a los de a pie y los conminan a volver al combate.

Además de su valor, también la suerte vino en ayuda del
cónsul, porque los samnitas no persistieron en su acoso,
y hubo lugar para hacer girar las enseñas y dirigir al ejérci-
10 to hacia el enemigo en vez de hacia el campamento. Se
animaban entonces unos a otros a reemprender la lucha;
los centuriones avanzaban con las enseñas, arrebatadas a
sus portadores, y hacían ver a sus hombres que los enemi-
gos eran pocos y avanzaban desordenadamente, sin guar-
11 dar la formación. Entretanto el cónsul, alzando las manos
al cielo, con voz clara de forma que se le pudiera oír a
distancia, promete con voto un templo a Júpiter Estator [226]
si el ejército romano detiene su huida y, reemprendiendo
el combate, desbarata y vence a las legiones samnitas.
12 Todos simultáneamente se esforzaron para restablecer el
combate: jefes, soldados, fuerzas de infantería y de caba-
llería. Dio la impresión de que también la voluntad de los
dioses miró por el nombre de Roma, tan fácilmente cam-
bió la situación, y los enemigos fueron rechazados del cam-
pamento e, incluso, fueron en poco tiempo repelidos hasta
13 la posición en que se había iniciado la batalla. Allí se
detuvieron entorpecidos, al obstaculizarlos el cúmulo de
bagajes que habían amontonado en el centro; luego, para
que sus cosas no fueran objeto de pillaje, rodearon los
14 bagajes con un cordón de hombres armados. Pero entonces
la infantería los acosa por el frente, por detrás los envuel-
ve la caballería; cogidos de esta forma en medio, son muer-
tos o hechos prisioneros. El número de prisioneros fue de
siete mil ochocientos, a todos los cuales se les hizo pasar
bajo el yugo desnudos; los muertos ascendieron a unos cua-
15 tro mil ochocientos. Tampoco para los romanos fue una
victoria sin amarguras: en el recuento que hizo el cónsul

[226] Invocado en I 12, 6.

de las pérdidas sufridas durante los dos días, el número
de soldados que faltaban ascendió a siete mil ochocientos.

Mientras ocurría esto en Apulia, los samnitas, con 16
otro ejército, intentaron ocupar la colonia romana de Inte-
ramna situada en la vía Latina, pero no se hicieron con
la ciudad. Después de saquear los campos, cuando se 17
llevaban de allí el otro botín mezcla de hombres y animales
y colonos hechos prisioneros, se encuentran con el cónsul
victorioso a su regreso de Luceria y no sólo pierden el bo-
tín, sino que también ellos, que marchaban en desorden
en una columna estirada y entorpecida por la carga, son
hechos trizas. El cónsul, mediante un edicto, convocó en 18
Interamna a los propietarios para que identificaran y recu-
peraran sus pertenencias, y dejando allí al ejército, marchó
a Roma para las elecciones. Cuando reclamó el triunfo 19
le fue negado este honor, debido a la pérdida de tantos
miles de soldados y a haber hecho pasar bajo el yugo a
los prisioneros sin mediar capitulación.

Postumio en Etruria. Discusión sobre su triunfo. Problemas analísticos

El otro cónsul, Postumio, como en el 37
Samnio faltaba tarea bélica, después de
trasladar a Etruria el ejército había co-
menzado por devastar el territorio volsi-
niense; luego combatió contra los que ha- 2
bían salido a defender sus confines no
lejos de sus murallas: dos mil ochocientos etruscos fueron
muertos, al resto los salvó la proximidad de la ciudad.
El ejército fue conducido a territorio ruselano, donde no 3
sólo fueron devastados los campos, sino que además fue
tomada al asalto la plaza; se hicieron más de dos mil pri-
sioneros, y menos de dos mil fueron muertos en torno a
las murallas. Pero se acordó una paz más brillante y más 4
importante de lo que había sido la guerra en Etruria aquel
año. Tres ciudades muy potentes, las más sobresalientes

de Etruria, pidieron la paz: Volsinios, Perusia y Arrecio;
5 pactaron con el cónsul que a cambio de ropas militares
y trigo les permitiera enviar a Roma embajadores, y consi-
guieron una tregua de cuarenta años. Se le impuso a cada
una de las ciudades una sanción, a pagar en el acto, de
quinientos mil ases.
6 El cónsul, con motivo de estas operaciones, solicitó del
senado el triunfo más por rutina que por confiar en obte-
nerlo, y al ver que unos por haber salido tarde de la ciu-
7 dad, otros por haber pasado del Samnio a Etruria sin
una orden del senado, unos por ser enemigos personales
suyos, otros por ser amigos de su colega para darle el con-
suelo de una negativa similar, también a él le denegaban
8 el triunfo, dijo: «Padres conscriptos, no voy a tener en
cuenta vuestra majestad hasta el extremo de olvidar que
yo soy el cónsul. En razón del mismo mando supremo con
que dirigí las operaciones bélicas, por las guerras llevadas
con éxito, por haber sometido al Samnio y Etruria, por
la victoria y la paz conseguidas, desfilaré en triunfo.» Con
9 esto abandonó el senado. Estallaron luego las tensiones
entre los tribunos de la plebe; unos decían que pondrían
el veto para que no obtuviese el triunfo de una forma sin
precedentes, otros que ellos apoyarían el triunfo en contra
10 de sus colegas. Se remitió la cuestión a la asamblea del
pueblo, y llamado a ella el cónsul, dijo que los cónsules
Marco Horacio y Lucio Valerio, y recientemente Gayo Mar-
cio Rútulo [227], padre del que entonces era censor, habían
obtenido el triunfo no por decreto del senado, sino por
11 mandato del pueblo; añadió que también él hubiese pre-
sentado su solicitud ante el pueblo si no supiera que los
tribunos de la plebe, esclavos de los nobles, se iban a opo-

[227] Primer dictador plebeyo (VII 17, 6).

ner a la ley; para él la voluntad y el favor del pueblo pues-
to de acuerdo valían y valdrían por todas las leyes. Al 12
día siguiente, con el apoyo de tres tribunos de la plebe,
frente a la oposición de los otros siete y al acuerdo del
senado, entró en triunfo festejando el pueblo aquel día.

También acerca de este año es poco concorde la tradi- 13
ción. Claudio sostiene que Postumio, después de tomar en
el Samnio varias ciudades, fue derrotado y puesto en fuga
en Apulia, rechazado hasta Luceria con unos cuantos hom-
bres, herido él mismo: las hazañas en Etruria se debieron
a Atilio, y éste fue el que obtuvo el triunfo. Fabio escribe 14
que actuaron ambos cónsules en el Samnio y en las proxi-
midades de Luceria, y que uno de los ejércitos fue con-
ducido a Etruria —pero no especifica por cuál de los
cónsules—, que cerca de Luceria hubo muchos muertos
por ambas partes, y que en esta batalla se prometió con 15
voto un templo a Júpiter Estator, como anteriormente lo
había prometido Rómulo, pero sólo se había efectuado la
consagración del *fanum*, es decir, del emplazamiento del
templo, mientras que en este año por fin el senado ordenó, 16
además, la construcción del templo, pues surgieron escrú-
pulos religiosos al estar comprometido el Estado por dos
veces con el mismo voto.

Preparativos de la gran batalla de Aquilonia

El año siguiente [228] hubo un cónsul, 38
Lucio Papirio Cúrsor, insigne tanto por
la gloria paterna como por la suya, y hu-
bo una guerra de grandes proporciones
y una victoria sobre los samnitas como
nadie hasta entonces la había conseguido a excepción de
Lucio Papirio, el padre del cónsul. Se dio, además, la coin- 2
cidencia de que los samnitas se habían equipado para la

[228] Año 293 a. C.

guerra con el mismo empeño y la aparatosidad de toda la riqueza de sus llamativas armas; y recurrieron, incluso, al poder de los dioses sometiendo a los soldados a una especie de iniciación con una fórmula arcaica de juramento,
3 llevando a cabo el reclutamiento por todo el Samnio según una ley nueva, a tenor de la cual la persona en edad militar que no se presentase conforme al edicto de los generales o se marchase sin permiso sería inmolada a Júpiter. Después todo el ejército hubo de presentarse en Aquilonia [229].
4 Se congregaron cerca de sesenta mil combatientes, toda la fuerza que había en el Samnio.

5 Allí, casi en medio del campamento se valló un recinto con zarzas y tablas cubierto de telas, cuyas dimensiones en cualquier dirección eran como mucho de doscientos pies.
6 Allí se ofreció un sacrificio leyendo un viejo libro de tela, siendo el sacerdote un tal Ovio Pacio, hombre de edad muy avanzada que aseguraba recabar aquel ceremonial de la antigua liturgia de los samnitas que habían practicado en otro tiempo sus antepasados cuando habían forjado en secreto el plan de arrebatarles Capua a los etruscos [230].
7 Una vez finalizado el sacrificio, el general hacía llamar por medio de un subalterno a cada uno de los más distinguidos por su cuna o sus hazañas, y eran introducidos de
8 uno en uno. Para infundir en los ánimos el temor religioso, además del aparato ritual restante, había altares en el entorno de todo el recinto cubierto y, alrededor de ellos, víctimas sacrificadas, y de pie, situados en derredor, centu-
9 riones con las espadas desenvainadas. Se les hacía acercarse a los altares más como víctimas que como participantes

[229] Aquilonia estaba en territorio de los hirpinos, no lejos de la actual Carbonara.

[230] Capua fue el nombre que se le dio a la Volturno de los etruscos.

y se les obligaba bajo juramento a no dar a conocer lo
que hubieran visto u oído en aquel lugar. Los obligaban 10
a jurar con cierta fórmula terrible compuesta para execrar
su persona, su familia y su descendencia, si no acudían
al combate al que los llevasen sus jefes y si o bien huían
del frente de batalla o veían a alguien huir y no le daban
muerte en el acto. Algunos que al principio decían que 11
ellos no prestarían semejante juramento fueron degollados
en torno a los altares, y después sus cuerpos tendidos entre
los restos de las víctimas de los sacrificios sirvieron de ad-
vertencia a los demás para que no se negasen. Una vez 12
obligados con esta execración los samnitas principales, el
jefe nombró a diez y les dijo que eligieran cada uno de
ellos a otro hasta completar la cifra de dieciséis mil. Esta
legión recibió la denominación de *linteata* por la cubierta
del cercado donde la nobleza había sido consagrada; a és-
tos se les entregaron armas llamativas y cascos empenacha-
dos para que resaltaran entre los demás. El resto del ejérci- 13
to, constituido por algo más de veinte mil hombres, no
le iba a la zaga a la legión *linteata* ni en prestancia física
ni en gloria bélica ni en equipamiento. Tal cantidad de
efectivos, toda la fuerza con que contaban, acampó cerca
de Aquilonia.

Los cónsules marcharon de la ciudad; primero, Espu- 39
rio Carvilio, al que le habían sido asignadas por decreto
las legiones veteranas que Marco Atilio, el cónsul del año
anterior, había dejado en territorio de Interamna. Marchó 2
con ellas al Samnio, y mientras los enemigos, ocupados
en prácticas supersticiosas, celebraban reuniones secretas,
les tomó a los samnitas la plaza de Amiterno [231]. Los 3
muertos allí fueron en torno a dos mil ochocientos hom-

[231] Amiterno (Pescara) estaba cerca del río Aterno.

4 bres, los prisioneros cuatro mil doscientos setenta. Papirio,
una vez alistado un nuevo ejército —pues así se había
decretado—, asaltó la ciudad de Duronia. Capturó menos
hombres que su colega y dio muerte a bastantes más. En
5 ambos casos el botín obtenido fue abundante. A continua-
ción, los cónsules, después de recorrer el Samnio y saquear
sobre todo el territorio atinate, llegaron, Carvilio, a Comi-
nio y, Papirio, a Aquilonia, donde estaba concentrada la
6 fuerza samnita. Allí durante algún tiempo ni se interrum-
pieron las hostilidades ni hubo combates propiamente di-
chos. Hostigando al contrario si se estaba quieto, reple-
gándose si ofrecía resistencia, amagando más que presen-
7 tando batalla, pasaban los días. De todo lo que se hacía
o se dejaba de hacer en Cominio, de todos los aconteci-
mientos, incluso los escasamente importantes, se pasaba
informe día por día. El otro campamento romano estaba
a veinte millas de distancia, y los planes del colega ausente
eran tenidos en cuenta en todas las operaciones a realizar,
y Carvilio estaba más pendiente de Aquilonia, donde lo
que estaba en juego era de mayor trascendencia, que de
Cominio, a la que tenía sitiada.

8 Lucio Papirio, suficientemente preparado ya en todos
los sentidos para la batalla, envía un mensajero a decir
a su colega que tiene intención de combatir con el enemi-
9 go, si los auspicios son favorables, al día siguiente; que
es preciso que él lance un ataque lo más intenso que pueda
sobre Cominio con el fin de no dejar a los samnitas ningu-
10 na posibilidad de enviar refuerzos a Aquilonia. El men-
sajero empleó un día en la marcha; por la noche regresó
diciendo que el colega estaba de acuerdo con el plan.
11 Una vez enviado el mensajero, Papirio reunió inmediata-
mente a los soldados; habló por extenso de las característi-
cas generales de la guerra, por extenso de la aparatosidad

del enemigo, más una vana apariencia en aquellos momentos que algo eficaz con vistas al resultado final: los pena- 12 chos, en efecto, no producían heridas, y la jabalina romana traspasaba los escudos decorados y recubiertos de oro, y las formaciones, refulgentes con la blancura brillante de las túnicas, se teñían de rojo cuando entraban en juego las espadas; ya en otra ocasión su padre había extermina- 13 do una formación samnita recubierta de oro y plata, y aquellos despojos habían proporcionado más honor a la victoria del enemigo que a ellos sus armas [232]; tal vez se le 14 había encomendado a su apellido y a su familia que aportase jefes para hacer frente a los mayores intentos de los samnitas y llevarse unos despojos que sirviesen de brillante ornamento incluso de los ámbitos públicos; los dioses inmortales estaban presentes por los tratados tantas veces 15 pedidos y tantas veces rotos, y si en alguna medida se 16 podían hacer conjeturas sobre el pensamiento de los dioses, ningún ejército los había tenido nunca más en contra que aquel que, manchado con un ritual nefando con la muerte promiscua de hombres y animales, ofrecido doblemente con voto a la cólera divina, temía, por un lado, a los dioses testigos de los tratados firmados con los romanos y, por 17 otro, las execraciones del juramento prestado en contra de los tratados, había jurado contra su voluntad, odiaba el juramento militar, tenía a la vez miedo a los dioses, a sus compatriotas y a los enemigos.

Como estas circunstancias, sabidas por las revelaciones 40 de los desertores, las expuso ante unos soldados ya de por sí llenos de hostilidad y de confianza a la vez en los dioses y en sus fuerzas, con un clamor unánime piden combate; les desagrada que se deje la batalla para el día siguiente,

---

232 Cf. IX 40.

2 no soportan la dilación de un día y una noche. Durante el tercer relevo de la guardia, Papirio, recibida ya la carta de su colega, se levanta en silencio y manda al pulario a
3 consultar los auspicios. No había en el campamento nadie, fuera quien fuese, a quien no embargase el afán de pelear; los más altos mandos y los soldados rasos estaban igualmente tensos; el jefe era testigo de la fiebre de los solda-
4 dos, y éstos de la del jefe. Este enardecimiento general afectó también a los que asistían a la toma de los auspicios, pues como los pollos no comían, el pulario tuvo la osadía de falsear el auspicio y comunicar al cónsul un
5 augurio de lo más favorable [233]. El cónsul lleno de alegría hace saber a todos que el auspicio es excelente y que entrarán en acción con la aprobación de los dioses, y ordena
6 que se dé la señal de combate. Casualmente, cuando salía ya al campo de batalla, un desertor le da la noticia de que veinte cohortes de los samnitas —eran alrededor de cuarenta— habían salido para Cominio. Con el fin de que su colega no desconociese este hecho envía al instante un
7 mensajero y da orden de acelerar la marcha. A las tropas auxiliares les había asignado sus puestos y sus prefectos; puso al mando del ala derecha a Lucio Volumnio, al de la izquierda a Lucio Escipión, y al de la caballería a otros
8 legados: Gayo Cedicio y Tito Trebonio; a Espurio Naucio le ordena que lleve los mulos, una vez quitadas las albardas, con tres cohortes auxiliares bordeando una elevación del terreno que estaba al alcance de la vista, y que desde allí aparezca en pleno combate levantando la mayor polvareda que le sea posible.

[233] El *tripudium solistimum,* cuando se produce un repiqueteo al picotear los granos con gran avidez los pollos sagrados.

Mientras el general se ocupaba de estas instrucciones, 9
surgió un altercado entre los pularios a propósito del aus-
picio de aquel día y fue oído por unos jinetes romanos;
éstos, persuadidos de que se trataba de algo que no debía
ser tomado a la ligera, comunicaron al hijo de un hermano
del cónsul que había dudas acerca de los auspicios. El 10
joven, nacido antes de que se enseñara el menosprecio de
los dioses, comprobó el hecho para no dar una informa-
ción no contrastada y dio parte al cónsul. Éste le replicó: 11
«¡Muy bien, francamente, por tu valor y escrupulosidad!
Ahora bien, el que asiste a una toma de auspicios atrae
sobre sí el sacrilegio si informa en falso; a mí, la verdad,
se me anunció el *tripudium,* el auspicio más favorable para
el pueblo romano y para el ejército.» Ordenó luego a los 12
centuriones que colocasen a los pularios en primera línea.
También los samnitas hacen avanzar a su vanguardia; de-
trás vienen las formaciones con sus armas decoradas, de
suerte que el espectáculo es magnífico incluso para los ene-
migos. Antes de que se lanzara el grito de guerra y se 13
produjera el choque, el pulario, alcanzado por una jabali-
na lanzada al azar, cayó delante de las enseñas. El cónsul,
cuando se le informó de ello, dijo: «Los dioses asisten al
combate; el culpable tiene su merecido.» Mientras el cónsul 14
pronunciaba estas palabras, delante de él graznó con toda
claridad un cuervo; el cónsul, satisfecho con este augurio,
asegurando que nunca los dioses habían estado más pre-
sentes en una empresa humana, ordenó dar la señal de ata-
que y lanzar el grito de guerra.

La batalla. Victoria romana. Toma de Aquilonia

41 Se entabla un combate terrible, aunque con unas disposiciones de ánimo bien dispares. A los romanos los arrastra a la lucha la rabia, la confianza, la fiebre de pelea sedientos de sangre enemiga; a gran parte de los samnitas un compromiso religioso los constri-
2 ñe sin voluntad a defenderse más que a atacar, y acostumbrados a lo largo ya de bastantes años a ser vencidos, no hubiesen aguantado el primer grito de guerra y la carga inicial de los romanos si otro miedo más intenso que se había apoderado de sus corazones no los hubiera refrena-
3 do para que no huyeran. Y es que conservaban en sus retinas todo aquel aparato del ritual oculto, y los sacerdotes armados, y los restos promiscuos de hombres y animales, y los altares chorreando sangre pía e impía, y la horrible execración, y la espantosa fórmula compuesta para maldecir a la familia y a la descendencia; atenazados por estas ligaduras para que no huyeran, resistían por miedo
4 a sus compatriotas más que a los enemigos. Presionaban los romanos por ambos flancos y por el centro, y hacían estragos en un enemigo paralizado por el temor a los dioses y a los hombres, que ofrecía una resistencia tímida, como la de quien se retrae de huir por miedo.

5 La matanza ya casi había llegado hasta las enseñas, cuando por un flanco apareció una polvareda como la que levanta el paso de un enorme ejército: se trataba de Espurio Naucio —Octavio Mecio, sostienen algunos—, jefe de
6 las cohortes auxiliares; levantaban una polvareda mayor de lo que correspondía a su número: los acemileros, sentados sobre los mulos, arrastraban por el suelo ramas frondosas. Las armas y las enseñas aparecían, en medio de la escasa visibilidad, en primer término; a continuación, el mayor volumen y espesor de la polvareda hacía pensar en

un cuerpo de caballería cerrando la marcha, y engañó no
sólo a los samnitas sino incluso a los romanos. El cónsul 7
reafirmó el error repitiendo a gritos en primera línea, de
forma que su voz llegase también hasta los enemigos, que
Cominio había sido tomada, que llegaba su colega victo-
rioso, que se esforzasen por vencer antes de que la gloria
se la adjudicase el otro ejército. Esto lo dice montado a 8
caballo; acto seguido, ordena a los centuriones y los tribu-
nos que se abra calle a la caballería; él mismo les había
dicho previamente a Trebonio y Cedicio que, en cuanto
le viesen alzar y agitar la pica, lanzasen a los jinetes a
la carga contra el enemigo con todo el ímpetu que pudie-
sen. A la vista de la señal se ejecuta todo como se había 9
dispuesto de antemano; se abren calles entre las filas; se
lanza al vuelo la caballería y, lanza en ristre, se precipita
sobre formación enemiga y, por donde carga, rompe sus
filas. Volumnio y Escipión están al quite y en su descon-
cierto los abaten.

Entonces, vencida al fin la coerción de los dioses y 10
los hombres, son puestas en fuga las cohortes *linteatas;*
emprenden la huida tanto los que prestaron juramento co-
mo los que no, y solamente temen al enemigo. Los efec- 11
tivos de infantería que sobrevivieron a la batalla fueron
rechazados al campamento o a Aquilonia; la nobleza y la
caballería huyeron a Boviano. La caballería persigue a la
caballería, la infantería a la infantería; las alas, en direc-
ciones opuestas, se dirigen la derecha al campamento sam-
nita y la izquierda a la ciudad. Volumnio tomó el cam- 12
pamento con cierta antelación; en la ciudad, Escipión
encuentra mayor resistencia, no porque la moral de los ven-
cidos sea mayor, sino porque las murallas mantienen a ra-
ya al enemigo armado mejor que la empalizada: desde ellas
lo repelen a pedradas. Escipión, convencido de que si no 13

resuelve la empresa en el movimiento de pánico inicial an-
tes de que se repongan, el asedio de la ciudad fortificada
irá para largo, pregunta a sus hombres si van a consentir
tranquilamente que la otra ala haya tomado el campamen-
to y a ellos se los rechace de las puertas de la ciudad.
14 Ante los gritos de protesta por parte de todos, él el pri-
mero, alzando el escudo por encima de la cabeza, avanza
hacia la puerta de la ciudad; otros lo siguen en formación
de tortuga e irrumpen dentro de la ciudad y, después de
dispersar a los samnitas, ocupan la zona de las murallas
cercana a la puerta; no se atrevieron a penetrar en el inte-
rior de la ciudad porque todavía eran muy pocos.

42 En un principio el cónsul ignoraba estos hechos y se
ocupaba en el repliegue del ejército, pues ya el sol se preci-
pitaba a su ocaso y la noche, que se echaba encima, hacía
que hasta los vencedores temieran y sospecharan de todo.
2 Después de avanzar un poco más allá, ve a la derecha el
campamento tomado y a la izquierda, en la ciudad, perci-
be el clamor en que se entremezclan el fragor de los com-
batientes y los gritos de terror; precisamente en aquellos
3 momentos se combatía en torno a la puerta. Se acerca
luego un poco más a caballo, y cuando ve que los suyos
están sobre los muros y que la situación ha cambiado por
completo, puesto que por la audacia de unos pocos se ha
generado la oportunidad de una acción importante, dio or-
den de que acudieran las tropas a las que había hecho re-
4 plegarse y que se atacase la ciudad. Entraron por el punto
más cercano y se detuvieron porque se acercaba la noche.
La plaza fue abandonada por el enemigo durante la noche.

5 Aquel día fueron muertos cerca de Aquilonia veinte mil
trescientos cuarenta samnitas y apresados tres mil ocho-
cientos setenta, y capturadas noventa y siete enseñas mili-
6 tares. Se dice también que apenas se vio otro general

más a gusto en el campo de batalla, fuese ello debido a su talante o a su confianza en que las cosas saldrían bien. Por esa misma fortaleza de espíritu el controvertido aus- 7
picio no pudo disuadirlo de combatir y, además, en el preciso momento crítico en que era costumbre prometer con voto templos a los dioses inmortales, le prometió a Júpiter Vencedor que si derrotaba a las legiones enemigas le ofrecería una copita de vino con miel antes de beber vino puro. Este voto fue del agrado de los dioses e inclinaron a favor los auspicios.

Toma de Cominio por Carvilio. Destrucción de Aquilonia y Cominio

Con la misma fortuna dirigió el otro 43
cónsul las operaciones en Cominio. Al amanecer llevó todas sus tropas al pie de las murallas, rodeó la ciudad con un cordón de soldados y situó delante de las puertas fuertes retenes para que no se produjese ninguna salida brusca. Cuando ya iba a dar la señal de atacar, 2
el mensajero de su colega, trémulo, con la noticia de la llegada de las veinte cohortes le hizo demorar el ataque y, además, le obligó a retirar parte de las tropas preparadas y atentas al asalto. Ordenó al legado Décimo Bruto 3
Esceva que, con la primera legión, diez cohortes auxiliares y la caballería, marchara contra los refuerzos del enemigo y que, dondequiera que los encontrase, les hiciese frente y 4
los entretuviese y, si acaso la situación así lo requería, trabase combate, con tal que aquellas tropas no pudiesen ser conducidas a Cominio. Ordenó llevar escalas a los muros 5
por todo el contorno de la ciudad y se aproximó a las puertas formando la tortuga; de forma coordinada se echaban abajo las puertas y se asaltaban los muros desde todas partes. Los samnitas, antes de ver sobre los muros hombres armados, tuvieron combatividad suficiente para impedir al enemigo la entrada en la ciudad, pero una vez que 6

la acción se desarrollaba no a distancia y con proyectiles sino cuerpo a cuerpo, y los que habían subido trabajosamente desde el suelo a lo alto de los muros, después de superar la posición que más habían temido, luchaban con soltura en igualdad de condiciones contra un enemigo infe-
7 rior, abandonaron las torres y los muros, se agolparon todos en el foro y a continuación durante un breve período
8 de tiempo intentaron una resistencia desesperada; después arrojaron las armas y se rindieron al cónsul sin condiciones unos once mil cuatrocientos hombres; los muertos fueron alrededor de cuatro mil ochocientos ochenta.

9 Así se desarrollaron las operaciones en Cominio y en Aquilonia. En el espacio que mediaba entre las dos ciudades, donde se esperaba una tercera batalla, no se encontró al enemigo. Cuando estaban a siete millas de distancia de Cominio, los suyos les hicieron dar la vuelta y no intervi-
10 nieron en ninguna de las dos batallas. Casi al oscurecer, cuando tenían a la vista tanto el campamento como Aquilonia, el griterío que llegó hasta ellos con la misma intensi-
11 dad desde ambos puntos les hizo detenerse; después, las llamas propagadas con amplitud en la zona del campamento, que había sido incendiado por los romanos, señal de una derrota más que segura, los disuadieron de seguir ade-
12 lante. Allí mismo echados de cualquier manera con sus armas pasaron inquietos toda la noche esperando y, a la
13 vez, temiendo la luz del día. Al rayar el alba, indecisos sobre qué dirección tomar, repentinamente se dan a la fuga, presa de pánico, al ser avistados por la caballería, que, cuando iba tras los samnitas que habían salido durante la noche de la ciudad, había visto aquella multitud sin
14 protección de empalizada ni puestos de guardia. También desde los muros de Aquilonia había sido divisada aquella multitud y ya iban en su persecución también las cohortes

legionarias; ahora bien, la infantería no pudo dar alcance a los fugitivos, y la caballería dio muerte a unos doscientos ochenta de los que iban en retaguardia; en su pánico abandonaron gran cantidad de armas y dieciocho enseñas militares. El resto de las tropas llegaron, dada la enorme confusión, sanas y salvas a Boviano.

La alegría de cada uno de los ejércitos romanos se 44
incrementó con el triunfo del otro. Los dos cónsules, de
mutuo acuerdo, concedieron a los soldados el saqueo de
la ciudad conquistada; después, una vez vaciadas por com- 2
pleto las casas, les prendieron fuego: en un mismo día fue-
ron pasto de las llamas Aquilonia y Cominio, y los cónsu-
les, entre felicitaciones mutuas por parte de las legiones
y por parte suya, unieron los campamentos. A la vista de 3
los dos ejércitos, Carvilio elogió y recompensó a los suyos
de acuerdo con los méritos de cada uno, y Papirio, a cuyo
ejército habían correspondido múltiples combates en el cam-
po de batalla, en torno al campamento y en torno a la
ciudad, galardonó con brazaletes y coronas de oro a Espu-
rio Naucio, a Espurio Papirio, hijo de su hermano, y a
cuatro centuriones y un manípulo de soldados de la prime-
ra línea: a Naucio, por la marcha en que había asustado 4
al enemigo como si se tratara de un gran ejército; al joven
Papirio, por el servicio prestado con la caballería en la
batalla y en la noche en que hostilizó la huida a los samni-
tas que habían salido clandestinamente de Aquilonia;
a los centuriones y soldados, porque habían sido los pri- 5
meros en ocupar la puerta y la muralla de Aquilonia; a
todos los soldados de caballería los obsequia con penachos
y brazaletes de plata por su distinguida actuación en multi-
tud de ocasiones.

A continuación se celebró consejo sobre si sería ya 6
el momento de sacar del Samnio los ejércitos, los dos o,

7 al menos, uno de ellos; se estimó que lo mejor era seguir la acción hasta el final con tanto mayor empeño y encarnizamiento cuanto más quebrantada estaba la situación de los samnitas, a fin de poder entregarles a los cónsules si-
8 guientes un Samnio completamente pacificado; puesto que ya no había ningún ejército enemigo que pareciese dispuesto a presentar una batalla en regla, sólo quedaba una forma de guerra: el asalto a las ciudades, con cuya destrucción podían enriquecer de botín a los soldados y acabar con un enemigo forzado a combatir a la desesperada.
9 Así, pues, enviaron una carta al senado y al pueblo romano dando cuenta de las operaciones llevadas a cabo, y tomando direcciones distintas, conducen a sus legiones Papirio al asedio de Sepino y Carvilio, al de Velia.

Acciones bélicas con etruscos y faliscos. Triunfos de Papirio y Carvilio

45 La carta de los cónsules fue acogida con enorme alegría tanto en el senado como en la asamblea del pueblo, y el contento público fue festejado con cuatro días de acción de gracias oficiales y ac-
2 ciones piadosas particulares. Aquella victoria fue para el pueblo romano no sólo importante, sino, además, muy oportuna, porque casualmente por aquellos mismos días llegaron noticias de que los etruscos se habían sublevado.
3 Asaltaba las mentes el pensamiento sobre cómo hubiera sido posible, en el caso de que en el Samnio hubiese ocurrido algún contratiempo, contener a Etruria, crecida con la coalición de los samnitas, puesto que ambos cónsules y todas las fuerzas romanas estarían centradas en el Samnio y hubiera interpretado el desvío de la atención del pue-
4 blo romano como una oportunidad para sublevarse. Los embajadores de los aliados, introducidos en el senado por el pretor Marco Atilio, se quejaban de que los etruscos vecinos suyos quemaban y asolaban sus campos porque

se negaban a romper con el pueblo romano, y suplicaban 5
a los senadores que los defendieran de la violencia y los
abusos de los enemigos comunes. Se les respondió a los
comisionados que el senado se iba a ocupar de que los
aliados no tuvieran que arrepentirse de su lealtad: antes
de que pasara mucho tiempo los etruscos iban a correr
la misma suerte que los samnitas. No obstante, por lo que 6
a Etruria se refería, la cosa hubiera ido con bastante más
calma si no hubieran llegado noticias de que también los
faliscos, que durante muchos años habían permanecido co-
mo amigos, habían unido sus armas a los etruscos. La 7
proximidad de este pueblo agudizó la preocupación de los
senadores en el sentido de acordar que era preciso enviar
los feciales a exigir una reparación; al no darse ésta, por
decisión del senado y mandato del pueblo se les declaró
la guerra a los faliscos y los cónsules recibieron orden de 8
echar a suertes cuál de los dos se trasladaría con su ejérci-
to del Samnio a Etruria.

Carvilio les había quitado a los samnitas Velia, Palum- 9
bino y Herculáneo [234], Velia en cosa de pocos días y Pa-
lumbino el mismo día que se aproximó a sus murallas.
En Herculáneo incluso libró una batalla campal de re- 10
sultado incierto y con mayores pérdidas que el enemigo;
posteriormente estableció su campamento y encerró al ene-
migo dentro de las murallas; la plaza fue tomada al asalto.
En estas tres ciudades fueron hechos prisioneros o muertos 11
unos diez mil hombres, resultando ligeramente superior el
número de prisioneros. Cuando los cónsules sortearon las
provincias, a Carvilio le correspondió Etruria, coincidien-
do con los deseos de sus soldados que ya no soportaban el
intenso frío del Samnio. A Papirio se le enfrentó en Sepi- 12

[234] Desconocida la localización de las tres poblaciones.

no un número mayor de enemigos. Hubo numerosos combates en campo abierto, muchos durante la marcha, muchos en torno mismo a la ciudad contra las salidas bruscas de los enemigos, y no era un asedio propiamente sino una guerra de igual a igual, pues los samnitas más que protegerse a sí mismos tras los muros, defendían ellos las mura-
13 llas con armas y hombres. Por fin, a base de combatir, redujo al enemigo a un asedio en regla, y sitiando la ciudad con ataques y obras de asedio, la tomó al asalto.
14 Debido, por ello, a la rabia, se produjo una masacre mayor una vez tomada la ciudad: fueron muertos siete mil cuatrocientos hombres y hechos prisioneros menos de tres mil. El botín, que fue muy abundante al haberse amontonado los bienes de los samnitas en unas pocas ciudades, fue cedido a los soldados.

46 La nieve lo había cubierto todo ya y no se podía resistir a no ser bajo techo; así pues, el cónsul sacó del
2 Samnio al ejército. Cuando vino a Roma entró en triunfo por acuerdo unánime. Desfiló estando aún en funciones con un triunfo solemne, como era costumbre en aquellos
3 tiempos. Soldados de a pie y de a caballo pasaron en el desfile luciendo sus recompensas; se vieron muchas coro-
4 nas cívicas, vallares y murales [235]; atrajeron las miradas los despojos de los samnitas, y se comparaba su belleza y suntuosidad con la de los despojos del padre, que eran conocidos porque adornaban numerosos lugares públicos; se hizo desfilar a algunos nobles hechos prisioneros, famo-
5 sos por sus hazañas o las de sus padres. Pasaron carros

[235] La corona cívica recompensaba a quien salvaba en combate a un conciudadano. La corona vallar, al primero en entrar combatiendo en el campamento enemigo. La mural, al primero en escalar la muralla en el asalto a una ciudad.

con dos millones quinientos treinta y tres mil ases de bronce, dinero sacado de la venta de prisioneros, se decía, y con mil ochocientas libras de plata que habían cogido en las ciudades. Todo este bronce y plata fue depositado en el tesoro público, no se les dio nada del botín a los soldados; con ello se acentuó el malestar entre la plebe porque 6
se depositó incluso el tributo destinado a la paga de los soldados, mientras que si hubiera renunciado a la vanagloria de llevar al erario el dinero que había cogido, se hubiese podido obsequiar a la tropa con parte del botín y pagar la soldada. Dedicó el templo de Quirino —pero en ningu- 7
no de los escritores antiguos está recogido que lo prometiese con voto durante alguna batalla, y por otra parte no hubiese podido llevarlo a término en tan breve tiempo—: fue el prometido con voto por el padre dictador el que dedicó el hijo cónsul y lo ornamentó con los despojos del enemigo, cuya cantidad fue tan elevada que no sólo se 8
adornó con ellos el templo y el foro, sino que fueron distribuidos entre los aliados y las colonias vecinas para ornato de templos y lugares públicos. Después del triunfo llevó 9
al ejército a establecerse en cuarteles de invierno en territorio vescino porque era una región hostilizada por los samnitas.

Entretanto, el cónsul Carvilio en Etruria emprendió 10
el asedio de Troilo y dejó escapar a cuatrocientos setenta ciudadanos muy ricos, que a cambio de una considerable suma de dinero habían pactado que les dejara salir de allí; se apoderó por la fuerza de la multitud restante y de la 11
propia plaza. A continuación tomó al asalto cinco fortines enclavados en posiciones fortificadas. En ellos fueron muer- 12
tos dos mil cuatrocientos enemigos, y hechos prisioneros menos de dos mil. También les concedió a los faliscos, que pidieron la paz, una tregua de un año, previo pacto

de cien mil ases librales y la paga de los soldados de aquel
13 año. Después de llevar a cabo estas operaciones marchó
a desfilar en triunfo, desfile menos brillante de lo que ha-
bía sido el de su colega en lo referente a los samnitas,
pero equiparable a éste con el añadido de la guerra etrus-
14 ca. Llevó al tesoro público trescientos ochenta mil ases
librales; con el resto del dinero sacado de la venta del bo-
tín encargó la construcción de un templo a Forte Fortuna
al lado del que el rey Servio Tulio había dedicado a esta
15 misma diosa. Repartió también a cada soldado ciento dos
ases procedentes del botín y otro tanto a los centuriones
y jinetes, donación recibida con mayor gratitud dada la
16 cicatería de su colega. El ascendiente de que gozaba el
cónsul sirvió de salvaguardia ante el pueblo a su legado
Lucio Postumio, el cual, demandado por el tribuno de la
plebe Marco Escancio, se decía que se había sustraído al
juicio del pueblo merced a su puesto de legado; la acusa-
ción contra él era más fácil lanzarla que sostenerla.

Hechos no militares: censo, elecciones, espectáculos, epidemia

47 Transcurrido ya el año, habían entrado
en funciones los nuevos tribunos de la ple-
be y éstos fueron sustituidos por otros,
cinco días más tarde, por haber tenido
lugar un defecto de forma en su nom-
2 bramiento. Cerraron el lustro aquel año los censores Pu-
blio Cornelio Arvina y Gayo Marcio Rútulo; fueron censa-
dos doscientos sesenta y dos mil trescientos veintiún habi-
tantes. Era la censura vigésimo sexta desde los primeros
3 censores, y el lustro decimonoveno. Aquel mismo año por
primera vez, debido a los éxitos obtenidos en la guerra,
los ciudadanos asistieron con coronas a los juegos roma-
nos, y también por primera vez se les entregaron palmas
a los vencedores según costumbre importada de Grecia.
4 También aquel año los ediles curules que organizaron

dichos juegos, con el producto de las multas impuestas a
algunos arrendadores de pastos públicos para el ganado,
pavimentaron con empedrado el tramo de vía desde el tem-
plo de Marte hasta Bovilas [236].

Lucio Papirio convocó los comicios consulares; pro- 5
clamó cónsules a Quinto Fabio Gúrgite, hijo de Máximo,
y Decio Junio Bruto Esceva [237]. El propio Papirio fue ele-
gido pretor. Los múltiples motivos de alegría de aquel año 6
apenas si bastaron para aliviar de una única calamidad:
una epidemia que arrasó simultáneamente la ciudad y el
campo; el azote tenía ya el aspecto de un acontecimiento
de mal augurio y se consultaron los libros para saber qué
final o qué remedio concedían los dioses para semejante
desgracia. Se vio en los libros que había que traer a 7
Esculapio de Epidauro a Roma; pero como los cónsules
estaban absorbidos por la guerra, aquel año no se hizo
nada en este sentido, aparte de la celebración de un día
de rogativas a Esculapio.

[236] Es decir, la vía Apia.
[237] Año 292 a. C.

ÍNDICE DE NOMBRES *

* Con números romanos se indican los libros; la primera cifra en arábigos indica capítulos, las que siguen tras la coma indican párrafos. Cuando hay varios párrafos correspondientes a un mismo capítulo, van separados por guión si son consecutivos, y por coma, si son salteados. Las referencias de un capítulo van separadas de las de otro por punto y coma. Las menciones indirectas van entre paréntesis.

ÍNDICE GENERAL